



Jacob August Riis, half-length portrait, facing front, arms folded (1903). /Library of Congress, Prints and Photographs Online Catalog (PPOC) [LC-USZ62-113814]

Recuperado de <<http://www.loc.gov/pictures/item/95506126/>>

Rebeca Romero Escrivá

Las dos mitades de Jacob Riis

Un estudio comparativo de su obra
literaria y fotográfica

VOLUMEN I

Cuadernos de Bellas Artes / 28



Cuadernos de Bellas Artes - Comité Científico

Presidencia: Dolores Schoch, artista visual

Secretaría: José Luis Crespo Fajardo, Universidad de Sevilla (US)

Antonio Bautista Durán, Universidad de Sevilla (US)

Aida María de Vicente Domínguez, Universidad de Málaga (UMA)

Natalia Juan García, Universidad de Zaragoza (Unizar)

Carmen González Román, Universidad de Málaga (UMA)

Maria Portmann, Universidad de Friburgo (Suiza)

Atilio Doreste, Universidad de La Laguna (ULL)

Ricard Huerta, Universitat de València (UV)

David Martín López, Universidad de Granada (UGR) /

Universidade Nova de Lisboa (UNL)

María Arjonilla Álvarez, Universidad de Sevilla (US)

Sebastián García Garrido, Universidad de Málaga (UMA)

* Queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier formato o soporte imaginable, sin previa autorización por escrito de su autora, salvo excepción prevista por la ley. Si quiere copiarla, distribuirla o comunicarla públicamente, escriba a romero.escriva@gmail.com.

* La responsabilidad de cada texto es de su autor o autora.

Rebeca Romero Escrivá

Prólogo de Vicente Sánchez-Biosca

Las dos mitades de Jacob Riis

Un estudio comparativo de su obra
literaria y fotográfica

VOLUMEN I

Cuadernos de Bellas Artes / 28



28 - *Las dos mitades de Jacob Riis.*
Un estudio comparativo de su obra literaria y fotográfica (volumen I)

Rebeca Romero Escrivá | romero.escrivá@gmail.com |
Precio social: 10,25 € | Precio en librerías: 13,30 € |

Editores: José Luis Crespo Fajardo, Francisco Carlos Bueno Camejo
y Samuel Toledano
Diseño: Sociedad Latina de Comunicación Social

Ilustración de portada: *A Scrub and Her Bed — The Plank* [*Police Station Lodgers 8.*
An ancient women lodger in Eldridge Street Station] (Nueva York, 1892). Fotografía de
Jacob Riis. / Jacob A. Riis Collection, CAW Print, MCNY [90.13.4.236]

Imprime y distribuye: F. Drago. Andocopias, S. L.
C/ La Hornera, 41. La Laguna, Tenerife
Teléfono: 922 250 554 | fotocopiasdrago@telefonica.net

Edita: Sociedad Latina de Comunicación Social – edición no venal
La Laguna (Tenerife), 2013

<http://www.cuadernosartesanos.org/12SLCS/portada2012.html>
<http://www.cuadernosartesanos.org/067/cuadernos/CBA.html#28>

Protocolo de envío de manuscritos con destino a C.B.A.:
http://www.cuadernosartesanos.org/067/cuadernos/protocolo_CBA.html

I.S.B.N. - 10: 978-84-15698-47-X
I.S.B.N. - 13: 978-84-15698-47-0
D.L.: TF-780-2013

A Raquel y Javier

*Ante nosotros yérguense los días venideros
como fila de cirios encendidos —
cirios ardientes, áureos y vivos.*

CAVAFIS



Índice general de la obra

VOLUMEN I

Prólogo. En un lugar del Lower East Side
Vicente Sánchez-Biosca

Agradecimientos

Abreviaturas

Resumen y palabras clave [español]

Abstract & Key Words [English]

1. Introducción

2. La americanización de Jacob Riis

3. La mitad literaria: de la herencia puritana al periodismo *muckraker*

VOLUMEN II

4. La mitad fotográfica

5. Epílogo

Cronología

Lista de fotografías reproducidas de la Jacob A. Riis Collection (MCNY)

Glosario

Bibliografía

Índice onomástico



Índice analítico

VOLUMEN I

Prólogo. En un lugar del Lower East Side
Vicente Sánchez-Biosca [13]

Agradecimientos [19]

Abreviaturas [25]

Resumen y palabras clave [español] [27]

Abstract & Key Words [English] [31]

1. Introducción [35]

1.1. Inmigración y pobreza urbana en el Nueva York del cambio de siglo [35]

1.2. Las dos mitades de la obra de Jacob Riis. Fundamentación teórica [41]

1.3. Riis *in the making*. Antecedentes [46]

1.3.1. La etapa progresista. El cambio en la consideración de Riis (1890-1930) [46]

1.3.2. El redescubrimiento (1930-1970) [47]

1.3.3. Últimas aproximaciones (1970-2010) [59]

2. La americanización de Jacob Riis [69]

2.1. Los años americanos de Jacob Riis [74]

2.1.1. De carpintero a periodista [80]

2.1.2. De periodista a fotógrafo [99]

2.1.3. De fotógrafo a conferenciante, escritor y reformador social [112]

2.2. El americano formado. Anonimato y mayordomía [134]

3. La mitad literaria: de la herencia puritana al periodismo

muckraker [153]

3.1. “Una ciudad sobre una colina.” La tradición del puritanismo americano [156]

3.2. La visión del intelectual americano sobre la ciudad [178]

3.3. La reforma humanitaria [186]

3.4. El respeto por los hechos. Riis y la novela naturalista de Stephen Crane [194]

3.5. El periodismo reformista *muckraker* [223]

3.6. Riis, Dickens, London y el mosaico de la pobreza [247]

Prólogo

En un lugar del Lower East Side

Vicente Sánchez-Biosca

Catedrático de Comunicación Audiovisual, Universitat de València

En una fría mañana de enero de 2013, impregnado por la atmósfera con que Rebeca Romero Escrivá había sabido teñir el borrador de estas páginas, paseé por el Lower East Side de un Nueva York gélido para visitar el Tenement Museum en el número 103 de Orchard Street. Encontré un modelo casi en miniatura, propio de casa de muñecas, de lo que antaño habían sido las famosas viviendas de vecindad con que tropezó su mirada, primero desnuda, luego vestida por una cámara y una pluma, la de Jacob Riis, ese inmigrante danés que llegó a ser (fatal y a la vez grandioso signo de los Estados Unidos) tan americano.

Los museos tienen algo de sagrado: transubstancian el pasado, lo dignifican, lo subliman. Su visita es ritual, sin dejar por ello de ser informativa. En el corazón del Tenement Museum, en su escueta librería, en los carteles que lo anunciaban y entre los labios de la guía que nos paseaba por esos interiores cuyos techos opresivos amenazaban con desplomarse sobre nuestras cabezas, sin asomo de luz, pero, eso sí, esterilizados para siempre, una figura, un emblema, resplandecía: Jacob Riis. Un libro de fotografías y textos coronaba el oropel compuesto en plena (y espinosa) transcendencia de la miseria: *How the Other Half Lives* (Cómo vive la otra mitad).

Sabemos que los museos adormecen al tiempo que evocan; recrean los conflictos del pasado en paralelo (y ¿quién sabe si en el mismo gesto?) a como se erigen en lugares de memoria. Es arduo decidir hoy si las denuncias de Jacob Riis sobre la miseria infantil o el *slum* de estos edificios de inmigrantes en el o la Nueva York a finales del s. XIX constituyen una paradójica reivindicación de la denuncia o una asunción de que la autocrítica nos ha hecho, en nuestros días, más justos que nuestros antecesores.

Sin embargo, cuanto despliegan los museos en la visitación del pasado, aunando didáctica ejemplaridad y curiosidad exótica, la investigación asume la tarea de sustentarlo implacablemente, apoyándose en datos minuciosos. Lo practica con su escalpelo afilado, que resulta, con todo, imperceptible para los turistas, y aun para ciudadanos medianamente ilustrados. Penetrar quirúrgicamente entre las carnes de lo que a la par esconde y exhibe el nombre de Jacob Riis es precisamente el empeño de Rebeca Romero en este libro.

Abandonemos, pues, las metáforas y llamemos a esta cirugía por su nombre: historia. Riis fue un hito en la historia del periodismo norteamericano, incardinado en la todavía escueta tradición *muckraker*, mas fue también un fotógrafo pionero, desencadenante —según reza la tradición— de la larguísima escuela del reporterismo moderno; no en menor medida, se comportó como un reformista profundamente enraizado en las convicciones fundacionales de América, en la creencia de su misión social y responsabilidad humana hacia sus conciudadanos. Cada una de esas facetas posee una diacronía, unos precedentes, implica una lectura e interpretación de los referentes o, dicho en palabras breves, una literatura, en el sentido original que tiene este término, una letra dura, que, lejos de disolverse en palabrería, posee la fuerza performativa de la palabra bíblica: *Words with Power*, como dijo Northrop Frye.

El libro que el lector tiene entre sus manos descompone estas tradiciones, trenza la voluntad, las palabras, las imágenes de Jacob Riis en una larga tradición de complejos recovecos y nos guía por ellas: desde el puritanismo hasta el reporterismo, pasando por la literatura realista y naturalista, y la voz de los Padres Fundadores de la patria americana. Interrogándola así, la obra de Riis se deja oír de manera más rica, se inscribe y encarna en un proyecto arriesgado entre rotundas fuentes y mirada insoslayable hacia el presente, con la turbación que nace de la constancia de las injusticias.

Thomas Jefferson, Theodore Roosevelt, Stephen Crane resuenan junto a las campañas por erradicar la pobreza de los suburbios en las que Riis y otros como él tomaron parte. Es un tejido de voces que enriquece la de un autor que nuestro fervor épico nos inclinaba a percibir como única y solitaria.

Con todo, las armas de Riis no se limitan a su escritura. Lo que le llevó a la fama fueron sus fotografías, origen, según cuentan los breviarios sobre periodismo fotográfico, del reporterismo moderno. Sin embargo, una mirada atenta y analítica como la de Rebeca Romero, una investigación escrupulosa como la suya, ponen de relieve múltiples factores escasamente o nada estudiados: la técnica de los *half-tones* que permitió, ahora sí de forma pionera, imprimir foto y texto conjuntamente en una dialéctica de enérgicos efectos, el uso de la placa de gelatinobromuro y el flash de magnesio que hacía posible fotografiar interiores apenas o nada iluminados... Herramientas éstas que abren un campo nuevo cuyo uso singular es necesario explorar. ¿Qué fotografías fueron tomadas por Riis y cuáles por los profesionales que lo acompañaban, ya que él, ávido coleccionista, carecía, en cambio, de ambición autorial respecto a sus instantáneas, que juzgaba funcionales para sus argumentos de mejora higiénica, sanitaria y social? ¿Cómo fueron difundidas en la prensa y en los libros? ¿Cómo se hicieron repetitivas y se esclerotizaron hasta devenir en iconos, vaciándose por consiguiente de su función indicial, inmediata, y extraviando las hirientes coordenadas concretas que las habían hecho tan vibrantes?

Podemos imaginar esos interiores tenebrosos, repentinamente alumbrados por el flash de magnesio que enceguecía a seres nada habituados a enfrentarse con tales armas de fuego. Ni las gentes fotografiadas podían reaccionar de manera natural a estas irrupciones ni el fotógrafo, ya se tratara de Riis o de sus encargados, podía calcular con exactitud lo que quedaría plasmado en las placas. Dicho en otras palabras, esas fotos-arrebatos relatan un encuentro que en ocasiones revestiría cierta connivencia y en otras una dosis de violencia, entre dos mundos. Recorrer su transcurso, acompañar sus mutaciones es tarea de calígrafo y como calígrafa se comporta Rebeca Romero.

Ahora bien, la tarea del reformador social, del activista, no era solo una fuente de inspiración, un acicate en la captación de las imágenes, en la redacción de informes y reportajes. Acompañaba el proceso posterior. Y Riis fue infatigable en sus conferencias ilustradas con linterna mágica

basándose en fotos propias y ajenas, reencuadrándolas y ajustándolas al formato requerido por este dispositivo. No las enriquecía menos con elementos compensadores (fundidos, temporalidad, vivacidad de su misma palabra entusiasta). En esa actividad renacía el reformador, el heredero de la más constructiva faceta del puritanismo, el lector ferviente de los Padres Fundadores de la nación; en ella se refundían y refundaban las dos mitades de Jacob Riis (la de periodista y la de fotógrafo), según Rebeca Romero recoge, en palimpsesto, de la más célebre de sus obras.

Hay en este libro pasión, incluso identificación con una trayectoria que los deseos creativos de Rebeca Romero reclaman desde el presente. Sin embargo, en ningún momento la pasión obstruye la reflexión. Rara vez se halla en un libro tal imbricación entre conocimientos técnicos de fotografía, conocimiento del periodismo y sus modelos, con una cultura del tejido norteamericano que viste los propósitos, las utopías y los sueños de un reformador cuando declina el siglo XIX. Tampoco se agota aquí la ambición de Rebeca Romero: pues si el pasado, remoto o no, informa y enlaza la fotografía y los escritos de Riis con la tradición de la que éstos surgen, el porvenir le fue otorgando un papel de maestro, que llevó como inseparable cruz su reescritura de acuerdo con las modas, los gustos y, ¿por qué no?, los caprichos de las sociedades mediáticas que le sucedieron. Exhumar el Riis de sus textos, expurgar sus escritos, determinar qué obras le han sido indebidamente atribuidas, es una parte arqueológica insustituible; no lo es menos asumir el reto de leer a Riis desde nuestro presente, es decir, desde aquellos fotógrafos que encaran nuestra sociedad reclamándose o, lo que es más inquietante, suponiéndose sin esfuerzo, herederos del ilustre danés-americano.

Cualquier fotografía está plagada de enigmas que la investigación jamás será capaz de desentrañar. Uno de ellos es el choque de miradas que escenifica: alguien decide observar, escoge su objeto y acaso tiene por anticipado decidido cuanto va a escribir o conferenciar al respecto. Y, sin embargo, en el preciso instante en que dispara su cámara, algo escapa a su control, algo que le asombra e interpela cuando observa sus fotos. Algo, claro, escapa también a las expectativas, si las hubo, de quien, desde el otro lado, se ve desconcertado por el fogonazo. Sin embargo, estas dos sorpresas no coinciden sino rara vez. En esa violación que (lo sentenció con su incomparable precisión

Susan Sontag hace muchos años) subyace siempre a la foto, las imágenes de Jacob Riis se nos dan a ver como el fugaz cruce de dos aturdimientos.

Imaginen Vds. un interior lóbrego, como el que se exhibe hoy en el Tenement Museum de Nueva York. Alguien ha logrado inmiscuirse en el lugar, ha trabado relación con sus habitantes y despejado sospechas sobre sus intenciones. Nada, pese a todo, ilumina la sordidez; tan sólo orilla el más feroz ingrediente de desconfianza. Por ello, cuando arroja esa suerte de disparo que fue en aquellos años el flash de magnesio sobre sus rostros y su entorno cegándolos, deja inscrito algo que la palabra de los Padres Fundadores no podría absorber, como tampoco los cientos y cientos de compulsivas conferencias que, con desprecio hacia el reposo, había de pronunciar Riis a lo largo de los años. Algo permanece en ellas como huella: una encrucijada de miradas posando y, a su lado, unas escenas en curso que han sido interrumpidas; unas miradas que se dirigen a la cámara y otras, en cambio, que parecen indiferentes a ella. Todo en un mismo cliché. Un curioso *collage* de lo que, años más tarde, daría lugar a estilos fotográficos distintos, formas de captar la realidad irreconciliables. También, claro, hay exteriores y patios, callejones y basureros urbanos, pero nada como las fotos de hombres, mujeres y niños para medir la temperatura humana de la mirada de Riis.

Las dos mitades de Jacob Riis monta y desmonta, con pasión pero sin capricho, esas dos partes concebidas como dos filos de una misma navaja; las pone a dialogar, revela los distintos encuadres con que fueron difundidas y sus deslizamientos de sentido, las vuelve del revés y las proyecta hacia adelante. El lector, como me ocurrió a mí mismo al acompañar a Rebeca Romero durante la escritura de la tesis doctoral que hoy toma otra forma, puede estar seguro: no concluirá su viaje como lo empezó. No permanecer indemne es lo mejor que puede lograr un libro.

Agradecimientos

Muchas son las personas e instituciones a las que debo agradecer el apoyo brindado para que este proyecto de investigación viera al fin la luz en forma de tesis doctoral. En primer lugar, la Fundación Universidad Internacional Valenciana (FVIU) me concedió una estancia de investigación de tres meses para viajar a Estados Unidos. Allí estuve, en calidad de *visiting scholar* de la New York University (NYU), del 29 de junio al 29 de septiembre de 2010. Debo agradecer a Jordana Mendelson, profesora del Department of Spanish and Portuguese, su invitación y hospitalidad, junto al hecho de abrirme todos los cauces en sus manos para poder acceder a los archivos y bibliotecas de la NYU y de otras instituciones.

Comenzando por los *Jacob Riis Papers*, quisiera agradecer a la plantilla de la New York Public Library (NYPL), Manuscripts & Archives Division, la gentileza, amabilidad y profesionalidad con la que pusieron a mi disposición los manuscritos de Riis en la sala 328 —The Brook Russell Astor Reading Room— del Stephen A. Schwarzman Building.

Sin duda, entre el grupo americano he de destacar a Bonnie Yochelson, ex-curadora de la Jacob Riis Collection del Museum of the City of New York (MCNY), actual profesora en la School of Visual Arts y coautora, junto a Daniel Czitrom, de *Rediscovering Jacob Riis. Exposure Journalism and Photography in Turn-of-the-Century New York*. Yochelson me prestó una copia microfilmada de los *Jacob Riis Papers* de la Library of Congress, Washington D.C., que alberga la colección completa de la obra periodística y literaria de Riis (manuscritos, artículos de prensa, correspondencia, diarios, etc.),

formada por más de ocho mil documentos donados en vida por el propio autor, lo que me ahorró muchas horas de consulta bibliotecaria y me permitió trabajar en cualquier lugar.

Sean Corcoran, actual conservador de Prints and Photographs del MCNY y Robbi Siegel, responsable de la gestión del *copyright* del museo, completaron la *otra mitad* de Riis cediéndome una copia digital de las 559 imágenes que componen la Jacob Riis Collection, cuando todavía no estaban disponibles en la página web del museo. Por su mediación obtuve también una visión al natural de las placas secas de gelatinobromuro originales y de las diapositivas para linterna mágica en un momento complicado en que el museo estaba cerrado por reformas.

El alcance actual de la obra de Riis me lo proporcionó Christopher Hanway y su equipo de trabajo de la Jacob A. Riis Neighborhood Settlement House, ubicada en Long Island, que, desde su fundación en 1888, sigue creyendo y poniendo en práctica el activismo social de Riis, trabajando con inmigrantes y otros grupos marginados. La Jacob A. Riis Neighborhood Settlement House posee igualmente documentos interesantes en sus archivos de la NYPL sobre los que Hanway llamó mi atención, como la correspondencia entre Riis y Theodore Roosevelt y los escritos de la segunda esposa de Jacob Riis, Mary Phillips, que fue la directora del Board of Riis Settlement durante varios años.

En relación con otros fotógrafos sobre los que he investigado por su posible relación con Riis, ocupa un lugar especial Lewis W. Hine, cuya colección más importante de fotografía se conserva en Rochester. Agradezco a Joseph R. Struble la cordialidad con que puso a mi disposición los positivos de las series de Ellis Island y de los Tenements de Nueva York y Chicago de la Hine Photo Collection en The Gannett Foundation Photographic Study Center de la George Eastman House, y a Rachel Stuhlman y Susan Drexler por el acceso a los *Hine Papers* de la George Eastman House Library.

También tengo palabras muy cordiales para Tara C. Craig, de la Butler Library de Columbia University, por llamar mi atención sobre los fondos de Jessie Tarbox Beals que pude consultar en la Rare Book & Manuscript Library, y sobre todo para Eric Wakin, Lehman Curator for American History y profesor de historia en Columbia, por compartir conmigo la poca información que se conoce de la obra de Hiram Myers y Holland Hudson,

cuyas imágenes descubrí al consultar la Community Service Society Collection, con documentos y fotografías de las ya inexistentes New York Association for Improving the Condition of the Poor y la Charity Organization Society, fundada en 1882. A propósito de Jessie Tarbox Beals, he de agradecer también a Ellen M. Shea las referencias a la colección fotográfica que posee la Schlesinger Library, así como el acceso al Harvard's Visual Catalog, que contiene digitalizada parte de la obra fotográfica de Beals, ofrecida al público por Harvard University.

Estoy en deuda igualmente con varias personas de la New York Historical Society, en concreto con el Department of Prints, Photographs, and Architectural Collections, por abrirme sus puertas para conocer no solo los fondos que conservan de Jacob Riis y Tarbox Beals, sino también de otros fotógrafos, como Richard Hoe Lawrence, Irving Browning, Alexander Alland y Rebecca Lepkoff. En este sentido, agradezco a Eric Robinson, Susan Kriete y, en especial, a Miranda Schwartz su asesoramiento y el amable trato que me dispensó durante los días en que estuve trabajando en la institución.

Más allá de Nueva York, el departamento de la Prints and Photographs Division de la Library of Congress de Washington fue igualmente eficiente al informarme de la digitalización de la obra de Alice Austen, Riis, Hine y los fotógrafos de la Farm Security Administration (FSA), entre otros. La plantilla de dicho departamento invirtió un tiempo considerable en explicarme detenidamente cómo hacer uso de los recursos de la biblioteca mejor surtida del mundo. Asimismo, Mr. Daun Van Ee, entonces curador de los *Jacob Riis Papers*, me informó de los protocolos de acceso para su consulta y puso a mi alcance el *finding aid* de la colección, que me ha sido de gran utilidad para aclararme con las copias microfilmadas que, como he dicho, finalmente me prestó Yochelson. Otros historiadores que me han facilitado su asesoramiento a distancia y a los que no querría olvidar son Mary Warner Marien, autora de la voluminosa *Photography. A Cultural History*, y profesora en el Department of Fine Arts de Syracuse University, y Andrés Mario Zervigón, profesor de historia de la fotografía en Rutgers, School of Art and Sciences.

Por último, para terminar con la parte americana, quisiera agradecer a los profesores Asela y Elpidio Laguna de Rutgers, The State University of New Jersey, su ánimo constante en el proyecto y la cálida acogida que me

brindaron; y a Nela Navarro, directora de educación del Center for the Study of Genocide and Human Rights, entonces también profesora del campus de Newark, por facilitarme un buen lugar donde vivir y estudiar en Hoboken, cerca de Manhattan.

Respecto a mi investigación en España, he de mencionar, desde luego, a la Universitat de València (UVEG), donde cursé mis licenciaturas en Periodismo y Comunicación Audiovisual, y el Doctorado en Comunicación Interdisciplinar, que apoyó el embrión académico de este proyecto con la Beca V Segles en el 2008, a la que hube de renunciar un año después por pasar a formar parte, en calidad de profesora ayudante, del equipo docente de la Universidad Internacional Valenciana (VIU). Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Vicente Sánchez-Biosca, Catedrático del Departament de Teoria dels Llenguatges i Ciències de la Comunicació de la Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació de la UVEG, cuyo estímulo y supervisión han sido inestimables, además de brindarse a prologar el libro, así como a varios profesores, que aunque no hayan seguido de cerca mi investigación, han sido un ejemplo y acicate para mí en mis años de formación, entre ellos Carolina Moreno, exdirectora del citado departamento. Otros profesores de distintas universidades y campos de las Humanidades (historia americana contemporánea, periodismo, literatura y artes visuales) han mostrado más que un amable interés por mi trabajo leyéndolo y asesorándome en su mejora, como los Catedráticos Vicente J. Benet (Universitat Jaume I), Nancy Berthier (Université Paris Sorbonne), Aurora Bosch (Universitat de València), Antonio Monegal Brancós (Universitat Pompeu Fabra), María Antonia Paz Rebollo (Universidad Complutense de Madrid) y Jacques Terrasa (Université de Aix-en-Provence). Tampoco quiero olvidarme del profesor Rafael Rodríguez Tranche (Universidad Complutense de Madrid).

Last, but not least, quedan los amigos y la familia. Entre los primeros cuento a los miembros del Consejo de Redacción de la publicación que dirijo desde enero de 2011, *L'Atalante. Revista de Estudios Cinematográficos*, que siempre estuvieron pendientes de la marcha de mi trabajo, en especial a Jordi Revert, Marta Martín, Violeta Martín y Carlos Planes. Desde Madrid, Laura Gallardo y Nicolás Lezama, y desde Teruel, Vicente Aupí, también me dedicaron su afecto y atención. Theresa Steininger, desde Viena, me ayudó a manejarme con la bibliografía sobre los fotógrafos centroeuropeos

contemporáneos de Riis. Y Pilar Barrabés; juntas iniciamos los estudios en periodismo cuando apenas éramos dos pipiolas. Para la familia no tengo palabras. Ellos han sufrido mis ausencias y han sido los principales testigos de mi trabajo: mis padres (Adela y Jesús), mis hermanos (Elena y Manel) y sobrinos (Lluna e Izan), mis tíos (Pepe y Fina, José y Mari, Ana...), y, especialmente, mi hija Raquel, a quien gesté (literalmente) a la par que el ensayo. Y los que no han sufrido mis ausencias, me han sufrido a mí trabajando a diario, como mi marido, Javier Alcoriza, que ha sido mi guía intelectual desde mis años de formación y ha abonado mi constancia en momentos de abatimiento, siempre con mucho cariño.

Abreviaturas

AOK: Allgemeine OrtsKrankenkasse

BEA: U.S. Bureau of Economic Analysis

CAS: Children's Aid Society

CAW: Chicago Albumen Works

COS: Charity Organization Society

CSS: Community Service Society

DoD: United States Department of Defense

FAP: Federal Art Project

FSA: Farm Security Administration

GDP: Gross Domestic Product

GKV: Gesetz betreffend die Krankenversicherung der Arbeiter

IVAM: Instituto Valenciano de Arte Moderno

JRC: Jacob Riis Collection

JRP: Jacob Riis Papers

LHP: Lewis Hine Papers

MCNY: Museum of the City of New York.

NCLC: National Child Labor Committee

NYHS: New York Historical Society

NYPL: New York Public Library

OMB: Office of Management and Budget

ONG: Organización no gubernamental

PIB: Producto Interior Bruto

RA: Resettlement Administration

RHLPC: Richard Hoe Lawrence Photograph Collection

SAP: Society of Amateur Photographers

THC: Tenement House Commission

WASP: White Anglo-Saxon Protestant

Resumen y palabras clave [español]

El presente ensayo es un estudio crítico de la obra del periodista, fotógrafo y reformador social Jacob A. Riis, el cual se analiza desde un doble punto de vista: el de la tradición literaria en la que se inscriben sus textos, cuya escritura está en deuda con los valores fundamentales de la democracia americana, y el de la evolución técnica de la fotografía, para la que se ha convertido en un referente ineludible. Esas dos perspectivas vendrían a confluir novedosamente en su trabajo de mayor repercusión, *Cómo vive la otra mitad*, una obra mixta, literaria y fotográfica, que ha supuesto un hito en el despliegue de la fotografía como documento social y de la literatura como expresión del compromiso con la crisis de la época contemporánea.

Desde el punto de vista del contenido, partimos de que el asunto de la fotografía es su propio tema, lo que nos lleva a establecer un criterio no fotográfico, como es el dato de la inmigración humana y la pobreza en las grandes urbes a finales del siglo XIX. La perspectiva adoptada considera la doble dimensión de la obra de Riis bajo la hipótesis de que no debe apreciarse de manera separada, aunque pueda ser estudiada por separado. Respecto a la obra literaria, el arte de escribir presenta unos márgenes más amplios en América de los que solemos observar en el estudio de la “historia nacional” de la literatura. De ahí que sea necesario delimitar el género de la obra de Jacob Riis —a medio camino entre la ficción realista o naturalista y el periodismo *muckraker*— y analizar hasta qué punto está engastada en la historia de la literatura norteamericana. Dada la proyección cívico-política que adopta, asociamos su propósito, la mejora de las condi-

ciones de vida en Nueva York, con la aparición del motivo de la fundación de la ciudad en la literatura americana y la relación ambivalente del “intelectual contra la ciudad”, más aún tras el impacto que supuso para la sociedad la masificación de las metrópolis, debido a los diversos fenómenos migratorios, y el surgimiento del capitalismo industrial en el contexto americano de la posguerra civil.

El trabajo fotográfico de Riis se somete al mismo tipo de valoración que se lleva a cabo en el terreno literario. Que las fotografías fueran un respaldo del texto de Riis, y que hayan sido criticadas por su falta de pericia técnica, no nos puede llevar a omitirlas en una valoración seria de su trabajo comparado con el de otros fotógrafos contemporáneos. Su obra fotográfica nos invita a apreciar el hecho de que la historia de la fotografía coincide hasta cierto punto con la historia de la técnica fotográfica. Esta coincidencia nos serviría para ir más allá de la obviedad de que la evolución de la fotografía depende de los medios técnicos con que se ha llevado a cabo. En la obra de Riis se habría producido una consolidación de las conquistas técnicas que nos invita a pensar que el mundo representado pasa a ser un contenido nuevo del mundo en el que las fotografías han sido tomadas, de ahí que forma y contenido sean indisociables. Las grandes fotografías de la inmigración humana de Riis a finales del siglo XIX serían la cara visible y comprometida que habría adoptado el medio fotográfico en un momento de madurez técnica: el surgimiento de la placa seca de gelatino bromuro y el flash de magnesio, que supusieron un salto cualitativo respecto a su pasado inmediato (permitió la obtención de imágenes instantáneas en lugares carentes de luz natural).

La interdependencia de texto e imagen en la obra de Riis sería tanto un factor de fecundidad (las imágenes apoyan el texto) como de controversia (el texto trata de acaparar el valor de las imágenes). Desde el punto de vista técnico, el fenómeno de la representación estaría también relacionado con el de la difusión y reproducción y, desde el punto de vista del contenido, resultaría manifiesto que el valor de las imágenes habría sido determinado por los contextos en los cuales se hizo presente: por un lado, la proyecciones con linterna mágica, y por otro, su difusión en la prensa escrita, gracias a la mejora de los procedimientos de impresión y reproducción de las imágenes junto al texto (fotomecánica), que facilitaron la aparición de nuevos géneros periodísticos como la fotohistoria, el fotoensayo o el

reportaje fotográfico. En Riis, este acontecimiento resulta de especial relevancia porque *Cómo vive la otra mitad* está considerada una de las primeras obras publicadas mediante el recién implementado proceso de los *half-tones*, que permitía la combinación de texto e imagen fotográfica en libros y publicaciones periódicas.

Por otra parte, el redescubrimiento de su corpus fotográfico en los años cuarenta (lo que hoy conocemos como la Jacob A. Riis Collection del Museum of the City of New York) y el modo tan vertiginoso en que Riis entró a formar parte en la historia del medio como fotógrafo documental a raíz de la divulgación que llevaron a cabo autores como Alexander Alland y Beaumont Newhall, entre otros —en el momento de máxima efervescencia de las revistas ilustradas y de proyectos fotográficos como la Farm Security Administration, que marcaron un hito en el documentalismo fotográfico, cuyos fotógrafos anhelaban encontrar precedentes históricos a los que asociar su trabajo—, ha coadyuvado a generar una visión controvertida de la figura de Riis, cuyo estatus debe ser revisado a la luz de la investigación más reciente, que señala la alteración o manipulación que sufrieron las imágenes divulgadas con respecto a sus versiones originales con el fin de ser exhibidas en círculos artísticos o los errores de atribución de los que adolecen muchas de ellas, dada la doble faceta de Riis de fotógrafo y coleccionista. Así pues, este ensayo estudia también el proceso historiográfico del que Riis ha sido objeto con el propósito de recuperar el mérito de su obra en calidad de pionero de la fotografía documental de los barrios bajos.

Palabras clave

American Memory, American Studies, americanización; comunicación visual; Crane, Stephen, 1871-1900. *Maggie, a girl of the streets*. “An Experiment in Misery”; Estudios Culturales; fotografía cándida; fotografía documental social; fotoperiodismo; literatura americana; naturalismo literario; Nueva York (New York City); periodismo *muckraker*.

Abstract and Key Words [English]

This essay is a critical study of the work of the journalist, photographer and social reformer Jacob A. Riis, which is analyzed from two points of view: the literary tradition to which his texts belong, whose style is indebted to the core values of American democracy, and the technical evolution of photography, for which his work has become an inescapable point of reference. These two perspectives converge in an innovative manner in his work of greatest impact, *How the Other Half Lives*, a mixed media literary and photographic work which constituted a milestone in the use of photography as social document and literature as an expression of commitment to resolving the crisis of modern times.

From the point of view of content, I take the question of photography as a theme of its own, and therefore established the non-photographic criterion of the data on human migration and poverty in large cities during late nineteenth century. The perspective adopted considers the double dimension of Riis's work based on the assumption that these must be assessed jointly, but can also be studied separately. Regarding the literary work, the art of writing has wider margins in the United States than those usually assigned to the study of "national literary history". Hence, it is necessary to define the genre of Jacob Riis' work - halfway between realistic or naturalistic fiction and *muckraker* journalism - and examine the degree to which it is embedded in the history of American literature. Given the civic-political dimension he adopts, I associate his purpose (the improvement of living conditions in New York) with the emergence of the rationale for the founding of the city in American literature and the ambivalent relationship of

“intellectual versus the city”, especially after the social impact of overcrowding in the metropolises due to diverse migration phenomena, and the rise of industrial capitalism in the context of post-Civil War America.

Riis's photographic work is subjected to the same type of assessment applied in the literary field. Although photographs were merely a support for Riis's texts and have been criticized for their lack of technical expertise, a serious assessment of his work compared to other contemporary photographers cannot be omitted. Riis's photographic work invites us to appreciate the fact that the history of photography to some extent coincides with the history of photographic technique. This coincidence would serve us to go beyond the obvious fact that the evolution of photography depends on the technical means used to produce it. In Riis's work there was a consolidation of technical advances that suggests that the world represented becomes something distinct from the world in which the photographs were taken. Riis's photographs of human immigration in the late nineteenth century were the visible and committed face that the photographic medium would adopt in a time of technical maturity: the emergence of bromide gelatin dry plate and flash magnesium, which represented a quantum leap over the immediate past (allowing instant pictures in places with no natural light). Hence the world represented in these pictures and the techniques that make them possible are consubstantial, so that the form and content of these photographs become inseparable.

The interdependence of text and image in Riis's work would be both a factor of fertility (images support the text) and controversy (the text aims to appropriate the value of the images). From the technical point of view, the phenomenon of representation would also be related to distribution and reproduction and, from the point of view of content, it is evident that the value of the image would have been determined by its context: first, magic lantern projections, and then their dissemination in print, thanks to the improvement of techniques for printing and reproduction of images alongside text (photomechanics), which facilitated the emergence of new media genres such as the photostory, the photoessay or the graphic report. In the case of Riis this event is especially relevant because *How the Other Half Lives* is considered one of the first published works using the newly implemented process of halftone printing (although it still coexisted with

the Woodburytype), which allowed the combination of text and photographic images in books and periodicals.

Moreover, the rediscovery of his photographic corpus in the 1940s (what is now known as the Jacob A. Riis Collection of the Museum of the City of New York) and the dramatically sudden way in which Riis was integrated into the history of the medium as a documentary photographer through exposure by authors such as Alexander Alland and Beaumont Newhall, among others (during the rise of illustrated press or pictorials and photographic projects, such as that of the Farm Security Administration (FSA), which marked a milestone in documentary photography whose photographers longed to find historical precedents for their work), has contributed to the generation of a controversial view of Riis, whose status needs to be reviewed in the light of the latest research, which indicates alterations or manipulations of the original images in order to present them in artistic circles, and errors of attribution due to Riis's dual role of photographer and collector. Thus, this essay also examines the historiographical process that Riis's work has undergone so as to recover his importance as a pioneer of documentary photography of the slums.

Keywords

American Memory; American Studies; American Prose Literature -19th century- History and criticism; Americanization; Candid Photography; City Planning; Crane, Stephen, 1871-1900. *Maggie, a girl of the streets*. "An Experiment in Misery"; Cultural Studies; Documentary Photography; *Muckraker* Journalism; Naturalism in Literature; New York City and Society; New York City Tenements; Photographic Technology; Photojournalism; Printing Processes; Puritanism; Realism in Literature and Photography; Regional/Local History; Riis, Jacob A. (Jacob August), 1849-1914; Slums; Social Documentary Photography; Social Reformism; Urban Studies; Urbanization; Visual Communication.



Introducción

‘América’, tal como se proyecta en su literatura, no es tanto una historia de lo que ocurrió como un sueño al que hay que llegar. Es un punto de llegada infinitamente diferido por el acto de buscarlo. Nombrado por anticipado, con viejos nombres, es a la vez una metonimia y un nombre equivocado, como la denominación equivocada de los nativos por parte de Colón.

Joseph RIDDEL

1.1. Inmigración y pobreza urbana en el Nueva York del cambio de siglo

Todos los americanos¹, a excepción de los indios, son inmigrantes o descendientes de inmigrantes, desde los hugotones franceses hasta los negros de Harlem. Con independencia de su lugar de

¹ En adelante, el término *americano* será empleado para designar a los *estadounidenses*, por su valor conceptual, no continental. *América* es la sinécdoque de *Norteamérica*. Enfatiza, en términos de lealtad política, la identificación liberal de sus ciudadanos y alude, como afirma Michael Walzer, a la tolerancia que EE.UU. ha mostrado, por lo general, con el pluralismo étnico en tanto que sociedad de inmigrantes: “Con ciertas precauciones, podríamos decir que apela a la ciudadanía de hombres y mujeres más que a su origen o nacionalidad. Es un adjetivo político, y su política es fundamentalmente liberal en el sentido estricto del término: generosa, tolerante, abierta, flexible —deja sitio a la super-

procedencia y de la época en que llegaron a América, todos pasaron por la experiencia del desarraigo de su vieja patria y la asimilación a la nueva. Todos trajeron consigo su cultura, su fe y sus oficios, y contribuyeron a la creación y crecimiento de un Nuevo Mundo. En el siglo XIX, ni siquiera la guerra civil contuvo el flujo migratorio, si bien tras la victoria del Norte, las oleadas de recién llegados se multiplicaron exponencialmente². En 1870, año de la guerra franco-prusiana, en que Jacob August Riis (en adelante, Jacob Riis), danés de origen, a cuya obra literaria y fotográfica dedicamos este ensayo, desembarca en América, la población de Estados Unidos ya se caracterizaba por su heterogeneidad. Veinte millones más de inmigrantes llegaron a los Estados Unidos durante las cinco décadas siguientes sin que todavía hubiese una diferencia entre la proporción de nacidos en el extranjero y los nacidos ya en el país³. Sin embargo, dado que el embrión de los Estados Unidos fueron las colonias creadas por los puritanos británicos, el modelo inglés de los WASP (White Anglo-Saxon Protestant) se

vivencia, e incluso al desarrollo y al florecer de la multiplicidad”. Véase Michael WALZER (2007). “¿Qué significa ser americano?”, p. 142. En JOSETXO BERIAIN y MAYA AGUILUZ (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad* (pp. 139-162), trad. de Antonio Elena. Barcelona: Anthropos. Como evoca el celeberrimo título de Tocqueville, *La democracia en América*, América remitiría al experimento de la democracia que supone el verdadero contexto histórico y social de obras como la de Jacob A. Riis, en la medida en que solo podrían haber tenido lugar en EE.UU. En esta línea ha de enmarcarse la cita de Riddell que encabeza el epígrafe. Véase Joseph N. RIDELL. “Leer América / Lectores Americanos”. En *La Torre del Virrey. Revista de estudios culturales*, n° 2, invierno de 2006/2007, p. 3. Existe versión digital en <<http://www.latorredelvirrey.es/pdf/02/leer.america.pdf>>.

² Véase Allan NEVINS y Henry Steele COMMAGER (1996). *Breve historia de los Estados Unidos*, trad. de Francisco González Aramburo, p. 293. México: Fondo de Cultura Económica.

³ Los censos en Estados Unidos se realizan cada diez años. Según el último, del 1 de abril de 2010, la población residente en los Estados Unidos es de 308.745.538. En la actualidad, las cifras se actualizan a tiempo real a través del “reloj de población” o *popclock*, disponible en la página web del Census Bureau: véase <<http://www.census.gov/main/www/popclock.html>>. Como es lógico, las características de la inmigración en Estados Unidos han ido variando a lo largo de su historia. Hoy la gran mayoría de inmigrantes que recibe es de origen hispano, aunque hay una constante histórica que se repite: el número de inmigrantes de todas las nacionalidades sigue aumentando. De hecho, en lo que va de siglo XXI, Estados Unidos ha recibido alrededor de 10.3 millones de nuevos inmigrantes. De ellos, más del 50% son ilegales. En total, actualmente en los Estados Unidos viven 37.9 millones de inmigrantes (incluyendo legales e indocumentados). Este número es el más alto en la historia del país. Datos extraídos del Census Bureau: <<http://www.census.gov/>>.

convirtió en el *mainstream**. La mentalidad de la *Anglo-conformity** de los que ya se consideraban nativos y su lengua (aunque no exista un idioma oficial), impuestas a la de los “nuevos” inmigrantes que provenían de distintas regiones de Europa, hizo que la idea de crisol (*melting-pot**), o amalgama de culturas, no pareciera ser una opción viable.

Con todo, la renuncia total a la propia tradición inmigrante era imposible para una sociedad que, lo quisieran o no los nativos, resultaba culturalmente pluralista. Se entiende, entonces, que se produjera una mutua influencia entre los elementos cultural y político de la identidad compuesta de los inmigrantes americanos⁴. Esta característica era percibida especialmente en aquellas ciudades, como Nueva York, que, por su localización y tamaño, recibían una cantidad de inmigrantes superior. A finales del siglo XIX Nueva York tenía la densidad de población más alta del mundo. La incapacidad de la ciudad para acoger tal masa degeneró en el crecimiento de sus *slums** o barrios bajos, áreas en las que la pobreza se concentraba⁵.

* En adelante, el asterisco (*) remite al “Glosario” de las pp. 581-588, que incluye la traducción y definición de las palabras citadas en otras lenguas (a excepción de los giros idiomáticos), así como de los tecnicismos más relevantes, los cuales se presentan ordenados alfabéticamente. Esta indicación se empleará la primera vez que aparezca el vocablo en cada capítulo nuevo; después la palabra se mantendrá en cursiva.

⁴ Era evidente que, por muy agradecidos que se sintieran los inmigrantes hacia el nuevo lugar, aún recordaban sus orígenes. La lealtad política al republicanismo americano no implicaba renunciar a sus raíces, de ahí que se produjera una doble identidad, los llamados *hyphenated Americans**, literalmente *americanos con guion* (como los italo-americanos), que demostraban más o menos arraigo con su pasado, y una mayor o menor voluntad de pluralismo. En el próximo capítulo desarrollaremos este concepto a propósito del proceso de naturalización de Riis.

⁵ Los barrios bajos todavía hoy siguen aumentando y, debido al crecimiento estimado de la población urbana, se calcula que continuarán haciéndolo. Según un estudio elaborado por el United Nations Human Settlements Programme (UN-HABITAT), el actual billón que reside a nivel mundial en barrios bajos se duplicará para 2030. Véase *The Millennium Development Goals Report*. Recuperado de <<http://www.un.org/millennium-goals/pdf/mdg2007.pdf>>. En Estados Unidos la pobreza todavía se ceba en la población inmigrante. Entre la población hispana, el 22.6% vive en la pobreza, comparado con solo el 12.4% de la población total. Dicho nivel de pobreza varía según el país de origen. La tendencia de las personas con recursos limitados a concentrarse en barriadas persiste hoy en día. Véase Alemayehu BISHAW (2011). “Areas With Concentrated Poverty: 2006-2010”. En *American Community Survey Briefs*., U.S. Census Bureau. Recuperado de <<http://www.census.gov/prod/2011pubs/acsbr10-17.pdf>>.

“Entonces, pese a la existencia de núcleos de poder como Wall Street, Nueva York era una ciudad del Tercer Mundo... El Nueva York de aquí entonces era una mezcla de cosmopolitismo y abandono. En el Lower East Side por las noches se vivía al resplandor de los incendios que provocaban los dueños de los edificios. Por supuesto, aquello no podía durar. La idea de un Nueva York pobre era insostenible.”⁶ En efecto, el Lower East Side, nombre que recibía la zona más deprimida del sur de Manhattan, estaba integrado por distintas barriadas (Little Italy, Chinatown, Jewtown) de inmigrantes de diversa procedencia (irlandeses, italianos, chinos, judíos, bohemios...), cuyas características se reproducían en otras ciudades americanas: miseria, deterioro, insalubridad y hacinamiento. La congestión facilitaba los conflictos entre culturas, idiomas y modos de proceder de los no asimilados, quienes, debido a la necesidad imperiosa de encontrar alojamiento y empleo, cedían, por un lado, a la especulación en materia de vivienda y, por otro, a la explotación laboral de los *sweatshops*⁷.

Respecto a la primera, los *tenements** o casas de vecindad, ocupadas por tres o cuatro familias de inmigrantes, se levantaban o reestructuraban sin respetar regulación alguna [véase la figura número 1]⁸. En 1890, año en que Riis publicó la obra que le haría célebre, *Cómo vive la otra mitad. Estudios entre las casas de vecindad de Nueva York* (*How the Other Half Lives. Studies Among the*

⁶ Declaraciones de Luc Sante a *El País*. Véase Eduardo LAGO (2012). “Nueva York está acabada. Luc Sante certifica en sus ensayos la defunción de la ciudad de la que ha sido cronista”. En *El País*, lunes 6 de febrero de 2012, p. 40.

⁷ Los *sweatshops* (término acuñado en 1890 por los reformadores sociales) eran talleres improvisados de explotación laboral, generalmente ubicados en las casas de vecindad en las que los inmigrantes vivían y trabajaban sometidos a la arbitrariedad del dueño, desde las 7 de la mañana hasta las 11 de la noche. Los explotadores de obreros recibían el nombre de *sweaters*, literalmente, *sudadores*. Como se verá más adelante, el *sweating system* obligaba a trabajar en pésimas condiciones por un sueldo mínimo. A pesar de que la mayoría de fábricas de costura se han trasladado a países subdesarrollados donde la mano de obra es más barata, hoy en día, según datos manejados por el Lower East Side Tenement Museum, hay más de 300 *sweatshops* en el Lower East Side activos, en los que el 75% de los trabajadores sigue siendo de origen inmigrante.

⁸ En lo sucesivo, para facilitar la localización de las imágenes u otros elementos de apoyo al texto (como planos y mapas) nos referimos a ellos como figuras [F] correlativamente numeradas.



F.1. Jacob Riis, *Rear Tenements in Mott Street, in which an Italian shot his wife dead, 1894, and escaped* (1894). / CAW Print, MCNY.

Tenements of New York)⁹, existían 37.316 viviendas de este tipo que albergaban 1.250.000 inmigrantes. Los constructores de núcleos urbanos cedían al beneficio fácil compartimentando las viviendas que una vez habitaran los *knickerbockers*¹⁰, transformando apresuradamente almacenes en apartamentos, o edificando barracones miserables en zonas amenazadas por

⁹ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad. Estudios entre las casas de vecindad de Nueva York* (1890), trad. de Isabel Núñez. Madrid: Alba Editorial. A lo largo del ensayo manejaremos distintas ediciones de la obra, que irán siendo convenientemente citadas.

¹⁰ La palabra significa literalmente *pantalón bombacho*. El término se generalizó para referirse a los descendientes de los primeros colonos holandeses de Nueva York (por extensión, neoyorkinos) a partir del personaje creado por Washington Irving, Dietrich Knickerbocker, para relatar su satírica *Historia de Nueva York*, publicada en 1809. Véase Washington IRVING (1983). “A History of New York, from the Beginning of the World to the End of the Dutch Dynasty” (1809). En *Washington Irving*, vol I. Nueva York: The Library of America. Este personaje protagonizaría varios de sus posteriores *Cuentos del viejo Nueva York*. Véase Washington IRVING (2010): *Cuentos del viejo Nueva York* (1835), trad. de Pilar López Losada. Madrid: Ediciones Encicla.

aguas estancadas y/o contaminadas. No se tenía en cuenta la intimidad, ni las necesidades de luz exterior y consiguiente ventilación. En el apiñamiento extremo en el que se vivía, cocinar resultaba peligroso: los incendios convertían las habitaciones en ratoneras mortales cuando la grasa se prendía. Los parásitos se extendían como consecuencia de la ausencia de servicios básicos, como la recogida de basuras, la instalación de retretes y agua corriente en los hogares o un adecuado sistema de alcantarillado. Las enfermedades multiplicaban por cuatro la defunción de los pobres respecto a la de los ricos: así, la tasa de mortalidad producida por la tuberculosis era más alta en el Nueva York descrito por Riis que en el Londres de Jack London.

Otro de los problemas de la pobreza en los barrios bajos era el elevado número de trabajadores inmigrantes sin empleo o mal pagados, muchos de ellos padres de familia, que incapaces de mantener a su esposa e hijos, se lanzaban a la calle convirtiéndose en *hoboes**. Se concentraban en tabernas, albergues (las llamadas *stop houses**) o asilos policiales (*police lodging rooms**) de zonas tristemente célebres, como el Bowery, y acababan siendo víctimas del alcohol, la prostitución y el crimen. Mayor importancia tenían las consecuencias de la pobreza en la población infantil de los suburbios: alta tasa de expósitos, elevado número de niños no escolarizados que trabajaban en turnos de más de doce horas diarias, y jóvenes callejeros —los *Street Arabs**— que huían del hacinamiento de su hogar con el objeto de ganarse la vida como repartidores de periódicos o limpiabotas, muchos de los cuales finalmente subsistían delinquiendo y/o se convertían en matones¹¹.

De todo esto daba cuenta Riis en su libro *Cómo vive la otra mitad*, una obra de denuncia que enfrentaba a los americanos cara a cara con la pobreza, que consiguió importantes reformas sociales, y que todavía hoy sigue siendo uno de los manuales de referencia por antonomasia en la materia, según han destacado los historiadores Bonnie Yochelson y Daniel Czitrom: “Casi un siglo después, Riis ejerce una atracción persistente sobre la imaginación

¹¹ Las historias de estos golfillos, conocidos como *The Bowery Boys*, *East Side Kids*, *Dead End Kids* o *Little Tough Guys*, han sido objeto de novelas, obras de teatro y películas americanas. Respecto a estas últimas, han nutrido considerablemente la industria del Hollywood clásico. Piénsese en las conocidas *Calle sin salida* (*Dead End*, William Wyler, 1937), *Ángeles con caras sucias* (*Angels With Dirty Faces*, Michael Curtiz, 1938), o en la posterior *Los jóvenes salvajes* (*The Young Savages*, John Frankenheimer, 1961).

americana. Los dos temas de sus escritos —la pobreza urbana y la americanización del inmigrante— son tan relevantes hoy como en su tiempo”¹². *Cómo vive la otra mitad* ocupa un lugar preferente en la lista de libros americanos que han dejado huella por el carácter crítico y constructivo de sus páginas y por el modo, inédito hasta la fecha, de presentar el discurso ante los lectores estadounidenses del siglo XIX, al combinar por vez primera en la historia del documentalismo el texto con la imagen fotográfica, gracias a la técnica, entonces recientemente aparecida, de los *halftones** o semitonos. Sus imágenes son el único registro que se conserva de la fotografía de los barrios bajos neoyorquinos de finales de siglo XIX, lo que subraya el carácter pionero de su empresa.

1.2. Las dos mitades de la obra de Jacob Riis

La obra de Riis, por tanto, tiene una doble faceta, literaria y gráfica, que no debe apreciarse de manera separada, aunque, tal y como vamos a acometer en este ensayo, pueda *estudiarse* por separado. Con el horizonte hermenéutico de entender a Riis tan bien como se entendió él a sí mismo trataremos de abarcar sus distintas dimensiones con el fin de no aislar el estudio de una de sus facetas (la literaria o la fotográfica) sin tener en cuenta ambas en su contexto. No mutilar a Riis supone también señalar sus contradicciones y limitaciones.

Si bien es cierto que la fotografía ocupa un lugar preferente en su obra (aunque no se considerara a sí mismo fotógrafo), el punto de partida del estudio de Riis siempre fue el texto, y su obra fundamental, *Cómo vive la otra mitad* es, ante todo, un texto americano. Determinar el género de la obra, a medio camino entre la ficción realista y naturalista, la incipiente literatura *muckraker** de principios del siglo XX y diversas tradiciones literarias del siglo XIX —como el reporterismo policial, los escritos de caridad protestante, las guías populares *sunshine and shadow** los cuentos de Horatio Alger

¹² Véase Bonnie YOCHELSON y Daniel CZITROM (2007). *Rediscovering Jacob Riis. Exposure Journalism and Photography in Turn-of-the-Century New York*, p. 13. Nueva York: The New Press. [Traducción propia. En adelante, todas las traducciones no acreditadas en notas al pie son mías. Solo se ofrece la versión original de los textos en verso por respeto a sus características formales.]

o las crónicas urbanas de Charles Dickens y Jack London—, entre otros, será uno de nuestros objetivos. *Cómo vive la otra mitad* es un texto engastado en la historia de la literatura norteamericana, por lo que relacionaremos su contenido, que es el de la mejora de las condiciones de vida en una gran ciudad, con el motivo de la fundación de la ciudad en diversos textos de la tradición literaria americana. Al respecto, en una antología de referencia para su estudio, *The Norton Anthology of American Literature*, figuran obras de los siguientes autores, entre otros, citados cronológicamente: Bartolomé de Las Casas, John Smith, William Bradford, John Winthrop, Benjamin Franklin, John Adams, Thomas Jefferson, Washington Irving, Ralph Waldo Emerson, Abraham Lincoln, Margaret Fuller, Frederick Douglas y Herman Melville. Según se aprecia, la autoridad que es preciso acreditar para formar parte de esa serie de escritores americanos tiene muy poco que ver con la cualidad estrictamente estética de su obra. La pluralidad de referencias convergen en lo que se ha dado en llamar *American Memory*, una rama de los Estudios Culturales Americanos (*American Cultural Studies*) que se extiende por todas las manifestaciones y expresiones artísticas, sociales e incluso religiosas, cuyo propósito es conservar la memoria histórica y cultural de la joven nación¹³. Esa memoria no podría entenderse ni definirse sin el arte de escribir (*Art of Writing**), que, en América, presenta unos márgenes más amplios de los que nos ha acostumbrado a observar habitualmente el estudio de la historia literaria, por cuanto existe un vínculo entre el arte de escribir y la memoria franqueado por la experiencia democrática, que “elevatoría la escritura constitucional a fuente de revelación de todo lo que sería digno de conservar en la memoria o de transmitir en la incipiente tradición literaria. El arte de escribir en los Estados Unidos no tendría, por tanto, un valor estético en sí mismo, ni siquiera regulativo o preceptivo desde un punto de vista retórico, sino constitutivo y constitucional: cada uno de los textos de

¹³ La *American Memory* se ha convertido en un ambicioso proyecto de digitalización auspiciado por la Library of Congress, que va más allá de la conservación y divulgación de los documentos fundacionales. En <<http://memory.loc.gov/ammem/index.html>> se encuentran disponibles todo tipo de ítems históricos, culturales y artísticos que recogen la experiencia americana desde la fundación de las colonias puritanas en Nueva Inglaterra hasta los últimos movimientos a favor de los derechos sociales. Así, reúne libros y textos literarios, informes legales y políticos, mapas, grabados, pinturas, fotografías, películas, piezas musicales, anuncios publicitarios, cuestiones relacionadas con la conservación del medio ambiente, la expansión americana, la inmigración, la guerra y la religión, entre otros.

la literatura norteamericana participaría de la persuasión de estar emulando la definición de un mundo y aumentaría las condiciones de posibilidad de la memoria. Ese arte de escribir habría quedado sancionado, en la primera enmienda de la Constitución, por la cláusula de la libertad de expresión, que anularía los antiguos procedimientos de la persecución o la censura y pondría de relieve que el ‘nuevo mundo’ era, ya en potencia, un mundo de lectores, supuesto principal de la extensión de los Estudios Culturales contemporáneos, pero también una herencia de la tradición de disidencia y libertad de conciencia que se remonta hasta la Reforma protestante y concluye con la ‘crisis americana’, como la llamó Paine”¹⁴. Este cambio de paradigma está en la raíz de la consideración de un libro como el de Jacob Riis, cuyo género, como ocurre con otras grandes obras americanas, sigue siendo susceptible de peliagudas discusiones académicas. Sobre este punto, el historiador y crítico literario R. W. B. Lewis señaló que “lo que relaciona a un novelista o un poeta con otro no es el hecho de que ambos pertenezcan a la misma ‘escuela’, sino cierto respeto compartido por los hechos concretos, o cierta preocupación similar por lo personal, o cierta afinidad de actitudes hacia el ambiente cultural en que viven, o la defensa de valores supuestamente arrinconados, y cierta compasión hacia los socialmente oprimidos”¹⁵. Si aceptamos esta idea, por la naturaleza misma del objeto de estudio al que nos enfrentamos, el comparativismo será la herramienta más apropiada para indicar los fundamentos de la investigación, dado que se adapta a y/o respeta el marcado individualismo que ha distinguido siempre al escritor norteamericano, que como Riis, “más que participar en un movimiento colectivo o apoyar una determinada causa literaria, le ha interesado afirmar su propia e intransferible experiencia de la vida”¹⁶.

La habilidad de Riis de unir lo viejo (la retórica del puritanismo americano y de la literatura decimonónica) y lo nuevo (su manera de observar

¹⁴ Véase Antonio LASTRA (2004). “American Memory”, p. 57. En Michele COMETA (ed.). *Dizionario degli studi culturali*. Roma: Meltemi editore. El ensayo ha sido publicado en castellano en Antonio LASTRA (2004), *Emerson trascendens. La trascendencia de Emerson* (pp. 13-20). Valencia: Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans. Universitat de València.

¹⁵ Véase R. W. B. LEWIS (1989): “Las letras. Formación de la literatura norteamericana”, p. 395. En Daniel J. BOORSTIN (ed.), *Historia de las civilizaciones. Estados Unidos*, vol. 12, trad. de José M^a Balil Giró et alii. Madrid: Alianza Editorial / Labor.

¹⁶ *Ibid.*, p. 394.

los hechos e incluir documentos con fuerza probatoria sobre la investigación, como las estadísticas oficiales y las fotografías) “ganó la confianza de su público y aseguró su éxito”¹⁷. Respecto a lo viejo, el discurso de Riis no está exento de la retórica del puritanismo que recorre la tradición literaria americana. En las páginas de *Cómo vive la otra mitad* puede apreciarse el trasfondo puritano de los documentos fundamentales, desde el discurso que John Winthrop pronunció ante los peregrinos del *Arvela*, hasta la Declaración de Independencia de Thomas Jefferson, que no solo dominan nuestra apreciación de Riis, sino que nos llevarán a tener en cuenta la relación ambivalente del “intelectual contra la ciudad”, más aún en el contexto americano de la posguerra civil, cuando la urbanización e industrialización coinciden con las nuevas responsabilidades del escritor en la vida pública¹⁸. En otras palabras, Riis en sus textos apela al temple ético del cristianismo que hubiera podido sobrevivir en el espíritu de sus lectores americanos, habituados a la ceguera que impone una sociedad hedonista y capitalista.

Los grandes cambios a los que ha asistido América como civilización no afectan sustancialmente al propósito de interpretar sus textos con la perspectiva de la crítica o mejora de las realidades conquistadas o descubiertas por el experimento democrático. No podemos dejar de prestar atención, junto al sesgo puritano del mensaje de Riis, al hecho de que su obra no conociera ningún tipo de censura o fuera fruto de la libertad de expresión, que era un derecho refrendado constitucionalmente. Puritanismo y revolución, o religión y política tienen una relación directa, como veremos, con una concepción de la literatura americana que quiere hacer justicia

¹⁷ Véase Bonnie YOCHELSON y Daniel CZITROM (2007). *Rediscovering Jacob Riis*, op. cit., p. 16.

¹⁸ A propósito de la influencia que los textos canónicos de la historia americana pudieran ejercer en la obra de Riis, merece la pena destacar que hay historiadores, como Daniel J. Boorstin, que consideran entre los mismos la obra del autor danés. En su *Compendio histórico de los Estados Unidos. Un recorrido por sus documentos fundamentales* Boorstin incluye la “Introducción” de Riis a *The Battle with the Slum* (1902), que repasa los logros obtenidos en materia de reforma desde la publicación de *Cómo vive la otra mitad*. De este modo, el texto de Riis figura compendiado junto a otros canónicos, como el citado discurso de Winthrop y la Declaración de Independencia. Véase Daniel J. BOORSTIN (compilador), *Compendio histórico de los Estados Unidos. Un recorrido por sus documentos fundamentales*, trad. de Carlos Ávila Flores, pp. 519-524. México: Fondo de Cultura Económica.

a los textos en su contexto. Así pues, nuestro estudio será de naturaleza interdisciplinar, en relación con las áreas de conocimiento que franquean la obra de Riis (la historia, la literatura, el periodismo y la fotografía), con el fin de valorar una obra de por sí transgenérica.

Se entiende entonces que el trabajo fotográfico de Riis deberá someterse al mismo cambio de paradigma que hemos señalado en el terreno literario. El caso de Riis como fotógrafo, según veremos en el vol. II, resulta un tanto especial, dado que ejerció durante solo cinco años el oficio y, sin embargo, fue precursor del uso del flash de magnesio, recientemente aparecido, que permitía por vez primera tomar instantáneas en ambientes oscuros (carentes de luz natural), e inauguró una corriente documentalista que, por sus características, difiere de lo que otros fotógrafos habían hecho hasta entonces. Riis encontró en el flash una aplicación útil en sus tareas de denuncia fotografiando a altas horas de la madrugada los lugares donde pernoctaba hacinada la población inmigrante. En principio, no pensó en captar él mismo las imágenes, sino que se sirvió de un grupo dispuesto —con acompañamiento policial— a salir en busca de las tomas deseadas. Encabezado por Riis en calidad de comisario, el grupo lo formaban John T. Nagle, de la Agencia Demográfica del Departamento de Salud Pública de la ciudad (Health Department's Bureau of Vital Statistics), Richard Hoe Lawrence y Henry G. Piffard, dos aficionados miembros activos de la Society of Amateur Photographers de Nueva York. Pero pronto los barrios pobres y las horas insólitas desalentaron a los fotógrafos y Riis hubo de aprender a usar una cámara.

Riis tomó fotografías por sí mismo durante los años previos a la evolución de la fotomecánica. A partir de la publicación de *Cómo vive la otra mitad* en 1890, la posibilidad de imprimir fotografías junto al texto —debido al rápido perfeccionamiento de los *halftones*— desarrolló un negocio en el que las agencias fotográficas y de prensa comenzaron a contratar a fotógrafos para tomar instantáneas de temas diversos, entre ellos los problemas que afectaban a los barrios bajos. Fueron años en los que la profesión se asentó y expandió a un ritmo vertiginoso. Tras la aparición de su segundo libro, *The Children of the Poor*, en 1892, se dio cuenta de que ya no tenía dificultades para adquirir imágenes con las que ilustrar sus textos y conferencias, y abandonó paulatinamente la práctica fotográfica a medida que otros se familiarizaron con la técnica de cuyo uso él había sido

pionero. De este modo, se convirtió en coleccionista. Para Riis la fotografía fue un medio, nunca un fin en sí mismo, de ahí que solo tomara fotografías cuando estuvo falto de ellas y no encontró a nadie para hacerlo.

Que Riis ejerciera de fotógrafo durante un breve periodo de tiempo y que las fotografías fueran captadas para respaldar su discurso, sin perseguir con ello un objetivo estético, no nos puede llevar a exceptuar su comparación —según llevaremos a cabo en el último capítulo del vol. II— con otros fotógrafos contemporáneos que sí lo tuvieron. Los profesionales de la fotografía, como los de la literatura, están sometidos a la apreciación o el juicio imparcial de un mundo de lectores o espectadores, en el que el dictamen del *amateur* tiene una peculiar importancia desde el punto de vista de su condición ciudadana.

1.3. Riis *in the making*. Antecedentes

Desde la publicación en 1890 de su primer libro, la obra de Riis ha sido considerada por los estudiosos con perspectivas diversas y opiniones divergentes. Su estudio ha variado con el paso del tiempo. Tres son las etapas o tramos temporales que podemos distinguir al respecto: 1890-1930, 1930-1970 y 1970-2010.

1.3.1. La etapa progresista.

El cambio en la consideración de Riis (1890-1930)

La primera de ellas, coetánea de Riis, se caracterizó por el juicio de los reformadores progresistas del siglo XIX, que alabaron su incansable activismo en la mejora de la vida de los pobres. Así, Robert W. DeForest y Lawrence Veiller en *The Tenement House Problem* señalaban que Riis “había hecho más por educar al público general en el tema que los escritos de cualquier otra persona”¹⁹. El aclamado periodista *muckraker* Lincoln Steffens escribió en 1903: “La gente no se da cuenta, pero nunca un ciudadano de Nueva York

¹⁹ Véase Robert W. DEFOREST y LAWRENCE VEILLER (1905). *The Tenement House Problem*, vol. I, p. 105. Nueva York: Macmillan.

se ha dedicado tan completamente al bienestar de la ciudad como Riis, y, francamente, nadie ha logrado tanto —tantas reformas concretas, tangibles²⁰. El éxito de la obra de Riis motivó la ayuda de personas influyentes, como el futuro presidente de los Estados Unidos Theodore Roosevelt, a quien Riis mostraría la realidad de los barrios bajos en 1895 —cuando Roosevelt dirigía el New York City Board of Police Commissioners—, y por el que haría campaña como gobernador y presidente²¹. El carácter reformista de Riis sería aún destacado por Roosevelt con el paso de los años. En un artículo publicado a propósito del cincuenta aniversario del fallecimiento del autor danés, que ha sido empleado como introducción de las ediciones modernas de la autobiografía de Riis, *The Making of an American*, diría: “Jacob Riis fue uno de esos varones que por medio de la pluma contribuyeron a elevar en mayor medida en este país el nivel de altruismo, de desinterés, de civismo sano y bondadoso. Pero, además de ello, es de los pocos grandes escritores que, a la par que abogaban a favor de viviendas limpias y decentes y de una conducta recta, fueron también grandes realizadores... Fue, sin duda, un realizador de la palabra, y no un oyente pasivo ni un mero predicador²²”.

1.3.2. El redescubrimiento (1930-1970)

Si bien es cierto que en la segunda década del siglo XX la generación de reformadores progresistas comenzó a juzgar su obra pasada de moda —en especial por la desconfianza de Riis hacia la intervención del gobierno en políticas sociales y por su manera de apelar a la caridad cristiana y/o intervención privada—, a partir de 1930 su obra se revitalizaría al servir como fuente

²⁰ Véase Lincoln STEFFENS (1903). “Jacob Riis. Reporter, Reformer, American Citizen”. En *McClure's Magazine*, agosto de 1903, p. 419. Recuperado de <<http://www.unz.org/Publication/McClures-1903aug>>.

²¹ En 1903 Riis publicó la biografía *Theodore Roosevelt: The Citizen* con el fin de apoyar la candidatura a presidente de los Estados Unidos de Roosevelt, un extenso volumen en el que analiza las causas por las que, a su juicio, merecía la pena votar por él. Riis ejerció una poderosa influencia en Roosevelt en el área de la reforma social, según refleja el propio Roosevelt en su autobiografía.

²² Theodore ROOSEVELT (1964). “Jacob Riis”. En *The Outlook*, 6 de junio de 1964, p. 284.

de inspiración para los reformadores del New Deal²³, como el Secretario de Trabajo Frances Perkins y el entonces alcalde de Nueva York, Fiorello La Guardia, que inauguró en honor a Riis diversos proyectos públicos de urbanismo, entre ellos el Jacob Riis Park en la península Rockaway de Queens (1932), y las Jacob Riis Houses (1949) del East Village en el bajo Manhattan, un complejo de trece edificios entre seis y catorce plantas cada uno con 191 apartamentos y zonas de recreo, destinados a inquilinos de rentas bajas, que hoy son custodiados por la City Housing Authority de Nueva York. El año en que se inauguraron las Jacob Riis Houses coincidió con el centenario del nacimiento de Riis. Robert Moses, arquitecto del Jacob Riis Park, publicó un artículo conmemorativo en el *New York Times* en que recordaba a los lectores americanos que lo que Riis ideó y materializó sigue siendo historia viva²⁴.

La década de los cuarenta sería además la más importante en términos fotográficos por el redescubrimiento que haría el fotógrafo documental de origen crimeano Alexander Alland, tras cinco años de investigación y búsqueda, de toda una colección de fotografías de Riis, hasta entonces olvidada en una caja ubicada en el ático de su vivienda de Richmond Hill. La colección, que incluye tanto imágenes captadas por Riis como otras adquiridas por él para ilustrar sus artículos, actualmente forma parte de

²³ Louise Ware escribiría en 1939 la biografía *Jacob A. Riis: Police Reporter, Reformer, Useful Citizen*. New York: D. Appleton-Century Co. Inc. El título recordaba el del citado artículo de Lincoln Steffens.

²⁴ La afirmación original decía así: “Lo que pensó y realizó todavía afecta a la ciudad, y muchos de nosotros continuamos viviendo por sus ideales”. Véase Robert MOSES (1949). “The Living Heritage of Jacob Riis”. En *The New York Times Magazine*, 1 de mayo de 1949, p. 12. Puede consultarse la digitalización del artículo en el siguiente enlace a la hemeroteca del periódico: <<http://www.nytimes.com/ref/membercenter/nytarchive.html>>. El texto iba acompañado de dos de las fotografías más conocidas de Riis, *Five Cents a Spot* y *Bandit's Roost* [véase F2]. La primera de ellas mostraba uno de los infectos y hacinados alojamientos que se ofrecían a los inmigrantes por cinco céntimos la noche y se comparaba con el retrato de una familia que habitaba uno de los agradables apartamentos de las mencionadas Riis Houses; la segunda de las imágenes de Riis, *Bandit's Roost*, retrataba el área de Five Points —entonces conocida por su alto índice de criminalidad— e igualmente se comparaba con una instantánea de una zona de juegos al aire libre para niños, otra de las propuestas de Riis para mejorar la vida en la ciudad. De este modo se destacaban los logros de Riis, a quien Moses califica en su texto de visionario, en la medida en que promovía proyectos de urbanismo para los pobres que se consumirían años después y de los que otras ciudades se harían eco.



F2. Dos primeras páginas del artículo de Robert Moses “The Living Heritage of Jacob Riis”, en el que se aprecian las imágenes reencuadradas de Riis *Five Cent’s a Spot* (p. izquierda) y *Bandit’s Roost* (p. derecha). (Véase nota 25.)

los fondos del Museum of the City of New York (MCNY): 412 negativos de cristal, 161 diapositivas de linterna mágica y 193 impresiones a papel. El hallazgo de Alland elevó a Riis a la categoría de fotógrafo pionero en el empleo documental del flash de magnesio para retratar condiciones de vida de la población inmigrante del Lower East Side. Las imágenes de Riis eran las únicas que se conservaban y conocían de las aglomeraciones en el interior de las casas de vecindad, los asilos policiales y los talleres de explotación laboral del bajo Manhattan en el siglo XIX. Su divulgación, en una época en que la fotografía de denuncia social en América se encontraba en plena efervescencia (es la época, recordemos, de la Farm Security Administration [FSA], pero también del ucraniano Weegee, y otros fotógrafos que buscaban la exclusiva a pie de calle) fue todo un acontecimiento en el mundo del arte y el fotoperiodismo. Al igual que hicieron Berenice Abbott con la obra de Eugène Atget, o Ansel Adams con la de los fotógrafos de las grandes expediciones geológicas, Alland dio a conocer al gran público las imágenes de Riis. El punto de partida de la divulgación de su obra fue la exposición de 1947 en el MCNY, titulada como el libro homónimo de Riis publicado en 1902, *The Battle with the*

Slum, en la que se mostraron 50 de las fotografías de Riis recuperadas y, lo más importante, restauradas y reveladas por Alland. La exposición de Riis caló hondamente en el ámbito profesional e investigador de la fotografía. Así, el *U.S. Camera Annual* de 1948 abría con un artículo de más de diez páginas titulado “The Battle with the Slum, 1887-1897. The Early Documentary Photography of Jacob Riis”, en el que se reseñaba “la muestra fotográfica más emocionante en años”. En el encabezado del artículo se hacía referencia a la exposición de Riis en el MCNY como “probablemente la primera y más sensacional serie documental producida en más de cien años de historia fotográfica americana”²⁵. Un año después, en 1949, Beaumont Newhall publicaba su primera edición de su célebre *Historia de la fotografía (The History of Photography from 1839 to the Present Day)*, que bautizaba a Riis como “el primer fotoperiodista de la historia”, estableciendo una línea temporal que comenzaba con él y continuaba con Lewis Hine hasta los fotógrafos de la FSA²⁶; ese mismo año Edward Steichen incluiría seis fotografías de Riis recuperadas por Alland en la exposición *The Exact Moment* del Museum of Modern Art (MoMA). La publicación en 1974 del libro de Alexander Alland *Jacob Riis. Photographer & Citizen*²⁷, con introducción de Ansel Adams, terminó de consolidar un discurso en el que Riis aparecía como el precursor del documentalismo fotográfico americano, comparable a figuras como Henri Cartier-Bresson, a pesar de que Alland advertía sobre los defectos de su técnica²⁸, circunstancia que recientemente ha sido subrayada por la interpretación revisionista de Bonnie Yochelson, excuradora del MCNY, con el fin de apejar a Riis del

²⁵ Véase Tom MALONEY (ed.) (1948). *U.S. Camera Annual*, p. 11. Nueva York: U.S. Camera Publishers.

²⁶ Véase Beaumont NEWHALL (1949). *The History of Photography from 1839 to the Present Day*. Nueva York: Museum of Modern Art.

²⁷ Véase Alexander ALLAND, SR. (1974). *Jacob A. Riis: Photographer & Citizen*. Millerton, Nueva York: Aperture Foundation.

²⁸ “Fotógrafos artísticos, historiadores y curadores buscaban activamente precedentes históricos para justificar y estimular el acercamiento estético de estos fotógrafos contemporáneos... Riis se convirtió en el precursor no solo de los fotógrafos documentales de 1930, sino también de los fotógrafos animistas en 35mm, como Henri Cartier-Bresson.” Véase Bonnie YOCHELSON (1994). “What are the Photographs of Jacob Riis?” En *Culturefront. A Magazine of the Humanities*, New York Council for Humanities, volumen 3, núm. 3, otoño de 1994, p. 29.

panteón de los grandes fotógrafos en que lo situaba la mayoría de historiadores y críticos del arte, quienes le atribuyeron una mirada estética y una retórica visual de la que, según Yochelson, carece su obra²⁹. Para Yochelson, Riis no puede ser valorado como fotógrafo en sentido estricto en la medida en que, en primer lugar, él mismo no se consideraba fotógrafo y ejerció de fotógrafo durante un periodo muy breve de tiempo, en segundo lugar, nunca se planteó un acercamiento estético al tema ni se formó en el terreno de la competencia técnica. En efecto, Riis no empleaba criterio compositivo alguno de manera consciente: sus encuadres, realizados con luz natural, se exponían a la impaciencia de los sujetos, y aquellas tomas en las que empleó el flash de magnesio fueron captadas casi en la total oscuridad de los alojamientos que habitaban o frecuentaban los inmigrantes, lo que significaba que el fotógrafo no podía ver lo que encuadraba. Como resultado de ello, las composiciones azarosas de esas tomas y la luz dura, deslumbrante, del flash, sin embargo, fomentaron un encuentro en bruto con el tema, una manera hasta entonces insospechada de representación fotográfica, que hoy podría considerarse incluso moderna, casi cinematográfica, por el corte poco limpio, abrupto, del cuadro, quizá la más idónea para exponer el caos que suponía vivir en las casas de vecindad o pernoctar en los decrepitos asilos de las comisarías policiales. Por otra parte, Riis no consideró su incursión fotográfica como algo serio, ya que no tomó precauciones para preservar su obra fotográfica, como sí hizo, en cambio, con sus escritos, que recopiló cuidadosamente en álbumes que fueron donados a la Library of Congress de Washington tras su muerte, conocidos como los *Jacob Riis Papers*, y que han sido una fuente de primera mano para elaborar este libro³⁰. Para Riis sus fotografías no tenían un

²⁹ La posición de Yochelson difiere radicalmente de la de otros historiadores, como Peter BACON HALES (2005) en su muy citado *Silver Cities: Photographing American Urbanization, 1839-1939*. México: University of New Mexico Press.

³⁰ Para hacer justicia a la práctica fotográfica de Riis hay que decir, como veremos en el tercer capítulo, que depuró de algún modo su técnica con el transcurso del tiempo. Los retratos que tomó para su segundo libro, *The Children of the Poor*, publicado en 1892, son mucho más cercanos y responden a composiciones más equilibradas. Quizá esto se deba a la relación que estableció con los individuos fotografiados, que pasaron de ser sujetos anónimos a personas con nombre y apellido a las que trató personalmente y cuyas circunstancias refiere en su obra. En *The Children of the Poor* Riis enfatiza las cualidades de cada individuo frente al pintoresquismo que caracteriza la cotidianidad urbana de los barrios bajos en *Cómo vive la otra mitad*.



F.3. Jessie Tarbox Beals: *Family Making Artificial Flowers* (1892). Fotografía publicada en la actual edición de Dover de *How the Other Half Lives* (1990), sin identificación alguna de la autora, atribuida erróneamente a Riis.

interés intrínseco en sí mismas, sino solo en relación con el texto que las acompañaba, como prueba o testimonio gráfico de lo que narraba.

La teoría de Yochelson se sobrepone a las de otros investigadores que hasta ahora habían construido sus argumentos sobre la base de las imágenes de Riis que han circulado y que no responden a su exposición original, a saber: 1) las retocadas por Alexander Alland, que fueron adquiridas por la New York Historical Society, y 2) las encargadas por el MCNY en 1957 a John Harvey Heffren, el entonces fotógrafo del museo, con vistas a la conservación de los originales. Las copias de Heffren no son representativas de toda la colección: reproducen los negativos de Riis, pero no los positivos a papel, ni las diapositivas de linterna mágica —muchos de cuyos negativos se han perdido—, por lo que parte de la colección ha permanecido oculta al público durante décadas. Por otro lado, tanto Alland como Heffren reencuadraron las composiciones originales de Riis, bien para disimular el deterioro de los bordes del negativo, bien para realzar y dramatizar la presencia de los indi-



F.4. Jessie Tarbox Beals: *Family Making Artificial Flowers* (1892). CAW Print, MCNY. En la esquina inferior izquierda se aprecia la firma de la fotógrafa. Más evidentes son las chinchetas que indican que se trata de una fotografía a papel montada sobre un soporte.

viduos en el contexto de la imagen, y mejoraron igualmente la luminosidad (niveles de exposición, saturación, brillo y/o contraste). Además, y a diferencia de Alland, la manipulación que Heffren efectuó de los negativos ha llevado a que se atribuyan a Riis imágenes de otros fotógrafos que el autor adquirió en copias positivas a papel y que mandó pasar a negativo con el fin de poder fabricar diapositivas para sus conferencias con linterna mágica. Al recortar los bordes del negativo, Heffren borró las firmas de los respectivos autores, indicadas en algunos casos —como se observa en *Tenement Family Making Artificial Flowers*, de Jessie Tarbox Beals, cuyo nombre aparece estampado en el borde inferior izquierdo de la imagen—, y también omitió las tachuelas que confirmaban que se trataba de una imagen tomada de una fotografía montada sobre un soporte rígido [cfr. F.3 con F.4]³¹.

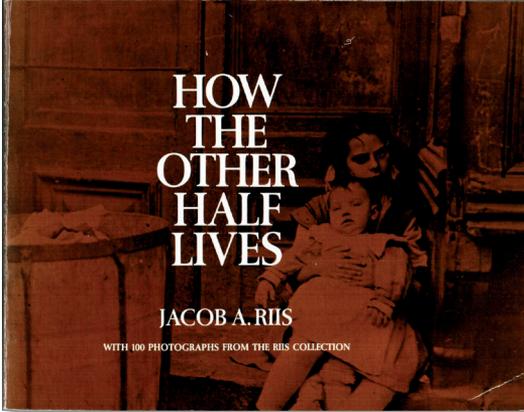
³¹ Riis, en cambio, conservó el nombre de Beals en la diapositiva de linterna mágica que mandó hacer de dicho negativo, de lo que se desprende que siempre respetó la

Esta circunstancia ha sido la causa, en el mejor de los casos, de que críticos e historiadores comenten o reproduzcan las fotografías de Riis sin atender a sus encuadres originales —como ocurre en la edición revisada y ampliada de la conocida *The Picture History of Photography*, de Peter Pollack—, y, en el peor, de que le atribuyan erróneamente imágenes que no son suyas³². De hecho, la mayoría de las ediciones modernas de *Cómo vive la otra mitad*, con la intención de enriquecer la publicación, han intercalado sin previo aviso fotografías de la Jacob A. Riis Collection que originalmente no ilustraban la obra de 1890. Éste es el caso también de la difundida edición de Dover Publications de *Cómo vive la otra mitad*, que añade 70 fotografías de la Jacob A. Riis Collection a las 30 que originalmente ilustraban la obra; la nota publicada en la mancheta del libro atribuye explícitamente todas las imágenes a Riis: “Treinta de las ilustraciones originales que fueron redibujadas de (o basadas en) las fotografías de Riis han sido reemplazadas aquí por las fotografías correspondientes, amablemente cedidas por el MCNY (Jacob Riis Collection), que también es la fuente de las setenta fotografías de Riis añadidas en la presente edición”³³.

autoría de las imágenes compradas para su colección y las diferenció de las suyas. Alland también fue cuidadoso al respecto: en su obra sobre Riis reprodujo a modo de catálogo solo aquellas imágenes que estaba seguro de que habían sido tomadas o comisariadas por él, y además hizo justicia a Beals en su obra *Jessie Tarbox Beals, First Woman News Photographer*, en la que incluye imágenes de la Jacob A. Riis Collection del MCNY pertenecientes a Beals cuyo recorte por parte de Heffren podía llevar a confusión. Véase Alexander ALLAND (1978). *Jessie Tarbox Beals, First Woman News Photographer*. Nueva York: Camera / Graphic Press LTD.

³² Véase Peter POLLACK (1969). *The Picture History of Photography. From the earliest beginnings to the present day*, pp. 298 y ss. Nueva York: Harry N. Abrams Inc. Publishers. En el capítulo 26, “Riis and Hine: Social Idealists with the Camera”, Pollack incluye cinco imágenes de la Jacob A. Riis Collection del MCNY impresas a media página o página completa. Según indica, “todas las fotografías de esta sección están hechas por John H. Heffren de los negativos originales de Riis, cortesía del Museum of the City of New York”. El historiador no advierte de las modificaciones aplicadas por Heffren que destacan a simple vista (entre ellas, el recuadre y la mejora de la exposición), posiblemente porque lo ignoraba.

³³ Jacob A. Riis (1990): *How the Other Half Lives* (1971). Nueva York: Dover Publications, Inc. (Las cursivas son mías.) Otro ejemplo a destacar es la fotografía que ilustra la portada del libro *Girl and the Baby, Scene in Gotham Court* [véase F.5], igualmente entresacada de la serie de imágenes con tachuelas de la Jacob A. Riis Collection [cfr. con F.6], lo que supone que la autoría no es de Riis. Esta edición es la que circula por la mayoría de librerías, bibliotecas y museos norteamericanos: de hecho, a día de hoy es



F.5. Portada de la edición de Dover *How the Other Half Lives* con la ilustración de la Jacob A. Riis Collection *Girl and the Baby, Scene in Gotham Court*.



F.6. *Girl and the Baby, Scene in Gotham Court*. Jacob A. Riis Collection. / CAW Print, MCNY. El soporte y las chinchetas indican, como en el caso de la imagen de Beals [F.4], que se trata de una fotografía no captada, sino adquirida por Riis.

En 1990, treinta y tres años después de las copias que hiciera Heffren (cuarenta y tres de las de Alland), el MCNY encargó a la empresa Chicago Albumen Works una nueva serie de imágenes que respetara las composiciones originales de los negativos de Riis. Esta versión de las imágenes de Riis es la que se ha empleado como fuente de estudio para nuestra investigación³⁴.

Sin embargo, quisiera hacer constar que, en virtud de la consulta y el cotejo llevado a cabo de las imágenes de la colección con las reproducciones que Riis hizo en sus libros y artículos publicados en prensa, el catálogo interno de la Jacob A. Riis Collection que el MCNY maneja y, a fecha de hoy, todavía pone a disposición de los investigadores no es en absoluto fiable: las fotografías en él no están correctamente datadas ni acreditadas, ni son exactas las referencias al lugar donde fueron publicadas (libros o artículos)³⁵. Dado que Riis no solo fotografió o comisionó, sino que, según se ha

la más vendida en la librería del *Tenement Museum* de Nueva York (frecuentado sobre todo por los turistas que desean revivir o recomponer lo que fue la experiencia de la vida en los *tenements* del siglo XIX), y también en la compañía de comercio electrónico Amazon: en el *Amazon Best Sellers Rank* figura entre los cien primeros más vendidos de las secciones de historia de la fotografía (puesto 20) y sociología urbana (puesto 90), según consulta de 20/09/2012.

³⁴ Las imágenes de Riis reproducidas a lo largo del libro provienen, por tanto, de esta fuente. Si no se indica lo contrario, se trata de impresiones modernas sobre los negativos originales realizadas por Chicago Albumen Works (CAW) para la Jacob A. Riis Collection del Museum of the City of New York (MCNY). En adelante se citarán de modo abreviado como CAW Print, MCNY. Puede consultarse al final del vol. II (pp. 562-580) una lista de todas las obras de la Jacob A. Riis Collection reproducidas junto al texto.

³⁵ El investigador interesado en la obra de Riis solo puede llegar a conclusiones fundadas cotejando las fotografías de Riis custodiadas por distintas instituciones con sus libros originales y con los artículos publicados que se encuentran en los *Jacob Riis Papers* de la Library of Congress de Washington. Aunque mi objetivo nunca fue la catalogación de la obra fotográfica de Riis, tuve que afrontar en parte esta labor durante una estancia de investigación en 2010 para poder interpretar correctamente el corpus de su obra, dado que a pesar de que la Jacob A. Riis Collection es una de las colecciones fotográficas más importantes del MCNY y está digitalizada desde 1995, su página web, hasta finales de 2011, era totalmente inoperante: en ella no se facilitaba ningún tipo de información sobre Riis ni se exhibían sus fotografías. Ahora éstas pueden consultarse en <<http://collections.mcny.org>>, si bien sigue siendo un *totum revolutum* con todavía errores de acreditación y fechado que están siendo subsanados. Lo dicho actualiza mi ensayo al respecto publicado en abril de 2011. Véase Rebeca ROMERO ESCRIVÁ: “Literatura y fotografía: las dos mitades de Jacob Riis”. En *Archivos de la Filmoteca. Revista de estudios históricos sobre la imagen*, núm. 67, pp. 172-193. Quiero, no obstante, agradecer al

dicho, a partir de 1892 se convirtió en coleccionista y adquirió imágenes de otros fotógrafos para ilustrar sus conferencias, libros y artículos, cada vez es más necesario un estudio que despeje las dudas sobre la autoría de las imágenes. Bonnie Yochelson se ha interesado en llevar a cabo la tarea (todavía un *work in progress*) con el fin de corregir los malentendidos creados. De momento, su trabajo sigue inédito; solo contamos con las siguientes cifras referidas en una nota a pie de página en *Rediscovering Jacob Riis*:

Los negativos, diapositivas de linterna mágica e impresiones sobre papel de la Jacob A. Riis Collection, MCNY, representan 559 imágenes. De esas, 250 fueron tomadas por Riis o comisionadas por él y 309 son copias de impresiones que Riis adquirió de una variedad de fuentes diversas. De las 250 imágenes, 57 fueron tomadas por Lawrence y Piffard, 9 por Collins y 12 por Fisk. (Dos negativos de 5 x 7 pulgadas fueron obtenidos para un artículo de 1892 del *Evening Sun* por un fotógrafo no identificado.) Riis tomó 53 de las nuevas imágenes publicadas en *Cómo vive la otra mitad* y *The Children of the Poor*. Tomó 75 nuevas imágenes que aparecieron en artículos de periódicos y revistas entre 1889 y 1898. Hay 42 imágenes de Riis que no fueron publicadas, y de éstas, 21 no pueden ser fechadas³⁶.

curador del MCNY, Sean Corcoran, y a la especialista en derechos de imagen, Robbi Siegel, que me atendieron durante el verano de 2010, la ayuda prestada, aunque el rudimentario catálogo que me ofrecieron *in situ* contenía errores importantes, que dificultaron la presente investigación. De mayor utilidad fueron las imágenes a resolución de pantalla de la Jacob Riis Collection aquí incluidas, que me fueron excepcionalmente cedidas por el museo a cambio de la donación de la digitalización y catalogación de los más de mil ítems que componen los *Scrapbooks* de los *Jacob Riis Papers* de la Manuscript Division de la Library of Congress de Washington. Esta digitalización la llevé a cabo manualmente con un escáner profesional cedido por la Universitat de València. La digitalización no se hizo a partir de los originales, sino sobre microfilmaciones de 35mm. realizadas por el servicio de reprografía de la Library of Congress. (Por motivos de conservación, los documentos originales no están disponibles para los investigadores; la política de la Library of Congress [a diferencia de la de la New York Public Library, que también contiene otra colección menor y complementaria de *Jacob Riis Papers*] solo permite la consulta y manejo de microfilmaciones en sus instalaciones, por lo que en ningún caso hubiese sido posible trabajar sobre el original.) En consecuencia, los documentos que se reproducen a lo largo de estas páginas (artículos, recortes de periódicos, notas manuscritas, informes, etc.) de los *Scrapbooks* de los *Jacob Riis Papers* corresponden a las digitalizaciones mencionadas.

³⁶ Véase Bonnie YOCHELSON y Daniel CZITROM. *Rediscovering Jacob Riis*, op. cit., n. 61, p. 248. Según correspondencia mantenida con la autora a finales de 2013, el MCNY está organizan-

Con todo, hasta que la investigación de Yochelson vea la luz, no contamos con obra alguna publicada que identifique de manera fehaciente y sistemática cuáles son las 250 imágenes tomadas o comisionadas por Riis (a excepción de las 82 publicadas por Alexander Alland en su libro de los años setenta y las 52 de la monografía sobre Riis publicada por Phaidon), frente a las 350 que adquirió de otros autores³⁷.

Retomando lo dicho, las copias modernas proporcionadas por Chicago Albumen Works muestran, en efecto, que la pretensión de Riis no era estética, sino documental. Con independencia de que Riis captara las imágenes aparentemente sin establecer un criterio visual, el caso es que, al observar sus encuadres con detenimiento, nos damos cuenta de que Heffren le hizo un flaco favor en lo que se refiere a la composición, dado que las imágenes originales revelan detalles que acentúan aún más el valor de denuncia de su fotografía. Por ejemplo, en el reencuadre llevado a cabo por Heffren de la fotografía *Lodgers in a Crowded Bayard Street Tenement: "Five Cents a Spot"* (1889) [cfr. F.7 y F.8], con su recorte se ocultan en la parte inferior derecha dos figuras, lo que mitiga la sensación de hacinamiento que Riis buscaba (distinguimos cinco en vez de siete personas durmiendo en una misma habitación), y en el tercio izquierdo se pierde parte de la utilería de cocina y enseres varios (ropa tendida, botas...) que aumentan la sensación de claustrofobia. Algo similar se aprecia en su encuadre de *Italian Mother* (1889) [F.7]: al acercar el sujeto al plano, el ambiente desolado que envuelve a madre e hijo no resulta tan intenso, y perdemos detalles que componen su "hogar", como el recogedor y la prenda que cuelga en el interior del armario [cfr. con F. 8]. Alland, en cambio, fue más respetuoso con los márgenes de estas dos imágenes [cfr. F.8 con F.9], si bien también reencuadró otras en extremo, como *A 'Scrub' and Her Bed — The Plank* (1892), en que el recorte aplicado omite la mano acusadora del policía que se entromete en el plano, con lo que se pierde el carácter espontáneo de

do una exposición de la obra de Riis (y la publicación del ansiado catálogo) que contará con la participación de la Library of Congress, entre otras instituciones, y que viajará al menos de Nueva York a Washington y, posiblemente, a Ribe y/o Copenhague entre 2015 y 2016.

³⁷ En el presente trabajo se citan y comentan solo aquellas fotografías de Riis cuya atribución ha sido corroborada por Yochelson, a quien agradezco su asesoramiento durante el proceso. Su obra de 2001 *Jacob Riis* (Londres / Nueva York: Phaidon Press Limited), también ha sido de ayuda.

la imagen [cfr. F. 10 con F. 11]. No obstante, en algunos casos, el autor advirtió de sus recomposiciones indicando que se trataba de un detalle, como ocurre con *Elisabeth Street Police Station — Women Lodgers* (1893) [cfr. F.12 y F.13]. Esto nos hace recordar, como apuntó Alland, que “no es la técnica, sino el punto de vista lo que determina si la fotografía tendrá un valor duradero”³⁸. En otras palabras, que el mérito de las fotografías de Riis radica en su carácter humano, en su valor de denuncia, y que hemos de aproximarnos a ellas con la perspectiva de un documento histórico digno aún de ser estudiado, más allá de las manipulaciones de las que haya sido objeto.

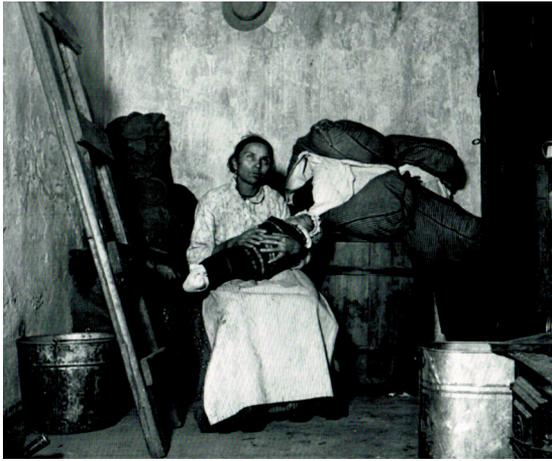
1.3.3. Últimas aproximaciones (1970-2010)

Siguiendo con la serie de enfoques críticos, en la década de los sesenta la pobreza urbana y el determinismo social experimentaron un nuevo repunte y se reavivó el interés por el estudio de la historia del reformismo americano. Como consecuencia, la obra de Riis fue reimpresa e introducida por diversos autores provenientes de distintas ramas de las Humanidades, entre ellos, Roy Lubove, Sam Bass Warner, Francesco Cordasco y Charles A. Madison, quienes por vez primera atribuyeron los estereotipos raciales en Riis al anacronismo propio de las mentalidades del siglo XIX³⁹. La década siguiente terminó de dividir el estudio de la obra de Riis en tres campos autónomos de interpretación que no se comunicaban entre sí: la historia, la sociología y la fotografía, y se publicaron las primeras biografías dedicadas al autor, tras el clásico de Louis Ware de los años treinta. Al

³⁸ Véase Alexander ALLAND (1974). *Jacob A. Riis: Photographer and Citizen*, op. cit., p. 13.

³⁹ Véanse Roy LUBOVE (ed.) (1966). “Introduction”. En Jacob A. RIIS, *The Making of an American*. Nueva York: Harper & Row; Sam BASS WARNER, Jr. (ed.) (1970). “Introduction”. En Jacob A. RIIS, *How the Other Half Lives: Studies Among the Tenements of New York*. Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press; FRANCESCO CORDASCO (ed.) (1970). “Introduction”. En Jacob A. Riis, *The Children of the Poor*. Nueva York: Garrett Press; Charles A. MADISON (ed.) (1971). “Preface”. En Jacob A. RIIS, *How the Other Half Lives: Studies Among the Tenements of New York*. Nueva York: Dover Publications; y, de nuevo, FRANCESCO CORDASCO (1968). *Jacob Riis Revisited. Poverty and the Slum in Another Era*. Nueva York: Anchor Books. La última referencia es una selección de capítulos de los principales libros de Riis, *Cómo vive la otra mitad*, *The Children of the Poor* y *A Ten Year's War*, editados e introducidos por Cordasco.





F7. Encuadres de John Harvey Heffren de los negativos de Riis. Positivos a papel de 1957 para el MCNY, vigentes hasta 1990. / Jacob A. Riis Collection, MCNY.



F8. Jacob Riis: izquierda, *Lodgers in a Crowded Bayard Street Tenement: "Five Cents a Spot"* (1889); derecha, *Italian Mother* (1889). [Cfr. con F.7 y F.9] / CAW Prints, MCNY.



F9. Encuadres de Alexander Alland de los negativos de Riis. Imágenes publicadas en su libro *Jacob Riis. Photographer and Citizen*, pp. 81 y 129.



F.10. Jacob Riis: *A 'Scrub' and Her Bed — The Plank* [Police Station Lodgers 8. *An ancient women lodger in Eldridge Street Station*] (1892). / CAW Print, MCNY.



F.11. Encuadre de Alexander Alland. Fotografía publicada en su libro *Jacob Riis. Photographer and Citizen*, p. 71.



F.12. Jacob Riis: *Elisabeth Street Police Station — Women Lodgers* (1893) / CAW Print, MCNY.



F.13. Encuadre de Alexander Alland. Fotografía publicada en su libro *Jacob Riis. Photographer and Citizen*, p. 69. En el texto que la acompaña indica: “Detail”.

respecto, 1974 fue un año especialmente importante por la aparición de los libros de James B. Lane, Edith Patterson Meyer y Alexander Alland, que hoy siguen figurando como referencias obligadas en las bibliografías de los estudios sobre Riis⁴⁰. Los años setenta supusieron además la ampliación de la autobiografía de Riis *The Making of an American* por su nieto J. Riis Owre, que escribió un prefacio y un epílogo a la reedición que Macmillan Company sacó a la luz. En el epílogo Owre completaba la vida de Riis desde 1901, año en que su abuelo publicó por vez primera el libro, hasta 1914, en que falleció⁴¹. Con alguna excepción, hasta la década de los noventa las obras sobre fotografía no prestarían atención a los escritos de Riis, del mismo modo que los análisis históricos, periodísticos o sociológicos iban pobremente ilustrados y pasaron por alto el comentario de su obra fotográfica. No sería hasta entonces cuando comenzarían a aparecer interpretaciones de la obra de Riis en que se tuviesen en cuenta sus facetas literaria y gráfica.

A partir de 2000 se llevarían a cabo nuevas aproximaciones con la perspectiva de los Estudios Culturales, desde la ficción regional estudiada por Stephanie Foote hasta la dimensión performativa de la vigilancia que encuentra Reginald Twigg en la retórica de la imagen del autor danés⁴². Paralelamente, han aparecido interpretaciones revisionistas, como la citada de Yochelson y Czitrom, que apartan a Riis del campo del arte para ubicarlo en el de la historia social y cultural americana.

Con motivo del 120 aniversario de la publicación del primer libro de Riis, Norton Critical Editions dio a conocer en 2010 la versión actual

⁴⁰ Véanse James B. LANE (1974). *Jacob A. Riis and the American City*. Port Washington, Nueva York: Kennikat Press; Edith Patterson MEYER (1974). "Not Charity but Justice": *The Story of Jacob A. Riis*. Nueva York: Vanguard Press; y Alexander ALLAND (1974). *Jacob A. Riis: Photographer and Citizen*, op. cit.

⁴¹ Véase Jacob A. RIIS (1970). *The Making of an American* (1901). Nueva York: Macmillan Company.

⁴² Véanse Stephanie FOOTE (2001). *Regional Fictions. Culture and Identity in Nineteenth-Century American Literature*. Madison: The University of Wisconsin Press, en especial el cap. 5, "Disorienting Regionalism: Jacob Riis, the City, and the Chinese Question", pp. 124-144; y Reginald TWIGG (2008). "The Performative Dimension of Surveillance: Jacob Riis' *How the Other Half Lives*", en Lester C. OLSON et al. (ed.), *Visual Retboric. A Reader in Communication and American Culture*, pp. 21-40. Los Ángeles: SAGE Publications Inc.

más completa y documentada de *Cómo vive la otra mitad*, editada por Hasia R. Diner —directora del Goldstein-Goren Center for American Jewish History y profesora de historia americana en la New York University—, que incluye, como es costumbre en esta colección, textos de autores coetáneos que ayudan a ubicar la obra en su contexto y extractos de libros contemporáneos que analizan la obra de Riis. La edición de Norton, de referencia obligada, se nutre de muchos de los escritos hasta aquí mencionados de entre los cientos de libros y artículos que existen sobre Riis. Sin embargo, de las dieciséis interpretaciones que Diner selecciona, entre ellas no figura, por extraño que resulte, la de Czitrom y Yochelson.

Por último, el cine también ha dado cuenta de la obra de Riis no solo a nivel documental⁴³, sino en la migración que han experimentado sus fotografías como iconos de la vida en los barrios bajos neoyorquinos del siglo XIX en películas de ficción que tratan de recrear aquella época. Tal es el caso de *Gangs of New York* (2002), de Martin Scorsese, que reproduce con detalle en una de sus secuencias la célebre imagen de *Bandit's Roost* [cfr. F.14 y F.15]⁴⁴.

De lo dicho hasta aquí se desprende que la obra de Riis ha sido analizada desde ángulos muy diversos, algunos de ellos contradictorios, y que resulta oportuno reconducir las distintas teorías mediante un estudio interdisci-

⁴³ Existen dos documentales sobre la obra de Riis. *The Other Half Revisited: the Legacy of Jacob A. Riis*, dirigido por Martin D. Toub en 1996, que actualiza la obra de Riis al comparar sus fotografías con las tomadas en los años noventa por Margaret Morton y Eli Reed de los barrios bajos neoyorquinos; y *Flash of a dream*, una producción danesa dirigida por Robert Fox en 2002. Por su parte, la televisión británica recientemente se ha apropiado el título de la obra célebre de Riis, *How the Other Half Lives*, para la serie documental, compuesta por dos temporadas de tres y siete episodios, emitidas respectivamente en 2009 y 2010 por el Canal 4 (Channel 4 Television Corporation), que “trata de mostrar lo que significa crecer en la pobreza en la Inglaterra del siglo XXI”. Véase <<http://www.channel4.com/programmes/how-the-other-half-live>>.

⁴⁴ Al respecto, véase Rebeca ROMERO ESCRIVÁ (2009): “Riis, Capa, Rosenthal. Traducciones cinematográficas de la fotografía”. En *L'Atalante. Revista de estudios cinematográficos*, nº 8, pp. 124-135. El concepto de migración de imágenes, según Vicente Sánchez-Biosca, hace referencia al “carácter nostálgico de la fotografía y la cualidad que algunas de ellas adquieren por su coyuntura, su difusión, su concentración narrativa o su patetismo, para despojarse de su aura”. Véase Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA. “Imágenes, iconos, migraciones, con fondo de guerra civil”, p. 14. En Vicente Sánchez-Biosca (ed.) *Imágenes en migración: iconos de la guerra civil española*, vol. I. En *Archivos de la filmoteca. Revista de estudios históricos sobre la imagen*, n. 60-61, octubre 2008-febrero 2009.



F.14. Martin Scorsese: fotograma de *Gangs of New York* (2002).

plinar. Además, existen lagunas en los trabajos que ya se han realizado, las cuales trataremos de subsanar en este libro. En primer lugar, hasta la fecha no se ha analizado en profundidad la imbricación entre texto e imagen, circunstancia que ayudaría a entender la estrecha relación que existe entre sus vertientes gráfica y literaria, y que despejaría dudas sobre su condición de fotógrafo, recientemente puesta en entredicho, que analizaremos en el cuarto capítulo. Para ello, se hace necesario estudiar cómo ha tratado la historia de la fotografía la figura de Riis, con el fin de reubicar al autor en el terreno fotográfico, tras las apreciaciones sostenidas desde Newhall hasta Yochelson. Yochelson no cree que pueda establecerse una ascendencia histórica de Riis a los fotógrafos de la FSA (según sugirió inicialmente Newhall) por el hecho de que en la época en que sus fotografías fueron publicadas la técnica de los *half-tones* estaba poco desarrollada y la calidad de las imágenes distaba mucho de parecer fotográfica (de hecho, muchas de sus imágenes veían la luz en forma de grabados), de tal modo que no pudieron impactar ni dejar huella en sucesivos fotógrafos cercanos a su generación —como Hine—, ni posteriores, al caer sus imágenes en el olvido durante treinta años, hasta el citado redescubrimiento de Alland en la década de los cuarenta. Aun fundamentada, la propuesta de Yochelson plantea dudas, como veremos, porque pasa por alto sus conferencias con linterna mágica, cuya calidad no solo era fotográfica, sino casi cine-



F.15. Jacob Riis, Richard H. Lawrence y Henry G. Piffard: *Bandit's Roost* (1887). / Diapositiva para linterna mágica coloreada. MCNY.

matográfica por las condiciones en que se llevaba a cabo la proyección (pantalla grande, acompañamiento musical, figura del explicador, etc.), y es muy posible que, aun cuando las imágenes que ilustraban sus textos no afectaran al estilo de otros fotógrafos, sí lo hicieran las que proyectaba en sus frecuentes ponencias.

En segundo lugar, a pesar de que muchos autores han señalado la americanización del inmigrante como uno de los temas recurrentes en la obra de Riis, no se ha estudiado en qué medida se ha manifestado su propia

americanización en su obra con la perspectiva que nosotros adoptamos. Creemos que el carácter literario del puritanismo americano —como veremos en el tercer capítulo— ha ejercido una influencia inconsciente, pero permanente en su trayectoria, junto con el modo en que su condición de ciudadano inmigrante pudo afectar a su obra —según explicaremos en el siguiente capítulo. A propósito, en su introducción a *The Company of Critics*, Michael Walzer objetaba a la explicación sociológica ofrecida por Christopher Lasch sobre la aparición de los *muckrakers*: “¿Cómo vamos a explicar por qué ciertos intelectuales ‘predispuestos’ a la rebelión se convirtieran realmente en rebeldes mientras que otros no? ¿Por qué Steffens y Randolph Bourne y John Reed, pero no Walter Lippmann, asociado estrechamente con los tres? ¿Y cómo vamos a explicar la primera generación de rebeldes y críticos en los que los intelectuales del siglo XX buscan inspiración, Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, Walt Whitman?”⁴⁵ Lo que viene a decir Walzer, a saber, que las circunstancias no dominan a los críticos, sino que los críticos luchan por dominar las circunstancias, bien podría aplicarse, según veremos, al caso de Riis, quien, como Steffens, llevó a cabo un periodismo precursor de la corriente *muckraker*, cuyo trasfondo responde al perfil genuino de la literatura norteamericana. En otras palabras, la raíz de su crítica no es sociológica, ya que la sociedad no determina que los críticos sean de una u otra manera. La raíz habría que buscarla en su afiliación moral e intelectual.

⁴⁵ Michael WALZER (2002). *The Company of Critics. Social Criticism and Political Commitment in the Twentieth Century*, p. 21. Nueva York: Basic Books.

La americanización de Jacob Riis

No llegó a este país hasta ser casi un muchacho, pero si se me pidiera que nombrara un semejante que se hubiera acercado más al ciudadano norteamericano ideal, yo mencionaría a Jacob Riis.

Theodore ROOSEVELT

La autobiografía de Riis, como la de otros escritores canónicos americanos —piénsese en Benjamin Franklin o Henry Adams—, trata de definir los motivos por los que la vida le ha parecido digna de ser vivida. La finalidad con la que Riis acomete la escritura de sus memorias va más allá de los límites de su existencia individual en la medida en que afecta al modo de vida de las generaciones futuras. En su condición de figura pública, respondió a la curiosidad de sus lectores, convirtiendo su autobiografía en una lección más de americanización para su público —como hiciera con el resto de su obra—, al tratar en ella de explicar precisamente cuál fue el camino o proceso hacia su asimilación o naturalización, a la que se refiere en el título de su libro, *The Making of an American*, como “la formación (o forja) de un americano”, y —podríamos añadir— no de un americano cualquiera, sino del “americano ideal”, según palabras de Roosevelt¹. Solo así se explican las reflexiones que ocupan gran parte de su obra

¹ En el siglo XIX el proceso de asimilación pretendía ampliar y afianzar los límites de la ciudadanía americana. De ahí que aprender la lengua inglesa, la historia americana y

sobre la democracia y la caridad cristiana, o las referencias a la lucha por la mejora de los barrios bajos que conformaron su vida y el conjunto de sus escritos. Esto hace que la autobiografía de Riis no pueda leerse solo en función del interés por su propia vida, sino por el resto de sus obras. Henry James escribiría que “ninguna educación es válida para la inteligencia si no despierta en ella alguna pasión subjetiva”. Si entendemos la vida de Riis como la búsqueda de educación en los valores americanos —traducidos en su afán de reforma—, esa “pasión subjetiva” no se agotaría en sí misma ni sería una mera preferencia, sino que se proyecta y desarrolla en las obras que el escritor realizó.

En este sentido, la importancia de la vida en el juicio que nos merece la literatura de Riis no es subsidiaria, máxime si tenemos en cuenta que nuestro autor fue un escritor intelectualmente orientado a la acción antes que a la contemplación. Quienes le conocieron y escribieron sobre él coinciden en destacar su tenacidad o perseverancia en tratar de salvar obstáculos y su predisposición a esforzarse al máximo por conseguir sus objetivos². El periodista *muckraker** Lincoln Steffens, autor de la conocida serie de reportajes de denuncia *La vergüenza de las ciudades* (*The Shame of the Cities*) —de la que hablaremos en el siguiente capítulo—, que trabajó durante un tiempo en la oficina de prensa de Mulberry Street junto con Riis, destacó

los valores y principios del gobierno republicano figuraran entre las medidas destinadas a la americanización de los recién llegados. El tiempo demostraría, sin embargo, que era posible conservar la pluralidad de las culturas de origen, es decir, que mantenerlas no debía entrar necesariamente en conflicto con el sentimiento de pertenencia común al pueblo americano. Con esta perspectiva, Roosevelt afirmaría en 1913 que el “americanismo del espíritu” es el único válido: “No creo que un hombre esté capacitado para hacer un buen trabajo en nuestra democracia americana a menos que sea capaz de sentir compañerismo genuino por, comprensión hacia, y simpatía por sus conciudadanos americanos, cualquiera que sea su credo o lugar de nacimiento, la parte en la que vivan o el trabajo que desempeñen, puesto que ellos poseen la única clase de americanismo que realmente cuenta, el americanismo del espíritu. La asociación política con quienes mantuvo una relación más cercana e íntima no fue una ayuda desdeñable para mí en el esfuerzo de convertirme en un buen ciudadano y un buen americano [...]; toda mi vida estubo influida por mi larga relación con Jacob Riis, a quien estoy tentado en llamar el mejor americano que he conocido, aunque fuera ya un hombre joven cuando vino aquí desde Dinamarca”. Véase Theodore ROOSEVELT (1985). *An Autobiography*, p. 64. Nueva York: Da Capo Press, Inc.

³ Roosevelt hablaría de Riis como “un realizador de la palabra, y no un oyente pasivo ni un mero predicador”. Véase Theodore ROOSEVELT: “Jacob Riis”, op. cit., p. 284.

al respecto en un artículo publicado en *McClure's Magazine* que “los males que [Riis] padeció y los males que vio transformaron su piedad, pero sus agitadas emociones no se convirtieron en lágrimas, sino en imprecaciones y luchas”. Para Steffens, como para Roosevelt, al no encontrar sus sentimientos “una expresión en el arte, se canalizaron, no como en la mayoría de los hombres con su tementamiento en extrañas disipaciones o sermones laicos, sino en la acción”³. En la presentación que hace Steffens de Riis en su autobiografía, publicada en 1931, incide de nuevo en ese espíritu luchador y perseverante que caracterizaba al escritor danés:

Odiaba pasionalmente toda clase de tiranías, abusos y avaricia, y las combatió. Era un ‘terror’ para los agentes y arrendadores, responsables, como él mismo comprobó, de las pésimas condiciones de las casas de vecindad donde vivían los pobres. Las había ‘revelado’ en artículos, libros y discursos públicos, y con resultados. Todos los filántropos en la ciudad conocían y apoyaban a Riis, quien entonces era capaz, también como reformador y reportero, de forzar el nombramiento de la Tenement House Commission que él gentilmente encabezó y condujo fieramente hacia una investigación y un informe que —seguido por este terrible reportero— resultó en la demolición de bloques enteros de colonias ruinosas, en la construcción de pequeños parques y en la regulación de las casas de vecindad. Había descubierto estos males como reportero, informando, contando un suicidio, un incendio, un asesinato. Estas eran las noticias que todos los reporteros conseguían; solo Riis las escribió como historias, con corazón, humor y comprensión. Habiendo ‘visto’ el lado humano del crimen y del desastre, había tomado nota también de la casa o bloque o calle donde ocurrieron. Volvía atrás y lo describía también; visitaba a los agentes y arrendadores que permitían tales condiciones, y los ‘chantajeaba’ a cambio de reformas⁴.

El lado humano de las crónicas de Riis le costaría al autor “constantes y feroces quejas” sobre su estilo, según explicaba Steffens: “Entremezclados con sus hechos estaban sus opiniones sobre ellos, y estas expresiones entraban con frecuencia en conflicto con sus editores, quienes las

³ Véase Lincoln STEFFENS (1903). “Jacob Riis. Reporter, Reformer, American Citizen”, op. cit., p. 422.

⁴ Véase Lincoln STEFFENS (2005). *The Autobiography of Lincoln Steffens*, pp. 203-204. Berkeley, CA / Heyday Books, y Santa Clara, CA: Santa Clara University Press.

prohibían, pero Riis continuó escribiéndolas, y al final los editores o las eliminaban o las dejaban”⁵.

La relación, por tanto, entre su vida y su profesión no es una relación de competencias, sino de absorción de la primera a favor de la segunda en la medida en que Riis dedicó todas las energías a la consecución de su obra. Por obra no ha de entenderse aquí solo el conjunto de sus escritos, sino —una vez más— el objetivo que pretendía alcanzar con ellos, a saber, la denuncia de los abusos cometidos con la población inmigrante a quienes consideraba sus semejantes, y la mejora palpable, manifiesta, de sus condiciones de vida. A diferencia de otros autores que consagran su vida a la literatura y para los que podríamos entender que la autobiografía es un género que les devuelve la dimensión mundana de sus producciones, Riis no nos desvela en ella nada que no intuyéramos de su persona en sus otros escritos, que comparten el mismo estilo directo, subjetivo, en primera persona, que emplea para la divulgación o transmisión de los hechos que relata: los que vivió como periodista a pie de calle. Este aspecto se aprecia mejor al saber que se consideraba a sí mismo reportero, no redactor de noticias, de ahí que la firmeza de su temperamento se manifestara siempre en sus textos: “No tengo capacidad para ninguna suerte de trabajo creativo. Los editores insisten en que escriba una novela; los directores de periódicos quieren que forme parte de su plantel de redactores. Yo no aceptaré ni una ni otra invitación, por la simple razón de que no soy ni poeta ni filósofo,

⁵ Véase Lincoln STEFFENS. “Jacob A. Riis. Reporter, Reformer, American Citizen”, op. cit., p. 422. Riis admitiría el estilo subjetivo y perseverante de sus crónicas y las críticas a las que Steffens se refiere: “De acuerdo con mis críticos, mi estilo era muy malo, demasiado discursivo y presuntuoso, y resultaba intolerable. Por lo tanto, se me advirtió que debía corregirlo y aportar los hechos, ahorrándome los comentarios. Supongo que con eso querían decir que yo debía escribir no lo que yo pensaba sobre las noticias sino sobre lo que probablemente pensarían ellos sobre las mismas. Pero, bien o mal, yo no sabía escribir de otra manera, y seguía adelante. No es que piense, de ningún modo, que fuera el mejor estilo, pero era el mío. Y sabe el cielo que yo no tenía el menor deseo de ser redactor, ni lo tengo ahora, prefiero ser reportero y manejar los hechos a ser redactor y mentir sobre ellos. Al final las quejas cesaron. Supongo que abandonaron la empresa dándose cuenta de que no había esperanzas”. Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, trad. de Guillermo A. Maxwell, pp. 162-163. Buenos Aires/Barcelona/México D.F./Bogotá: Plaza & Janés.

ni, iba a decir, filántropo, pero esto último sí lo acepto. Me place amar a mi prójimo. En cuanto a lo demás, soy un reportero o informador de hechos”⁶.

Al dedicar su vida al periodismo, consumó su vocación, sin quererlo, con el relato de su propia vida. La autobiografía de Riis tiene el valor de mostrar su carácter literario, pero se trata de un carácter literario volcado en la práctica, en la reforma, antes que en el cultivo de las letras *per se*. En otras palabras, la autobiografía supone la justificación de la vida de Riis en los términos de su profesión, en la tarea que le dio sentido. Al respecto, aunque pueda parecer extemporáneo, Coleridge señalaba en su *Biografía literaria* que “el autor que se dedica a una profesión o negocio gana o adquiere un tacto más rápido y mejor para el conocimiento de aquello con que los hombres pueden simpatizar”. Si Coleridge estaba en lo cierto, la manera en que Riis encauzó sus memorias seguramente fue el motivo por el que *The Making of an American* se convirtió en un libro tan popular como *Cómo vive la otra mitad*⁷.

Su autobiografía, valorada como espécimen del género literario, por tanto, resulta pobre comparada con la materia prima de la experiencia que la vida le proporcionó. En otras palabras, al contrastarla con los hechos de su vida, la retórica de Riis no obtiene un saldo favorable, por la actividad tan desahogada que suponía su lucha diaria por el progreso en materia de vivienda. Su vida fue un constante desafío que puso a prueba su fuerza de carácter: “Me hace feliz remendar, arreglar y enderezar las cosas torcidas. Cuando era carpintero prefería reparar una casa vieja antes que edificar una nueva”⁸.

Este recorrido del *self-made man** americano, no estaría exento de los obstáculos a los que habrían de enfrentarse la mayoría de inmigrantes que perseguían el sueño americano. Riis contó con la ventaja de admitir de antemano las “sacudidas” a las que se vería sometido fuera de su patria; aun así, la idea de prosperidad que se asociaba a América suponía un coste de oportunidad por el que merecía la pena arriesgarse: “Poseía un par de manos fuertes, y tozudez suficiente como para dos; tenía también la firme creencia de que en

⁶ *Ibíd.*, p. 306.

⁷ *The Making of an American*, al igual que *Cómo vive la otra mitad*, fue un éxito de venta, traducido a varias lenguas y distribuido más allá de las fronteras de Estados Unidos. Curiosamente, la autobiografía de Riis apareció en el mundo hispano en la citada edición de bolsillo de Plaza & Janés —hoy descatalogada— antes que *Cómo vive la otra mitad*, inédita en lengua castellana hasta el año 2000.

⁸ Véase Jacob A. Riis (1965/1901). *La formación de un americano*, op. cit., p. 305.

un país libre, libre del dominio de la tradición, de la casta, así como de los hombres, las cosas terminarían por salir bien, y, después de cierto número de sacudidas, un hombre sería finalmente situado en el sitio apropiado para él siempre que se decidiera a tomar parte en el juego”⁹.

2.1. Los años americanos de Jacob Riis

Jacob Riis fue uno entre el casi medio millón de inmigrantes que llegaron a América en 1870. Viajó como la mayoría, adquiriendo el billete en bodega de tarifa más barata, lo que no le daba derecho a disfrutar de una cabina, sino de una larga dependencia con hileras de literas ubicada bajo cubierta donde se concentraban como ganado todos los pasajeros de tercera clase. La falta de espacio ante la concurrencia masiva de miles de viajeros hacía que no hubiese sitio para compartir una cama ni para situarse siquiera entre el estrecho espacio que las separaba. El suministro de agua era insuficiente para bañarse y las provisiones para ir al aseo mínimas e insalubres. Riis apenas dejó constancia de las condiciones del viaje en sus memorias — quizá por ahorrarle al lector detalles sórdidos—, a excepción de una anécdota sobre la comida que les servían. El episodio da cuenta de la diplomacia que le caracterizaría como futuro periodista y reformador social:

En el vapor la carne servida en la proa se volvió tan mala que no sólo hería nuestro paladar sino hasta nuestro sentido del olfato. Organizamos una manifestación, marchando juntos a ver al capitán [...] portando entre nosotros una bandeja con la carne en mal estado. En calidad de vocero yo presenté el caso con brevedad y respeto, y todo hubiera salido bien de no haberse enardecido la fogosa sangre de Adler, en momentos en que el capitán se hallaba husmeando con cautela el olor de la comida rechazada. Mediante un golpe repentino hacia arriba hizo que la nariz del oficial desapareciera momentáneamente en la fuente, mientras él explotaba verbosamente en alemán [...]. Adler fue encerrado en el calabozo¹⁰.

Estas condiciones fueron oficialmente descritas en los informes de la United States Immigration Commission de 1911, y se mantuvieron sin

⁹ *Ibíd.*, p. 30.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 34-35.

cambios medio siglo después, según recuerda Alexander Alland en su estudio sobre Riis: “Yo vine a América también en tercera clase, cincuenta años después de Riis, y se servía el mismo tipo de ternera, negra y malo-liente con salitre. Hubiese pasado hambre si no fuera por una buena samaritana que viajaba en primera clase. [...]. Cuando atracamos en Nueva York, los pasajeros de tercera clase tuvimos que esperar un día para desembarcar porque los inspectores de inmigración estaban de vacaciones. Los pasajeros de primera clase no tuvieron que esperar [...]; fueron llevados a tierra en botes, mi amiga entre ellos”¹¹.

La United States Immigration Commission —también conocida como la Dillingham Commission— fue un comité especial del Congreso de los Estados Unidos creado en 1907 con la finalidad de estudiar los orígenes y consecuencias de la reciente inmigración. Compuesto por miembros provenientes tanto de la Cámara de Representantes, como del Senado, el comité acabó su trabajo en 1911 recomendando medidas para restringir la inmigración. Sus conclusiones fueron expuestas en un informe compuesto por 41 volúmenes en los que se analizaban temas relacionados con la cuestión migratoria¹². Entre ellos resulta de especial interés el informe sobre las condiciones del viaje en tercera clase. Dicho documento fue el resultado de investigaciones llevadas a cabo por agentes del comité que viajaron con pasaje de tercera clase en doce barcos trasatlánticos y visitaron en los puertos de Estados Unidos las bodegas de todos aquellos barcos que iban atracando tras finalizar la ruta. Presentado al Congreso el 13 de diciembre de 1909, el informe fue redactado por Anna Herkner, quien, en calidad de

¹¹ Véase Alexander ALLAND, SR. (1974). *Jacob A. Riis: Photographer and Citizen*, op. cit., p. 17.

¹² Entre los temas desarrollados por la Immigration Commission figuran la legislación a nivel estatal y federal en materia de inmigración, las condiciones de emigración e inmigración en Europa y otras partes del mundo, las formas de vida de los recién llegados tanto en zonas rurales como metropolitanas, los empleos y oficios que desarrollaban (en especial en las industrias de la época), y la escolarización de los niños inmigrantes. Los volúmenes han sido digitalizados y convertidos a archivos pdf por el Social Sciences Resource Center de las Stanford University Libraries y están disponibles en línea. Véase *The Dillingham Commission Reports*. En <<http://site.ebrary.com/lib/stanfordimmigrationdillingham/home.action>>. Una interpretación política sobre el trabajo desarrollado por la United States Immigration Commission puede consultarse en John M. LUND. “Boundaries of Restriction: The Dillingham Commission”. En *History Review*, vol. 6, diciembre de 1994, University of Vermont. Recuperado de <<http://www.uvm.edu/~hag/histreview/vol6/lund.html>>.

agente de la Dillingham Commission, cruzó el Atlántico tres veces como pasajera de tercera clase¹³. En él daba cuenta del mal estado del barco, la falta de servicios y el aire viciado por los vómitos desatendidos de los pasajeros mareados, la pestilencia de tantos cuerpos sin poder asearse, el hedor de la comida rancia y las cercanas letrinas. La ventilación inadecuada y la falta de limpieza volvían el lugar humanamente insoportable: “La mayoría de inmigrantes —escribía— permanecen en sus literas la mayor parte de la travesía, en un aletargamiento causado por el aire infecto”. En su resumen de uno de los capítulos del informe recopila algunas de sus impresiones:

Durante estos doce días en la bodega he vivido en un desorden y ambiente que ofendía todo sentido. Solo la brisa fresca del mar mitigaba los olores nauseabundos. El lenguaje vil de los hombres, los gritos de las mujeres que se defendían, el llanto de los niños, espantados por el entorno, y prácticamente cualquier sonido que alcanzaba el oído, rayaban en lo intolerable. No había vista ante la que el ojo no prefiriese cerrarse. Todo estaba sucio, pegajoso y desagradable al tacto. Cualquier impresión era ofensiva. Peor que esto era el aire general de inmoralidad. Durante quince horas al día fui testigo a mi alrededor de esta indecorosa, indecente y forzada mezcla de hombres y mujeres totalmente extraños entre sí, que a menudo no entendían una sola palabra del mismo idioma. La gente no puede vivir en tal ambiente sin quedar afectada.

Todo lo que se ha dicho de la mezcla de la tripulación con las mujeres de la bodega [acosos y violaciones] es también cierto de la relación de los hombres de la bodega con las mujeres. Muchas veces, cuando ocurría ante mis ojos no lo soportaba e intervenía, y preguntaba a los hombres si sabían que podían ser deportados por estas acciones al dar parte en tierra. La mayoría de ellos habían estado en América antes, y la respuesta

¹³ Katherine Benton-Cohen explica los horrores que contempló Herkner en “The Rude Birth of Immigration Reform”, en *The Wilson Quarterly*, verano de 2010. Recuperado de <<http://www.wilsonquarterly.com/article.cfm?AID=1632>>. El informe original redactado por Herkner (volumen 37 de *The Dillingham Commission Reports*), puede consultarse en <<http://site.ebrary.com/lib/stanfordimmigrationdillingham/EDF?id=10006600>>. En la sexta página del citado documento se aclara la finalidad del mismo: “Es el objetivo de este informe mostrar las condiciones de tercera clase exactamente tal como fueron conocidas, pero, lo que es aún más importante, mostrar también que no existe razón alguna por la que las repugnantes y desalentadoras condiciones que han prevalecido generalmente en las bodegas de los barcos de inmigrantes deban continuar”.

que generalmente se me daba era: “La inmoralidad es tan permisible en América como en todas partes. Cualquiera puede hacer lo que quiera; nadie investiga su modo de vida, y no se pide explicación alguna ni se persiguen estos hechos”¹⁴.

Tras 16 días de travesía en condiciones similares a las descritas por Hekner, Riis llegó a Castle Garden¹⁵ el domingo de Pentecostés. Viajó, primero, de Copenhague a Glasgow en un vapor pequeño, y de allí a Nueva York en el trasatlántico *Iowa*. Desembarcó con 21 años y solo cuarenta dólares en su bolsillo, pero poseía tres cualidades que le aventajaban: idioma, oficio y religión. Sabía el suficiente inglés para hacerse entender y estaba formado en carpintería, actividad demandada, ya que el país se estaba construyendo. Por otra parte, un danés luterano era aceptado con mayor facilidad por la mayoría que los inmigrantes irlandeses e italianos (de fe católica), judíos o chinos. Y no poseía carga alguna, ni hijos, ni mujer, ni familia a la que mantener enviando dinero; debía luchar exclusivamente por abrirse camino y forjarse un porvenir, lo que, sin embargo, no le resultaría fácil.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 24. Recuperado de <<http://site.ebrary.com/lib/stanfordimmigrationdillingham/EDF?id=10006600&useNSAPI=0>>.

¹⁵ Castle Garden, también conocido como Castle Clinton, fue el primer centro oficial de recepción de inmigrantes en Estados Unidos. Abierto en 1855, acogió más de ocho millones de inmigrantes antes de ser clausurado en 1890 para ser sustituido dos años después por Ellis Island. Localizado al sur de Manhattan, en Battery Park, hoy recibe el nombre de Castle Clinton National Monument y funciona principalmente de taquilla para la adquisición de billetes del ferri a Ellis Island y a la Estatua de la Libertad. El centro ha puesto a disposición de los ciudadanos un buscador con la finalidad de facilitar datos oficiales de los inmigrantes que desembarcaron en el siglo XIX en Castle Garden, que puede consultarse en <<http://castlegarden.org/searcher.php>>. Riis daría cuenta del procedimiento de llegada de inmigrantes a Ellis Island en “In the Gateway of Nations”, publicado el 3 de marzo de 1903 en *The Century Magazine* (pp. 674-682). Véase *Jacob A. Riis Papers*, Container 8, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C. También disponible en versión digital en <<http://www.unz.org/Pub/Century-1903mar-00674>>. Riis recopiló los artículos que publicó en vida, así como su correspondencia, diarios de notas y otros documentos relativos a su trabajo como periodista y reformador social, y los donó a la Biblioteca del Congreso de Washington. Los artículos actualmente forman parte del *Scrapbook*, que reúne recortes de prensa desde 1881 hasta 1900. En adelante estos documentos serán citados de manera abreviada, como JRP, Library of Congress.

Su educación, por tanto, arrancó en Dinamarca, concretamente en su pueblo natal, Ribe, en el que pasó toda su infancia y adolescencia. Ubicado al sudoeste del país escandinavo, cerca de la frontera con Alemania, en el siglo XIX Ribe era la antítesis de Nueva York, según Tom Buk-Swienty, un pueblo pequeño, de pocos habitantes, bucólico, tranquilo y tradicional, rodeado de naturaleza, y olvidado por todos. Los valores rurales y la buena vecindad que aprendió allí formaron la base de su fibra moral y recurriría a ellos en su tardío trabajo reformista. Riis describió su infancia en *The Old Town*, un libro nostálgico en el que pasa revista a sus raíces escandinavas. Podemos considerar que con *The Old Town* el autor completó su biografía anterior a su llegada a América, relatada ampliamente en *The Making of an American*. Para algunos críticos, el pensamiento que inspiró su trabajo de reforma se halla precisamente en su trasfondo danés. Buck-Swienty señala al respecto que “sin la influencia de su pueblo natal, la vida y carrera de Riis bien podrían haber tomado una dirección totalmente diferente”¹⁶.

Dado que Ribe fue durante mucho tiempo un punto militar estratégico, la infancia de Riis estuvo marcada por las guerras entre la monarquía danesa y los estados alemanes de la Confederación Germánica (especialmente Prusia y Austria) por el control de las regiones de Holstein y Schleswig (hoy parte de Alemania), ambos ducados hereditarios gobernados por los reyes de Dinamarca, que fueron motivo de varias revoluciones en el siglo XIX¹⁷. Dinamarca consiguió con la ayuda diplomática de Rusia y Gran

¹⁶ Véase Tom BUCK-SWIENY (2008). *The Other Half. The Life of Jacob Riis and the World of Immigrant America*, trad. del danés por Annette Buk-Swienty, p. 13. Nueva York/Londres: W.W.W. Norton & Company.

¹⁷ Ribe fue un asentamiento vikingo hasta el siglo VIII en que las guerras religiosas acabaron con el dominio cristiano. Un periodo de gran prosperidad continuó y el pueblo se convirtió en uno de los centros eclesiásticos de Europa y del comercio regional. Se construyó una de las catedrales europeas más preeminentes, con una torre bizantina y normanda que se ve a kilómetros de distancia. El rey danés, Valdemar el Conquistador, decidió trasladar su corte a Ribe. En el siglo XVI comenzó el declive de Ribe y continuó durante la era del absolutismo real, con el poder concentrado en Copenhague. Un incendio en 1580 quemó el pueblo y después en 1644 las tropas suizas lo invadieron y nunca recuperó su prosperidad. El tiempo pareció pararse en Ribe. Todos los avances tecnológicos pasaban de largo, perpetuando una cultura de conservadurismo, a excepción del telégrafo, que llegó en 1800. Todavía hoy Ribe permanece pintorescamente ajeno al desarrollo moderno. No hay construcciones que interrumpen el ritmo pictórico y la belleza de las viejas casas, agrupadas en torno a la elevada catedral. Aunque su aspecto

Bretaña mantener su dominio sobre las mencionadas regiones durante la primera mitad del siglo¹⁸, hasta 1864, en que Prusia y Austria iniciaron una nueva guerra de los ducados contra los daneses y Dinamarca fue derrotada. Riis contaba entonces 15 años y deseaba alistarse en la armada, pero sus padres, que tenían otros planes para él, se lo impidieron¹⁹. Su padre, Niels Edvard, formado en lenguas e historia, ejercía como profesor de latín y ganaba un sobresueldo como intérprete de los mensajes que se encontraban en las botellas que llegaban a la costa²⁰, y como editor ocasional del *Ribe Stifstidende*, el diario local, donde Riis tendría sus primeros contactos con el mundo de la prensa y en el que se divulgó la que puede considerarse su primera lucha contra la insalubridad de un *tenement** en su intento por acabar con las ratas (la casa en cuestión estaba construida sobre una alcantarilla). Edvard hubiese querido que su hijo estudiara una carrera literaria, pero Riis, a pesar de la buena educación que recibió, fue mal estudiante y abandonó pronto la escuela para formarse en el oficio de carpintero. En *The Old Town* recuerda al respecto: “Éramos quince en el Latin School. Trece tomaron el camino directo y estrecho. Eran buenos y prosperaron. Hans y yo éramos las ovejas negras que continuamente nos disputábamos el asiento del burro [...]. Ahora, tras la experiencia de la vida, ¡cuál es mi

idílico no ha sido un baluarte contra las guerras ni los desastres naturales. Sin embargo, según apunta Tom Buk-Swienty, la soledad o aislamiento de sus habitantes ha convertido sus debilidades en fortaleza. Desde el siglo XVIII prevaleció una comunidad fuerte y unida por el apoyo mutuo de las familias. Esto conforma el sustrato europeo de Riis.

¹⁸ Riis nació en 1849, año en que Dinamarca proclamó su monarquía constitucional, con un sistema legislativo bicameral que compartía el poder con la corona y pretendía garantizar las libertades civiles. La aprobación de la Constitución de 1849 se llevó a cabo en medio del período revolucionario de 1848-1850 por los mencionados ducados, en que el país escandinavo conservó su hegemonía sobre los territorios. Tras el episodio bélico, la familia de Riis comenzó a crecer, de tres a diez hijos, cuatro de los cuales murieron muy pronto.

¹⁹ La única acción militar en la que pudo colaborar fue lanzando al mar 25 mosquetes antiguos, de tal modo que cuando los prusianos tomaran Ribe no pudiesen hacerse con ellos. A lo largo de su vida, Riis trataría de alistarse en la armada en distintas ocasiones, para desquitarse contra los prusianos, incluso estando ya en América, pero todos sus intentos se vieron frustrados por distintos motivos

²⁰ Los mensajes en botellas eran una forma habitual de comunicación de considerable importancia para interceptar posibles ataques piratas.

sorpresa al encontrar que, de los quince, a quienes el rey había distinguido con condecoraciones éramos Hans y yo mismo!²¹”

2.1.1. De carpintero a periodista

Tras su decisión de abandonar la escuela, Riis estuvo un año de aprendiz de carpintero con un artesano local en Ribe y luego marchó a Copenhague, donde pasó cuatro años aprendiendo el oficio con un constructor. Copenhague sería el primer encuentro de Riis con una ciudad, que, al igual que Nueva York, compartía los problemas de masificación y pobreza. Riis, sin embargo, no reparó en ellos. Sus objetivos entonces eran la obtención del título de carpintería para poder encontrar un trabajo en Ribe y pedir así la mano de Elisabeth Giørtz, una joven huérfana criada en el seno de una familia adinerada que años después se convertiría en su mujer. Sin embargo, a su regreso a Ribe fracasó en ambos propósitos: no encontró trabajo y el padre adoptivo de Elisabeth se opuso al matrimonio por no considerarlo un pretendiente socialmente apropiado. Riis escuchó que en América había trabajo en abundancia, y, dadas sus circunstancias personales, decidió embarcarse²²: “A decir verdad, yo estaba cansado del martillo

²¹ Véase Jacob A. Riis (1909). *The Old Tonn*, p. 134. Nueva York: Macmillan. Riis se refiere a la Cruz de Dannebrog, que le otorgó el rey Christian IX de Dinamarca como reconocimiento de su labor social, según narra hacia el final de su autobiografía: “La llevo con agrado, pues el título de caballero que la misma confiere obliga a la defensa de la mujer y del niño y, si bien no puedo esgrimir lanza ni espada como los caballeros de antaño, sé, en cambio, manejar la pluma. Puede que en la providencia de Dios el derramamiento de tinta por la causa de la justicia haga avanzar más al mundo en nuestros días que todo el derramamiento de sangre de los tiempos pretéritos”. Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 310.

²² Riis dedica en su autobiografía el capítulo VII, “Elisabeth narra su historia” —escrito y firmado por su esposa, quien también sería conocida por su labor humanitaria—, a exponer la indiferencia que durante años mostró hacia él, cómo rechazó dos veces sus propuestas de matrimonio y decidió casarse con un comandante de una compañía de gendarmes: “Yo había esperado que Jacob se hubiera acostumbrado a verme de modo diferente, pero por las breves noticias que de vez en cuando venían desde el Nuevo Mundo sabía que él seguía tan fiel como siempre a la idea de que éramos el uno para el otro y que ‘por mucho que yo se lo dijera una y otra vez llegaría el día en que yo cambiaría de idea’. Pero en los primeros y felices días de mi noviazgo confieso que no pensé gran cosa en él, salvo para mencionarlo una o dos veces a mi prometido como

y el serrucho. Estaban indisolublemente unidos en mi mente a mis sueños respecto a Elisabeth, ahora destruidos. Y por eso los odiaba. Y de inmediato [...] volví a construir mis castillos en el aire y decidí aventurarme en un nuevo rumbo”²³. En efecto, como ha señalado la biógrafa Janet B. Pascal, “por mucho que amara el lugar, sin embargo, fue muy exigente con su inquietud y espíritu aventurero, y se encontró más feliz por mirar atrás que por haber vivido allí”²⁴.

Riis solo conocía América por las novelas de James Fenimore Cooper y por el testimonio de un buscador de oro en los primeros tiempos de California que había regresado a Europa, así que, dado el concepto erróneo que se había forjado del lugar, lo primero que hizo al llegar a Estados Unidos fue invertir la mitad de su capital en la compra de un revólver:

Para nosotros todo era Estados Unidos de América. No sabíamos de ninguna diferencia entre el este y el oeste. Era natural que hubiese bisontes y pieles rojas atacando de aquí para allá por todo Broadway. Siento decir que aún en el día de hoy es más fácil hacer creer eso a la gente de allí antes que persuadirlos de que Nueva York está pavimentada, iluminada con electricidad y cabalmente tan civilizada como Copenhague. Ellos la consideran tierra virgen. Yo no vi ninguna señal de esto; en cambio, me topé con un amistoso policía que después de estudiarme a mí y a mi revólver tocó a éste levemente con su porra y me aconsejó que lo dejara en casa, pues

un buen muchacho, pero tan raro y obstinado que algún día vería claramente que yo no era ni remotamente lo buena que él pensaba y que llegaría a querer a alguna otra joven de mejores dotes que yo”. Los padres adoptivos de Elisabeth no aprobaron el enlace con el gendarme, que estaba enfermo de tisis, porque los médicos le habían dicho que era un caso incurable y “o quedaría viuda poco después del casamiento o de lo contrario sería su enfermera durante varios años”. Ella decidió renunciar a su familia y posición social para cuidarle, si bien moriría meses después. Sin posibilidad de volver a ser admitida en su hogar, obtendría trabajo como institutriz. Fue entonces cuando Riis le propuso de nuevo matrimonio: “Mi madre me dio una carta de Jacob Riis, en quien desde hacía mucho tiempo yo no había pensado. Era una propuesta de matrimonio, lo que me irritó [...]. Él se hallaba solo y yo me hallaba sola, ¡oh, tan sola! [...] Y le escribí con toda sinceridad todo lo que pensaba a su respecto, diciéndole que si aún me quería estaba dispuesta a ir con él a Estados Unidos si él viniera a buscarme”. Véase, Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 113-122.

²³ *Ibíd.*, p. 31.

²⁴ Véase Janet B. PASCAL (2005). *Jacob Riis: Reporter and Reformer*, p. 17. Nueva York: Oxford University Press.

podrían robármelo. Esto me pareció, de primera impresión, que confirmaba mis temores, pero el policía era muy amable y se tomó el tiempo necesario para explicarme, viendo que era del todo bisoño. Y yo seguí su consejo y guardé el arma, secretamente aliviado de deshacerme de ella.

Esta anécdota, aparentemente baladí, es un ejemplo, por un lado, del desconocimiento europeo de los Estados Unidos y, por otro, del humor que transpiran las páginas de su autobiografía —lo que da cuenta del carácter optimista del autor, de su capacidad, como veremos, para sobreponerse a las adversidades y mirar atrás sin ira— y retrata, además, la ingenuidad del joven Riis, que de inmediato sería puesta a prueba por la experiencia. Tardó cuatro días en advertir que en Nueva York nadie requería sus servicios y decidió irse al oeste con una cuadrilla de hombres que un misionero estaba reuniendo en Castle Garden para la Fundación de Hierro Brady. Allí lo emplearon edificando las cabañas que albergarían a los misioneros. A partir de ese momento, viajó de un lugar a otro en busca de un trabajo estable, aunque lo único que logró fue desempeñar durante varios años una serie de oficios temporales, duros y diversos entre sí, que apenas le permitieron mantenerse, pero que le proporcionaron el bagaje suficiente para hablar con propiedad en el futuro del problema de la inmigración. De este modo, antes de descubrir su vocación periodística, probó primero con la excavación del carbón: “Nos pagaban por tonelada, no recuerdo cuánto, pero sí que era muy poco [...]. Teníamos que excavar el carbón junto al piso con nuestros picos, arrodillándonos para ello y, después, introducir cuñas bajo el techo para aflojar la masa del material [...]. A medida que transcurría la jornada la oscuridad y el silencio se tornaron en extremo opresivos [...]. La caída del techo nos quito todo deseo de volver a dedicarnos a la minería [...]. Tuve la impresión de haber estado muerto y haber vuelto a la vida [...]. Nunca volví a pisar una mina de carbón desde entonces”²⁵. Así que decidió retomar su equipo de carpintería e ir en busca de otro empleo. Durante su empeño, llegó a sus oídos que Francia había declarado la guerra a Prusia y que Dinamarca era su aliado. Riis trató de alistarse. Vendió y empeñó todo lo que poseía para pagarse un pasaje hasta Nueva York y embarcar allí hacia Europa:

²⁵ Para esta cita y las anteriores, véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 37, 38, 39.

Dejé las herramientas en el acto, y volé más que corrí hasta la oficina de la compañía para reclamar el monto de mis jornales; y de allí me dirigí a la pensión a preparar mi equipaje [...]. Me eché el baúl al hombro y corrí hacia la estación. Las herramientas, la ropa y las cosas que no cabían en él las vendí por el dinero que me dieran por ellas, y subí al próximo tren para Buffalo, que era hasta donde el dinero me permitía llegar [...]. La ciudad de Buffalo estaba colmada de franceses, pero no me recibieron precisamente con antorchas [...]. El único patriota que encontré dispuesto a aplaudir mi elevada determinación fue un prestamista francés, quien con muchas felicitaciones y palmaditas en la espalda se quedó con mi baúl y todo lo que contenía, después de haber pagado con ello mi pensión, a cambio de un billete a Nueva York.

Al llegar a Nueva York los planes de Riis se deshicieron al ser informado por el consulado danés de que no se reclutaban voluntarios ni nadie pagaba el pasaje a los hombres dispuestos a luchar. Riis se había alojado en una pensión que no podía costear: “El resultado de todo ello fue que después de empeñar mi revólver y mis botas de campaña, los únicos efectos de valor que me quedaban para pagar mi alojamiento, fui arrojado a la acera con la recomendación de que volviera cuando me procurase más dinero”²⁶. Esa noche, como otras que le seguirían, durmió a la intemperie. Deambulando llegó hasta Fordham University en el Bronx, una institución jesuita católica, cuyo párroco le dio de comer: “Estaba en verdad horrendamente famélico [...]. Nunca había visto antes a un monje de carne y hueso, y mi formación luterana no me había predisposto precisamente en su favor. Comí el alimento que se me puso por delante, no sin escrúpulos de conciencia y con la secreta sospecha de que se me pediría que abjurara de mi fe o que por lo menos venerara a la Virgen María, cosa que estaba firmemente dispuesto a no hacer. Pero cuando, terminada la comida, se me despidió con lo suficiente como para poder alimentarme esa noche, sin la menor alusión a mi alma, me sentí terriblemente avergonzado”. Este episodio ganaría el respeto de Riis por los católicos: “Soy tan buen protestante como siempre. Entre los de mi ideología hasta se me considera un poco hereje, pues no puedo aceptar la sucesión apostólica; pero no tengo nada que decir de la excelente obra de beneficencia que realiza la Iglesia Católica Romana, ni del noble espíritu que inspira a esa tarea. Hace treinta años, en Fordham,

²⁶ Para ésta cita y las anteriores, *ibíd.*, pp. 39, 41, 42.

aprendí esa lección”²⁷. Durante varios días desempeñó distintos trabajos a las afueras de Nueva York; por la noche se improvisaba un lecho en el campo; mientras seguía cavilando cómo podría embarcarse en la guerra contra los prusianos.

Sería por entonces cuando leyó una noticia en el *New York Sun* que afirmaba, una vez más, que los franceses estaban reclutando voluntarios. Así que volvió a Nueva York y se dirigió directamente al periódico para preguntar por la fuente de la información. Le recibió Charles A. Dana, el director que años después llegaría a ser su jefe, quien le aseguró no conocer la procedencia de la noticia y, al ver el aspecto desaliñado de Riis, le lanzó un dólar para que se desayunara. Tras este incidente, continuó realizando oficios precarios en los pueblos de los alrededores de New Jersey hasta que lo emplearon en un horno de ladrillos durante seis semanas por veintidós dólares mensuales y pensión. Una nueva información sobre el reclutamiento de voluntarios por parte de los franceses llegó a sus oídos y Riis regresó a Nueva York, pero el barco con los futuros soldados ya había zarpado: “Entonces recurrí al cónsul francés, quien me trató con mucha despreocupación. Supongo que debía de haberme convertido en una molestia para él, pues cuando me presenté por duodécima o vigésima vez en su despacho de Bowling Green se enfureció y trató de echarme [...]. Aquellos continuos insultos terminaron por enardecerme [...]; un momento después estábamos rodando juntos por la escalera oval, arañándonos y golpeándonos con todas nuestras fuerzas [...]; debe considerarse

²⁷ *Ibíd.*, pp. 43, 44. Entre 1871 y 1875 Riis escribió un Diario de bolsillo en danés que actualmente forma parte de los *Jacob A. Riis Papers* de la New York Public Library (NYPL), Humanities and Social Sciences Library, Manuscripts and Archives Division (en adelante se citarán como JRP, New York Public Library). En él, además de dar cuenta de sus desventuras como inmigrante itinerante por los estados de Nueva York, New Jersey y el Medio Oeste, refleja la severa nostalgia que sentía por su tierra y sus seres queridos, y lo que es aún más importante, pone de manifiesto la vieja tradición protestante de examinar el progreso del alma y recurrir a la fe como baluarte contra la pereza, el tiempo perdido o la falta de rumbo. Al respecto, merece la pena destacar la entrada de la Nochevieja de 1871: “Oh, Dios, me parece que naufrago en la última noche del año. He caminado sin rumbo. Las perlas de la vida las desperdigué como arena. He gastado mi esperanza y mi fe y mi paz, y ahora permanezco al borde del abismo. Dios, por favor, no dejes que este sea mi humor en la próxima Nochevieja; dame paz, dame paciencia y confianza en ti durante los venideros días adversos”. Véase Jacob A. Riis. *Pocket Diaries*, Box 5, JRP, New York Public Library.

la provocación de que había sido objeto: después de todo lo que había sacrificado para servir a su pueblo, ¿ser expulsado por segunda vez como un pordiosero o vagabundo!”. Después de aquél episodio, Riis realizó otras dos tentativas más de viajar a Francia. La primera, igualmente frustrada, con el capitán de un buque de guerra francés que estaba varado en el puerto. La última, aparentemente exitosa, consiguió trabajo como foguista en un vapor francés que salía en breve para el Havre. Riis corrió a por su equipaje: “Llegué al muelle sin aliento y justo a tiempo para ver al vapor girar en el agua, ya fuera de mi alcance. Era la última gota. Me senté en el borde del muelle y rompí a llorar, mortificado”. En cualquier caso, la guerra terminó a principios de 1871 y con ella los episodios frustrados de Riis por alistarse. Retrospectivamente, Riis concluiría: “El país que aún hoy, después de treinta años de pruebas y aflicciones, es capaz de la infamia de Dreyfus, no merecía retener lo que era suyo. Ahora estoy contento de no haber ido, aunque no puedo decir en verdad que me sea atribuible ningún mérito por ello”²⁸. Sea como fuere, las circunstancias de su intento de alistamiento muestran el obstinado carácter de Riis y la predisposición a la acción de la que hablaban Roosevelt y Steffens.

Desanimado, sin dinero ni hogar, Riis vagabundearía por los barrios bajos neoyorkinos con el único propósito de acallar el hambre. De este modo conoció Mulberry Bend, Five Points y las demás áreas de los suburbios: “Hasta el invierno pasado en el barrio de Chatham había un portal, el de la vieja tienda de artículos de vestir de Barnum, frente al cual yo no podía pasar sin recordar esas noches de desesperanzado infortunio en que intermitentemente se escuchaba el ‘¡Eh, arriba! ¡Círcule!’ de un policía, reforzado por el acicate de su porra o el de la puntera de su bota. Yo dormía allí, o trataba de hacerlo, cuando sentía repulsión por los tugurios del Bend por su absoluta asquerosidad”. Riis tocaría fondo con un intento de suicidio:

Así pasaran mil años jamás me olvidaría yo de la noche en que ocurrió. En una fría tormenta de octubre, había llovido todo el día, y la noche me halló junto al río North, calado hasta los huesos, sin probabilidad alguna de cenar, desamparado y abatido [...]. Me senté sobre el pretil del río, escuchando la caída de la lluvia y el familiar ruido de la marea oscura golpeando en la costa, pensando en mi hogar [...]; una abrumadora

²⁸ Para esta cita y la anterior, *ibíd.*, pp. 51, 52.

sensación de abatimiento me sobrevino. Me arrimé un poco más al borde. ¿Y si...? ¿Me echarían mucho de menos en casa, o por mucho tiempo, si no recibieran más noticias de mí? Acaso no llegarían a enterarse nunca [...]. Y justo entonces llegó la ayuda [...]. Era mi compañero de desgracia, un perrito vagabundo de colores negro y canela, desahuciado, que en una noche fría compartía conmigo el cobijo de un acogedor zaguán y no se apartó de mí desde entonces, con un leal afecto que fue el único rayo de luz en mi penosa vida [...]. Lo llevé entre mis brazos y huí del tentador [...] hacia cualquier lugar donde no viera ni oyera más el río²⁹.

En Nueva York, veinte de las comisarías policiales de la ciudad proveían de refugio nocturno a los vagabundos. Ante la imposibilidad de encontrar un lugar seco donde dormir, Riis decidiría pernoctar en uno de ellos: el asilo de la comisaría de policía de Church Street. Las llamadas *police station lodging rooms** estaban ubicadas en la parte trasera o los sótanos de las comisarías. Eran estancias mal ventiladas, sucias y atestadas de indigentes y trabajadores sin hogar que suponían un peligro para la propagación de enfermedades. Las camas consistían en tablas de madera sin colchones dejadas caer en el suelo o distribuidas a modo de literas sobre una estructura de metal³⁰. Allí, mientras Riis dormía, le robaron el único objeto que no había empeñado por su valor sentimental: un colgante de oro que contenía un mechón de cabello de Elisabeth. Cuando de madrugada se dio cuenta del hurto y lo denunció al policía, éste no le creyó y, con ayuda del portero, lo echó a la calle a patadas. El perro de Riis, que aguardaba a la entrada de la comisaría,

²⁹ *Ibíd.*, pp. 54, 55-56.

³⁰ Treinta años antes de que Riis se alojara allí, un informe de la State Charities Aid Association de 1866 llevó a cabo una definición estándar de los asilos policiales tras la inspección de veintisiete de ellos por parte de un comité: “En una habitación de 15 por 25 pies [4,5 x 7,5 metros] había cuarenta y cinco hombres. Generalmente la cifra asciende a sesenta. La vista ofrecida por la habitación y sus inquilinos desafía toda descripción. Tendidos uno junto a otro tan cerca que el visitante no puede acceder a dicha habitación, había cuarenta y cinco hombres, de un promedio de edad de no más de treinta y cinco años, blancos y negros, de todas las nacionalidades. Las ventanas estaban cerradas, y no había medios visibles de ventilación. El aire resultaba insoportable. Había una pila en la esquina más lejana de la habitación, y el calor lo suministraba una estufa que calentaba los compartimentos del almacén que había debajo. Todos, salvo el seis por ciento de estos hombres, según el oficial responsable, eran vagabundos”. Cit. en Jacob A. Riis, “Police Lodging-Houses. Are They Hotbeds for Typhus Fever?”, *The Christian Union*, 14 de enero de 1893, p. 84; en JRP, Library of Congress, Container 10.

salió en su defensa y el portero “aferró al pobre animalito por las patas y le hizo saltar los sesos contra las gradas de piedra”. Este incidente, referido por Riis veinticinco años después a Theodore Roosevelt, durante una de sus incursiones nocturnas en los barrios bajos para comprobar si los policías de servicio cumplían con sus obligaciones en los puestos de guardia, tendría como respuesta la determinación del entonces jefe del New York Police Department (NYPD) para cerrar los asilos policiales, cuyas condiciones de insalubridad y hacinamiento Riis denunciaría mediante numerosos escritos y fotografías a lo largo de su carrera periodística³¹.

El cierre de dichos asilos sería la propuesta de salud pública más ambiciosa de Riis. Fue, de hecho, el tema que mejor documentó de todos los que trató en su corta carrera como fotógrafo. Le dedicó 20 fotografías captadas en nueve asilos policiales, todas ellas tomadas en la oscuridad, con el único punto de luz de una estufa, a excepción del flash de magnesio

³¹ Las visitas nocturnas a los barrios bajos de Riis y Roosevelt han sido minuciosamente descritas por Jeffers. Véase H. Paul JEFFERS (1994). *Commissioner Roosevelt. The Story of Theodore Roosevelt and the New York City Police, 1895-1895*. Nueva York: John Wiley & Sons, Inc. En especial el cap. 6, “Midnight Rambles”, pp. 94-113. Una comparación entre las personalidades de Riis y Roosevelt puede encontrarse en Tom BUK-SWIENCY (2008). “Brothers”, pp. 245-255. En *The Other Half*, op. cit. Roosevelt fue nombrado presidente del NYPD en 1895. En calidad de inspector, llevó a cabo una serie de recorridos nocturnos por los barrios bajos junto a Riis como guía —ambos vestidos de incógnito— a altas horas de la madrugada. En su primera ronda hallaron a nueve de cada diez policías de servicio fuera de su puesto [véase F.16]. Riis contaría la experiencia en la edición del día siguiente de su periódico. Como resultado, las fuerzas policiales permanecieron activas y alertas durante los dos años siguientes en que duró el mandato de Roosevelt, lo que le valió al entonces inspector una serie de críticas y caricaturas publicadas a diario en prensa que destacaban la mano dura empleada por Roosevelt como máximo responsable del NYPD [véase al respecto F.17]. Roosevelt cerraría los alojamientos policiales de la ciudad de Nueva York en febrero de 1896 y conseguiría un refugio temporal para los indigentes en el embarcadero del East River. Un año después la ciudad abriría un asilo municipal (ya no policial) en el East 23rd Street y First Avenue, inspirado —tal como sugería Riis— en el Plan de Boston, que ofrecía camas decentes, baños y desayuno a cambio de unas horas de trabajo. Estas iniciativas se llevaron a cabo bajo la administración del alcalde republicano William L. Strong (1895-1897), contrario a la política corrupta y caciquil de Tammany. Strong, al igual que Roosevelt, sería también objeto de la crítica periodística [F.18]. El propio Riis se hace eco en la p. 261 de su autobiografía de las críticas a Roosevelt por su reforma, en su opinión infundadas, al publicar otra caricatura [F.19], que muestra a un indigente en busca de asilo leyendo el anuncio del cierre del refugio policial por orden de Roosevelt.



F.16. Riis y Roosevelt sorprenden a un policía durmiente durante su guardia. Grabado reproducido en la p. 331 de *The Making of an American*.



F.17. “The Law and Duty”, 17 de julio de 1895, *Harper’s Weekly*. Roosevelt es representado en la caricatura como un bulldog antropomorfo por el endurecimiento de las llamadas “Blue Laws”, que prohibían la venta de bebidas alcohólicas en domingo.

que empleaba como fuente auxiliar de iluminación. Sorprendidos por la luz cegadora del flash, Riis llevó a cabo retratos de grupos de hombres y mujeres pernoctando en el suelo [véanse como muestra, en la página 90, F.20 y 21]. Uno de estos retratos lo tituló “I Slept Here” [F.23; p. 92].

Dichas fotografías serían proyectadas con un estereopticon durante sus conferencias y publicadas en sucesivos artículos, algunas transformadas en grabados³², y otras, cuando las técnicas de impresión lo permitieron, con calidad fotográfica mediante el procedimiento de los *half-tones**, según veremos en el capítulo cuarto³³. Su experiencia en Church Street Station la contaría, más allá de en su autobiografía, en el que sería su primer artículo

³² Al respecto, véase el reportaje de Jacob Riis aparecido en *The World. Brooklyn Edition*, el 12 de febrero de 1893, en JRP, Library of Congress, Container 10.

³³ Véase Jacob Riis. “Police Lodging-Houses. Are They Hotbeds for Typhus Fever?” En *The Christian Union*, 14 de enero de 1893. En JRP, Library of Congress, Container 10. El reportaje iba ilustrado con tres fotografías: *Men’s Room in West Forty-seventh Street Station*, *Women’s Room, West Forty-seventh Street Station* y *Out of the Crowd in Oak Street Station*.



F.18. Roosevelt, vestido con el uniforme de policía, ase una porra que reza “Able Reformer”, en una patrulla conducida por Strong. Como trasfondo, la frase — incluida en una papeleta— “Resignation. Civil Service”.



F.19. Grabado publicado en *The Making of an American*, p. 291.

de denuncia sobre el tema, “Vice Which Is Unchecked”, aparecido en *The New York Tribune*, ilustrado igualmente con grabados basados en sus fotografías [véase F.22; p. 91]. En él, tras describir con detalle el mal estado de los asilos a propósito de la visita de Lady Henry Somerset —reformadora británica que visitó los Estados Unidos en calidad de presidenta de la British Woman’s Temperance Association—, cuenta, a modo de relato, en tercera persona, su propia experiencia:

Las mujeres se apartaron con aversión, tras una breve mirada: “¿Es posible”, dijo Lady Summerset “que un hombre duerma ahí una noche y resulte un ser decente y con dignidad?” “¡Así es!”, dijo secamente, y mientras subían las escaleras les contó la historia: “Una noche lluviosa de octubre en el año 1870, un pobre chico se sentó en el pretil del río, hambriento, con los pies doloridos, y calado hasta los huesos. Estaba pensando en su familia y amigos a miles de millas de distancia, a quienes había dejado seis meses antes para irse a vivir entre extraños. Desde entonces estuvo solo, pero nunca tanto como aquella noche. Gastado su dinero, sin trabajo, había dormido en las calles durante noches [...].



F.20. Jacob Riis. *Women's Lodging Room in Eldridge Street Police Station* (1882). / CAW Print, MCNY. (Cfr. con el grabado correspondiente de la columna central en F.22.)



F.21. Jacob Riis. *Midnight in the Leonard Street Station* (1892) / CAW Print, MCNY. (Cfr. con el grabado correspondiente de la columna central de F.22.)

THE STATE OF CALIFORNIA

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA

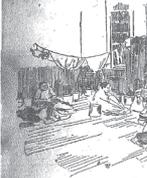
THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...



THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...



THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA... THE STATE OF CALIFORNIA...

F.22. Reproducción del artículo "Vice Which Is Unchecked", The New York Tribune, 31 de enero de 1892, con grabados basados en las fotografías de Riis. Cfr. con F.20 y 21.



F.23. Jacob Riis. “*I Slept Here*”, *Church Street Station* (1892). /
CAW Print, MCNY.

Ese día no había comido nada; habría muerto antes que mendigar. Y la alternativa resultaba próxima. Allí fluía el río oscuro, a sus pies; el raudal de las aguas invisibles le susurraba palabras de descanso y paz. Hacía tanto frío, y a quién le importaría, pensaba amargamente. Nadie a quien conociera. Se acercó más al borde y escuchó más intensamente. Entonces oyó un pequeño gimoteo y sintió junto a él la presión de una cara fría y húmeda; un perrillo negro y castigado que se había acurrucado a su lado sentado en su regazo. Era su único amigo. Lo había recogido en las calles, tan abandonado como él, y desde entonces era su sombra. Su contacto le recordó a sí mismo. Se levantó rápidamente y, con el perro en los brazos, fue a la comisaría de policía y pidió cobijo. Era la primera vez que aceptaba esa caridad y, mientras se acostaba en el tablón duro de esa habitación escaleras abajo, asió un guardapelo dorado que llevaba al cuello, último vestigio de días mejores y se acordó del hogar con un seco y áspero sollozo.

Entonces se despertó a la mañana siguiente y el guardapelo había desaparecido. Uno de los vagabundos junto a los cuales durmió se lo había robado. Se levantó y se quejó al sargento, y el sargento ordenó que le

echaran a patadas por mentiroso, si no por ladrón. ¿Cómo habría conseguido honradamente un guardapelo dorado ese joven harapiento? El bedel lo echó a golpes y, cuando el perrillo mostró los dientes al policía, este lo agarró y de un porrazo lo mató allí mismo.

“¿Y el chico?”, dijo una de las mujeres al acabar la historia. “Salió a luchar contra el mundo y a conquistarlo”, fue la respuesta. “Vivió para llegar a ser un hombre útil. Esa noche en la comisaría de policía le hizo despertar de un sueño”³⁴.

Riis firma como autor y también se convierte en el “pobre chico”, víctima de la historia que relata, que “llegó a ser un hombre útil”³⁵. Se entiende entonces que la lucha de Riis contra los asilos policiales la llevara a cabo no solo por motivos sociales y políticos, sino también personales. El capítulo X de sus memorias, en que da cuenta del cierre definitivo de estos refugios —medida que interpreta como una consecuencia directa de su constante labor de denuncia—, se titula precisamente “Mi perro es vengado” (“My dog is avenged”). La piedra de toque para lograr la mencionada reforma sería la narración de su experiencia a Roosevelt:

Habíamos estado echando un vistazo a la policía durante la noche, Roosevelt y yo. Habíamos inspeccionado los alojamientos mientras yo le hablaba sobre la larga batalla desarrollada, y llegamos al fin, a las dos de la mañana, a la comisaría de Church Street [...]; bajando las escaleras que llevaban al sótano conduje al presidente de la Comisión Policial hasta el alojamiento para hombres. No había experimentado cambio alguno; estaba exactamente igual que el día en que yo había dormido allí. Tres hombres yacían estirados cuan largos eran los sucios tablones, dos de ellos jóvenes muchachos campesinos. Mientras estábamos allí le conté al señor Roosevelt

³⁴ Véase Jacob A. Riis. “Vice Which Is Unchecked”, *New York Tribune*, 31 de enero de 1892. En JRP, Library of Congress, Container 10.

³⁵ En sus libros y crónicas periodísticas Riis emplearía herramientas propias de la escritura de ficción. Pues, aunque resulte improbable que el autor recordase las palabras exactas de una conversación mantenida tiempo atrás, en el fragmento anterior y en el que le sigue, se aprecia cómo se asigna diálogo a sí mismo y a las personas que participan en la escena, al modo de personajes de novela. Más tarde haría uso de esta técnica para describir sus encuentros con los pobres, agregando a la situación cierta conmoción o patetismo, apelando así directamente a las emociones de los lectores.

mi propia historia. Se puso alternadamente rojo y pálido de ira mientras la oía.

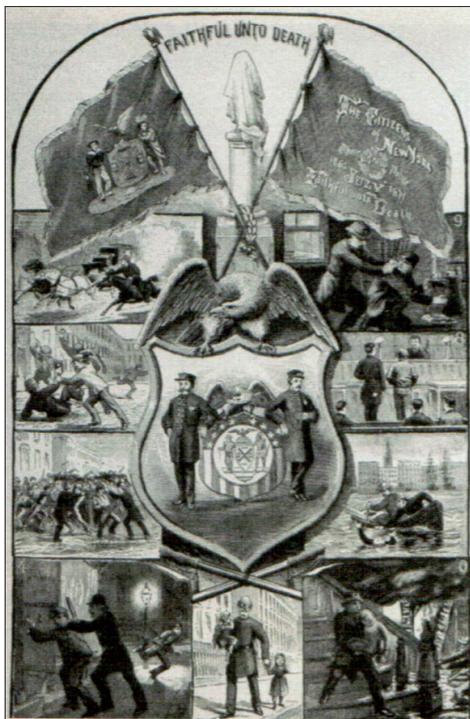
-¿En verdad que le hicieron eso a usted? —me preguntó cuando hube terminado. Como respuesta señalé a uno de los muchachos que estaba durmiendo delante de él.

-Tenía yo la edad de ése —dije.

Golpeó con fuerza un puño contra el otro. —Mañana mismo los derrumbaré.

Y cumplió su palabra. Al día siguiente la Comisión Policial se ocupó del asunto.

Se tomaron medidas para alojar a los desamparados en una barca del río East hasta que se pudieran perfeccionar planes para separar a los vagabundos empedernidos de la gente desafortunada; y en el espacio de una semana y por recomendación del jefe de policía se dieron órdenes para cerrar las puertas de los alojamientos policiales, lo que ocurrió el 15 de febrero de 1896, para no ser reabiertas jamás³⁶.



F.24. *Familiar Incidents in the Life of a New York Policeman*, ilustración publicada en Augustin Costello, *Our Police Protectors* (1885).

En aquel entonces, como inmigrante maltratado por un policía, Riis no hubiese podido imaginar que su trabajo de futuro periodista estaría tan unido al del NYPD. Hay que tener en cuenta que en el siglo XIX, la policía era una figura contradictoria, pues si bien practicaban la represión de las

³⁶ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 188.

llamadas “clases peligrosas” sin miramiento alguno —a través de arrestos, golpes de porra y torturas varias— y, según se demostró, participaba de la corrupción que Tammany Hall enquistaba en la ciudad³⁷, en cuanto que cuerpo civil y profesional velaba por el bienestar social con un amplio abanico de servicios que iban más allá de la supuesta protección ciudadana.

Así, según se observa en el grabado titulado *Familiar Incidents in the Life of a New York Policeman* [F.24], socorrían a víctimas de accidentes de todo tipo (incendios, inundaciones, caídas, etc.), ayudaban a niños perdidos a encontrar a sus padres, transportaban a los enfermos a los hospitales, detenían caballos descontrolados, recuperaban los cadáveres sin identificar de los canales, puertos y ríos, quitaban animales muertos de las calles, e incluso proveían de alojamiento —y a veces de comida— a los indigentes. Había escuadrones que se dedicaban a realizar inspecciones sanitarias en las casas de vecindad y en industrias como los mataderos. La policía incluso participaba en el sistema electoral revisando el trabajo del Board of Election. Contribuía de modos muy diversos en la vida activa de la ciudad³⁸. Se entiende, por

³⁷ En aquella época la maquinaria política de Tammany Hall desempeñó un papel importante en el control de la ciudad de Nueva York, incluidos los cuerpos policiales que abusaban de la fuerza ilegalmente. Tammany controló las nominaciones del Partido Demócrata comprando los votos de los inmigrantes mediante una red clientelar. Las investigaciones del Lexow Comitee demostraron la implicación de la policía en la maquinaria política corrupta. Así lo denunciaría el periodista John Brooks Leavitt: “La investigación ha revelado el terrible hecho de que la cualidad de la ciudadanía americana está siendo destruida en la búsqueda de la carrera tras la riqueza. El ‘pueblo llano’, como lo llamó Lincoln, el hueso y la médula de nuestro país, las personas respetables con sentido común a las que se atribuye buena parte del pensamiento vigoroso nativo y que están dispuestas a hacer lo correcto al margen de las prácticas o políticas [...], se han dado a comprar favores policiales”. Véase John Brooks LEAVITT, “Criminal Degradation of New York Citizenship”, en *The Forum*, 17 de agosto de 1894, pp. 659-665. Sobre la llamada por Riis “colonización de votantes”, véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 119-120.

³⁸ Véase James LARDNER y Thomas REPPETTO (2001). *NYPD: A City and Its Police*. Nueva York: Holt Paperbacks. En especial el cap. 3, “The Finest”, pp. 50-71. El servicio público prestado por los policías del Lower East Side neoyorquino ha sido destacado por intelectuales de décadas posteriores. Tal es el caso del poeta, dramaturgo y novelista irlandés Brendan Behan, quien, en calidad de visitante, contaría la siguiente anécdota al respecto: “Sería aún más hipócrita de lo que soy si dijera que todos los policías son ángeles, pero lo cierto es que en Bowery lo eran más de una vez. Fui con este policía de origen noruego hasta una pensión donde me dijo que tenía un recado que hacer. Había un viejo tumbado en una cama y con una pierna de madera apoyada en el bastidor. El

tanto, que existiera una figura periodística, la del reportero policial, especializada en el seguimiento y/o cobertura de las tareas policiales con el fin de informar a la ciudadanía. Éste sería el trabajo de Jacob Riis.

Sin embargo, desde el episodio en la comisaría de policía de Nueva York, todavía pasarían tres años hasta que Riis ejerciera de periodista. Durante el período de 1870 a 1873 ocuparía su tiempo en una serie de trabajos circunstanciales. Elaboró cunas para una mueblería, taló árboles en Swede Hill, ayudó en la cosecha de hielo en los lagos de Filadelfia y en la reparación del vapor que comunicaba Jamestown y Mayville. Se hizo cazador de ratas almizcleras, negocio que compaginó con la impartición de conferencias sobre ciencias naturales en una colonia de obreros escandinavos: “Dos veces por semana, cuando había armado mis trampas en el valle, iba a la ciudad y hablaba sobre astronomía y geología a absortos auditorios que miraban, espantados, a los horrendos saurios y a los detestables pterodáctilos que yo esbozaba en el pizarrón [...]. Llevaba a veces a casa hasta dos o tres dólares, después de pagar el uso del salón y la luz, cobrando diez dólares la entrada”³⁹. Pero su carrera como conferenciante pronto se truncó al confundir en una explicación los términos latitud y longitud; un viejo lobo de mar que se hallaba en el auditorio lo acusó de impostor y ya no pudo recuperar su credibilidad ante el público. Decidió entonces partir hacia Buffalo. De camino, estuvo trabajando de instructor de los hijos de un médico mientras ordeñaba vacas y plantaba hortalizas. Una vez en Buffalo apiló maderas y, de nuevo, recurriendo a sus dotes de carpintero, fabricó armaduras de camas en el taller de un ebanista, pero dejó el trabajo porque su patrón era mal pagador. Después fue contratado en un taller de cepillado de puertas; lijaba y tapaba los orificios dejados por los nudos de la madera a quince centavos la unidad. Ante su eficiencia, el dueño del taller rebajó el salario y Riis renunció. Dejó Buffalo para trabajar con una cuadrilla en un

policía sacó un paquete de cigarrillos y le pasó unos pocos, y también le dio un reloj. ‘Aquí tienes, papá’, le dijo. Antes de marchar, vi que se ponía la mano en el bolsillo y le daba algunas monedas al viejo. Ya en la calle le pregunté por el reloj. —Es que me da su reloj —dijo el policía— por si alguien se lo quita durante las noches, y yo se lo devuelvo cada mañana. A veces le ayudo con su pierna de madera si no hay nadie más para hacerlo”. Véase Brendan BEHAN (2012/1964). *Mi Nueva York*, trad. de Julio Labí, p. 142. Barcelona: Marbot Ediciones.

³⁹ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 65. Ésta fue la primera experiencia sobre la tribuna de Riis, práctica que mejoraría con el paso de los años.

nuevo ferrocarril que pretendía unir las localidades de Cattaraugus, Buffalo y Washington, pero pronto fue en busca de un empleo menos severo en alguna granja: “Había caminado ochenta kilómetros sin pausa ni alimento. Esa noche dormí bajo un cobertizo y justo al día siguiente conseguí trabajo con buena paga en el armado de algunos vapores que el ferrocarril de Erie estaba construyendo entonces para el tránsito en el lago Superior. Con intervalos de otros tipos de empleo, cuando por alguna razón u otra escaseaba el trabajo en el astillero, mantuve el ritmo de labor durante todo el invierno y me volví bastante opulento, hasta el punto de poder comprarme un traje nuevo, el primero desde que había desembarcado”⁴⁰. Con su traje nuevo decidió ingresar en el mundo del periodismo y trató de emplearse en el *Courier* y el *Express* sin éxito alguno.

Sus siguientes oficios, como agente comercial, primero de muebles en el próspero valle petrolero de Allegheny, y luego, de planchas de hierro de rizar, le hicieron medrar durante un tiempo. Contrató a vendedores para cubrir distintas zonas, pero estos le estafaron: “Evanecido por mis triunfos como vendedor cedí en mala hora a los halagos de mis fabricantes, y acepté la agencia general del estado de Illinois, con sede central en Chicago [...]. Chicago aún no se había recobrado después del gran incendio, y sus hombres jóvenes fueron demasiado avispados para mí. En el término de seis semanas me habían desplumado totalmente, habían escapado con mis planchas y con el dinero que yo les había prestado para que se iniciaran en el negocio. Volví a Pittsburg tan pobre como siempre, para enterarme de que los agentes que yo había dejado en mi territorio de Pensilvania habían procedido conmigo de la misma manera”⁴¹.

Después de este desengaño se encaminó a Nueva York. Allí, en la ciudad a la que había prometido no regresar tras el incidente en la comisaría de policía, se matriculó en un curso de telegrafía que se costeó vendiendo planchas puerta por puerta. Mientras ocupaba su tiempo de esta manera, leyó en un periódico una oferta de trabajo como redactor del *Review*, un semanario local de Long Island, y decidió probar suerte de nuevo en el mundo del periodismo. Esta vez obtuvo el empleo. Por ocho dólares semanales escribía la columna local y se ocupaba de los asuntos generales de los

⁴⁰ *Ibid.*, p. 75.

⁴¹ *Ibid.*, p. 86.

barrios de Hunter's Point y Blissville, con excepción de las cuestiones políticas. La experiencia no duró más de dos semanas, al ver que no le pagaban. Así que dejó la faena para vender a domicilio libros de Dickens editados por Harper: "Dickens resultaba invendible. Por una curiosa fatalidad se me había dado para la venta un ejemplar de *Tiempos difíciles* [*Hard Times*]"⁴². Su mala racha acabaría en la primavera de 1874, gracias a un encuentro fortuito con el director de la escuela de telegrafía a la que Riis dejó de asistir cuando no pudo pagar las cuotas, y que lo recomendó como periodista a la New York News Association, ubicada en Park Row, que finalmente lo contrató: "Nuestra agencia vendía noticias tanto a los diarios de la mañana como a los vespertinos, y nuestra jornada laboral, que comenzaba a las diez de la mañana, rara vez llegaba a su fin antes de la una o dos de la mañana siguiente. Tres reporteros teníamos que cubrir todas las noticias generales de la ciudad que no eran encauzadas a través de los departamentos especializados"⁴³. Su puesto le valió cierto reconocimiento, pues, en mayo de ese mismo año, un grupo de políticos del sur de Brooklyn que había fundado un semanario, el *South Brooklyn News*, necesitados de un reportero, le ofrecieron a Riis el puesto. Tras dos semanas en su nuevo trabajo fue nombrado director del semanario, "lo cual no constituyó un voto de confianza, sino meramente un acto de economía" de sus patronos: "Ahorraban cuarenta dólares semanales dándome veinticinco y el título de director. No creo que jamás se les hubiera pasado por la mente que yo pudiera ser director más que de nombre"⁴⁴. El periódico era un órgano político a favor del partido demócrata con vistas a las próximas elecciones de otoño; una vez las ganaron, sus dueños no necesitaron más propaganda y decidieron deshacerse de él. En diciembre Riis ofrecería un depósito de 75\$ para comprarlo a plazos por la suma total de 650\$⁴⁵.

⁴² *Ibíd.*, p. 90.

⁴³ *Ibíd.*, p. 95.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 97.

⁴⁵ La decisión de comprar el semanario vino motivada por una carta que Riis recibió de su familia en las Navidades de 1874, en la que se le informaba de que Elisabeth había enviudado. Esta noticia le dio fuerzas para emprender un proyecto que le permitiera mejorar su posición con vistas a pedir su mano.

El *News* era un periódico de tamaño grande, de cuatro páginas. Literalmente cada palabra que aparecía en él había sido escrita por mí. Yo era el director, reportero, editor y agente de publicidad. Mi pluma mantenía ocupados a dos impresores la semana entera, y me dejaba tiempo para buscar avisos, asistir a reuniones y recopilar las noticias. El viernes por la noche el empresario local de pompas fúnebres, que publicaba avisos en el semanario y pagaba en especie, llevaba las formas a Nueva York, donde se realizaba la impresión. En las primeras horas del día yo me ponía la edición al hombro —no era una tirada muy grande la de aquellos días— y la llevaba desde Spruce Street hasta Fulton Ferry, y de allí a casa por medio de un tranvía de la Quinta Avenida [...]. Cuando llegaba a casa dormía sobre el mostrador, utilizando la edición como almohada, a fin de levantarme a las primeras luces del día para ponerme a la búsqueda de niños vendedores de diarios. Los recogía de la calle y de la avenida, los obligaba a entrar si no tenían ganas de hacerlo, y les ofrecía tantos incentivos que poco después el sur de Brooklyn retumbaba los sábados con los gritos del *News* desde la aurora al ocaso⁴⁶.

El 5 de junio de 1875 Riis saldaría la deuda contraída y se convertiría por fin en dueño de un diario independiente. En adelante, los malos tiempos como inmigrante sin techo y los trabajos precarios no volverían a presentársele. Había encontrado su vocación⁴⁷.

2.1.2. De periodista a fotógrafo

El *South Brooklyn News* con Riis a la cabeza pronto se convertiría en un diario local influyente. Con la corrupción política que se destapó en el segundo período presidencial de Grant, Riis inició una campaña a favor de reformas que, según sus propias palabras, “dejó pasmada a la ciudad”, atacando a los demócratas sin cuartel —a pesar de la afinidad del periódico con dicho partido—, y defendiendo el trabajo de ciertos republicanos del

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 99.

⁴⁷ El 14 de junio de 1874 escribió al respecto en su diario: “En verdad creo que el periodismo ha llegado fácilmente a mí. Al menos, he tenido éxito en todo lo que toco en este campo”. Véase Jacob A. Riis (1871-1875). *Pocket Diaries*, Box 5, JRP, New York Public Library, p. 68.

distrito, como el del comisario John Mackellar, a quien querían destituir por cuestiones de conveniencia política. Los políticos contra los que arremetió Riis intentaron comprar sus favores en el periódico asignándole un cargo de funcionario público como intérprete en causas de tribunales policiales, con un salario de cien dólares mensuales, una cifra considerablemente alta para la época. Sin embargo, cuando vieron que la línea editorial de su periódico no variaba, un juez que era cabeza del grupo se deshizo de él: “No me despidió; no podía hacerlo. Yo estaba tan sólidamente instalado en el tribunal como él mismo, al haber sido nombrado por la ley del estado. Pero se acudió al poder de la legislatura que me había nombrado para alejarme y, para guardar las apariencias, se eliminó también el cargo”⁴⁸. Riis continuó destapando las irregularidades de su vecindario, guardaran éstas relación con políticos influyentes o con meros trabajadores del barrio, como el caso de un tendero de comestibles, a quien un grupo estaba estafando; publicó los nombres y la cantidad que adeudaba al tendero cada uno de los estafadores, invitándoles a pagar o a marcharse de la zona, si bien se enemistó con sus vecinos: “En vez de conseguir que la sociedad me saludara como su salvador, cada vez me hice menos querido [...], pero la circulación del periódico creció en extremo. Se duplicaba y hasta triplicaba semana tras semana, hecho que yo atribuí al reconocimiento público de la justicia de mi causa. Pero estaba equivocado. La verdad era que nuestra colectividad

⁴⁸ Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 103. Además de intérprete, en esta época Riis trató de ingresar en la iglesia. Se convirtió al metodismo cautivado por la elocuencia de un predicador local, el hermano Simmons. Riis estuvo tentado de predicar él mismo, pero el párroco le desanimó: “Hay demasiados predicadores; lo que el mundo necesita son plumas consagradas”. *Ibid.*, p. 101. Riis llegaría a ser diácono de su parroquia. La iglesia episcopal ha honrado su profesión cristiana a lo largo de los años asignándole el 2 de julio en el calendario litúrgico. En calidad de santo y/o testigo profético (*prophetic witness*), Riis es venerado junto con Walter Rauschenbusch —teólogo cristiano y ministro baptista, figura clave del movimiento social *gospel* en EE.UU.— y Washington Gladden —también líder de ese movimiento, pastor de la iglesia americana congregacional, y editor del *New York Independent*, que combatió la segregación racial—. En la tradición episcopal los santos, además de ser invocados como intercesores en la oración, son reconocidos como ejemplos a seguir en la historia de los buenos cristianos. La iglesia episcopal no canoniza a los individuos, dado que sostiene que todos los cristianos bautizados son santos de Dios y su fe puede ser un ejemplo para los demás. De ahí que su santoral incluya cristianos de diversas confesiones y tradiciones, desde Martin Luther King hasta San Agustín de Canterbury o el propio Jacob Riis.

se hallaba constituida por gente con una normal y saludable avidez por conocer la vida ajena. Supongo que no habrá sido ésa la primera vez que tal inclinación haya sido confundida por inexperiencia con el entusiasmo moral, y no será la última”⁴⁹.

En menos de un año consiguió que los mismos políticos que se deshicieron del *South Brooklyn News* estuvieran deseosos de comprarlo de nuevo, pero por cinco veces más que la cantidad que Riis había pagado. Motivado por la recepción de una carta en que Elisabeth le comunicaba que aceptaba casarse con él con la condición de que fuera a buscarla a Dinamarca, vendió el periódico por 3.000\$, compró un pasaje y regresó a su país a finales de 1875. Riis contraería matrimonio el 5 de marzo de 1876 en Ribe y volvería poco después a Estados Unidos con su esposa con la intención definitiva de echar raíces⁵⁰. Sus últimas experiencias en Nueva York le habían dado la suficiente confianza como para querer fundar allí una familia: “Yo era feliz, ésa era la clave; muy, pero muy feliz, y lleno de fe en nuestra capacidad para vencer en la lucha, por muchas que fueran las dificultades [...]; era un desafío, anunciado al son de trompetas, para que el destino viniera a nuestro encuentro en toda su plenitud. Los dos juntos conquistaríamos el mundo”⁵¹.

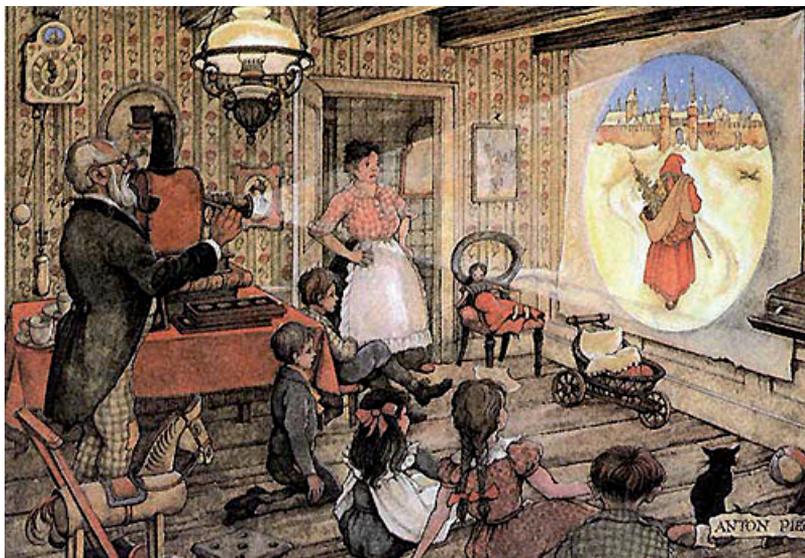
Instalados en Brooklyn, Riis arrancaría su segunda época en América de nuevo como director del *South Brooklyn News*, remunerado por sus antiguos patronos, los políticos⁵². Sin embargo, esta vez la situación se hizo insostenible: “Una cosa es dirigir un periódico independiente y otra muy distinta dirigir un órgano político. Y no se puede engañar al público”. Consideradas así las cosas, Riis renunció a su puesto en el periódico para poner en práctica una nueva iniciativa. Tiempo atrás había adquirido un estereopticon* aparentemente sin finalidad alguna, pero pronto lo hizo rentable como instrumento de publicidad.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 105.

⁵⁰ Más detalles sobre este episodio de la vida de Riis pueden consultarse en Louise WARE (1938). *Jacob Riis: Police Reporter, Reformer, Useful Citizen*, op. cit., en especial el cap. III, “Jacob Riis, Newspaperman; Marriage”, pp. 31-48.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 132.

⁵² Al vender el periódico se comprometió a no fundar ningún otro en el sur de Brooklyn por el término de diez años, lo que limitó sus iniciativas.

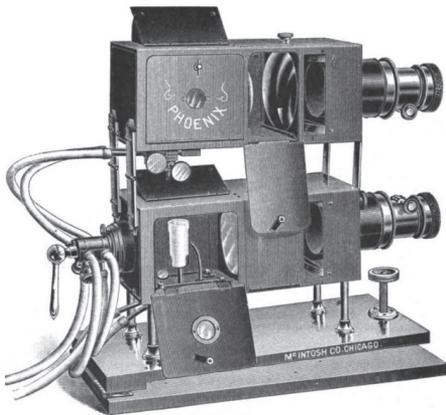


F.25. Grabado de Anton Pieck (1895) que muestra una proyección doméstica con linterna mágica.

El estereopticon, un tipo de linterna mágica con doble lente, era una forma temprana de proyector de diapositivas que podía mostrar imágenes fotográficas en una pantalla de más de cinco metros de anchura [F.25]. Las diapositivas, en soporte de cristal, como veremos en el vol. II, solían colorearse a mano para generar mayor impacto e ilusión de realidad en el espectador.

En manos de un operador habilidoso, la transición entre diapositivas podía hacerse por medio de fundidos encadenados⁵³. Riis aprendió a manejar

⁵³ Es un error común emplear el término estereopticon para referirse al estereoscopio, cuando son aparatos distintos. Un estereopticon no proyecta ni muestra imágenes estereoscópicas, tridimensionales (3-D) o con ilusión de relieve, sino que permite proyectar diapositivas bidimensionales en una pantalla a gran tamaño y fundir de manera encadenada el paso de una a otra. Así, todos los estereopticones pueden ser clasificados como linternas mágicas, pero no todas las linternas mágicas son estereopticones [véase F.25]. El estereoscopio, en cambio, era un aparato de uso individual que, al colocarle el par de fotografías estereoscópicas, fundía ambas en una única imagen con apariencia tridimensional. Las imágenes de Riis, podían ser vistas con ambos aparatos según su formato: las estereoscópicas con el estereoscopio, y las diapositivas con el estereopticon



Estereoptición o tipo de linterna mágica de dos lentes, que permitía la realización de fundidos encadenados entre diapositivas.

el estereoptición y recorrió con él las ciudades y aldeas ofreciendo exhibiciones al aire libre de paisajes hermosos entre los que intercalaba los anuncios de sus clientes, la mayoría de ellos comerciantes de Brooklyn. Con la llegada del invierno, ante las inclemencias del tiempo, se instaló en un escaparate en el chaflán de Myrle Avenue y Fulton Street, y llamaba la atención de los transeúntes con sus proyecciones fotográficas.

Riis no consideraba que el

trabajo de publicista supusiera un paso atrás respecto a los pequeños logros que había conseguido como periodista: “Una de las principales razones por las que me gusta este país es que da importancia a la actividad a la que se dedique una persona siempre que se trate de una tarea honrada y decente. A mí me agradaba mi trabajo de la publicidad. No anunciaba nada que yo mismo no hubiera vendido, y ofrecía esa propaganda de un modo que era decididamente grato y beneficioso para ellos, pues mis cuadros eran verdaderas obras de arte, no las inútiles bagatelas que se ven hoy en día en las pantallas callejeras”⁵⁴. Durante el verano de 1877 se asociaría con Ed Wells, un farmacéutico con el que trabó amistad durante los años en que trabajó para el *South Brooklyn News*, y ambos planearían un proyecto de publicidad rural y ambulante de mayor envergadura, siempre empleando como herramienta la linterna mágica. Pero en la ciudad de Elmira, sus labores publi-

o linterna mágica. En el capítulo cuarto, vol. II, veremos cómo Riis solía cortar las imágenes estereoscópicas para poder crear diapositivas que pudiese proyectar en sus conferencias con estereoptición.

⁵⁴ Para esta cita y la anterior, *ibíd.*, pp. 135, 136.

citarias coincidieron con una violenta huelga de ferroviarios y decidieron abandonar el trabajo con el fin de evitar exponerse a peligros similares⁵⁵.

En esta época Riis había tratado de incorporarse sin éxito como redactor en cualquiera de los diarios metropolitanos. No lo conseguiría hasta otoño de 1877, en que el *New York Tribune* le admitió en periodo de prueba. Durante seis meses trabajó duro como periodista generalista por una paga escasa, hasta que lo enviaron a la oficina de prensa de Mulberry Street [F.26], en pleno corazón de los barrios bajos neoyorquinos del Lower East Side, para cubrir el puesto del periodista que tenía a su cargo las noti-

⁵⁵ En el verano de 1877 tuvieron lugar varias huelgas de ferroviarios en los Estados Unidos, motivadas por las peligrosas condiciones en las que trabajaban los operarios: unos 200 trabajadores fallecían anualmente y 30.000 padecían graves accidentes laborales. Como el Ferrocarril de Pensilvania era el más largo del país, estuvo especialmente afectado por las huelgas y varios pueblos de Pensilvania —como Elmira— se alzaron en armas. Riis respetó la huelga en la medida en que comprendía la explotación laboral a la que estaban siendo sometidos los obreros, pero nunca la apoyó abiertamente por su violencia, de la que fue víctima al presenciar uno de los disturbios en el que hubo derramamiento de sangre: “No sostengo que a veces la provocación no sea grande, pero es preferible no recurrir a la violencia. Ella no consigue ningún buen resultado y en cambio hace mucho mal. Además, si aún no hemos comprendido que es posible solucionar pacíficamente las disputas por medio de la discusión, la culpa de ningún modo recae exclusivamente sobre los empleadores”. *Ibíd.*, p. 139. Janet B. Pascal comenta en referencia a este episodio que “la ingenuidad de Riis nunca le abandonó por completo. Años después seguía sin comprender la amargura de la ira de los huelguistas, el profundo abismo que los separaba de los propietarios de los ferrocarriles o la magnitud de las fuerzas implicadas. Antes de que acabara el episodio, 100.000 ferroviarios se habían declarado en huelga, la mitad de las mercancías del país quedaron paralizadas, el ejército federal fue movilizadado y cien hombres (entre ellos mujeres y niños) murieron. Riis no se mostró insensible a las quejas de los trabajadores ferroviarios, pero pensó que si las dos partes se sentaban y hablaban como personas razonables el asunto podría arreglarse”. Véase Janet B. PASCAL (2005). *Jacob Riis: Reporter and Reformer*, op. cit., p. 56. Otros biógrafos de Riis, tras narrar el episodio de la huelga de Elmira, han señalado a propósito de las ideas políticas que manifestó: “Como reformador y activista en la lucha contra la pobreza y las malas condiciones de vida de las grandes ciudades, Riis fue increíblemente progresista, pero su activismo fue de naturaleza centrista. Su propósito fue convencer a las clases medias y altas de que tomar un interés activo y cristiano ayudando a los pobres era crucial si no querían preparar el terreno americano para una revolución comunista. Mucho después Riis aceptaría el socialismo, comparándolo con la más pura forma de cristianismo. Durante la época en que ocurrió este cambio, sin embargo, él ya no desempeñaba un papel político”. Véase Tom BUK-SWIENY (2008). *The Other Half*, op. cit., p. 130.



Richard H. Lawrence y Henry G. Piffard: *301 Mulberry Street* (1887-1888). / New York Historical Society.



Richard H. Lawrence y Henry G. Piffard: *Reporter Office at 301 Mulberry Street* (1887-1888). / CAW Print, MCNY.

F. 26. Ambas imágenes, como indican sus respectivos títulos, muestran la oficina de prensa de Mulberry Street donde trabajaba Riis, quien aparece sentado al fondo en la esquina izquierda de la fotografía de arriba.

cias de la central de policía⁵⁶. Riis fue admitido en plantilla por veinticinco dólares semanales, no tanto por sus destrezas literarias, como por haberle demostrado al entonces director, Charles A. Dana, su tesón y capacidad de trabajo⁵⁷. Desde entonces se dedicó a cubrir la sección más difícil del periódico en calidad de reportero policial, recogiendo y manipulando toda clase de sucesos que todavía no hubiesen pasado por los tribunales, a saber, asesinatos, incendios, suicidios y robos. Según el autor danés, se necesitaba cierta picardía para obtener la información y seriedad (no sensacionalismo) para procesarla: “La victoria la obtiene el reportero que merced a sus vinculaciones, amistades o natural habilidad detectivesca consigue la noticia que la policía tiene por norma ocultar [...]. Es su tarea retratarlo de modo que podamos ver su significado, o por lo menos captar su motivación humana, y no meramente la pestilencia y las emanaciones de la sangre. Si logra tal objeto, ha realizado un insigne servicio”⁵⁸.

⁵⁶ Riis salía de trabajar entre las dos y las cuatro de la madrugada; a pesar de los peligros que entrañaba, prefería cruzar a pie los barrios bajos, antes que tomar el tranvía, con el fin de conocer de primera mano la vida nocturna de los suburbios: “A las tres de la mañana las cosas se ven sin el barniz y en su naturaleza verdadera. De ese modo conseguía componer en mi mente un cuadro del Bend que tan pronto como pudiera transmitirlo a la mente colectiva de la ciudad contribuiría a arreglar cuentas con ese chiquero. No era apto para que vivieran allí hombres y mujeres cristianas, no hablemos ya de los niños, y por lo tanto, tenía que desaparecer”. Todas las noches, de regreso a su casa de Brooklyn, atravesaba Five Points y Mulberry Bend en el Sixth Ward, pasaba por delante de los salones de entretenimiento barato y de los asilos del Bowery, por las casas de vecindad más viejas del Fourth Ward, hasta llegar al ferri de Fulton Street que tomaba para cruzar el East River: “Iba de aquí para allá, metiendo las narices entre las callejuelas pestilentes de Bend y sus casas de vecindad, más nauseabundas aún, cuando dormían en toda su inmunda miseria [...] sondeando su dolor y su depravación en toda su profundidad”. Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 171, 172. Riis no sería el único periodista conocido que trabajaría en la oficina del 301 de Mulberry Street. De hecho, a lo largo de su carrera coincidiría con figuras como Ida Tarbell, John Spargo, Upton Sinclair y el ya mencionado Lincoln Steffens.

⁵⁷ Para aventajar a sus colegas, Riis llegaba a la oficina una hora antes que los demás reporteros, obtenía las noticias más recientes y transmitía los teletipos por telégrafo. De este modo, su periódico era el primero en informar a los lectores. Dana supo valorar su iniciativa.

⁵⁸ *Ibíd.*, pp. 149, 150. Menos conocido que el trabajo de reportero policial de Riis es su labor como corresponsal de diarios daneses —como el *Nationaltidende*— que ejerció simultáneamente a partir de 1880. Sus textos fueron publicados en su país natal y otros aparecieron a lo largo de Estados Unidos, gracias a las agencias de noticias. Estos ar-

A través de sus crónicas, Riis se forjó un nombre en un corto período de tiempo. Su motivación, convicciones y férrea confianza en la voluntad del individuo como motor del progreso social contribuyó a que su carrera avanzara hacia el terreno del servicio público al poner en práctica un periodismo activista, en el que la fotografía cobraría gran importancia. Desde sus comienzos como reportero, su deseo por cambiar las cosas y educar a los lectores lo mantendría vivo durante todo su recorrido, si bien al principio no se detectaba en sus crónicas ningún mensaje específico. Durante los tres primeros años en el *Tribune*, según cuenta Janet B. Pascal, Riis adquirió un conocimiento “íntimo y enciclopédico de los barrios bajos” al que más tarde sacaría partido⁵⁹. Se ganó la confianza de sus confidentes al diferenciarse de otros actores sociales que solían visitarles. No los trataba con condescendencia, como la mayoría de misioneros y reformadores, ni con hostilidad, como ocurría con algunos inspectores de gobierno, ni les sobornaba, como hacían los políticos, a cambio de su apoyo electoral. Simplemente les daba la oportunidad de desahogarse. Su curiosidad, simpatía y manera de conectar con la gente hizo que conociera a los habitantes de los barrios bajos mejor que muchos otros reporteros. Como buen ciudadano, Riis se hizo cargo de los males de la comunidad como si fueran suyos y, al hacerlo, se dio cuenta de que la gente que habitaba las viviendas de los barrios bajos “era mejor que las casas en que vivían”.

Existe una anécdota, recurrente en la bibliografía sobre el autor, que ejemplifica esta circunstancia y da cuenta del carácter de Riis. En la primavera de 1888 sus hijos le dieron unas margaritas para que se las entregara a los niños de los barrios bajos, y apenas pudo recorrer una manzana sin que le desaparecieran de las manos. La alegría que produjo en los pequeños un gesto en apariencia tan sencillo le llevó a escribir una carta a diversos periódicos exhortando a solicitar a los lectores flores para los niños de los suburbios. Riis pretendía con esta iniciativa dar a las personas la oportunidad de descubrir por sí mismas “cuánto placer podrían experimentar con una acción tan modesta”. La iniciativa tuvo una gran acogida, pero los remitentes en vez de entregar las flores personalmente, las enviaron

títulos versaban sobre política nacional y escándalos de las elites sociales, además de algunas semblanzas que escribió sobre personalidades relevantes. Al combinar ambas contribuciones, Riis se hizo competente en dos estilos periodísticamente muy distintos.

⁵⁹ Véase Janet B. PASCAL (2005). *Jacob Riis: Reporter and Reformer*, op. cit., p. 66.

a la oficina de prensa a nombre de Riis para su distribución: “Llegaban en cajones, en barriles, y en ramilletes, desde los campos y jardines, desde la ciudad y los ambientes rurales. Camiones de empresas de transporte, con flores, obstruían Mulberry Street, y los de la policía salían a la puerta para maravillarse ante el espectáculo. El ambiente de la oficina se hallaba totalmente impregnado de aroma”. Riis se vio tan abrumado que comenzó a pedir ayuda a la policía, a los inspectores de sanidad y a otros colegas periodistas y “por donde fuéramos las criaturas que se hallaban de mal humor cesaban de llorar y se sonreían cuando esas mensajeras del amor rozaban sus pálidas mejillas. Mujeres de aspecto desaseado se inclinaban y nos cedían el paso. —Qué Dios lo bendiga —escuché mientras caminaba por un oscuro zaguán—. Usted es un hombre bueno. Nadie ha venido aquí antes de esta manera”⁶⁰. La iniciativa inspiró incluso un poema de John Tabb, en el que daba a entender que las margaritas surtían mejor efecto para sembrar el orden en los suburbios, que la violencia policial:

Pacemakers ye, the daisies, from the soil
Upbreathing wordless messages of love,
Soothing of earth-born brethren the toil
And lifting e’en the lowliest above⁶¹.

Incluso el periódico de Joseph Pulitzer, el *New York World*, cubrió la historia de las flores, bautizando a Riis como el reportero misionero⁶². Si bien la idea de acercar la naturaleza a los pobres no era algo nuevo — ya existían estudios que confirmaban su efecto positivo sobre el carácter humano—, el proyecto de Riis —aunque *a priori* pueda resultar sentimental e ingenuo— allanó, sin embargo, el terreno para futuras reformas. En primer lugar, dibujó una cara humana a la pobreza abstracta y combatió así los prejuicios de las clases adineradas, que consideraban a los pobres en general ociosos y borrachos, y despertó un sentimiento de solidaridad

⁶⁰ Para esta cita y la anterior, véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 209.

⁶¹ “Pacificadoras, vosotras, las margaritas, desde la tierra / transpirando inarticulados mensajes de amor, / aliviando el esfuerzo de los hermanos terrestres / y elevando incluso al infimo.” Véase *Poetry by John B. Tabb. A Centenary Selection*. Recuperado de <http://poetry.elcore.net/PoetryByJohnB_Tabb.html>.

⁶² Véase “Last Sunday”. En *New York World*, 26 de junio de 1888.

y ayuda para quienes lo necesitan. En segundo lugar, la anécdota fue el germen de lo que años después se convertiría en la Jacob A. Riis Settlement House, dado que la orden recientemente creada de las King's Daughters⁶³ se interesó en colaborar, y lo que en principio suponía llevar unas flores a los pobres, pronto tomó mayor envergadura. En palabras de Riis, amortiguaron la desconfianza de los pobres que se mostraban reacios a recibir ayuda: "Las flores eran y son el 'ábrete sésamo' para toda casa [...]. Ahora no son necesarias para que se abran las puertas; todo el mundo sabe que la pequeña cruz anuncia a una amiga"⁶⁴. Así, las King's Daughters comenzaron su labor humanitaria ofreciendo continuidad con sus enfermeras al trabajo de los cincuenta médicos que no daban abasto visitando las treinta mil casas de vecindad durante los meses de verano. En el plazo de un año, más de trescientas familias se hallaban bajo sus cuidados, lo que propició en 1888 la creación en el 48 de Henry Street de la King's Daughters Settlement House, un hogar de acogida que ofrecía clases de costura, higiene y cuidados de la salud, un club para madres, campamentos de verano para los niños, etc.⁶⁵

⁶³ La orden comenzó el 13 de enero de 1886 en la casa de Margaret Bottome, la esposa de un reverendo metodista. En principio, eran un grupo de mujeres episcopales, presbiterianas y metodistas de la ciudad de Nueva York que se plantearon una hermandad cristiana al servicio del prójimo. El símbolo que adoptaron fue la cruz de plata y las siglas de su lema, I.H.N. —In His Name—, pronto se hicieron conocidas en los barrios bajos. En 1896 las sedes de la orden se habían extendido a Europa, Japón, China, Siria, India y Canadá, y pertenecían a ella más de 50.000 miembros.

⁶⁴ Véase Jacob A. Riis, *La formación de un americano*, op. cit., p. 212. Riis narró en sus libros la historia de la creación de la King's Daughters Settlement House a raíz de las flores, y le dedicó artículos de prensa ilustrados, algunos de ellos con carácter retrospectivo, más de una década después. Respecto a esto último, véase Jacob A. Riis, "What One Wild Flower Did", en *Garden Magazine*, diciembre de 1907, pp. 230-234. En J.R.P., Library of Congress, Container 8.

⁶⁵ En 1901, coincidiendo con la publicación de la autobiografía de Riis y con el aniversario de su boda con Elisabeth, la King's Daughter Settlement House pasó a llamarse Jacob A. Riis Neighborhood Settlement House. La institución, trasladada en 1950 a las Queensbridge Houses de Long Island, todavía hoy presta sus servicios a los inmigrantes poniendo en práctica el espíritu de activismo social que caracterizó a Riis e impulsó su creación. Según Christopher Hanway (en correspondencia con la autora el 02/09/2010), "una de las principales diferencias entre antes y ahora es que 1) dirigimos actividades *con* la gente a la que servimos, no *a* ellos o *para* ellos, y 2) todavía trabajamos con inmigrantes y otros grupos marginados, pero hoy lo hacemos para ayudarles a aclimatarse y navegar en la sociedad, no buscamos su americanización o asimilación".

Lincoln Steffens recordaría cómo la dedicación de Riis al bien público fue la consecuencia directa de su americanización: “Riis fue simplemente un buen ciudadano, el gran, alegre, sentimental danés se tomó su ciudadanía adoptada *literalmente*, y literalmente ‘trabajó para el bien público’ —‘trabajó’ como un granuja político”. Y añadiría respecto a su modo de proceder: “Sus métodos se parecieron mucho a los de un jefe. En primer lugar, se mantenía en segundo plano, no buscaba cargo alguno, ni se permitía vanidad o autoglorificación algunas. En segundo lugar, trabajaba todo el tiempo. Me dijo una vez: ‘Las iglesias pueden cerrar, los suburbios y los salones están abiertos toda la noche, todas las semanas y todo el año’. En tercer lugar, jugaba con los hombres, los usaba, y con las mujeres también, y mientras predicaba tiraba de los hilos. En cuarto lugar, esperaba la ocasión para golpear el hierro al rojo”⁶⁶.

El trabajo “para el bien público” habría comenzado, no obstante, años antes de la anécdota de las flores, con la denuncia de las condiciones de habitabilidad de las casas de vecindad, y se vería impulsado en 1880 gracias a un cambio de turno laboral, de la noche a la mañana, lo que le permitió a Riis por vez primera asistir a reuniones y comisiones públicas y privadas que divulgaban los problemas de los barrios bajos: “Por fin llegó el momento en que cambié el trabajo de noche por el diurno, y por cierto que no lo lamenté. Entonces comenzó una nueva vida, con muy ampliadas posibilidades. Hasta ese tiempo yo había estado acumulando impresiones. Ahora conocía a hombres en cuya compañía aquéllas comenzaban a cris-

La New York Public Library (Humanities and Social Sciences Library, Manuscripts and Archives Division) dispone de los Jacob Riis Settlement House Archives, cuyos documentos albergan —además de la correspondencia entre Theodore Roosevelt y Jacob Riis— algunos escritos de la esposa de Riis durante el período en que presidió el Board of Riis Settlement. Sobre el movimiento actual de las Settlement Houses, veáse el estudio de Beverly Koerin “The settlement house tradition: current trends and future concerns”. En <http://findarticles.com/p/articles/mi_m0CYZ/is_2_30/ai_101762542/?tag=content;col1> y la página web de la organización paraguas United Neighborhood Houses: <<http://www.unhny.org/about/settlement.cfm>>. La página oficial de la Jacob A. Riis Settlement House ofrece más información sobre su historia y programación actuales: <<http://www.riissettlement.org/>>.

⁶⁶ Véase Lincoln STEFFENS (1903). “Jacob Riis. Reporter, Reformer, American Citizen”, op. cit., p. 422.

talizar, a plasmarse en convicciones definidas”⁶⁷. En efecto, de esa época data su relación con el inspector sanitario Roger S. Tracy, con el profesor Charles F. Chandler, el Doctor Felix Adler y John T. Nagle, entonces a cargo de la Agencia Demográfica del Departamento de Salud Pública de la ciudad (Health Department’s Bureau of Vital Statistics), quien introduciría a Riis en el manejo de la cámara. Riis aprendería a utilizar una cámara diez años después de haber comenzado su carrera en el *New York Tribune*, con el fin de añadir credibilidad a sus textos⁶⁸. Hasta ese momento el autor creyó que sus escritos no afectaban en modo alguno a sus lectores: “Escribía, pero mis esfuerzos parecían no hallar eco”. Así cuenta cómo supo de la invención del flash de magnesio a través de la prensa:

Una mañana, mientras hojeaba el diario en la mesa del desayuno, lo dejé caer con una exclamación que sobresaltó a mi mujer, que se hallaba sentada enfrente de mí. Allí estaba justo lo que yo había buscado durante tantos años. Un despacho de cuatro renglones escasos de algún lugar de Alemania, si la memoria no me falla, traía todo lo que yo quería. Decía que se había descubierto un medio para tomar fotografías por medio de la luz instantánea. De ese modo podía fotografiarse hasta el rincón más oscuro⁶⁹.

⁶⁷ Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 177. En 1884 Riis adquiriría un terreno en Richmond Hill, una zona residencial en vías de expansión ubicada en Queens, donde se construiría la que sería su casa familiar. A ella se mudaría en 1886 con su esposa e hijos. Elisabeth se integró fácilmente en la nueva comunidad y comenzó a participar en grupos de mujeres progresistas, como el Twentieth Century Club, que luchaba por lograr el voto femenino. Al respecto, véase Tom Buk-Swienty (2008). *The Other Half*, op. cit., p. 182.

⁶⁸ Aunque Riis dedicó sendos capítulos a sus etapas como comerciante, director, publicista, escritor y conferenciante, no dedicaría ninguno al oficio de fotógrafo. El capítulo V de su autobiografía lo tituló “I go into Business, headlong”; el VI, “In Which I become an Editor...”; el VIII, “I become an Advertising Bureau”; y el XII, “I become an Author and resume my Interrupted Career as a Lecturer”. De su oficio como fotógrafo hablaría en el capítulo XI, titulado “The Bend is laid by the Heels”, que introduce del siguiente modo: “Antes de ocuparme del Bend será mejor que explique cómo comencé a aprender a fotografiar como...”, no, en realidad no fue exactamente como pasatiempo. Nunca consideré yo así a la fotografía. Siempre tuve un empleo útil para ella”. Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 192-193.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 194.

En el flash de magnesio Riis encontró una aplicación ventajosa para sus tareas como periodista y se convirtió sin saberlo en pionero de su uso en materia de fotografía documental. Tras haber leído la noticia, acudió en busca del mencionado John T. Nagle para que organizara un grupo dispuesto a salir de madrugada en busca de las tomas deseadas. Acompañado de escolta policial, Riis actuaba como comisario y/o guía del grupo, dirigiendo la escena. Sin embargo, pronto las horas intempestivas y los barrios bajos provocaron la renuncia de los otros miembros y, ante la imposibilidad de servirse del trabajo de fotógrafos, tuvo que aprender a usar la cámara por sí mismo⁷⁰.

2.1.3. De fotógrafo a conferenciante, escritor y reformador social

Riis captó la primera serie de imágenes con la intención de ilustrar la que sería su conferencia inaugural con linterna mágica, *The Other Half, How It Lives and Dies in New York*, celebrada en la Society of Amateurs Photographers de Nueva York, una de las instituciones “cuya importancia iba más allá de la habitual acepción de la palabra *club*”. Sus miembros, según Beaumont Newhall, “eran en su gran mayoría aquellos aficionados que la prensa llamaba *serios* o *avanzados*”⁷¹. En ella, dada la destreza que había adquirido con el estereopticon en su etapa de publicista, Riis proyectó y

⁷⁰ Volveremos sobre este punto en el vol. II, capítulo cuarto, “La mitad fotográfica”, en el que explicaremos los pormenores del método fotográfico empleado por Riis.

⁷¹ “Los periodistas, los escritores, los pintores y otros que no habían mostrado hasta entonces el deseo de incorporarse a la fotografía como profesión, comenzaron a descubrir que la cámara era una asistente útil para su trabajo. A menudo autodidactas, esos aficionados produjeron con frecuencia algunas fotografías de valor perdurable, que trascendían del mero registro.” Véase Beaumont NEWHALL (2002). *Historia de la fotografía*, trad. de Homero Alsina, p. 132. Barcelona: Editorial Gustavo Gili. Aunque Riis no formaba parte de la Society of Amateurs Photographers (SAP), compartía las inquietudes de sus miembros señaladas por Newhall en la cita anterior. Fundada en 1884, la sociedad ocupaba una planta entera del Telephone Building en la 113 West Thirty-eighth Street. En ella tuvieron lugar frecuentes encuentros, donde sus afiliados intercambiaban sus experiencias fotográficas, mostraban diapositivas de linterna mágica de sus trabajos —como hizo Riis— e informaban de los avances más recientes con demostraciones de nuevos equipos, técnicas y procesos. También se organizaban eventos sociales, conciertos y expediciones fotográficas. A la SAP pertenecieron fotógrafos como Alfred Stieglitz.

comentó cien fotografías sobre los barrios bajos, como las que se muestran en la figura 27. La conferencia, ampliamente reseñada en prensa, fue el punto de partida de su dedicación a los *tenements*, pues a raíz de ella Riis sería invitado a impartir varias más sobre el mismo tema en distintos lugares con la finalidad de recaudar fondos para instituciones filantrópicas, como la Children's Aid Society o la Charity Organization Society⁷².

Dado que Riis creía que el tema de los suburbios concernía en especial a los cristianos, planteaba sus conferencias como sermones —de ahí que muchas de sus charlas las impartiera en iglesias⁷³— en los que, en cambio, empleaba métodos de documentación científica, como estadísticas, fotografías y los datos recopilados en su trabajo de campo como periodista. La prensa dio cobertura a las charlas de Riis con críticas positivas, lo que aseguró su continuidad y le abrió las puertas como colaborador de ciertas revistas, aunque

⁷² La Children's Aid Society (CAS), creada en 1853 por Charles Loring Brace, entre 1854 y 1929, envió en tren 250.000 niños huérfanos de los barrios bajos a hogares rurales de 48 estados diferentes, donde se les proporcionaba una educación y alojamiento adecuados. Al respecto, véase Stephen O'CONNOR (2001). *Orphan Trains. The Story of Charles Loring Brace and The Children he Saved and Failed*. Chicago: The University of Chicago Press. Riis no creía que este proyecto fuera a acabar con el problema de los niños de los suburbios, pero apoyó la iniciativa. Redefinidos sus objetivos, la CAS sigue trabajando para proveer de oportunidades a los niños más desfavorecidos de Nueva York. Puede encontrarse más información sobre su política actual en <<http://www.childrens-aid-society.org/>>. Por su parte, la Charity Organization Society (COS) comenzó a operar como organización en la década de 1870. Poseía un consejo que coordinaba las actividades benéficas privadas y públicas. Fundada por reformadores sociales, trataba de reducir la pobreza mediante la aplicación de una administración más eficiente de los recursos disponibles, evitando la ayuda indiscriminada que las sociedades caritativas solían proporcionar a los marginados. Su filosofía, vigente hasta la década de 1930 e impulsora del trabajo social, estaba inspirada en las ideas de Thomas Chalmers, quien consideraba al individuo como el causante de su pobreza, lo que suponía que él mismo debía ser capaz de salir de ella. La COS administraba su ayuda de manera personalizada previo estudio de las necesidades de cada individuo.

⁷³ Aunque muchas iglesias dieron cobijo a sus disertaciones, el modo espectacular que empleaba Riis a la hora de argumentar el problema y sus referencias a la depravación y el vicio en los barrios bajos provocaron que algunas no quisieran acoger sus “sermones laicos”. Entre ellas figura su propia parroquia de Richmond Hill, la Union Congregational Church. Es importante recordar la fuerte presencia del laicado en los países europeos (como los escandinavos) en que la Reforma protestante tuvo una influencia visible en el proceso de modernización social. Véase H. TREVOR-ROPER (2009). *La crisis del siglo XVII. Religión, Reforma y cambio social*, trad. de Lilia Mosconi. Madrid: Katz Editores.



F. 27. El soporte de las diapositivas para linterna mágica era de cristal, según se aprecia en la imagen de arriba a la izquierda (fotografía de Rebeca Romero); a la derecha, se muestra la misma diapositiva, *The Montgomery Guards*, conservada en la Jacob Riis Collection, según la versión que ofrece el MCNY. La linterna mágica proyectaba la fotografía sin mostrar el marco sujeto por el chasis o bastidor donde se colocaban las placas, el cual variaba en función del laboratorio en el que se habían llevado a cabo. Cfr. con *Dockrats in Quarters* (1887), abajo, fotografía también proyectada en la primera conferencia de Riis, tomada desde un bote de policía en una redada para interceptar ladrones, en la que aparece retratada la Short Tail Gang bajo un muelle del East River. En el marco de la diapositiva, de distinto laboratorio, puede leerse: “William T. Gregg, Optician”, en vez de “Beseler Co.”, que figura en la anterior.

el camino hasta llegar a ello no fue fácil, según anotó Riis en su autobiografía: “Durante más de un año golpeé a las puertas de los distintos directores de revistas con mis fotografías, proponiéndoles contarles cómo vivía la otra mitad del mundo, pero nadie deseaba saberlo”⁷⁴. Así, tras una conferencia impartida en mayo de 1888 en la Plymouth Church de Brooklyn, el reverendo Lyman Abbot le propuso escribir dos artículos sobre el problema de las casas de vecindad para el *Christian Union*, un semanario fundado por Henry Ward Beecher⁷⁵ (el tío de la autora de *La cabaña del tío Tom*), y pocos meses después, en diciembre de 1889, lograría publicar en el *Scribner’s Magazine* un reportaje de más de veinte páginas, *How the Other Half Lives. Studies among the Tenements of New York*, que puede considerarse por temática y estructura el embrión del que sería un año después su primer libro. De título homólogo, *Cómo vive la otra mitad. Estudios entre las casas de vecindad de Nueva York*, publicado también por la editorial Scribners, y comercializado a 2,50\$⁷⁶, se convertiría en un *bestseller* colosal que sería reeditado durante toda la vida de Riis y gozaría de distribución fuera de Estados Unidos⁷⁷, si bien hay que decir que el imaginario empleado no era ninguna novedad, dado que desde 1860 la prensa —entre otros, el semanario *Harper’s Weekly*— solía dedicar piezas informativas a hablar de las condiciones de hacinamiento de los *tenements*, los asilos policiales y los problemas asociados a las distintas etnias de inmigrantes, ilustradas con grabados, pues por aquel entonces las técnicas de reproducción facsimilar

⁷⁴ Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 215. Algunas publicaciones, como el *Harper’s Weekly*, al saber que él mismo había captado las instantáneas, quisieron comprárselas y “buscar a otro que escribiera el artículo”, propuesta que Riis rechazó.

⁷⁵ Véanse Jacob A. Riis (1889). “The Tenement-House Question: The Question Stated” y “The Tenement-House Question: The Remedy”. En *Christian Union*, mayo de 1889, JRP, Library of Congress, Container 10. Henry Ward Beecher fue el reverendo al que sustituyó Lyman Abbot en la Plymouth Church de Brooklyn. Conocido por sus reformas sociales, Beecher solía reunir en sus sermones dominicales a más de 2.500 feligreses.

⁷⁶ Según se indicaba en “*How the Other Half Lives. A Glimpse at Darkest New York*”, una reseña de la obra aparecida en *The Christian Union*, el 27 de noviembre de 1890, vol. 12, n.º, 22, p. 706. En JRP, Library of Congress, Container 10.

⁷⁷ La editorial Samson y Low Company publicaría una edición londinense en 1891 de *Cómo vive la otra mitad*. Véase Jacob A. Riis (1891). *How the Other Half Lives. Studies among the Tenements of New York*. Londres: Sampson Low, Marstone, Searle & Rivington.

no habían llegado al punto en que fuera posible reproducir fotografías en los periódicos. *Cómo vive la otra mitad*, sin embargo, se imprimiría en un momento de cambio tecnológico editorial, lo que permitió que diecisiete de las treinta y seis ilustraciones que contenía el libro fueran realizadas con clichés y estampadas mediante el procedimiento de los semitonos, cuya calidad, no obstante (según analizaremos en el vol. II), carecía de la nitidez y detalle que se obtendría tiempo después. Las otras diecinueve fotografías fueron reinterpretadas por dibujantes, al estilo tradicional. La selección de imágenes que Riis incluyó en su obra provenía de las instantáneas que tomó para la conferencia inicial antes citada.

La escritura de *Cómo vive la otra mitad* tuvo absorbido a Riis durante diez meses. Tras este período, conseguiría un nuevo puesto como periodista del *Evening Sun*, si bien antes había trabajado para la agencia Associated Press. En palabras del autor:

Cómo vive la otra mitad fue escrito de noche mientras la familia dormía, porque yo tenía que ocuparme de mi trabajo de oficina durante el día. Era mi costumbre entonces el encender las lámparas de todos los cuartos del piso de abajo y caminar de aquí para allá mientras fumaba en pipa, pues la mayor parte de lo que escribo lo redacto mientras camino. Comencé el libro junto con el nuevo año. Fue publicado en noviembre, y el mismo día que salió a la venta me incorporé al plantel del *Evening Sun*. Lo que hice fue meramente subir un tramo de escalera. Mulberry Street aún no había terminado conmigo ni yo con ella. [...] No creo que yo mismo me diera cuenta de lo tremendamente cansado que estaba hasta que fui una noche a Boston a colaborar en una discusión sobre la explotación obrera en el Instituto de Tecnología. Me quedaba una hora libre y me dirigí a Beacon Street para visitar a un amigo. Subí maquinalmente la escalinata y toqué el timbre. Mi amigo no se hallaba en casa, dijo la criada que acudió a la puerta. ¿Quién podría decirle que había venido? Me quedé mirando como un tonto: me había olvidado de mi nombre. [...] Pero me puse contento cuando a la semana siguiente, escribí la última página del libro. Esa noche, según insiste mi mujer, di deliberadamente un salto mortal sobre la alfombra de la sala de estar mientras mis hijos mayores aplaudían y el bebé observaba, con ojos asombrados, desde una sillita alta⁷⁸.

⁷⁸ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 220, 222 y 223. El exceso de trabajo tuvo un alto coste de oportunidad en la vida familiar de Riis; según ciertos biógrafos, desatendió sus obligaciones como padre y marido, y confió la educa-

Cómo vive la otra mitad apareció en Nueva York el mismo año que en Londres veía la luz *In Darkest England and The Way Out*, la obra cumbre del misionero metodista fundador de la Salvation Army, William Booth, quien había trabajado durante cuatro años en el East End londinense —el barrio homólogo al Lower East Side neoyorquino—⁷⁹. Booth jugaba con el título de la obra de Henry Morton Stanley, *In Darkest Africa*, con el fin de sugerir que la pobreza de Londres estaba tan aislada del resto de la sociedad como los africanos que Stanley encontró en el Congo. Los reseñadores americanos del libro de Riis extendieron la analogía y se refirieron a *Cómo vive la otra mitad* como un estudio de la “darkest New York”, aunque el tono de la obra de Riis —informativo y exento de mojigatería— difiriera en gran medida del de Booth⁸⁰. Riis anotaría en su autobiografía que nunca pudo explicarse la gran aceptación que tuvo su obra⁸¹:

ción de sus hijos enteramente a su esposa. En 1886 falleció el que fuera su cuarto hijo, Stephen Balthasar, con apenas cinco meses de vida. Tras la tragedia, Riis se implicaría más en los asuntos familiares. Llegó a tener siete hijos con Elisabeth; uno de ellos murió al nacer y fue enterrado junto con Stephen en el cementerio de Maple Grove. Al respecto, véase Tom Buk-Swienty (2008). *The Other Half*, op. cit., p. 158 y 183.

⁷⁹ William BOOTH (1890). *In Darkest England and The Way Out*. Londres: The Carlyle Press. The Salvation Army nació en 1865 a instancias del reverendo Booth con el fin de difundir el cristianismo entre los pobres. Inicialmente trató de invitar a los desposeídos que iba conociendo en el East End a acudir a las iglesias, pero pronto se dio cuenta de que no se sentían cómodos al mezclarse con la clase media victoriana, dados los evidentes desprecios de los que eran objeto, por lo que Booth decidió fundar una iglesia *ad hoc* para ellos, la East London Christian Mission, que lentamente creció y se extendió a varios países, incluyendo los Estados Unidos. El interés de Booth y de su esposa Catherine por los marginados procedía directamente de sus convicciones teológicas y de su relación con el movimiento metodista británico. Actualmente The Salvation Army está presente en más de 106 naciones alrededor del mundo. Su página web contiene más datos sobre su historia: <<http://www.salvationarmy.org/>>. Para una aproximación a la obra y vida de William Booth véase Roger J. GREEN (2005). *The Life & Ministry of William Booth, Founder of The Salvation Army*. Nashville: Abingdon Press.

⁸⁰ Véanse al respecto, entre otras, las siguientes reseñas: “How the Other Half Lives. A Glimpse at darkest New York”, en *Christian Union*, op. cit.; “Darkest New York”, en *Brooklyn Times*, num. 29, 1890, y en especial, “Booth and Riis. Two Books Expose Darkest London and New York”, en *Brooklyn Daily Eagle*, 23 de noviembre de 1890; todas ellas disponibles en JRP, Library of Congress, Container 10.

⁸¹ Muestra del éxito de *Cómo vive la otra mitad* son las más de ochenta reseñas de revistas y periódicos de todo el país coincidentes en sus elogios que contiene el álbum de recortes de Riis de los *Jacob Riis Papers*. Al respecto, el *New York Times* del 4 de enero de 1891

Aún hoy es un libro que goza de una popularidad curiosamente grande. Acaso se haya debido a que estuvo aprisionado dentro de mí durante tanto tiempo que surgió con un ímpetu que lo hizo prender en el corazón del lector. El título influyó mucho. El señor Howells me preguntó una vez de dónde lo había sacado. No lo saqué de ninguna parte. Vino solo; como Topsy, simplemente creció. Había rondado en mi mente desde que pensé en las cosas que traté de describir. Luego tuve la muy buena suerte de que el libro de Booth *In Darkest England* se publicara por aquel entonces. Uno se preguntaba, naturalmente: -¿Y Nueva York? En invierno Ward McAllister escribió su libro sobre la sociedad tal y como él la veía, y el ciclo se completó. Los ministros religiosos predicaron sobre el contraste. *Cómo vive la otra mitad* tiró edición tras edición⁸².

escribiría que Riis “ha escrito un libro poderoso, que merece una cuidadosa y completa lectura”. El número de abril de 1891 de *The Dial*, el periódico de los trascendentalistas —originalmente fundado en 1839 por Ralph Waldo Emerson y Margaret Fuller, entre otros—, publicó que “nunca se ha hecho un estudio con el rigor y la intuición con que el señor Riis ha conducido sus investigaciones; el valor de este libro consiste en que habiendo revelado el mal, ofrece un plan para remediarlo”. La revista *Epoch*, de enero de 1891, escribió que “es un volumen que los economistas políticos, los filántropos, los predicadores, los novelistas y los periodistas encontrarán inevitable, por su información sobre las diferentes partes de la ciudad habitadas por varias nacionalidades y por sus vivas fotografías de la vida de los marginados”. Véase JRP, Library of Congress, Container 10. Más allá de las reseñas, personalidades influyentes se pusieron en contacto con Riis tras la publicación de su libro. Así nació la amistad entre Jacob Riis y Theodore Roosevelt. Éste último, según cuenta Riis en sus memorias, fue a buscarle a la oficina de Mulberry Bend, y al no encontrarlo, le escribió en una nota: “He leído su libro y vengo a ayudar”.

⁸² Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 224. El libro al que se refiere Riis es la autobiografía de McAllister *Society as I Have Found It*. McAllister fue la antítesis de Riis: un potentado que se dedicó a publicitar la vida de los ricos neoyorquinos durante la llamada *Gilded Age*. Casado con Sarah Gibbons, nieta del magnate de los barcos de vapor Thomas Gibbons, diferenciaba entre dos clases de ricos estadounidenses: los *Nobs* (la elite intelectual) y los *Swells* (la elite industrial, considerada entonces de moda). McAllister se convirtió en un experto en bailes, alimentos, vinos, danzas y confección, y su opinión al respecto era tenida en cuenta por la alta sociedad para preparar sus celebraciones de etiqueta. Concibió los “Four Hundred”, un rol social compuesto por un selecto grupo de familias de clase alta. Para llegar a ser una parte de los “Cuatrocientos”, una familia tenía que tener por lo menos tres generaciones de antepasados ricos que no hubieran trabajado en ningún oficio. *Cómo vive la otra mitad* apareció el mismo año que la autobiografía de McAllister, y dejó en evidencia la frivolidad de su vida y obra y, por extensión, de toda la clase victoriana que se desentendía de “la otra mitad” neoyorquina. Véase Samuel Ward McAllister (2010). *Society as I Have Found It* (1890). Nueva York: Kessinger Publishing, LLC.

Tras el inesperado éxito de *Cómo vive la otra mitad*, en mayo de 1892 Riis publicaría un nuevo artículo en el *Scribner's Magazine*, “The Children of the Poor”, que daría lugar ese mismo año a otro libro de igual título. Considerado la secuela de *Cómo vive la otra mitad*, el autor centraba esta vez su atención en el problema de los niños de los barrios bajos, principalmente en la explotación laboral y familiar que sufrían y en su falta de educación y oportunidades. Riis recorrió los *sweatshops** con su cámara y, tras entrevistar a cada niño y fotografiarlo, mediante un análisis de la dentadura, demostró que, aunque las criaturas que trabajaban en los barrios bajos poseían certificados con que acreditaban tener catorce años (la edad entonces permitida para trabajar), en realidad eran mucho menores:

En docenas de casos era perfectamente evidente que no tenían ni diez años, pero el empleador se encogía de hombros y señalaba el certificado. El padre de la criatura, por lo general, sastre de profesión, ni siquiera escuchaba, sino que seguía planchando. No había ningún registro de nacimiento al cual uno pudiera recurrir [...]. Mis propios hijos se hallaban echando los dientes para ese entonces, lo cual me sugirió una idea. Conseguí que el doctor Tracy me hiciera una tabla que mostrase cuándo aparecen los dientes caninos, los molares, etc. Armado de ella entré en las fábricas y abrí las bocas de los pequeños obreros. [...] Aun concediendo un margen por el retardo en el crecimiento que se podía producir por vivir en un barrio miserable, era patente que un niño que no había echado sus caninos no tenía catorce años, porque a lo sumo tenían que haberle salido a los doce. Tres años más tarde la Comisión Reinhard informaba a la legislatura que el resultado neto de la ley de fábricas era un tremendo revoltijo de perjurio y de trabajo infantil, y el día comenzó a alborear también para los pequeños⁸³.

Riis no se contentó solo con denunciar los problemas asociados a los barrios bajos, sino que se convertiría en un activista incansable y llamaría a todas las puertas para poner en marcha las mejoras propuestas. Tras haber revelado la influencia perniciosa que las casas de vecindad y los *sweatshops* podían generar en el entorno familiar, sus esfuerzos se concentraron en la conse-

“Topsy” en la cita de Riis, es un personaje de *La cabaña del tío Tom*, la joven negra que en su ignorancia no tiene idea siquiera de haber nacido nunca, y afirma convencida que ella simplemente creció.

⁸³ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 225-226.

cución de colegios decentes con patios de recreo, parques públicos y una escuela para niños reacios al estudio a fin de mantenerlos fuera de la cárcel. De ahí que su trabajo de campo consistiera en visitar una a una, cámara en mano, al igual que haría con las fábricas, las escuelas de los suburbios a las que asistían los hijos de los inmigrantes (fueran cristianas, talmúdicas o laicas) [F.28] y analizar sus deficiencias en infraestructuras y salubridad. Riis depositó en las nuevas generaciones la esperanza de los barrios bajos y creía que la educación era la piedra angular de las libertades individuales. Para el autor, los niños serían los impulsores del cambio político que daría al traste con la corrupción municipal. Su idea era educarlos con el fin de que en el futuro eligieran inteligentemente a los representantes políticos y no se dejaran sobornar. Esto solo podía lograrse con un ambiente adecuado donde formarse, tanto en las escuelas, como en los hogares:

Si bien yo no poseía la competencia necesaria como para discutir el programa de estudios con un profesor de pedagogía, podía discernir, al menos, si un aula se hallaba tan atestada que, para permitirme pasar a la sala contigua, los niños del primer asiento tenían que ponerse de pie, o si había suficiente espacio como para que ellos pudieran ver sus pizarras o el pizarrón. Tampoco se requería la sabiduría de Salomón para llegar a la conclusión de que un oscuro cuarto de sótano de quince metros por nueve, lleno de ratas, no era un lugar adecuado para que un millar de niños lo consideraran como su único *patio de recreo*. El juego, según la concepción en que se basan los jardines de infancia, es *la ocupación normal del niño, merced a la cual éste comienza a percibir las relaciones morales*. ¡Bonitas ideas morales se podrán forjar los niños allí! Había, en todo Manhattan, solo un patio de recreo al aire libre adjunto a una escuela pública, y se trataba de un viejo cementerio que le había sido arrancado a los muertos tras tremendas fatigas⁸⁴.

La fotografía volvería a ser su eficaz herramienta de denuncia. En *The Children of the Poor* Riis afinó la vinculación entre el texto y la imagen. En las instantáneas que lo ilustraban se percibiría una mejora de la técnica, por el mayor acercamiento a su objeto de estudio, aunque, la obra no tuviera la acogida esperada⁸⁵.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 227-228.

⁸⁵ *The Children of the Poor* fue, no obstante, igualmente alabado por la prensa de la época, que destacaba la metodología empleada para documentarse: “El señor Riis trabaja con el lápiz y la cámara, y los resultados completos de su investigación están incluidos aquí”. *New York Sun*, 9 de noviembre de 1892. En JRP, Library of Congress, Container 10.

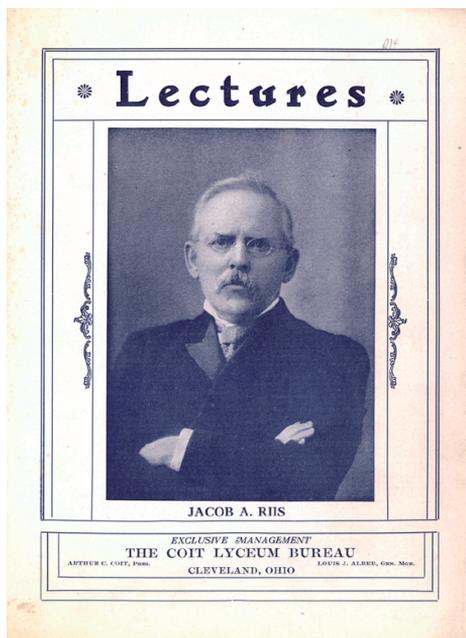


F.28. Jacob Riis. *A Synagogue School in a Hester Street Tenement, New York* [*Talmud School in a Hester Street Tenement*] (1892). / CAW Print, MCNY.

En 1899 Riis renunció a su puesto como periodista en el *Evening Sun*. Tras veintitrés años como reportero, decidió vivir de sus libros y conferencias, aunque siguió publicando artículos en calidad de periodista *freelance**. A pesar de un ataque al corazón que padeció en 1900, no aminoró su ritmo de trabajo y comenzó a viajar sin pausa por todo el país en giras de conferencias. En la primera de ellas, celebrada en 1902, impartió setenta ponencias en un periodo no superior a dos meses con un recorrido que le llevó por ciudades desde el Este al Medio Oeste⁸⁶. Ese mismo año Houghton Mifflin

⁸⁶ Desde el 2 de enero hasta el 11 de abril, según consta en sus *Pocket Diaries* de 1902. La Redpath Chautauqua Collection de las University of Iowa Libraries conserva un folleto de cuatro páginas tamaño folio que se publicó en 1909 en Cleveland, Ohio, para publicitar seis conferencias de Riis impartidas en The Coit Lyceum Bureau, a saber: *The Making of an American*, *The Battle with the Slum*, *My Neighbor*, *Tony's Hardships*, *The Bad Boy*, y *True Americans*. Las dos primeras charlas fueron ilustradas. Dicho folleto extractaba diversas reseñas de anteriores conferencias impartidas por Riis aparecidas en periódicos

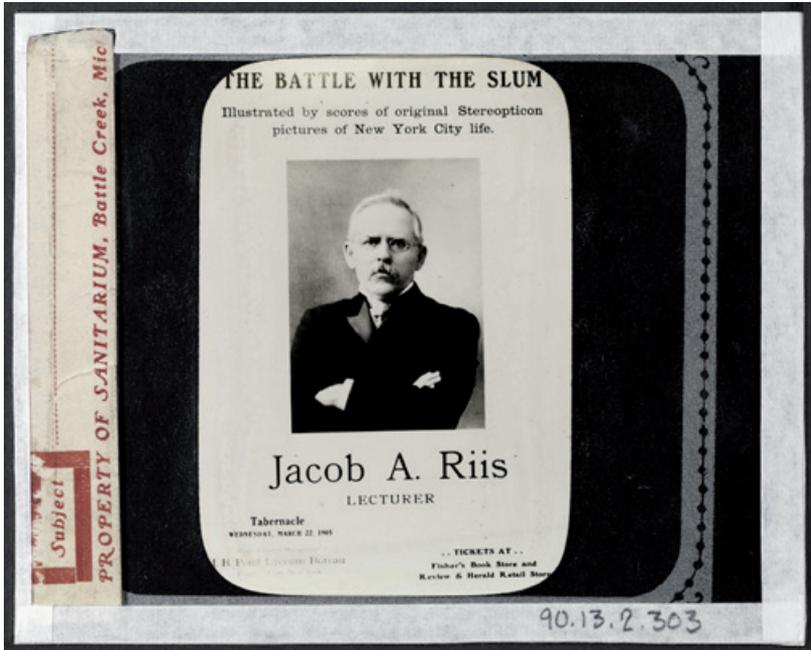
and Company publicaría su nueva obra, *A Ten Years' War*, un resumen del progreso reformista desde la aparición de *Cómo vive la otra mitad*, que dos años después contaría con una nueva versión titulada *The Battle with the Slum* [F.29], en la que se resumían hitos de su cruzada contra la pobreza, como el desalojo de edificios atestados en Mulberry Bend y el proyecto de construcción de un parque para los niños. Sin embargo, a diferencia de lo que hizo en *Cómo vive la otra mitad*, en la introduc-



ción de su informe, "What the Fight Is About", se refirió a los problemas de los barrios bajos como el resultado del carácter de la civilización y no como una cuestión derivada del asunto de la vivienda: "Los barrios bajos son tan antiguos como la civilización. Ésta implica una carrera donde hay que llevar la delantera. [...] La batalla contra la miseria comenzó el día en que la civilización reconoció en ella a su enemiga. Fue una guerra perdida hasta que la conciencia hizo acopio de fuerzas, teniendo por adversarios el temor y el interés egoísta"⁸⁷.

como el *Jackson Morning Patriot* (Michigan), la *Burlington Press* (Vermont), el *Wilkesbarre Record* (Pennsylvania), el *Louisville Commercial* (Kentucky), el *Levinston Journal* (Maine), o el *Washington Post* (Washington, D. C.), entre otros, con lo que podemos hacernos una idea de la movilidad de Riis en esta época. El folleto puede consultarse en la página web de la *American Memory** de la Library of Congress: <<http://hdl.loc.gov/loc.award/iauchau./riis/1>>. Arriba se muestra su portada.

⁸⁷ Véase Jacob A. Riis (1902). *The Battle with the Slum*, p. 1. Nueva York: The Macmillan Company. Existe una traducción al castellano de la introducción, comentada por



F. 29. Arriba, *The Battle with the Slum*. Como todos sus trabajos, el libro nació de una conferencia previa con el mismo título, igualmente ilustrada con fotografías. La imagen muestra la diapositiva de linterna mágica que se proyectó como presentación de la charla. / Jacob Riis Collection, MCNY. Página de la izquierda, portada de uno de los programas de sus sus giras de conferencias (véase n. 86).

Éstos fueron años de mucha actividad. Entre *A Ten Year's War* y *The Battle with the Slum* publicaría en 1901 —el mismo año en que Roosevelt alcanzaría la presidencia de los Estados Unidos tras el asesinato de William McKinley— su autobiografía. *The Making of an American* haría célebre a Riis y, sobre todo, a su esposa; fue su obra más vendida junto con *Cómo vive la otra mitad*⁸⁸.

Richard C. Wade, en Daniel J. BOORSTIN (compilador), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 519-524.

⁸⁸ En la dedicatoria de *The Making on an American* figura “To Lammet” (“cordero” en danés), el apelativo cariñoso con que se refería a su esposa, que fallecería de neumonía cuatro años después de la publicación del libro, a la edad de 52. Por aquel entonces Riis

En 1903, Riis escribió una serie de artículos sobre su relación con Roosevelt, tras hacer campaña electoral por él en Syracuse, publicados en *The Outlook*, que aparecieron en forma de biografía bajo el título *Theodore Roosevelt: The Citizen*. Con ella contribuyó a su victoria electoral como presidente de los Estados Unidos⁸⁹. A raíz de su amistad, pretendió presentar al lector la cara más humana y personal del candidato reuniendo una colección de relatos, anécdotas y ensayos, todos ellos faltos de sentido crítico: “No hay mácula alguna que pueda encontrarse, nada cuestionable en el héroe; cualquiera que no esté de acuerdo sería un sinvergüenza. ‘T.R.’ aparece bajo una óptica casi religiosa. Defectos serios para tratarse de un trabajo serio

se hallaba en una nueva gira de conferencias por distintos estados. El 18 de mayo de 1905, apuntaría en su libro de notas: “The lamb is dead. God help us!”. Fue enterrada en el cementerio de Maple Grove junto con sus dos hijos; sobre su tumba su marido encargó que se esculpiera un cordero blanco. Riis vivía entonces con su hijo de diez años, John, y quiso que hubiese en su vida una influencia femenina, así que dos años después decidió casarse con su secretaria Mary Phillips, 28 años menor que él. En 1909 nació muerto el único hijo de su nuevo matrimonio y fue enterrado también en Maple Grove. Pocos años después, cuando Riis falleció, Phillips quedó viuda a la edad de 37 y decidió no volver a casarse porque “me dejó lo mejor que una mujer puede tener: un nombre que me ha abierto todas las puertas y un amor para recordar toda mi vida”. Con estas declaraciones comienza el epílogo que J. Riis Owre, nieto de Riis, escribió a la reedición de 1970 de la autobiografía, porque “*The Making of an American* realmente es una historia de amor; la historia del amor del autor por su primera esposa, por su tierra natal, por su país adoptivo, por sus semejantes”. J. Riis Owre completó la biografía de su abuelo desde 1901 —año en que se publicó originalmente— hasta su muerte en 1914. Véase J. RIIS OWRE, “An Epilogue”, p. 292. En Jacob A. RIIS (1970). *The Making of an American*, op. cit. Los JRP de la New York Public Library, contienen las cartas de condolencia que Riis recibió en 1905 relacionadas con la enfermedad y muerte de su esposa, incluidos algunos telegramas de Theodore Roosevelt, así como la correspondencia de Mary Phillips, que desempeñaría un papel importante en la Jacob Riis Settlement House.

⁸⁹ Véase Jacob A. RIIS (1904). *Theodore Roosevelt. The Citizen*. Nueva York: Macmillan. Roosevelt le agradeció el gesto en una carta: “Querido Jake: Me siento avergonzado al leer tu biografía sobre mí, ¡porque siento que debería estar muerto para justificarla! Pero estoy muy contento de que la hayas escrito. El mejor capítulo y el que más me gusta es el que narra nuestro trabajo juntos”. (Véanse JRP, Library of Congress, Container 18.) Ésta no sería la única ocasión en que Riis apoyaría políticamente a Roosevelt. Años después, en 1912 recorrería las grandes ciudades de la Costa Este y el Medio Oeste, incluyendo Chicago, haciendo campaña por Roosevelt como candidato a la presidencia por el Progressive Party (Bull Moose Party), aunque sabía que no tenía opciones de ganar.

de erudición; pero estos defectos se convierten en virtudes en un retrato de campaña, que es lo que esencialmente es *Theodore Roosevelt, the Citizen*⁹⁰.

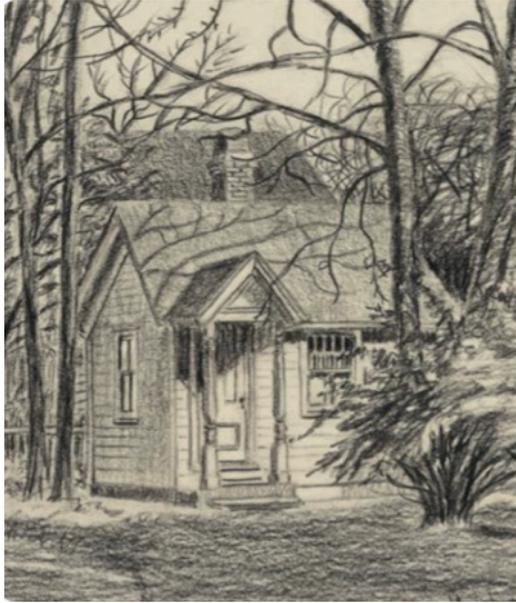
Ese mismo año verían la luz tres proyectos más de Riis. El primero de ellos, *The Peril and Preservation of the Home*, recogería una ponencia que impartió en el Philadelphia Divinity School, en la que se idealizaba el hogar cristiano, según la retórica e ideales decimonónicos. Hoy su interés reside en que es la única conferencia de Riis que fue publicada prácticamente como se pronunció, lo que convierte el libro en un documento digno de estudio en lo que a forma y estilo se refiere. Dado que además está ilustrado con algunas de las imágenes que proyectó con linterna mágica, despeja dudas sobre la imbricación de texto e imagen y el espectacular modo en que Riis captaba a su público, según veremos en el vol. II. Su segundo proyecto de ese año, aparecido en octubre de 1903, sería su libro *Children of the Tenements*, una compilación de relatos publicados en prensa, anteriormente aparecidos bajo el título *Out of Mulberry Street*⁹¹, los cuales, en palabras del autor, “vinieron a mí en el curso de mi trabajo como reportero policial durante casi un cuarto de siglo”. En la introducción de *Children of the Tenements* Riis recuerda las ocasiones en que los editores le exhortaron a escribir una novela sobre el East Side. De ahí que acometa el volumen empleando técnicas propias de la escritura de ficción, a pesar de que “ninguna de las historias es inventada. Nueve de cada diez están como llegaron a mí, desde la vida de la gente, el fiel retrato de la cual debería ser, a la postre, el objetivo de toda ficción, tal como debe ser su recompensa suficiente”⁹². Por último, en la Navidad de 1903 aparecería publicado un artículo en *The Ladies' Home Journal* en respuesta a la pregunta que un niño le formuló por carta: “Will you please tell me if there is a Santa Claus? Papa says not”. *Is There Santa Claus?* hablaría del espíritu navideño y contestaría con humor a la pregunta en términos que serían celebrados: “¿Qué no existe Santa Claus? ¡Sí, mi pequeño hombrecillo, hay un Santa Claus, gracias a Dios! [...] El mundo se empobrecería si no lo hubiera. Es verdad que no siempre viste una barba blanca ni conduce un tiro de

⁹⁰ Véase J. RIIS OWRE, “An Epilogue”. En Jacob A. RIIS (1970). *The Making of an American*, op. cit., p. 297.

⁹¹ Véase Jacob A. RIIS (1898). *Out of Mulberry Street: Stories of Tenement Life in New York City*. Nueva York: The Century Co.

⁹² Véase Jacob A. RIIS (1903). *Children of the Tenements*, pp. V-VI. Nueva York: The Macmillan Company.

renos —no siempre, ya sabes—, ¿pero eso qué importa?”⁹³. El artículo se publicaría en octubre del año siguiente en formato libro y continuaría en la línea de las numerosas historias navideñas que Riis escribiría sobre la fraternidad de los hombres desde su temprana publicación en 1893 de *Nibsy's Christmas*⁹⁴.



Aunque continuaba en su oficina de Mulberry Street, Riis preparó estos libros recluido en una cabaña de madera que él mismo se construyó —recordando sus dotes de carpintero— en el

⁹³ Para esta cita y la anterior, véase Jacob A. Riis (1904). *Is There a Santa Claus?*, p. 9 y 31, respectivamente. Nueva York: The Macmillan Company.

⁹⁴ Véase Jacob A. Riis (1893). *Nibsy's Christmas*. Nueva York: Charles Scribner's Son. El libro recopilaba una serie de historias publicadas por el autor en distintos periódicos sobre la Navidad y los niños de los barrios bajos. Riis escribió muchas historias de temática navideña a lo largo de su vida; serían recogidas póstumamente en el siguiente volumen: Jacob A. Riis (1923). *Christmas Stories*. Nueva York: Macmillan. La Navidad era la época preferida por Riis porque en ella prevalecía el espíritu humanitario al que el autor apelaba con insistencia en sus escritos: “Los barrios miserables no son sólo un problema de gobierno sino también de humanidad”, diría. Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 282. Al respecto, una de las conferencias más populares de Riis que impartió a lo largo del continente llevaba por título “My Neighbor”. En ella trataba de evitar la alienación que la ciudad provoca en los individuos exhortando a los ciudadanos a que conocieran a su vecino y se relacionaran con él, es decir, recuperaran el valor de la comunidad, tal y como plantearía décadas después la película de Frank Capra *Juan Nadie* (Meet John Doe, 1941). Riis dedicaría a este tema también el capítulo XV de *The Battle with the Slum* (1901), op. cit., pp. 396-412, titulado “Neighbor. The Password”.



F.30. *The Little House* (1950) / MCNY. En la página de la izquierda, detalle del dibujo de Josephine Barry de la cabaña donde Riis escribió sus libros, ubicada en el jardín de su casa de Richmond Hill, Queens, cuya fotografía vemos arriba, entonces situada en el 84-47 de la 120th Street. En su lugar hoy hay un bloque de apartamentos. Imagen cortesía de Carl Ballenas, recuperada de <<http://www.richmondhillhistory.org/jriishome.html>>.

jardín de su casa de Richmond Hill, donde ubicó su estudio, lejos del alboroto de sus hijos [véase F.30]. “Estaba más ocupado, era más rico y más famoso de lo que nunca había sido antes, pero cada vez se hallaba más lejos de los nuevos desarrollos en los círculos reformistas y de la vida de los barrios bajos. Sus escritos dependían más de los recuerdos que de la observación reciente.”⁹⁵

Con todo, Riis nunca olvidaría la justificación última de su obra, que alcanzaría a sus lectores y personas necesitadas de su ayuda, según muestran las innumerables peticiones de apoyo y/o asesoramiento para reconducir la vida y educación de los niños, víctimas anónimas de la pobreza, que seguía

⁹⁵ Véase Bonnie YOCHELSON y Daniel CZITROM (2007). *Rediscovering Jacob Riis*, op. cit., p. 206.

recibiendo en los últimos años de su vida⁹⁶. Con independencia de que sus escritos y/o conferencias no se situaran en la avanzadilla de las ideas progresistas del cambio de siglo, el hecho es que el activismo de Riis en adelante no cesó de obtener resultados: “Consiguió dinero para el hogar de acogida que llevaba su nombre. Hizo campaña para la obtención de fondos para el Sea Breeze Children’s Hospital en Coney Island. (En una semana reunió 30.000\$ —una larga suma en aquellos tiempos.) Participó en docenas de movimientos cívicos. Fue mencionado en la prensa como un posible candidato para alcalde de la ciudad de Nueva York —una posibilidad que le horrorizaba”⁹⁷.

En 1911 Riis decidió abandonar definitivamente Nueva York como lugar de residencia y compró una granja, Pine Brook Farm, en Barre, Massachusetts, una especie de versión de su Ribe natal en Nueva Inglaterra⁹⁸. Aunque a distancia, continuó con su afán de reforma y americanización de los inmigrantes. Su peculiar modo de acometerlo se manifiesta en uno de sus logros finales. Para celebrar la Navidad de 1912, Riis programó en Madison Square la plantación de un árbol de 18 metros de altura que fue iluminado en Nochebuena con 1.200 luces eléctricas de la New York Edison Company por una multitud compuesta de 10.000 personas. Ante el éxito del encendido y su repercusión en la prensa, Riis decidió festejar la

⁹⁶ Véase al respecto la correspondencia conservada en los JRP de la New York Public Library. Un ejemplo ilustrativo del tipo de peticiones que Riis atendía a diario, más allá de la pregunta sobre Santa Claus, es la carta de Janny MacVeagh, fechada el 10 de enero de 1908, que presenta a Riis el problema de dos adolescentes huérfanos, americanos descendientes de inmigrantes, George y William Vanderpool, que tras haber estado internos hasta los catorce años en la Roman Catholic Institution, se encontraban solos sin un propósito claro para seguir en adelante: “Al pensar en esto cuidadosamente, me ha parecido que la única manera de superar esta deficiencia es llevar su mente y su joven fuerza por un nuevo canal. Si pudieran considerarse útiles para otros chicos menos afortunados que ellos [...] podrían forjarse buenos caracteres y convertirse en los buenos ciudadanos que deseamos que sean nuestros jóvenes [...]. Estoy convencida de que en el chico natural y bienintencionado hay siempre tendencia al culto heroico [...] en la admiración a un hombre que satisface el ideal de fuerza o desinterés o patriotismo”.

⁹⁷ Véase J. RIIS OWRE, “An Epilogue”, p. 306. En Jacob A. RIIS (1970). *The Making of an American*, op. cit.

⁹⁸ Los planes de Riis de dejar la ciudad fueron divulgados por la prensa —contra los deseos del autor— hasta el punto de que aparecieron en portada del *New York Times* el 6 de noviembre de 1911.

Nochevieja con un programa musical que él mismo organizó. Montó esteopecticonos para proyectar las letras de las canciones en amplias pantallas. El número de asistentes multiplicó por diez la cifra de la semana anterior. En total, Riis logró reunir una multitud de 100.000 personas alrededor del árbol —entre ellos los niños inmigrantes de los *settlements* neoyorquinos— y, cuando el reloj de la Metropolitan Tower marcó la medianoche, cantaron todos *América* para dar la bienvenida al Año Nuevo:

My country, 'tis of Thee,
Sweet Land of Liberty
Of thee I sing;
Land where my fathers died,
Land of the pilgrims' pride,
From every mountain side
Let Freedom ring.

My native country, thee,
Land of the noble free,
Thy name I love;
I love thy rocks and rills,
Thy woods and templed hills,
My heart with rapture thrills
Like that above.

Let music swell the breeze,
And ring from all the trees
Sweet Freedom's song;
Let mortal tongues awake;
Let all that breathe partake;
Let rocks their silence break,
The sound prolong.

Our fathers' God to Thee,
Author of Liberty,
To thee we sing,
Long may our land be bright
With Freedom's holy light,
Protect us by thy might
Great God, our King⁹⁹.

⁹⁹ “Mi país es vuestro, / Dulce tierra de libertad / Sobre ti canto; / Tierra donde mis padres murieron, / Tierra del orgullo de los peregrinos, / De cada ladera montañosa / ¡Suene la libertad! / Mi país nativo, tú, / Tierra de los libres nobles, / Tu nombre amo; / Amo tu rocas y riachuelos, / Tus bosques y templadas colinas, / Mi corazón late con emoción / Al igual que ellos / Dejar que la música llene la brisa, / Y suene desde todos los árboles / La canción de la dulce libertad; / Que despierte las lenguas mortales; / Que todo lo que alienta participe; / Que las rocas rompan su silencio, / Prolonguen el silencio. / A ti, Dios de Nuestros Padres, / Autor de la libertad, / A ti cantamos, / Brille mucho nuestra tierra / Con la sagrada luz de la libertad, / Protégenos con tu poder / Gran Dios, nuestro Rey.” *America*, también conocida como *My Country*, “*Tis of Thee*”, fue escrita en 1831 por el periodista y reverendo baptista Samuel Francis Smith (1808-1895). La canción se empleó como himno nacional de los Estados Unidos antes de ser sustituida en 1931 por el oficial *The Star-Spangled Banner*. El autor de la melodía es desconocido, pero se sabe que fue empleada como himno nacional en otros países de la *Commonwealth* antes de llegar a los Estados Unidos. Con el tiempo, ha conocido múltiples versiones populares de fuentes no documentadas y se ha seguido interpretando

Riis escribió una carta a su hija Katie describiendo el acontecimiento; en ella se definía a sí mismo “director musical y escenógrafo”¹⁰⁰. La anécdota capta el sentir colectivo que Riis, a través de sus espectaculares métodos audiovisuales (la fotografía, la música, la linterna mágica) pretendía transmitir a los inmigrantes y su modo de concebir la ciudad moderna, y da cuenta además de lo que podríamos considerar el último de los oficios de su polifacética carrera. En adelante, la plantación del árbol municipal se convertiría en una tradición navideña que, a imitación de Nueva York, importarían otras metrópolis norteamericanas, un acto simbólico de fraternidad, el último legado que Riis dejó a la ciudad¹⁰¹.

en ocasiones especiales —ha sido cantada en las dos tomas de posesión del presidente Barack Obama, por Aretha Franklin en 2009, y por Kelly Clarkson en 2013—. La *Performing Arts Encyclopedia* de The Library of Congress ofrece un estudio completo del himno y diversas versiones registradas a partir de 1898 por Berliner Gramophone que pueden ser escuchadas: <<http://lcweb2.loc.gov/diglib/ihas/loc.natlib.ihas.200000012/default.html>>. Más allá de la melodía, la letra de Smith se ha referenciado en múltiples ocasiones. Martin Luther King citó los primeros versos del himno desde las escalinatas del Lincoln Memorial en su conocido discurso *I have a dream* y empleó como anáfora el último verso del primer estribillo, “Let freedom ring” (“Dejémos que la libertad nos llame”), al final de su intervención. Véase Martin Luther KING (1963): “*I Have a Dream*”, en *American Rhetoric*. <<http://www.americanrhetoric.com/speeches/mlkihavedream.htm>>. Hay traducción española: Martín Luther KING (2010). “Tengo un sueño”, en *Un sueño de igualdad*, p. 162. Madrid: Público. *America* no fue la única canción patriótica y/o religiosa que Riis incluyó en su programación navideña. También figuraba *The U.S.A. Forever*, que fue cantada con la melodía del tema popular del siglo XIX *Dixie*. En ella se destacaba el valor de la comunidad, la búsqueda de la libertad y la justificación del individuo por el trabajo: “The United States and hearts and hands / Will make the greatest of all lands / Work away, work away, for the land of the free”. Según James B. Lane, prácticamente al final de todas sus conferencias pedía a los asistentes que le acompañaran cantando *My Country 'Tis of Thee*. Riis consideraba el empleo de los símbolos nacionales de vital importancia para fomentar la naturalización de los inmigrantes: “En San Antonio, Texas, [en 1913] acudió a una simulación de la batalla del Alamo. Al ver que no había ninguna bandera americana, aun siendo el aniversario de George Washington, discutió con los oficiales hasta que la izaron en el fuerte”. Véase James B. LANE (1974). *Jacob A. Riis and the American City*, op. cit., p. 206.

¹⁰⁰ El episodio se cuenta en J. RIIS OWRE, “An Epilogue”, op. cit., p. 292-293.

¹⁰¹ Owre afirma que también se debe a Riis la introducción en las costumbres americanas de ciertas tradiciones danesas, como el canto de villancicos en Nochebuena, que divulgó en “The New Christmas”, un artículo publicado en diciembre de 1913 en *The Ladies' Home Journal*. Asimismo, la introducción del sello navideño es obra, en parte, también de Riis, pues fue propuesto por él por vez primera en un artículo aparecido el



F.31. Imagen de la carta danesa recibida por Riis con los sellos navideños, publicada en “The Christmas Stamp”, el 6 de julio de 1907, en *The Outlook* (véase nota 101).

Durante los dos últimos años de su vida Riis continuó con su ritmo frenético de conferencias, en parte, por problemas económicos derivados de la manutención de sus hijos y, en parte, porque no le satisfacía una vida en la granja centrada en su propio bienestar¹⁰². Desatendió las recomendaciones

6 de julio de 1907 en *The Outlook*, ilustrado con una fotografía que mostraba los sellos estampados en el sobre de una carta que el escritor recibió de Dinamarca [F.31]. En el país escandinavo las oficinas de correos solían distribuir estos sellos para captar fondos para obras de caridad; Riis quiso que la National Tuberculosis Association adoptara la misma idea para financiar sus proyectos. Cabe destacar que, en uno de ellos, la ampliación de un hospital para niños tuberculosos (el mencionado See Breeze Hospital), el autor participó activamente: con sus artículos hizo que los Rockefellers y Andrew Carnegie, entre otros multimillonarios, aportaran grandes sumas de dinero. Por último, también se atribuye a Riis la introducción en el vocabulario americano del viejo término anglosajón “Yule”, que empleó reiteradamente en sus textos navideños. Véase J. Riis OWRE, *ibíd.*, pp. 332-333.

¹⁰² Al final de su vida diversas instituciones homenajearon a Riis por su labor humanitaria. Entre ellas, varias universidades barajaron la idea de concederle el título de doctor honoris causa, y el National Institute of Social Sciences lo destacó como miembro “en reconocimiento a su distinción como filántropo”. Véase Edith Patterson MEYER (1874). *‘Not Charity, but Justice’. The Story of Jacob A. Riis*, op. cit., p. 144.

médicas derivadas de su dolencia coronaria y, tras pasar un mes hospitalizado en el sanatorio de Battle Creek de Michigan, en una de sus giras por el Sur de Estados Unidos, padeció un infarto en Nueva Orleans. Fue trasladado a su casa de Barre, donde falleció a la edad de 65, en la madrugada del 26 de mayo de 1914. Ese mismo día periódicos de todo el país anunciaron su muerte: “Jacob A. Riis, Reformer, Dead. Social Worker Who Was Roosevelt’s ‘Ideal American’ Succumbs to Heart Disease”¹⁰³. La breve necrológica del *Hartford Times* [reproducida en F.32] repasaba, a modo de lista, sus logros reformistas en un intento de mostrar a sus lectores, sobria y sintéticamente, “que dedicó su vida entera al servicio de sus semejantes. El servicio fue un éxito [...]. Rara vez América resulta privilegiada por un beneficio tan excelente”¹⁰⁴.

Un año después de la muerte de Riis, la Nochevieja de 1915, se llevó a cabo una ceremonia similar a la organizada por él en 1902. Reunida la multitud en Madison Square ante el árbol municipal, quince minutos antes de medianoche, el coro cantó un tema nuevo compuesto por Perry Lee Atherton y Jean Dwight Franklin, dedicado a Jacob Riis. Theodore Roosevelt, presente en el acto, pronunció unas palabras sobre el valor y el coraje en la lucha por el bien y se guardó un minuto de silencio en memoria de Riis¹⁰⁵.

¹⁰³ Titular aparecido en la *Worcester Gazette*, el 15 de mayo de 1914.

¹⁰⁴ “Jacob A. Riis”, en *The Hartford Times*, 27 de mayo de 1914. El recorte se conserva en JRP, New York Public Library, *Miscellaneous papers*, Box 6.

¹⁰⁵ Véase J. RIIS OWRE, “An Epilogue”, op. cit., p. 333.

The Hartford Times

Established as a Daily 1841.

Wednesday, May 27, 1914.

TWENTY-TWO PAGES.

The Burr Printing Company } Telephone 600,
connecting all
departments.

Subscriptions by Mail, Postpaid.

Daily One Week.....	\$.18
Daily Per Month.....	.70
Daily Three Months.....	2.00
Daily Six Months.....	4.00
Daily One Year.....	8.00
Semi-Weekly One Year.....	1.00
Semi-Weekly Six Months.....	.60

All checks, money orders, etc., to be made payable to The Hartford Times.

The Times may be procured in New York at Hotaling's News Stand, corner Thirty-eighth street and Broadway, and at Twenty-third street and Broadway. These stands are open until 10 p. m.

New Britain Office: 326 Main street
Telephone 1418-2.
New York Office: Kelly-Smith Co.
320 Fifth avenue.
Chicago Office: Kelly-Smith Co.
Lytton building.

Entered at the Post-Office as Second Class Matter.

JACOB A. RIIS.

Jacob A. Riis. He compelled the remedy of the filth and depravity in the old New York police stations.

He forced the construction of more school houses.

He exposed the contamination of New York city's water supply and brought about the purchase of the whole Croton watershed.

He forced the destruction of the rear tenements, thus relieving the hideous darkness and density of life among New York's pitifully poor.

He brought about the obliteration of Mulberry Bend.

He made little parks to spring up in the dingy and crowded and unhappy places of New York.

He induced Police Commissioner Roosevelt to abolish the police lodging houses.

He drove the bakeshops out of tenement basements.

He secured playgrounds for the schools.

He fought child labor.

He secured a truant school.

He wrote of the plight of the poor so movingly that he made even practical business men stop and think.

He spent his whole life in the service of his fellowmen. The service was successful.

He died poor.

That was the record of Jacob A. Riis. Seldom is America privileged to benefit by one so fine.

F.32. "Jacob A. Riis", breve necrológica publicada por el *Hartford Times* (27 de mayo de 1914). / The New York Public Library.

2.2. El americano formado. Anonimato y mayordomía

La ciudadanía americana se corresponde con un ideal por el que la conducta debe ser regulada. En la práctica, se trataba de comprobar la transformación del inmigrante en ciudadano. Pero esa transformación no es un proceso teórico ni un adoctrinamiento; obedecía, como hemos visto, a un cúmulo de experiencias. En este sentido, para Riis la asimilación ha de entenderse como una manera de tomarse en serio el sentido de la ciudadanía —Steffens hablaría de tomarse “la ciudadanía adoptada *literalmente*”; Roosevelt del “americanismo del espíritu”—. Tomarse en serio el sentido de la ciudadanía implicaba luchar por una vida digna en la ciudad. Por ello, tanto la vida como la obra de Riis son la mejor prueba de su americanización.

“El americano formado” (“The American Made”) es el título que Riis dio al último capítulo de su autobiografía. En él explica cómo supo que por fin había alcanzado la condición de ciudadano en cuerpo y alma. Lo averiguó en uno de sus viajes de regreso a Dinamarca, en que cayó enfermo, cuando, al avistar un barco que ondeaba la bandera americana, se dio cuenta de que el mal que padecía era en realidad la añoranza de su verdadera patria, que había psicوماتizado:

Olvidadas quedaban la enfermedad y el sufrimiento, las advertencias del médico y de la enfermera. Me senté en la cama y me puse a vitorear, a reír y a llorar alternadamente, saludando con la mano a la bandera que pasaba allí afuera. Pensaron los que me rodeaban que había perdido la cabeza, pero yo les dije que no, que por el contrario, gracias a Dios, por fin la había encontrado, y también mi corazón. Supe entonces que esa enseñanza era la mía, que la patria de mis hijos era también, ciertamente, la mía, y que yo igualmente me había convertido en un norteamericano de verdad. Y di las gracias a Dios y, como aquel hombre enfermo de parálisis, me levanté de mi lecho y volví a mi hogar, curado¹⁰⁶.

En parte, podemos convenir en que la americanización de Riis resultó tan efectiva —más allá de la contribución a su formación y carácter— por los atributos asociados a la propia identidad americana. Del mismo modo que la Constitución de los Estados Unidos no anulaba la identidad política de cada Estado, sino que se servía de ella para incrementar la de los

¹⁰⁶ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 318.

ciudadanos, para los inmigrantes, conseguir una identidad civil no implicaba renegar de sus raíces. La democracia no les exigía una renuncia a su nacionalidad de origen, sino que suponía una identidad sobrepuesta, por lo que la mayoría pensaba en la ciudadanía americana como en una ganancia, no como en una transacción —en el caso de Riis, podía considerarse danés y americano al mismo tiempo—¹⁰⁷. De ahí que los inmigrantes no se sintieran presionados a la hora de integrarse. A la resistencia a la asimilación, no obstante, se le puso nombre y apellidos. Entre 1890 y 1920, el término *hyphenated Americans* se empleaba despectivamente para designar a los ciudadanos no naturalizados que seguían leales a su país de origen y que no encontraban exigencias culturales fuertes o específicas en la identidad política americana¹⁰⁸. Theodore Roosevelt, en un discurso a propósito de la americanización de los *hyphenated Americans**, impartido ante católicos irlandeses en 1915 en Carnegie Hall, afirmó:

No hay lugar en este país para el americanismo *compuesto*. Cuando hago referencia a los *americanos compuestos* no me refiero a los americanos naturalizados. Algunos de los mejores americanos que he conocido eran americanos naturalizados, americanos nacidos en el extranjero [...]. La única manera segura de arruinar esta nación [...], sería permitir que se convirtiera en una maraña de nacionalidades pendencieras [...] cada una conservando su nacionalidad separada, con mayor simpatía en el corazón hacia los europeos de su nacionalidad que hacia los ciudadanos de la república americana [...]¹⁰⁹.

¹⁰⁷ Un régimen como el americano, constituido por una soberanía dual (nacional y federal) no obstaculiza, sino que más bien fomenta la capacidad de asociación de los ciudadanos en las diversas facetas de su actividad. Se entiende entonces que la ciudadanía americana no necesitaba poner en entredicho la pluralidad de las culturas de origen a las que los inmigrantes o sus descendientes podían mantenerse fieles; la naturalización se produciría de manera progresiva.

¹⁰⁸ *Hyphenated* proviene de *hyphen* (guion), por la denominación compuesta, como en *italo-americanos*. *Hyphenated americanism* podría traducirse como *americanismo compuesto* o *mixto*.

¹⁰⁹ Discurso reproducido en “Roosevelt Bars the Hyphenated. No Room in This Country for Dual Nationality, He Tells Knights of Columbus”. En *The New York Times*, 13 de octubre de 1915. Recuperado de <<http://query.nytimes.com/mem/archive-free/pdf?res=9901E0DD1239E333A25750C1A9669D946496D6CF>>.

Al hablar así, Roosevelt trataba de movilizar al electorado. Sus argumentos se sitúan en la línea que cinco años antes había inaugurado con el “nuevo nacionalismo”, es decir, aquél que “antepone la necesidad nacional al provecho de una región o persona”¹¹⁰. Sin embargo, en la teoría política contemporánea, el *hyphenated Americanism* es una condición misma de la ciudadanía americana, es decir, de América como “sociedad de inmigrantes”. La identidad dual o compuesta de estos grupos hace referencia a la aceptación de una identidad cultural (la de origen) que no tiene pretensiones políticas, mantenida mediante un esfuerzo de dedicación privada. Solo de este modo, como diría Michel Walzer, se acepta (o tolera) su doble condición:

Estos grupos sobreviven en una situación que podríamos considerar como de doble vínculo: por ejemplo, la cultura del grupo es americo-italiana, lo que supone que adopta una forma fuertemente americanizada y se transforma en otra bien diferente de la cultura italiana del país de origen; su política en cambio es italo-americana, cierta adaptación étnica de las prácticas y estilos políticos locales. Recuérdese la amplitud con que John Kennedy seguía siendo un ‘político’ irlandés, Walter Mondale es aún un socialdemócrata noruego, Mario Cuomo es un democristiano italiano desde el punto de vista político, y Jesse Jackson sigue siendo un predicador negro baptista —cada uno de ellos se parece en muchos aspectos al tipo normal angloamericano pero difieren en estos otros rasgos¹¹¹.

Walzer destaca la mutua influencia entre los elementos cultural y político de la identidad compuesta de los inmigrantes americanos. La composición implica crecimiento, por tanto, no contradicción de la identidad, y apunta a la peculiar vitalidad en la conciencia cívica de los inmigrantes, la cual, desde el punto de vista de la exclusividad nacional europea, podría ser considerada incoherente. Esta “incoherencia” se ha convertido, no

¹¹⁰ Véase Theodore ROOSEVELT (1910). “El nuevo nacionalismo”. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., p. 584.

¹¹¹ Véase Michel WALZER (1998). *Tratado sobre la tolerancia*, trad. de Francisco Álvarez, p. 48. Barcelona: Paidós. En su obra, Walzer distingue entre cinco regímenes políticos de tolerancia (con sus correspondientes excepciones de exclusión social), es decir, cinco compromisos políticos distintos que han logrado a lo largo de la historia, en mayor o menor medida, que las distintas nacionalidades, religiones o etnias vivan en paz, desde los imperios multinacionales de la antigüedad hasta la sociedad de inmigrantes actual, cuyo caso paradigmático sería Estados Unidos.

obstante, en una condición básica de la experiencia democrática moderna en nuestras “sociedades de inmigrantes”. En su ensayo “¿Qué significa ser americano?”, Walzer recurre a Philip Gleason para explicar la ausencia de exigencia de requisitos individuales para pasar a considerar a los recién llegados americanos: “Para ser o convertirse en americano la persona no tenía que tener ningún contexto nacional, lingüístico, religioso o étnico concreto. Todo lo que se le pedía era simplemente un compromiso con una ideología política centrada en los ideales abstractos de la libertad, igualdad y republicanismo”¹¹². Al tratarse de valores abstractos, la política se disociaba de la religión y de todas las manifestaciones culturales y nacionales particulares, es decir, no ofrecía “ni la comunión ni la propia realización”. La intensidad se desplazaba a lo que Walzer llama “el lado izquierdo del guion”, es decir, a la conciencia étnica del lado italiano, judío o irlandés, que acentuaba su ámbito cultural, sus relaciones íntimas, su vida emocional. Lo que igualaba a los *hyphenated Americans* con otros estadounidenses de etnia distinta era la periferia, el “lado derecho del guión”, es decir, la esfera política y económica, su condición de ciudadano americano:

Un étnico-americano es alguien que puede, en principio, vivir su vida espiritual como elija, a *cualquier lado del guión*. En este sentido, la condición americana de ciudadanía es verdaderamente anónima, ya que no requiere de un pleno compromiso hacia la nacionalidad (o cualquier otra). La cultura nacional distintiva que los estadounidenses han creado no es el sustento de la política nacional, sino que existe de forma paralela a ésta.

Walzer hablaría de los americanos naturalizados como aquellos que se han diluido en el anonimato étnico —los “americanos-americanos”— a los que considera “un grupo más en el conjunto de las identidades étnicas dobles (aunque no de la misma forma que las otras), y es posible imaginarlos cuidando los aspectos culturales de su americanismo a la vez que rechazando el compromiso político que la ideología republicana exige”¹¹³.

¹¹² Véase Philip GLEASON, “American Identity and Americanization”, en *Harvard Encyclopedia*, p. 32, cit. en Michael WALZER (2007). “¿Qué significa ser americano?”, p. 146. En JOSETXO BERIAIN y MAYA AGUILUZ (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad* (pp. 139-162), trad. de Antonio Elena. Barcelona: Anthropos.

¹¹³ Para esta cita y la anterior véase Michael WALZER (2007). “¿Qué significa ser americano?”, op. cit., pp. 159 y 160.

De ahí que ser un americano étnicamente anónimo, asimilado, no significara adquirir la condición de mejor americano, sino de un mejor, pues “si la multiplicidad americana es una cuestión cultural, su unidad es política, y puede darse el caso de que los hombres y mujeres que se han liberado de sus culturas no estadounidenses se comprometan más con el sistema político estadounidense”. Se entiende entonces la insistencia de Roosevelt en lograr la completa naturalización de los *hyphenated Americans*, su disipación en la masa, y de insistir en el americano ideal como aquél que ofrece un servicio a su pueblo. En este sentido, Riis confiaría en los artefactos culturales (las canciones patrióticas americanas, los estilos de vida y pensamiento que remitían a la libertad, la igualdad y la búsqueda de la felicidad) como el modo más efectivo de armonizar las distintas etnias sin poner en duda la multiplicidad. Al compartir diversas aspiraciones la americanización se produciría naturalmente, sin necesidad de un programa radical de americanización, práctica que hubiese sido considerada en sí misma antiamericana, porque habría negado la pluralidad, una característica intrínseca al concepto de sociedad de inmigrantes. Walzer lo explica del siguiente modo:

En el cambio de siglo, el americano anónimo no es sino un contenedor para un futuro individuo que otorgaría contenido cultural a la que ahora no es sino una mera denominación. Mientras tanto, la mayoría de los estadounidenses eran americanos con guion, con más o menos arraigo con su pasado, con más o menos voluntad de pluralismo. Un pluralismo que no es sino un programa político alternativo diseñado para legitimar la multiplicidad y hacerla permanente, lo que convertiría estos individuos que únicamente eran americanos en permanentemente anónimos y asimilados a una no-identidad cultural¹¹⁴.

En la sociedad de inmigrantes la identidad compuesta se tolera porque para obtener la ciudadanía no existe como condición práctica cultura específica alguna. De ahí que lo que se permite sea, en palabras de Walzer, “las elecciones y acciones individuales: los actos de adhesión, la participación en rituales internos y religiosos, la proclamación de diferencias culturales, etc.”¹¹⁵. Dicho de otro modo, las diferencias se convierten en una opción personal, no prototípica ni generalizable (no se toleran organizaciones

¹¹⁴ Para esta cita y la anterior, *ibíd.*, pp. 145 y 144-145, respectivamente.

¹¹⁵ Véase Michel WALZER (1998). *Tratado sobre la tolerancia*, op. cit., p. 46.

coactivas ni grupos que pretendan controlar el espacio público o quieran hacer valer sus derechos sobre los de los demás). El mantenimiento de estos grupos étnicos y religiosos se debe solo a la decisión de sus miembros. El Estado se mantendrá neutral, “tolerante de todos ellos y autónomo en sus propósitos”. Por eso el riesgo de secularizarse, de desintegrarse, de asimilarse, no será la intolerancia por parte de la sociedad ni del Estado, sino, según Walzer, la propia *indiferencia* de sus miembros. Riis llamaría a la indiferencia *desarraigo*, y creería en la naturalización como la vía más segura y adecuada para evitar los problemas que se derivaban de él, de ahí que insistiera tanto en sus discursos en lograrla y que empleara todos los signos patrióticos a su alcance. A pesar de la afinidad de Riis hacia las teorías de Roosevelt, no fue tan duro en sus aseveraciones. Pedía a su público que aceptara a los *hyphenated Americans* y trabajara —como él— para crear las circunstancias que les permitieran conseguir la condición de ciudadanos leales, advirtiendo de los peligros asociados al desarraigo¹¹⁶:

En todo lo cual no he mencionado un factor que es el causante de la mitad de los problemas que tenemos con nuestra población inmigrante, en la medida en que no los creamos nosotros mismos: la pérdida de la necesidad de rendir cuentas que sigue al desarraigo; la liberación de todo sentido de responsabilidad con la caducidad de las viejas tablas de valores, que hace que la labor del político le resulte tan provechosa en nuestras grandes ciudades, y que sean tan fatigosas las del patriota y las de la ama de casa. Todos conocemos la rutina. El inmigrante no posee su exclusividad. Afecta también al nativo cuando va a una ciudad donde no lo conocen. En los barrios pobres llega a su apogeo en la segunda generación, y convierte a los hijos de los irlandeses e italianos en pendencieros que libran las batallas de Hell’s Kitchen y Frog Hollow. Lo que significa simplemente que somos criaturas del medio en que vivimos, que un hombre en cualquier parte es en gran medida lo que sus vecinos e hijos

¹¹⁶ De hecho, Riis fue miembro de la Society for the Protection of Italian Immigrants —organización que proporcionaba a los italianos asesoramiento legal y les informaba de posibles empleos—, así como de la North American Civic League for Immigrants, cuyos objetivos eran la asimilación, educación y protección de los recién llegados. Véase James B. LANE (1975). *Jacob Riis and the American City*, op. cit., p. 205.

creen que es, y que el gobierno también contribuye a nuestro bien moral, pese a lo que digan los soñadores y los anarquistas¹¹⁷.

El esfuerzo de Riis por fomentar la americanización sería paralelo a su propia naturalización, a la sustitución de su condición de “danés-americano” por la de “americano-americano”. La historia de la asimilación de Riis (de “la formación de un americano”) ha sido descrita por la mayoría de historiadores y biógrafos como “una historia a lo Horatio Alger” (*Horatio Alger story*), no solo por la perseverancia y determinación que caracterizó los distintos episodios de su recorrido que hemos revisado, sino porque el autor logra un tipo de éxito social asociado al sueño americano, mucho más modesto que la obtención de grandes riquezas, que podría concretarse en la respetabilidad u honor de la clase media, es decir, según la cita anterior, en lo que “sus vecinos e hijos creen que es”, y por extensión, en cómo su vida puede ser un modelo a seguir (como lo fueron las vidas de los personajes que creaba Alger)¹¹⁸. Este espíritu progresista, de resistencia contra la adversidad, permeaba el carácter americano de Riis, en apariencia infatigable, quien no se conformó con reivindicar su lugar en el mundo, sino que trató de mejorar las condiciones del entorno para que otros jóvenes gozaran de mayores facilidades a la hora de abrirse camino: “Alguien debía denunciar los hechos;

¹¹⁷ Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 32. En efecto, los soñadores afirmarían que un hombre puede ser bueno al margen del lugar donde se encuentre. Los anarquistas, en cambio, imputarían al gobierno los males de la sociedad, de ahí que prefieran abolirla. Riis ocuparía una posición intermedia: no negará que el ser humano puede obrar libremente bien o mal, ni tampoco eximirá al gobierno de su responsabilidad de adoptar políticas que favorezcan las condiciones en que es más probable que el hombre actúe bien antes que mal.

¹¹⁸ La serie de novelas más conocidas de Alger lleva por título *Ragged Dick*. En el siglo XIX escribió más de cien obras de ficción de temática similar, que el autor pretendía que sirvieran de modelo de comportamiento para los golfillos neoyorquinos: historias de la vida de muchachos callejeros, cuyo protagonista solía ser Dick, un joven vagabundo que trataba de abrirse camino en la ciudad. Las novelas de Alger, sin mérito literario, son recordadas por la popularidad tan elevada que alcanzaron: “Un ejemplo de la huella que Horatio Alger ha dejado en América es el hecho de que su nombre ha llegado a formar parte del lenguaje —cuando describimos la vida de un hombre como ‘una historia a lo Horatio Alger’ nadie duda de que el hombre salió de la pobreza gracias a sus virtudes y al trabajo duro para alcanzar éxito y riquezas, y así realizar su sueño americano”. Véase Michel MEYER (2005). “Introduction”, p. viii. En Horatio ALGER JR., *Ragged Dick or Street Life in New York with the Boot Blacks*. Nueva York: New American Library.

ésta es la razón por la que me hice periodista [...] Me importan un bledo todas las teorías sociales que jamás se hayan excogitado si no contribuyen a producir hombres y mujeres superiores al mejorar su suerte”¹¹⁹.

El carácter reformista de Riis tendría los atributos de una de las facetas del hombre nuevo de América definido por el filósofo Ralph Waldo Emerson. Riis no sería el *scholar* americano, el hombre pensante o “delegado de la inteligencia”, sino el “reformador” que pretende lograr un estado social igualmente “más excelente”; no es un idealista, aunque su pensamiento pueda tender al idealismo, sino un “re-hacedor” de la ciudad, un “restaurador de la verdad y el bien” que responde a los parámetros que le impone la sociedad de su tiempo; en otras palabras, es el “benefactor”, un heredero de la Ilustración en América, que luchará por futuras conquistas de un régimen americano más justo (en el caso de Riis, mediante la abolición de los barrios bajos) con el fin último de ser útil a su comunidad. Al definir al reformador americano, Emerson coincide con Riis en que su tarea ha de redundar en el beneficio de las generaciones futuras: “No renuncio tampoco a la esperanza de que cada una de las personas a las que me dirijo se haya sentido llamada a arrojar de sí las malas costumbres, la timidez y las limitaciones y a ocupar su lugar como hombre libre y útil, un reformador, un benefactor, que no se contenta con pasar por el mundo como un soldado de infantería o un espía, esquivando con agilidad y disculpas cuantos golpes pueda, sino como un hombre honrado y valiente, que ha de encontrar o abrir un camino recto hacia todo lo que hay de excelente en la tierra, no sólo para salir él con honor, sino para que sea más sencillo que quienes le siguen salgan con honor y con beneficio”¹²⁰. Esta idea de contribución al bien común es un rasgo que estaría también presente en los “hombres representativos”, personalidades del pasado cuyas obras se han convertido en universales, al dirigirse a lectores de todos los tiempos. Por

¹¹⁹ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 54.

¹²⁰ Véase Ralph Waldo EMERSON (2008). “El reformador”, pp. 179-180. En *Naturaleza y otros escritos de juventud*, ed. y trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra. Madrid: Biblioteca Nueva. En otro pasaje del mismo ensayo, Emerson completaría su definición del reformador: “¿Para qué ha nacido el hombre sino para ser un reformador, un re-hacedor de lo que ya está hecho, alguien que renuncia a la mentira, un restaurador de la verdad y el bien, que imita a la gran naturaleza que nos cobija y que no se detiene en el viejo pasado, sino que se repara a cada instante y nos entrega cada mañana un nuevo día y en cada pulsación una nueva vida?”. *Ibíd.*, p. 192.

mucho que la obra de Riis participe de este último aspecto, en la medida en que sigue siendo historia viva, nuestro autor no puede ser considerado en sentido estricto un hombre representativo, como “Platón o el filósofo”, “Montaigne o el escéptico” o “Goethe o el escritor”, aun cuando comparta la característica del genio, entendido como provocación, señalado por Emerson como condición *sine qua non* para fundamentar el valor de la representación. La provocación en la obra de Riis supondría la llamada a la acción de la sociedad burguesa que vive de espaldas al pobre que teje sus vestidos o fabrica sus cigarros en los *sweatshops* y que no contribuye en modo alguno al beneficio común, aunque pueda hacerlo mediante la filantropía, de igual modo que el Estado mediante la aprobación de leyes que protejan al débil. Emerson diría al respecto: “El Estado ha de tener en cuenta al pobre y todas las voces hablar a su favor. Todo niño que nazca ha de tener oportunidad de ganarse el pan. La mejora de nuestras leyes sobre la propiedad ha de provenir de las concesiones del rico, no de la opresión del pobre. Empecemos por un reparto habitual. Tenemos que comprender que la regla de igualdad consiste en que nadie debería tomar más de lo que le toca para no ser siempre tan rico. He de sentir que soy un amante. He de ver que con ello el mundo es mejor para mí y encontrar mi recompensa en el acto”¹²¹. Riis subrayaría esta idea de mirar por el prójimo, por la riqueza común (*common wealth*), apelando a la profesión cristiana de sus lectores.

El propio Riis, en su afán por lograr la americanización de los inmigrantes, anotaría que, una vez denunciados los males de la democracia, ésta solo mejorará cuando los individuos piensen más en la *res publica* que en la *privata*: “Al ser vista es imposible que la monstruosa injusticia no sea reparada y que al mismo tiempo el gobierno del pueblo perdure, como sé que ha de perdurar. Sólo comenzaremos a averiguar lo que esa forma de gobierno puede hacer por la humanidad el día en que todos pensemos tanto en la cosa pública, en la *res publica*, como para olvidarnos de nosotros mismos”¹²². Pensar en la *res publica*, lo contrario de lo que aconsejaban otros intelectuales norteamericanos de la generación de Emerson¹²³, para Riis

¹²¹ *Ibid.*, p. 195.

¹²² Véase Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 283.

¹²³ Entre los trascendentalistas, Henry David Thoreau, por ejemplo, recomendaba el cuidado de la *res privata*, una vez instaurada la *res publica*. Entendía que hacer el bien a los demás deliberadamente no dignificaba, solo contribuía al enaltecimiento o egocentris-

debía ser la obligación de la mitad que amasa riquezas. Los detractores de Riis han criticado su fijación por avivar la filantropía entre los ricos, en vez de haber concentrado su lucha por el progreso social únicamente en las reformas provenientes del gobierno, de la administración pública, según los postulados de la etapa progresista.

El pensamiento de Riis debe ser entendido en el marco de la sociedad competitiva e individualista del siglo XIX, donde el libre mercado permitía la concentración de negocios industriales y comerciales en manos de minorías, y donde los propietarios de casas de vecindad se enriquecían a costa de los desorbitados alquileres que cobraban a los inmigrantes¹²⁴. La filantropía *científica* moderna, tal como hoy la conocemos, tan arraigada en la sociedad estadounidense¹²⁵, surgió a finales del siglo XIX y principios del XX como una iniciativa racional que trataba de donar dinero de forma inteligente para crear nuevos instrumentos, como las fundaciones, o para captar y

mo del filántropo, que se sentía mejor pensando que los demás necesitan su ayuda: “No sustraería nada del elogio que se debe a la filantropía, sino que sólo exijo justicia para todos los que son una bendición para la humanidad por su vida y trabajo. No valoro principalmente la rectitud y benevolencia de un hombre, que es, por así decirlo, su tronco y hojas. Aquellas plantas de cuyo marchito verdor hacemos tisana para el enfermo no tienen sino un uso humilde y son las más empleadas por los curanderos. Quiero la flor y el fruto de un hombre, que cierta fragancia flote desde él hasta mí y cierta sazón dé sabor a nuestro trato. Su bondad no debe ser un acto parcial y transitorio, sino una constante superfluencia, que no le cueste nada y de la que no sea consciente. Ésta es la caridad que oculta una multitud de pecados. Con demasiada frecuencia, el filántropo rodea a la humanidad con el recuerdo de sus propias cuitas desechadas, como una atmósfera, y lo llama simpatía”. Véase David Wark THOREAU (2005). *Walden*, trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, p. 125. Madrid: Cátedra.

¹²⁴ La legislación anti-trust no se aprobaría hasta 1890 con la Ley Sherman Antitrust, la primera medida del gobierno federal estadounidense para limitar los monopolios, y no sería perfeccionada hasta 1914 —año en que fallece Riis— con la entrada en vigor de la Ley Clayton, que protegía a los consumidores.

¹²⁵ El arraigo de la filantropía en Estados Unidos se aprecia en el volumen de inversiones que manejan las ONGs, que aumenta a lo largo de los años. Según el Bureau of Economic Analysis (BEA), en 2009 el sector sin ánimo de lucro sumó el 5,5 % del GDP —el equivalente al PIB—, esto es 779.1 billones de dólares. Ese mismo año, según la Office of Management and Budget (OMB), EE.UU. gastó en defensa el 4.6 % del GDP, es decir, que la iniciativa privada con fines filantrópicos obtuvo un porcentaje mayor que el presupuesto del Department of Defense (DoD), incluidas las guerras. Véase Oliver ZUNZ (2012). *Philanthropy in America. A History*, pp. 301-302. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

procurarse fondos. Multimillonarios como John D. Rockefeller o Andrew Carnegie, hombres emprendedores que no habían heredado sus riquezas, sino que las habían adquirido desde cero y que valoraban el progreso en su justa medida, fueron los que impulsaron este concepto moderno de filantropía. Un año antes de la publicación de *Cómo vive la otra mitad*, la *North American Review* daba a conocer a los lectores estadounidenses el escrito de Carnegie, “Wealth”, en que planteaba un modo apropiado de gestionar la riqueza de las minorías acaudaladas, de “devolver su riqueza excedente a las masas de sus congéneres en las formas mejor calculadas para causarles un bien duradero”. Carnegie consideraba el deber de los ricos redistribuir su excedente de ingreso de la manera más beneficiosa para la comunidad. El hombre de riqueza debía ser el agente y fideicomisario de los pobres. No se trataba de dar limosnas, sino de ayudar a los dignos a prosperar poniendo a su alcance “los peldaños por los cuales puedan ascender los hombres con aspiraciones”. Dar uso público a la riqueza privada suponía invertir en parques, salas de conciertos, edificios eclesiásticos, universidades, institutos técnicos, bibliotecas¹²⁶, observatorios, hospitales, escuelas de medicina, laboratorios “y otras instituciones dedicadas a aliviar el sufrimiento humano”. El “evangelio de la riqueza” exigía al donador la responsabilidad suficiente para seleccionar y supervisar los objetos apropiados para la filantropía: “El liberalismo continuará, pero el millonario sólo será un fideicomisario del pobre; se le habrá confiado durante una temporada una gran parte del aumento de riqueza de la comunidad, pero lo administrará para la comunidad mucho mejor de lo que ella lo haría por sí misma”¹²⁷.

¹²⁶ Riis daría cuenta en sus escritos del *free library system* impulsado por Carnegie. Véase Jacob A. Riis (1902). *The Battle with the Slum*, op. cit., p. 397.

¹²⁷ Para esta cita y las anteriores véase Andrew CARNEGIE (1889). “Riqueza”, p. 413. En Daniel J. BOORSTIN (comp.) (1997), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit. Andrew Carnegie, de origen escocés, emigró a Estado Unidos en 1857. Como la mayoría de inmigrantes de esa época, fue víctima de la explotación laboral de la industria textil estadounidense. Años más tarde estudió telegrafía y tuvo éxito en industrias relacionadas con el ferrocarril, como en la fabricación de puentes y raíles. Su vida, que relató en 1920 en su *Autobiography of Andrew Carnegie*, como la de Riis, es la del hombre activo norteamericano, con la diferencia de que Riis no amasó grandes fortunas. Entre las obras que escribió, destaca su libro *Triumphant Democracy* (1886) y el artículo mencionado, “Wealth”, que se haría conocido internacionalmente por el título de la versión aparecida en Inglaterra, “The Gospel of Wealth” (“El evangelio de la riqueza”), y cuya secuela, “The Best Fields for Philanthropy”, publicaría ese mismo año de nuevo en *Nor-*

Sin embargo, ni el propio Carnegie pudo poner en práctica la letra de su evangelio como hubiese querido, pues en 1901 “decidió parar de acumular” y comenzar “la infinitamente más seria y difícil tarea” de llevar a cabo una “distribución sabia” de sus beneficios a tiempo completo¹²⁸, si bien se retiró de los negocios con un capital de 250 millones y un ingreso anual de 12.500.000\$: su riqueza era excesiva aun para ser administrada durante el tiempo normal de una vida humana. La solución que planteó entonces fue la creación de fideicomisos “a perpetuidad” que realizaran la labor que él había intentado desarrollar en vida: dar de forma sabia y productiva. Así, creó fundaciones que fomentaran el conocimiento y bienestar ciudadano apoyando la educación, la investigación científica y la paz internacional, entre otros temas¹²⁹.

Las ideas de Carnegie serían puestas en práctica por otros filántropos, que, como él, creían en la existencia de un “arte de gastar dinero”. El economista Wesley Mitchell, por ejemplo, afirmó en 1912 “que gastar dinero era fácil, pero gastarlo bien, es una difícil tarea”¹³⁰. Michell midió los modos en que los americanos gastaban sus ingresos con el fin de contribuir a generar una nueva filantropía en masa canalizada, al igual que planteaba Carnegie, a través de fundaciones comunitarias y otras organizaciones.

La filantropía moderna se convirtió de este modo en una nueva aventura capitalista por la mejora social, no en un acto de bondad tal como lo

th American Review. En ambos textos defendía la filantropía como el modo de reconciliar a ricos y pobres. No se trataba de que los magnates donaran con propósitos públicos sus riquezas tras su muerte, sino que los redistribuyeran adecuadamente en vida.

¹²⁸ Véase Andrew CARNEGIE (1920). *Autobiography of Andrew Carnegie*, p. 255. Boston: Houghton Mifflin.

¹²⁹ La fundación más ambiciosa que creó fue la Carnegie Corporation, con sede en Nueva York, que en 2011 celebró su centenario. Véase <<http://carnegie.org/>>.

¹³⁰ Véase Wesley C. MITCHELL, “The Backward Art of Spending Money”, pp. 269-281. En *American Economic Review*, junio de 1912. Wesley Clair Mitchell (1874-1948) fue presidente del Comité Asesor de Roosevelt en Social Trends y cofundador del National Bureau of Economic Research. En sus textos cuestionó la economía ortodoxa y apostó por la psicología behaviorista (conductista). En 1913 publicó su teoría de los ciclos económicos en su libro *Business Cycles*, en el que intentaba dar respuesta al porqué de las crisis y las épocas de prosperidad. Para Mitchell en los fenómenos económicos intervenía el contexto histórico y las políticas culturales de un determinado período.

entiende el cristianismo. El magnate americano contemplaba sus fundaciones benéficas racionalmente, como otro modo de invertir en el progreso y de prevenir, antes que remediar, los males sociales. De hecho, en su manera de redistribuir la riqueza empleaba los mismos métodos que le habían hecho prosperar en las finanzas con el fin de asegurar el correcto cumplimiento de los principios que guiaban su caridad: “Su innovación fue concebir los fondos filantrópicos como otra inversión financiera y usar las habilidades que había adquirido en los negocios para minimizar los riesgos de sus especulaciones, y para ampliar el alcance de su donativo caritativo”¹³¹. El magnate diseñó así un instrumento adaptable a las circunstancias cambiantes de la sociedad americana, alentando además la investigación de las causas de los problemas sociales: “Lograr todo lo anterior requería de habilidades y conocimientos especializados, de disponibilidad de tiempo y dedicación, y de hacer un gran esfuerzo, características que pocos voluntarios podían reunir. Empezaron a surgir profesionales que actuaban como asesores de los adinerados, como administradores de fundaciones y agencias de servicios humanitarios, y como directores de museos”¹³². Los principios de la nueva filantropía establecieron que no se

¹³¹ Véase Oliver ZUNZ (2012). *Philanthropy in America. A History*, op. cit., p. 2. Zunz explica el proceso histórico por el cual la filantropía a finales del siglo XIX y principios del XX llegó a convertirse en una fuerza integral de la sociedad americana, contemplada no como una labor caritativa, sino como un medio de fomentar la investigación independiente para solventar problemas que revertirían en el bien común. Para Zunz América habría cultivado y confiado en la filantropía más que cualquier otro país, fortaleciendo con ello la democracia cívica. En el capítulo 2, “The Coming of Mass Philanthropy”, Zunz presenta a Jacob Riis como el precursor de la recogida masiva de fondos para combatir la tuberculosis, aplicando el ya mencionado sistema danés de la venta de sellos navideños: “Riis contó la historia de la tan exitosa suscripción a penique en el *Outlook* urgiendo la implantación de este sistema de fondos en Estados Unidos. Señaló el hecho de que *ningún millonario* se había propuesto dotar de fondos a la lucha contra la tuberculosis y siguió diciendo que *ningún millonario hacía falta*, que el trabajo *lo haría mucho mejor el pueblo mismo*. Riis añadió: *Cinco años de este tipo de campaña y deberíamos conseguirlo*”. Las citas de Riis están extraídas por Zunz del artículo “The Christmas Stamp”, aparecido en *Outlook*, el 6 de Julio de 1907. Véase Oliver ZUNZ (2012). *Philanthropy in America*, op. cit., pp. 47-48.

¹³² Véase Verónica ZÚÑIGA PULIDO (2005). *El modelo filantrópico estadounidense como una alternativa para crear una cultura altruista en México*, p. 12. Tesis doctoral. Universidad de las Américas Puebla. Escuela de Ciencias Sociales. Departamento de Relaciones Internacionales e Historia. Recuperada de <http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/lri/zuniga_p_v/portada.html>.

debía actuar en forma emotiva e impulsiva, sino en base a la evidencia contundente, tras un análisis cuidadoso y planificado de cada situación.

Riis participaba de esta filosofía como reformador social, aunque sus esperanzas las depositaba, no tanto en los ricos industriales como en la práctica filantrópica de los trabajadores americanos de clase media, quienes —tal como demostró Mitchel con los informes estadísticos elaborados en el seno del National Bureau of Economic Research— destinaban una parte de sus ingresos a la inversión en proyectos de la nueva filantropía de masas a través de organizaciones locales y comunitarias. Riis animaría a sus lectores a formar parte de esta caridad racionalizada, que justificaría apelando a los valores cristianos. La nueva filantropía promovida por Carnegie, en cambio, era laica, si bien la obligación moral que se arrogaba al redistribuir las riquezas que había obtenido de la sociedad bebía de la ética cristiana, y su manera de invertir las creando instituciones para el disfrute público, en vez de dar donativos individuales a nivel personal, respondía inconscientemente a los ideales de la mayordomía, entendida como el arte de administrar correctamente los bienes que Dios nos ha dejado, para evitar así incurrir en la codicia¹³³.

Que Riis animara a ejercer la filantropía no significaba que depositara en ella toda su confianza para cambiar las cosas. Era un recurso más al alcance que no podía ser denostado, y que debía entenderse como una obligación moral para quienes habían estado sacando provecho a costa del pobre. Así, en su denuncia de la especulación que los propietarios llevaban a cabo con los inmigrantes al conseguir beneficios superiores al 40% de su inversión inicial con la renta que les reclamaban a sus inquilinos, Riis —aplicando un eslogan propuesto por ciertos reformadores de su época— planteó la necesidad de que los propietarios donaran el cinco por ciento para la construcción de viviendas modelo: “El remedio que aporte una respuesta eficaz

¹³³ La buena mayordomía empieza con el reconocimiento de que Dios es el dueño de todas las cosas. Pedro 4:10: “El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”. Véanse también Lucas 12:48: “A quien mucho se le da, mucho se le reclamará”; Mateo 25:29: “Porque al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene aun lo que tiene se le quitará”; Lucas 19:19-26: “Os digo que a todo el que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”. La versión que seguimos para los textos bíblicos es: *Sagrada Biblia* (1983), trad. de Nacar-Colunga. Madrid: B.A.C.

al clamor de justicia debe proceder de la conciencia pública. Ni la legislación ni la caridad pueden abarcarlo todo. La propia codicia de capital que engendró el mal debe hacerlo, en la medida en que esto sea posible. Quienes dan trabajo a las masas trabajadoras deben ofrecerles una vivienda; pero las casas de vecindad deben dejar de ser un ‘buen negocio inmobiliario’ en el viejo sentido despiadado. ‘Filantropía y el cinco por ciento’ es la penitencia exigida¹³⁴. Riis se referiría en *Cómo vive la otra mitad* a ese cinco por ciento —parafraseando a Carnegie— como el “evangelio de la justicia” (*the gospel of justice*): “El programa práctico de ‘Filantropía al cinco por ciento’ de estos hombres de negocios ha sentado precedentes en los edificios de casas de vecindad, que muestran, si bien son todavía pocos y dispersos, lo que con el tiempo puede lograrse incluso con las escasas oportunidades que Nueva York ofrece hoy de corregir los antiguos errores. Éste es el evangelio de la justicia, la solución que debe buscarse como única alternativa al hombre del cuchillo¹³⁵. La obtención de pingües beneficios a expensas del pobre para Riis sería una consecuencia directa de la falta de educación: “Claramente, lo del casero es una cuestión de educación: le hace tanta falta a él como a sus inquilinos¹³⁶. Y añade:

¹³⁴ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 19.

¹³⁵ *Ibid.*, pp. 324-325. El hombre del cuchillo es la encarnación de la venganza, de la violencia como último recurso a la desesperación del pobre y a la indignación pública. Riis comienza el capítulo XXIII explicando la reacción de un hombre hambriento que fue arrestado al tratar de tomarse la justicia por su mano, tras contemplar la sofisticación de la riqueza en la Quinta Avenida: “Tenía esta idea en la cabeza: ‘Ellos, con sus caballos bien alimentados, no tienen que preocuparse del mañana; sólo conocen el hambre de oídas, salen a pasear y compran en una hora lo que a mí y a mis pequeños nos dejaría saciados todo un año’. Y ante sus ojos se irguió la imagen de aquellos pequeños llorando y pidiendo pan en torno al frío y triste hogar sin lumbre, y de un salto se precipitó sobre la multitud y blandió su cuchillo, cegado por el deseo de matar, de vengarse”. E interpreta más adelante: “[El hombre y su cuchillo] representaban una solución al conflicto de la pobreza ignorante *versus* riqueza ignorante que se nos ha legado sin resolver, la voz de alarma que últimamente hemos oído en un grito que nunca habría debido alzarse en suelo americano: el grito de ‘las masas contra las clases dominantes’, el recurso a la violencia”. *Ibid.*, pp. 321 y 322.

¹³⁶ Riis trataría de combatir el alto índice de analfabetismo. Para él, la educación era la única que podía hacer frente a la codicia del hombre. De ahí su insistencia en habilitar las escuelas de las zonas marginales y en escolarizar a los niños: “¿Veis cómo toda la batalla contra el *slum* se libra dentro y en torno a las escuelas públicas? Porque en la

Que quede claro que ambos son inseparables [el bienestar de los inquilinos y la obtención de beneficio por parte del propietario], si queremos sacar algo en limpio de esto. El negocio de alojar a los pobres tiene que seguir siendo negocio para que las cosas funcionen, como fue negocio para nuestros predecesores colocarlos donde están. Como caridad, pasatiempo o moda pasajera, fracasará miserablemente, siempre y en todas partes. Es una regla inexorable, aunque ahora se conoce bien en Inglaterra y en Europa continental, y lo saben todos aquellos que han pensado seriamente en el asunto. [...] Cualquier otro planteamiento que no presuponga que el trabajador tiene derecho a disfrutar de un hogar decente y derecho a exigirlo está condenado al fracaso, tiene que haber un intercambio justo entre el dinero de ese hombre y lo que puede permitirse adquirir a un precio razonable. Si se plantea como un acto de caridad se le convertirá en un indigente, por más que se disfrace el hecho, y se le ahogará irremisiblemente en el lodo del que se intentaba rescatarle. Y este principio debe prevalecer en toda planificación¹³⁷.

El razonamiento de Riis remite aquí más a los argumentos esgrimidos por Thoreau —a propósito de que la caridad no dignificaba al individuo, sino que contribuía a la exaltación del filántropo¹³⁸—, que a los de Carnegie, aunque compartiría con este último la necesidad de que la filantropía se ejerciera de manera racional. En otro pasaje de la obra, recordaría en términos que aúnan ambas visiones (la de Thoreau y Carnegie), que la solución ante las familias de trabajadores inmigrantes que pasan hambre y ven cómo sus hijos mueren de inanición no son las limosnas, sino la obtención de trabajo y salarios adecuados:

La limosna no soluciona estas emergencias en absoluto. Muchas veces agrava incluso el problema, aumentando la pobreza y la degradación cuando la verdadera ayuda debería encaminarse a elevar el amor propio y la independencia de quienes lo padecen. La experiencia de la Sociedad Coordinadora de la Caridad, que, en ocho años, ha sacado a 4.500 familias de la rutina de la pobreza y les ha devuelto una orgullosa aunque modesta independencia, sin limosnas, sino gracias a un sistema de ‘visitas

ignorancia el egoísmo encuentra su oportunidad, y los dos juntos crean el barrio bajo”. Véase Jacob A. Riis (1902). *The Battle with the Slum*, op. cit., pp. 404-405.

¹³⁷ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 330.

¹³⁸ Véase supra, nota 123.

amistosas’, así como el trabajo de la Sociedad para la Mejora de las Condiciones de los Pobres y otras organizaciones afines, demuestra lo que puede lograrse con un esfuerzo bien dirigido. Se estima que Nueva York gasta en caridad pública y privada cada año la suma de 8.000.000 de dólares. Una pequeña parte de esa cantidad, inteligentemente invertida en una gran oficina de trabajo, que reuniera bajo su protección al que busca trabajo con el que lo ofrece, ofreciéndoles cierto grado de seguridad mutua, ciertamente compensaría la inversión ahorrando mucho capital que ahora se malgasta terriblemente, y produciría más y mejores resultados¹³⁹.

Con todo, aunque éste podía ser un proyecto a tener en cuenta, para Riis el auténtico remedio al problema de la pobreza en los barrios bajos era la eliminación de las casas de vecindad ruinosas, la reforma y mantenimiento de aquellas estables y la construcción de nuevas viviendas modelo que cumplieran con las normativas. En *Cómo vive la otra mitad* el autor apela al castigo divino para convencer a sus lectores de la necesidad de un cambio en el modo de proceder de aquellos propietarios que se desentendían de la conservación en buen estado de los inmuebles que alquilaban, si la clase burguesa no deseaba ser el flanco de una revolución popular: “Pero el trabajo extra de supervisar su propiedad inmobiliaria, que es la condición para un éxito mayor y duradero, es el castigo por los pecados de nuestros predecesores, porque Dios castiga *la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me aborrecen*”¹⁴⁰.

Hasta aquí se entiende que la ética de Riis y su uso moral del lenguaje, en tanto que reformador y filántropo, guiara su afán de ser un buen cristiano, *id est*, el ciudadano que vive por y para la comunidad; en sentido secular, se traduciría en una implicación cada vez mayor del individuo en los asuntos públicos. La idea de comunidad —relacionada con la de progreso—, como veremos en el próximo capítulo, sería el pilar que sostendría la fundación o refundación de la ciudad americana:

¹³⁹ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 312.

¹⁴⁰ *Ibíd.*, p. 354. La cita Riis la extrae del Deuteronomio, 5, 9.

El inmigrante más pobre llega aquí con el objetivo y la ambición de mejorar y, si se le presenta la mínima ocasión, la aprovechará lo mejor que pueda. Es la mejor respuesta al falso argumento de que le gustan las viviendas miserables en que habita. [...] Del mismo modo que la emigración de este a oeste sigue la latitud, el influjo extranjero en Nueva York se distribuye a lo largo de ciertas líneas bien definidas que sólo se tambalean y quiebran bajo la máxima presión de una raza más gregaria o los abusos de un mercado inexorable. De ello da cuenta suficientemente un sentimiento de dependencia del mutuo esfuerzo, natural entre los extranjeros en tierra extraña, ajenos a su lengua y costumbres¹⁴¹.

La ciudad americana, como el individuo, se caracterizaría por su dinamismo, por su constante proceso de formación y mejora. Su crecimiento y perfeccionamiento, según vemos en una obra como la de Riis, tendría su correspondencia en términos espaciales y políticos. El año en que se publica *Cómo vive la otra mitad* por vez primera dejaba de existir una línea fronteriza ininterrumpida hacia el Oeste. Hasta entonces la “conquista del Oeste” se había convertido en el campo de pruebas de los ideales americanos, lo que centró el interés de ciertos intelectuales en el análisis de los problemas que esta nueva circunstancia podría generar. En su notable ensayo *La importancia de la frontera en la historia americana*, Frederick Jackson Turner se preguntaba 1) si los rasgos característicos de la civilización nacional podrían ser, en parte, el resultado del repetido “comenzar de nuevo”, del afán expansionista y de la idea de progreso que hasta entonces había permeado el carácter americano y su espíritu de iniciativa; y 2) cuál sería su destino ahora que los individuos debían vivir en ciudades (o espacios cerrados) con los problemas de masificación y explotación que Riis denunciaba¹⁴². En efecto, desde la llegada de los primeros peregrinos, la civilización americana se habría planteado en términos de la fundación de una comunidad, de una “ciudad sobre una colina”, o lo que es lo mismo, de la creación de nuevas urbes en las que, con el paso del tiempo, se llevaría a cabo el experimento democrático. Se entiende entonces que Riis —paralelamente a la consecución de su propia americanización— depositara gran parte de sus esperanzas de mejora en la

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 44.

¹⁴² Véase Frederick Jackson TURNER (1893). “La importancia de la frontera en la historia estadounidense”. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 423-452.

asimilación de los nuevos inmigrantes, cuyo fin último, como hemos analizado en este capítulo, no era otro que el de compartir con sus lectores y espectadores los ideales americanos; solo así se contrarrestaría la alienación (o indiferencia o desarraigo) a la que las grandes metrópolis como Nueva York, con sus múltiples y multiformes contradicciones internas, parecían abocar al individuo.

La mitad literaria: de la herencia puritana al periodismo *muckraker*

Creo que estaría justificado que se nos sacara a latigazos de nuestras hermosas casas [...], a todos los que permitimos que los arrendatarios vivan en esas pocilgas que se ven a nuestro alrededor. La vida de los colonos podría ser más feliz que la nuestra si sus viviendas fuesen verdaderas casas, dignas de seres humanos a los que exigimos que cumplan con sus deberes y de los que esperamos afecto.

[Dorothea Brooke en *Middlemarch*.]

George ELIOT

Cuando Jacob Riis publicó en 1890 *Cómo vive la otra mitad*, apenas habían pasado 26 años del fin de la Guerra Civil norteamericana. Las heridas todavía estaban recientes para una generación que había vivido la escisión entre el Norte y el Sur. La victoria del Norte en la causa de la esclavitud fue un momento de afirmación nacional y significó el comienzo de nuevos desafíos. Si “América [era] para los americanos”¹,

¹ Me tomo la libertad de emplear aquí la conocida expresión de James Monroe (elaborada por John Quincy Adams) con la que Estados Unidos, en el marco del proceso colonial, no solo quería dar a entender a las potencias europeas que no se toleraría intromisión alguna en el territorio americano, sino que pensaban mantenerse al margen de los conflictos internacionales europeos con el fin de centrar sus políticas en la re-

entonces el país debía erradicar no solo los defectos con los que había nacido, sino también aquellos que iban apareciendo con el tiempo. América se había hecho grande y rica —señalaría Riis—, sin embargo, en las callejuelas de sus ciudades se amontonaban multitudes ignoradas e indigentes: “El opresor extranjero ha sido derrotado; en casa, los grilletes del hombre negro han sido rotos; pero su hermano blanco, en su aciaga condición, elevó su angustioso lamento con un distinto tono de amenaza. [...] La libertad que cuesta sesenta centavos diarios ha dejado ya su estigma sobre el gobierno de nuestras ciudades, y se ha convertido en el escándalo y el peligro de nuestro sistema político”². En la década de 1870, el año en que Riis desembarca en Nueva York, surgió el movimiento reformista que condenó la corrupción del gobierno nacional y prestó atención a todos aquellos aspectos que suponían un descrédito de los valores que promovía la Declaración de Independencia. Las afirmaciones de que todos los hombres habían sido creados iguales y de que la búsqueda de la felicidad era uno de sus derechos inalienables hacían difícil la tolerancia de la pobreza, visible en el crecimiento de los barrios marginales de las ciudades y en la explotación infantil de los hijos de los inmigrantes. ¿Por qué América daba la espalda a los nuevos inmigrantes si ella misma era fruto de antiguos colonos? En sus textos Riis puso sobre la mesa estas contradicciones al señalar las disfunciones de la joven democracia:

Después de haber estipulado solemnemente que todos los hombres han sido creados iguales y están dotados de ciertos derechos inalienables y que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad,

solución de las contradicciones internas a las que se enfrentaba la joven nación. Véase James MONROE (1823). “La doctrina Monroe”. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 211-216. No sería hasta ya entrado el siglo XX cuando el presidente Woodrow Wilson cambiaría la política de no intervención de Estados Unidos en los asuntos europeos recordando el derecho de cada nación a aplicar para sí la doctrina del presidente Monroe, es decir, que ninguna nación tratase de imponer su sistema de gobierno a otro país y que cada pueblo pudiese obrar de manera autónoma. La doctrina hubo de transformarse y adaptarse a nuevas realidades políticas e históricas. Ya antes de la intervención de Wilson, en 1904 Theodore Roosevelt presentó su conocido “Corolario” ante el Congreso, considerado por los historiadores una enmienda a la doctrina Monroe, dado que daba carta blanca a la intervención de Estados Unidos en América Latina y el Caribe.

² Véase Jacob A. RIIS (1902). “Introducción a *La batalla de los barrios bajos*”, p. 521. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit.

cerramos, entonces, nuestros ojos y esperamos que las palabras actúen por sí mismas. Era como si un hombre con resfriado tomara la receta del médico y se fuera a la cama con ella, esperando así la cura. Las palabras eran del todo correctas, pero el solo hecho de repetir las no significa cura alguna. Cuando, después de cien años, abrimos los ojos y descubrimos que el salario de una obrera en nuestras ciudades es de sesenta centavos al día; que la hechura de doce pantalones cortos cuesta cuarenta centavos; y la contribución para la fosa común de nuestra ciudad aumenta un diez por ciento cada año, en verdad se trata de la décima parte de la miseria³.

El autor trataría de dar respuesta a esta relación estructural entre la pobreza persistente y los nuevos inmigrantes reuniendo todos los recursos que estaban a su alcance para despertar la conciencia social de sus lectores: curiosidad, humor, asombro, temor, culpa, fe. Su método científico de observación y el empleo de estadísticas y fotografías que amparaban su investigación se convertirían en hitos del movimiento progresista, si bien un análisis de su discurso ilumina una variedad de fuentes que complican la catalogación genérica de su obra.

Por un lado, sus escritos se remontan a varias tradiciones literarias del siglo XIX, como el periodismo policial, los escritos de caridad protestantes y las guías *shine and shadows**. Por otro, se intuyen rasgos propios del incipiente periodismo *muckraker**, de la novela realista y de los trabajos reformistas de corte sociológico. Con esta amalgama literaria, secundada por el empleo de una fotografía documental de denuncia del que el autor fue pionero, Riis deconstruye los iconos del mundo civilizado o, por así decirlo, desmitifica América. América deja de ser un mero enunciado ideal y se convierte en una idea de lucha por la justicia. Conviene recordar las palabras del crítico literario Joseph Riddel con las que abríamos este libro: “América, tal como se proyecta en su literatura, no es tanto una historia de lo que ocurrió como un sueño al que hay que llegar. Es un punto de llegada infinitamente diferido por el acto de buscarlo”. De este modo da forma Riis a su idea performativa de América: lo que creía que debía ser en virtud de lo que sacaba a la luz. Sus textos e imágenes apelan al trabajo “que aún queda por hacer” —según la retórica lincolniana—, al perseguir la idea de progreso que está presente en los documentos fundacionales de los Estados Unidos.

³ *Ibíd.*

En este capítulo estudiaremos el carácter transgénérico o interdisciplinar de la obra de Riis, que ubicamos en la interfaz de las corrientes mencionadas, pero antes proponemos establecer las líneas básicas para la lectura e interpretación de sus ensayos en el contexto de una tradición escrita cuya raíz hemos de buscar en la impronta literaria del puritanismo americano.

3.1. “Una ciudad sobre una colina.”

La tradición del puritanismo americano

Para entender el proceso histórico de la democracia en América y la huella que ha impreso en obras como la de Riis hay que tener en cuenta varios aspectos que han contribuido a generar la idiosincrasia de su cultura. El primero sería el sustrato puritano de las primeras colonias; el segundo, el nacimiento de la industria moderna que se produciría en paralelo al comienzo de la integración política y social de los Estados Unidos; y el tercero, la posesión y explotación de vastas extensiones de tierra que caracterizó el afán expansionista. A estos tres aspectos cohesivos (puritanismo, industria y naturaleza virgen), habría que añadir “la conciencia de su novedad histórica como pueblo”, que se sabe libre del dominio de la tradición europea: “Se trata del único pueblo occidental al que interesa más su comienzo que su origen. Nosotros, los europeos, no sabemos con rigor cuándo hemos comenzado. Sabemos de dónde procedemos. Los americanos del Norte no saben con rigor de dónde proceden, pero sí cuándo han comenzado”⁴. Estos elementos contribuyeron a la creación de pequeñas comunidades autónomas cuyo núcleo era la familia, en las que la colectividad, la búsqueda del bien común y la voluntad general en aras de la prosperidad se apoyaban en el esfuerzo individual, en la confianza en sí mismo, en la capacidad de

⁴ Véase Enrique TIERNO GALVÁN (1987). “El sentido de la democracia americana”, p. 15. En Miguel ESPINOSA, *Reflexiones sobre Norteamérica*. Murcia: Editora Regional de Murcia. Riddel desarrollaría la misma idea: “América será siempre un texto sin origen, una traducción de una traducción. Su fuente o pasado es siempre otro, está en otra parte y es, pues, un texto o archivo; pero no uno que pueda leerse como un significado oculto o perdido. Su pasado es un texto que solo puede ser ejecutado, interpretado, y su interpretación adelantada, un origen que lo convoca hacia su verdadero ‘Oriente’. ‘América’ no se ha descubierto, sino inventado, y ‘leyendo’, es decir, mediante la traducción”. Véase Joseph N. RIDDEL. “Leer América / Lectores americanos”. En *La Torre del Virrey*, op. cit, p.3.

trabajo e innovación de las personas. La democracia, aunque no fuera la forma de gobierno que en principio tuviesen en mente instaurar, sí fue la que finalmente prevaleció, la cual asimismo aseguraba la unión entre las colonias, su integración en una futura comunidad superior. De ahí que el efecto más importante de la frontera, para el historiador Frederick Jackson Turner, haya sido el fomento de la democracia, en tanto que, al avanzar hacia el Oeste, los individuos se vieron impulsados a reproducir el sistema de gobierno que mejor conocían —el que habían puesto en práctica— a la hora de crear nuevos asentamientos que derivaron en ciudades⁵. Fundar “una Ciudad sobre una Colina” (*a City upon a Hill*) habría sido la aspiración de los primeros colonos que desembarcaron en Salem:

Puesto que debemos considerar que seremos una Ciudad sobre una Colina, los ojos de todos los pueblos están sobre nosotros, así que si en esta obra tratásemos con falsedad a nuestro Dios e hiciésemos que nos retirara su ayuda presente, seremos un relato y como un proverbio para el mundo, abriremos la boca de los enemigos y hablarán mal de los desig-nios de Dios y de todos los que profesan en su nombre; haremos caer

⁵ Escapa al cometido de este epígrafe llevar a cabo un análisis histórico del proceso de colonización de América, que ha sido profusamente estudiado. Si bien vamos a centrar nuestra argumentación en la tradición literaria que arranca de los nuevos tipos de conciencia de Nueva Inglaterra, cabe advertir que la colonización fue un proceso complejo en el que hubo europeos que llegaron como conquistadores al servicio de una potencia (caso de los españoles en México o de los franceses en Luisiana) o como emigrantes colonos (caso de las colonias de la costa este de Estados Unidos). Más allá del primer tipo en el que se trató de implantar a la fuerza la estructura social, política y religiosa de los gobiernos metropolitanos, en el segundo tipo, el de los colonos emigrantes que huían de Europa con la esperanza de llevar a cabo su utopía religiosa, hubo múltiples procedencias y confesiones, como los cuáqueros de William Penn, asentados en Pennsylvania, o los católicos fundadores de la colonia de Maryland. A esta heterogeneidad hay que añadir aquellos emigrantes movidos por el afán de aventuras y la búsqueda de riquezas, y la propia población indígena que habitaba el lugar. La complejidad del devenir histórico de los distintos procesos de colonización que tuvieron lugar de forma paulatina hizo que, al tiempo que los conquistadores españoles y franceses perdían territorios, las colonias inglesas y holandesas fueran creciendo y expandiéndose desde el Atlántico hasta el Pacífico. La historia de Estados Unidos, por tanto, en palabras de Henry Steele Commager, “es la de la interacción entre una cultura del Viejo Mundo y un ambiente del Nuevo Mundo, de la modificación de la cultura por el ambiente primero y de la subsiguiente modificación del ambiente por la cultura”. Véase Allan NEVINS y Henry Steele COMMAGER (1996). *Breve historia de los Estados Unidos*, trad. de Francisco González Aramburo, p. 7. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

la vergüenza sobre los rostros de muchos dignos siervos de Dios, y que sus plegarias se vuelvan vituperios en contra nuestra hasta que desaparezcamos de la buena tierra a la que nos dirigimos.

Estas palabras, pronunciadas por el reverendo John Winthrop a bordo del *Arbella*⁶, son consideradas por el historiador Daniel J. Boorstin el segundo de los textos fundamentales americanos⁷. El propósito de Winthrop era el de organizar la vida de un grupo de emigrantes de diversa clase social y procedencia. Guiados por su propia ley, que era en definitiva la ley divina, pretendían huir de las persecuciones en la vieja Europa a fin de establecer un “cuerpo civil y político” que no respondía estrictamente ni a los cánones de la Iglesia ni a las leyes de un Estado.

Lo que sustentaba el nuevo curso de las cosas era cierto afán de independencia, precursor del propósito ilustrado de que, según la máxima kantiana, el individuo habría de valerse por sí mismo sin guiarse por el entendimiento de otro. En palabras de Miguel Espinosa, “el hombre norteamericano recibió los ideales de la *Aufklärung** como quien recibe algo que está implícito en su personalidad, es decir, como quien recoge una sabiduría que tiene a la mano y reconoce como propia. Por su contextura, virtudes y concepción del hecho político, el alma puritano-cuáquera estaba especialmente dotada para encontrar en la *Aufklärung* ideas familiares, si bien expuestas a través de una filosofía más universal y abstracta. Todo cuanto podía defender y propagar esta filosofía había sido fuertemente intuido por el espíritu de las colonias, que descubrió en ella el término natural de su propio desarrollo, abocando a la misma de una manera también natural, sin

⁶ El *Arbella* fue el buque insignia de la flota formada por once embarcaciones que en 1630 surcó el océano Atlántico con el propósito de construir una comunidad de puritanos en las costas de Massachusetts. Novecientos colonos desembarcaron en Salem y fundaron ocho pueblos, entre ellos Boston. Aunque el *Arbella* no fue el primer barco de europeos llegado a tierra americana, fue uno de los mayores conjuntos. Los pioneros, entre los que figuraba el capitán John Smith, desembarcaron con afán explorador en Hampton Roads (Virginia) en 1607 (veintitrés años antes que el *Arbella*), al mando de Christopher Newport. Hasta 1620 no llegarían a Cape Cod los primeros colonos puritanos a bordo del *Mayflower*. La colonización, por tanto, se produjo de forma escalonada.

⁷ Véase John WINTHROP (1630). “Un modelo de caridad cristiana”, p. 30. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit.

extrañezas, contorsiones ni extremismos”⁸. En efecto, alcanzar la mayoría de edad era una lección que los puritanos habían aprendido con anterioridad, no solo por su práctica común, de raíz protestante, de interpretar la Biblia sin necesidad de intermediario alguno, sino también por su manera de afrontar el trabajo, de asumir una ética del esfuerzo basada en la certeza de la elección con vistas a la salvación. Al renegar de toda autoridad eclesiástica para interpretar los textos sagrados, se estaban aceptando implícitamente ciertos presupuestos políticos que conducirían a la libertad del individuo, la igualdad entre los ciudadanos y la primacía de la voluntad general, es decir, los valores democráticos de la Ilustración.

Con todo, resulta evidente que lo que Winthrop tenía en mente era instaurar una teocracia. Sin embargo, el hecho de que, con el tiempo, la prosperidad material de la comunidad diluyera su fuerte compromiso religioso no nos impide aseverar que la moral cristiana perduró y aun permitió conservar la unidad de la comunidad, una unidad que se mantendría sobre la base de la confianza en las propias fuerzas⁹. Que se secularizaran los propósitos religiosos no significa que desaparecieran las virtudes que estos habían fomentado; más bien al contrario, dieron forma a la visión del mundo de los Padres Fundadores: “La gran empresa del siglo XVIII fue, como es sabido, la institución de un gobierno que estuviera a la altura de esta idea de la naturaleza del hombre. Si cotejamos de nuevo a Winthrop con Jefferson, *Un modelo de caridad cristiana (A Model of Christian Charity)* con la Declaración de Independencia, vemos que el propósito se desplaza, sin menoscabo de la integridad, de la ‘gloria de Dios’ a la ‘búsqueda de la felicidad’; convertido Dios en la garantía de una independencia que habrá de formularse

⁸ Véase Miguel ESPINOSA (1987). *Reflexiones sobre Norteamérica*, op. cit., p. 55.

⁹ No hay que confundir la sociedad colonial con la sociedad democrática americana a la que posteriormente daría lugar, a pesar de que existan valores éticos compartidos. Lo que se produce en el mundo americano es prácticamente una inversión, pues los puritanos respondían a un orden político jerárquico e intransigente, que no reconocía la libertad de culto y cuyo gobierno se basaba en la palabra de Dios (recuérdese la expulsión de Roger Williams a los territorios salvajes de Rhode Island por predicar la separación de Iglesia y Estado). Los puritanos no aspiraban a la independencia y América se construyó sobre la afirmación de la independencia. Así, la prosperidad material y la idea de libertad ganarían el pulso a la perspectiva de salvación. Desde el punto de vista de la religión esto significaría una decadencia; desde el político supuso una creciente democratización.

en términos políticos”, a pesar de que la Declaración no tenga que justificarse hoy, en particular, desde un punto de vista religioso, “conservará todo el sentido de una justificación ética ante un mundo cándido”¹⁰. En efecto, los elementos puritanos e ilustrados no se convirtieron en hitos históricos destinados a desaparecer tras cumplir su misión, aunque así lo hubiera creído Roger Williams, sino que continuaron “presentes, actuales y actuantes hasta nuestros días”¹¹. En palabras de Espinosa, “por eso, siempre que analicemos la *Weltanschauung** de los Padres [Fundadores], encontraremos filosofía de la *Aufklärung* y sustancia puritano-cuáquera, no meros indicios de haberlas habido”¹².

Entre los valores puritanos, el sentimiento de trabajar por y para la comunidad se ha mantenido a lo largo de la historia como una característica intrínseca al carácter americano y lo han compartido muchos literatos, incluido el que es objeto de este estudio. Riis comienza el prólogo de su obra celebrísima explicando el motivo que le ha llevado a escribirla: “La convicción de que la experiencia de un hombre tiene que ser válida para la comunidad de donde procede, sea cual sea el carácter de dicha experiencia, y siempre que se recoja según pautas de un trabajo decente y honrado, me animó a empezar este libro”¹³.

¹⁰ Véase Javier ALCORIZA (2005). “El carácter literario del puritanismo americano”, p. 126. En *La ética de la literatura*. Salamanca: Junta de Castilla y León.

¹¹ Roger Williams, fundador de Providence (un lugar de tolerancia religiosa), comunicaría al hijo de John Winthrop treinta y cuatro años después de la llegada del *Arbella*: “Señor, cuando nosotros los más ancianos hayamos desaparecido [...] temo que una generación actuará de modo muy distinto de los primeros Winthrop y sus Modelos de Amor: lamento que la común Trinidad del mundo (Provecho, Promoción y Placer) será aquí la *Tria omnia*, como en el resto del mundo”. [Cit. por Towner, en Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, p. 31.] El pronóstico de Williams se cumpliría en parte al vaticinar que lo mundano ganaría terreno a la perfección del alma, pero se equivocó al pensar que la orientación secular no había de conservar el trasfondo del espíritu puritano, persistente en la idea de América.

¹² Véase Miguel ESPINOSA (1987). *Reflexiones sobre Norteamérica*, op. cit., p. 60.

¹³ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 13. En la línea de esta afirmación, Jacob Riis señalaría en *Theodore Roosevelt, the Citizen* que “el hombre que cree que el mundo mejora ayuda a hacerlo mejor”. La idea del progreso sostenida por Riis estaría asociada a un sentimiento de comunidad presente aún en los habitantes de los suburbios “a pesar de que el ambiente de las ciudades había dejado de expresar en forma física el sentido de morada; [...] un espíritu que ha sufrido continuos cambios de

Se entiende entonces que, como afirma Lawrence W. Towner, “el sermón escrito a bordo del *Arbella* es, hoy, de tanta importancia para la comprensión de los Estados Unidos como para la comprensión de los puritanos de 1630”, porque en el argumento inicial no solo se encuentra la idea de la comunidad, sino de que ésta prospere con el cambio¹⁴. Dicho de otro modo, los nuevos colonos lograron trascender el antiguo modelo social, aparentemente inamovible, de la Edad Media. El nuevo orden fraternal, dictado por la palabra de Dios, fue el único rasgo definitorio que unificaba a todos los inmigrantes, “santos y extraños”, que viajaron ya en el *Mayflower* y que Winthrop enfatizó¹⁵. También compartían su liberación con respecto al pasado y a todo aquello que representaba el Viejo Mundo.

El carácter literario del puritanismo americano alcanza, pues, a la obra de Riis. Un ejemplo lo encontramos en el poema que precede el comienzo de *Cómo vive la otra mitad*. Escrito por James Russell Lowell, y de marcado sentido religioso, el texto recuerda al lector que hay que buscar al Mesías entre los pobres, es decir, entre “la otra mitad”, la que se hacina en las casas de vecindad:

expresión en cuanto a la política oficial y la acción particular en las ciudades, pero que ha constituido una profunda corriente subyacente a todo lo que se ha hecho”. Véase Edmund N. BACON (1989). “Ciudades de un mundo nuevo”. En Daniel J. BOORSTIN (ed.), *Historia de las civilizaciones*, op. cit., p. 347.

¹⁴ Véase el comentario de Lawrence W. TOWNER a “Un modelo de caridad cristiana” de John Winthrop. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., p. 31.

¹⁵ No hay que olvidar que el precedente de “Un modelo de caridad cristiana”, en tanto que pacto o convenio civil, fue el “Pacto del Mayflower”. Aunque no se tratara de una Constitución ni de una Declaración de Independencia, sus firmantes actuaron como hombres libres con derecho a sufragio a la hora de elegir a sus gobernantes y establecer las leyes que estimaron convenientes para mantener el bienestar general de la colonia. El “Pacto del Mayflower” tendría una influencia considerable más allá de Plymouth. Con el fin de regular la convivencia entre hombres de muy diversa procedencia, los pactos civiles se emplearon en adelante tanto por los colonos ingleses como por los norteamericanos que se trasladaron hacia el Oeste en busca de nuevos asentamientos. Véase “El Pacto del Mayflower” (1620). En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 15-19.

- Con puertas de plata y barrotes de oro
habéis alejado a mis ovejas del redil de su padre;
he oído caer sus lágrimas
en el cielo en estos mil ochocientos años.

-Oh, Señor y maestro, no es nuestra culpa,
solo construimos como construyeron nuestros padres;
contempla tus imágenes, cómo se yerguen,
soberanas y solas, por toda nuestra tierra.

Entonces Cristo buscó un artesano,
un hombre del pueblo, demacrado y ojoso,
y una niña sin madre, cuyos delgados dedos
apartaban de ella levemente el deseo y el pecado.

Y los puso en medio de ellos,
y cuando apartaban el dobladillo de sus ropas,
por temor a corromperse, “¡Mirad —dijo—, éstas son
las *imágenes* que habéis hecho de mí!”¹⁶.

El mensaje que se desprende del poema cobra importancia si tenemos en cuenta que iba dirigido a la mitad de “los ricos barrotes de oro”, o sea, a la mitad de la rica ciudad cristiana. En otras palabras, lo que Riis haría, como

¹⁶ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 11. En el original: “With gates of silver and bars of gold / Ye have fenced my sheep from their Father’s fold; / I have Heard the dropping of their tears / In heaven these eighteen hundred years.” / “O Lord and Master, not ours the guilt, / We build but as our fathers built; / Behold thine images, how they stand, / Sovereign and sole, through all our land. / Our task is hard, —with sword and flame / To hold thine earth forever the same, / And with sharp crooks of steel to keep / Still, as thou leftist them, thy sheep.” / Then Christ sought out an artisan, / A low-browed, stunted, haggard man, / And a motherless girl, whose fingers thin / Pushed from her faintly want and sin. / These set he in the midst of them, / And as they drew back their garment-hem, / For fear of defilement, “Lo, here”, said he, / “The *images* ye have made of me!” Véase Jacob A. RIIS (1890). *How the Other Half Lives*, p. XVI. Nueva York: Scribners. El poema de Lowell lleva por título *A Parable* y consta de 52 versos. Riis reproduce las últimas estrofas (del verso 29 al 52). *A Parable* fue recogido en una antología de 1915 editada por Upton Sinclair —de quien hablaremos más adelante a propósito del sincretismo entre el naturalismo literario y el periodismo *muckraker*—, titulada *The Cry for Justice: An Anthology of the Literature of Social Protest*. Recuperado de <<http://www.bartleby.com/71/0710.html>>.

Winthrop, fue apelar al modelo de caridad cristiana para movilizar a la burguesía neoyorquina¹⁷.

Más allá de la parábola de Lowell, el carácter evangélico de la obra de Riis aporta forma y contenido a su trabajo. Podríamos decir que está presente desde la concha hasta el corazón mismo de la obra: permea la estructura y el cuerpo del texto. Respecto a su estructura, el capítulo inaugural de *Cómo vive la otra mitad* se titula “Génesis de las casas de vecindad” (“Genesis of the tenements”) y comienza su narración haciendo referencia a Caín, el primer hombre nacido fuera del Paraíso, el cual, tras matar a su hermano y ser condenado por Dios a vagar por la tierra, funda Enoc, la primera ciudad: “El primer bloque de pisos que conoció Nueva York llevaba desde su nacimiento la marca de Caín, aunque pasaría una generación antes de que nadie se diera cuenta”¹⁸. El último capítulo, que cierra la obra, retoma el tono interrogativo del título del libro: “¿Cómo están las cosas?” (“How the Case Stands”). *The Case* es, además, una palabra polisémica, cuyos diferentes sentidos argumentales explota Riis; significa: ‘pleito’, ‘proceso’, ‘causa’, ‘acusación’ (*the case for the prosecution*), pero también, ‘historial’, ‘jurisprudencia’ (*case law*), lo que nos recuerda al ‘Juicio Final’ (*Last Judgement*). Abre entonces la obra con el Génesis y la cierra con el Apocalipsis:

El mar de una poderosa población, sujeta con lacerantes grilletes, se alza inquieto en las casas de vecindad [...]. Una vez en la ciudad [...] ha sentido el oleaje de su flujo irresistible. Si vuelve a alzarse, ningún poder humano podrá controlarlo. El abismo que separa a las clases entre las que se agita, y que los incautos no ven ni sospechan siquiera, crece día a día. Ninguna lenta promulgación de ley, ningún expediente político podrá reducirlo. Nuestro sistema de gobierno puede ofrecer defensa y protección contra cualquier otro peligro; pero no contra éste. Solo conozco un

¹⁷ Éste es un motivo por el que algunos autores han tachado al escritor danés de sensacionalista en su manera de proceder a la hora de narrar sus experiencias o de emplear la fotografía como elemento de choque. A mi juicio, tales autores confunden los términos: Riis es ante todo un moralista. Sus fotografías son hoy el testimonio precioso de una época y una problemática social concretas. En efecto, el contenido visual de sus imágenes, como veremos, apelaba directamente a la sensibilidad del espectador del siglo XIX, pero sus escritos lo hacían a la razón y al sentido de responsabilidad para con el prójimo de cada americano que se consideraba un “buen cristiano”.

¹⁸ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 21.

puente que pueda conducirnos sanos y salvos, un puente cimentado en la *justicia* y construido con corazones humanos. Creo que el peligro de las condiciones que crecen rápidamente a nuestro alrededor es mayor para la propia libertad de la que se burlan¹⁹.

Riis termina su obra recordando al lector la amenaza que suponen las casas de vecindad incluso para la mitad rica, y remite indirectamente a lo que ocurrió en los Disturbios contra el Alistamiento Forzoso (*Draft Riots*) de 1863, la peor revuelta conocida en los suburbios neoyorquinos (enmarcada en el contexto de la Guerra Civil), en la que fueron asesinados los ricos que pretendían quedar exentos del servicio militar (previo pago de 300 dólares), así como multitud de negros, en cuya repudiada emancipación se veía la causa de la guerra. Se incendiaron orfanatos, comisarías y otros edificios gubernamentales; la revuelta duró cuatro días y se saldó con 500 muertos y millón y medio de dólares en daños. El vulgo salió a la calle y se tomó la justicia por su mano: ésta era la amenaza a la que se refería Riis. En las líneas leídas más arriba, advierte de la posibilidad de que las clases deprimidas despierten como hicieron entonces y reclamen a los ricos lo que se les debe, pero con una furia apocalíptica sin precedentes. De ahí que recuerde que el único camino para que esto no ocurra sea poner en práctica la verdadera *justicia*, que no es otra que la evangélica: tratar al prójimo como a uno mismo.

Por último, el capítulo trece (de los veinticinco que componen la obra), que se ubica, por tanto, en la mitad del libro, lleva por título “La franja de color en Nueva York” (“The Color Line in New York”), es decir, la línea que “separa a la gente de color de la población blanca” y que viene trazada

¹⁹ *Ibid.*, p. 355. Riis emplea imágenes y metáforas de tono bíblico en los títulos de varios capítulos. Así, por ejemplo, tenemos el capítulo 2: “El despertar” [“The Awakening”], el 14: “El vulgo” [“The Common Herd”], el 18: “El reino del alcohol” [“The Reign of Rum”], el 19: “La cosecha de cizaña” [“The Harvest of Tares”], o el 22: “Ruinas y desechos” [“The Wrecks and the Waste”]. En el capítulo final, el autor recurre en su argumentación a citas bíblicas extraídas del Deuteronomio (como la ya referida “Dios castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me aborrecen”) y de la Carta a los Gálatas (“Lo que el hombre sembrare, eso cosechará”). Otras referencias a citas bíblicas las encontramos en la p. 142 (Jeremías 31:15), y en la p. 302 (Tsalonicenses II, 3, 10).

por las casas de vecindad²⁰. En otras palabras, Riis explota las mitades que aparecen en el poema de Lowell durante toda la obra, incluso les saca partido en la composición de la estructura del libro, que resulta cíclica y perfectamente dibujada, al acabar con dos nuevos versos del poeta:

¿Creéis que perdurará ese edificio
que aloja al noble y aplasta al pobre?²¹

El sentido de las mitades va más allá de la estructura. Riis lo explora desde el mismo título de la obra, en que está implícita la idea de que debería haber una sola comunidad, de que la ciudad debería ser una y no tener dos mitades. La desgracia es que existan dos mitades y una de ellas en un estado de corrupción del que la otra no desea saber nada. Los estudiosos de la obra de Riis han tratado de rastrear el origen del título sin demasiado éxito. Aunque Riis afirmara en su autobiografía que no sabía cuál era su procedencia, que “vino solo, como Topsy, simplemente creció”, existen

²⁰ Riis hablaría también de “otra línea que no siempre es tan fácil de trazar en las casas de vecindad y, sin embargo, es la auténtica frontera con la Otra Mitad: la que define el *piso*”. El piso, a diferencia de la casa de vecindad, posee puertas en los vestíbulos, lo que asegura la intimidad de las familias que lo habitan. El barrio de Hell’s Kitchen, ubicado en el ecuador de ambas mitades, tenía zonas llamadas precisamente “Misery Lane” [Camino o línea de la miseria] y Poverty Row [Línea de la pobreza]. Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 197 y ss.

²¹ En el original: “And think ye that building shall endure, / Which shelters the noble and crushes the poor?” Cit. en Jacob A. Riis (1890). *How the Other Half Lives*, p. 297. Los versos pertenecen al mismo poema citado al comienzo. Son los dos anteriores a la estrofa final con que se abre el libro. Véase James Russell Lowell. *A Parable*, op. cit. Al margen del poema de Lowell, la apertura y clausura del relato comparten un elemento más; la introducción de su libro comienza con la misma idea apocalíptica del final (la despreocupación de los ricos y la posible respuesta violenta que ha de temerse de los pobres): “Hace mucho tiempo se decía que ‘una mitad del mundo ignora cómo vive la otra mitad’. Y entonces era verdad. Lo ignoraba porque no le interesaba. [...] Llegó luego un momento en que el malestar y el hacinamiento de los de abajo se hicieron tan grandes, y la consiguiente agitación tan violenta, que dejó de ser fácil mantener la situación, y la mitad superior empezó a preguntarse qué estaba ocurriendo. [...] ‘Cuando se produjeron los grandes disturbios de 1863 [...], todos los escondrijos y semilleros del delito se delataron porque participaron inmediata y activamente en los tumultos’. [...] Ahora sabemos que no hay salida; que el maligno sistema creado por la negligencia pública y la codicia privada será duradero, un ojo del huracán perenne de nuestra civilización”. Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 15-17.

antecedentes de su uso²². La frase *Cómo vive la otra mitad*, empleada antes por otros autores, ha hecho dudar a ciertos críticos sobre la falta de sinceridad de las declaraciones de Riis. No obstante, de haber habido una influencia, su fuente no ha quedado aclarada. Así, según la edición crítica de Hasia R. Diner de *How the Other Half Lives*, Riis extrajo el título del *Poor Richard's Almanack* en el que Benjamin Franklin escribió: “Es común decir que una mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad” [“It is common saying that one half of the world does not know how the other half lives”], si bien Franklin no hace referencia a las mitades pobre y rica, sino que emplea la expresión para contrastar el clima de dos regiones, algo que Diner no menciona²³. Por su parte, Tom Buk-Swienty señala que Riis adoptó la metáfora de la obra de John H. Griscom publicada en 1845, *Sanitary Conditions of the Laboring Population of New York*, en cuya introducción menciona: “Con frecuencia se dice que una mitad no sabe cómo vive la otra mitad” [“It has often been said that one half does not know how the other half lives”]. Bonnie Yochelson, en cambio, cita como fuente un artículo aparecido en el *Frank Leslie's Illustrated Weekly* en 1872 —cuando Riis era un inmigrante sin techo—, cuyo titular integraba la conocida frase de Riis: “Los pobres sin techo. Cómo vive la otra mitad del mundo” [“The Homeless Poor. How the Other Half of the World Lives”]. En su estudio, Yochelson también explica los motivos por los que cree que Riis acertó el título de su conferencia inicial “La otra mitad, cómo vive y muere en Nueva York” [“The Other Half, How It Lives and Dies in New York”]: “Al eliminar *y muere* [and Dies], el título parecía menos sensacionalista; al eliminar *Nueva York* [New York], menos local, y al añadir *estudios* [studies] se convertía en más pintoresco”. He encontrado aún otra referencia en el “Draft of Debate Argument”, incluido en *The Selected Papers of Jane Addams*. En su borrador, Addams emplea el enunciado en relación al trabajo desempeñado por Horace Greeley, el entonces director del *Tribune*: “Se dice que una mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad, pero Horace Greeley resolvió el misterio, porque descubrió que una mitad vivía a costa de la otra. Horace Greeley fue un filósofo, sabía que los hombres deben vivir, y si una mitad de la gente posee la riqueza de un país, la otra mitad por toda clase de

²² Véase supra, pp. 118-119, nota 82 del cap. 2.

²³ Véase Benjamin FRANKLIN (1997). *Autobiography, Poor Richard, and Later Writings*, p. 542. Nueva York: The Library of America.

caminos y medios, abyectos y justos, logrará vivir a costa de ellos” [“It is said that one half of the world do not know how the other half live, but Horace Greeley solved the mystery for he discovered that they lived off of the other half. Horace Greeley was a philosopher, he knew that men must live, and if one half of the people possess the wealth of a country the other half by all sorts of ways & means, foul and fair, will manage to live off of them”]²⁴. Con todo, no se puede afirmar que fuera primero Franklin, Griscom, Greeley o la prensa decimonónica quien acuñara el término. Se trata más bien de un dicho popular que Riis rescató y puso realmente en circulación tras convertirse su obra en un *bestseller* (de hecho, fue el único escritor en registrar la expresión para obtener la propiedad intelectual del título, como muestra la nota manuscrita al pie de la figura 33 en la página siguiente)²⁵.

Otros especialistas llevarían más allá el comentario sobre las dos mitades. En la interpretación que Blake Stimson ofrece de la obra de Riis, atribuiría la escisión presente en el título a la elocuencia fotográfica de Riis en su intento por “excluir la subjetivación de la otra mitad”. Esta escisión habría reflejado las categorías sociales en su modo de dividir la experiencia del tiempo y del espacio:

La distinción primaria se establece entre nuestro espacio —que se supone que es el salón— y el espacio de la otra mitad —que se supone que es el del inquilino de una casa de vecinos—. El tiempo aparece también dividido. Primero, se establece una distinción entre las dos mitades: la

²⁴ Véanse al respecto Jacob A. RIIS (2010). *How the Other Half Lives*, op. cit., p. 5. (nota 2 de la edición de Hasia R. Diner); Tom BUK-SWIENY (2008). *The Other Half: The Life of Jacob Riis and the World of Immigrant America*, op. cit., p. 197; Bonnie YOCHELSON y Daniel CZITROM (2007). *Rediscovering Jacob Riis*, op. cit., p. 150; Mary Lynn McCree BRYAN, Barbara BAIR y Maree DE ANGURY (eds.) (2003). *The Selected Papers of Jane Addams*, vol. 1, p. 255. Urbana, Chicago: University of Illinois Press.

²⁵ En 1919 la Eastman Kodak Company anunciaría su película de celuloide para cine con un eslogan que parafraseaba la célebre frase de Riis: “One-half of the world now knows how the other half lives”: “Hoy cada parte del mundo conoce cómo vive la otra mitad —las películas se lo han enseñado. Y, como en otras fases de la fotografía, la Eastman Kodak Company ha contribuido, en gran medida, al ascenso de la *motion picture*”. El anuncio puede verse en la sección “Emergence of Advertising in America: 1850-1920” de la página web de la *American Memory* de la Library of Congress: <<http://hdl.loc.gov/loc.award/ncdeaa.K0337>>.

"One Half the World does not know how the other Half Lives."

THE OTHER HALF,

HOW IT LIVES AND DIES IN NEW YORK.

WITH ONE HUNDRED ILLUSTRATIONS, PHOTOGRAPHS FROM
REAL LIFE, OF THE HAUNTS OF POVERTY AND
VICE IN THE GREAT CITY.

—BY—

JACOB A. RIIS,

FOR MANY YEARS THE POLICE REPORTER OF THE NEW YORK
TRIBUNE AND THE ASSOCIATED PRESS AT
POLICE HEADQUARTERS.

NEW YORK.

1888.

*This was the titlepage I copied right when I first thought of writing
a book in 1888. The book "How the Other Half Live" was written and published
in 1890; on Nov. 15. by Charles Scribner's Sons.*

F.33. Copia registrada de *The Other Half*, conservada en los JRP de la Library of Congress. Los comentarios manuscritos son de Riis: "Esta fue la página del título que registré cuando finalmente pensé en escribir un libro en 1888. El libro *Cómo vive la otra mitad* fue escrito y publicado en 1890, el 15 de noviembre, por Charles Scribner's Sons".

temporalidad que asumen las clases propietarias —es decir, perpetua— y la temporalidad del día a día de la otra mitad. Esa segunda temporalidad está compartimentada de una forma que no está la primera: a través de los dos centavos por noche que cuesta el calor de una taberna o los cinco centavos que se pagan por una litera en una pensión. De este modo se nos transmiten claramente las condiciones temporales y espaciales de la vida de la otra mitad, otorgándosele a esa espacialidad y temporalidad una clara codificación de clase²⁶.

La interpretación de Stimson debe enmarcarse en el discurso de la lucha de clases y la retórica del poder y la vigilancia, un punto de vista justificado metodológicamente, pero inadecuado para analizar la obra de Riis, en la medida en que tergiversa el verdadero objetivo del escritor y su acendrado sentido de la responsabilidad²⁷. Riis habla con una sola voz (la voz de la mitad pobre) para que la recuperación de la mitad regenerada redunde en beneficio del pueblo en su conjunto. En este sentido, la retórica de Riis sería primordialmente lincolniana, dado que, según venimos argumentando, se trata de un texto engastado en la tradición literaria americana. En su defensa por la abolición de la esclavitud, Lincoln había empleado ya una metáfora estructural, asociada precisamente con la vivienda. Sostuvo que, al igual que una casa no se mantiene en pie si está dividida, el país no podía mantenerse mitad libre y mitad esclavo:

Creo que este gobierno no puede perdurar medio *esclavo* y medio *libre*. No espero que la Unión se *disuelva* —no espero que la casa se *caiga*—, sino que *espero* que deje de estar dividida. Será *del todo* una sola cosa o *del todo* la contraria. O los *adversarios* de la esclavitud impiden que siga extendiéndose y la dejan allí donde la opinión pública pueda descansar en la creencia de que se encuentra en curso de extinción final, o sus *partidarios* la fomen-

²⁶ Véase Blake STIMSON (2006). *El eje del mundo. Fotografía y nación*, trad. de Eduardo García Agustín, p. 83. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

²⁷ La perspectiva de Stimson, que volveremos a comentar en el próximo capítulo, se ubica en la línea de los Estudios Culturales de orientación foucaultiana, que tratan de argumentar que los esfuerzos reformistas de Riis aumentaron las barreras de clase y raza, ejemplos primordiales de la vigilancia cultural al servicio del control social.

tarán hasta que llegue a ser legal en *todos* los Estados, los *antiguos* y los *nuevos*, en el *norte* tanto como en el *sur*. ¿Es esta última nuestra tendencia?²⁸

En cierta manera, Riis recobra el mismo impulso constructivo que acabamos de leer en el modo de abordar el problema: “De los hogares del pueblo procede la virtud del ciudadano y en ninguna otra parte sobrevive. La miseria es el enemigo del hogar. [...] Cuando este pueblo sea juzgado —diría—, con verdad, una nación sin hogares, no perdurará por mucho tiempo nación alguna. Por consiguiente, digo, en esta batalla contra la miseria debemos ganar o pereceremos. No hay posición intermedia”²⁹. Los barrios bajos, en general, y el sistema de casas de vecindad, en particular, al igual que la esclavitud, eran considerados una amenaza para la democracia. La tarea, como decía Lincoln, no estaba acabada, sino inacabada —Riis hablaría de “otras batallas en que pelear, otras victorias que ganar”—, pues, una vez superada la secesión, aparecieron nuevas formas de escisión, de separación, que impedían que la democracia cobrase conciencia de lo que

²⁸ Véase Abraham LINCOLN (1858). “Discurso de la casa dividida”, p. 143. En Javier ALCORIZA y Antonio LASTRA (eds.) (2005). *Abraham Lincoln. El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*. Madrid: Tecnos. Según Lincoln, la esclavitud no cesaría hasta llegar a una crisis y superarla (la Guerra de Secesión). Es sabido que la alegoría de la casa dividida proviene de la parábola con que Jesús responde a los fariseos que le acusan de expulsar a los espíritus en nombre del demonio: “Todo reino dividido en dos bandos está perdido, y toda ciudad o familia dividida se aniquila” (Mateo 12: 25). En sentido literal (no metafórico), en *Cómo vive la otra mitad* Riis denunció la excesiva compartimentación (o división) de las casas de vecindad porque condena a las familias a vivir constreñidas en un único espacio, sin intimidad, lo que anulaba la posibilidad de que un hogar se mantuviese íntegro. Esta circunstancia Riis la asociaría con el aumento de la delincuencia: “La mayor parte —por lo menos el ochenta por ciento— de los delitos contra la propiedad y contra las personas son perpetrados por individuos que han perdido sus lazos con la vida hogareña, o que nunca los han tenido, o cuyas *casas han dejado de ser lo suficientemente independientes, decentes y deseables para albergar en ellas lo que consideraríamos saludables y ordinarias influencias del hogar y la familia*. [...] Los delincuentes más jóvenes parecen proceder casi exclusivamente de los peores distritos de casas de vecindad, y esto se observa al seguir la pista de los lugares donde tuvieron su hogar en la ciudad. De una cosa sí se cercioró Nueva York en esa temprana fase de la investigación: la línea divisoria que nos separa de la Otra Mitad está trazada por las casas de vecindad”. [La cursiva es del autor.] Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 16.

²⁹ Véase Jacob A. RIIS (1902). “Introducción de *La batalla de los barrios bajos*”. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 522 y 523.

debía llegar a ser. En este sentido, como señalamos al comienzo del capítulo, después de los esclavos, para Riis, vendrían los inmigrantes:

Si en estas páginas hablo continuamente de la casa de vecindad como objeto de condena y desprecio públicos, es porque de un modo u otro es directamente responsable, o está íntimamente asociada a tres cuartas partes de las desventuras de los pobres. En el barrio bohemio, ese género de casas constituye el vehículo para imponer a una raza orgullosa una esclavitud tan real como la que desacreditó al Sur de este país. No contento con robar al inquilino, el propietario, en su doble condición de casero y jefe, lo reduce a una auténtica servidumbre, supeditando su empleo y su salario, en las condiciones que a él le parecen convenientes, a que sea *un* inquilino, también según sus propias reglas³⁰.

En *The Children of the Poor* Riis aplicaría el mismo símil al problema de la infancia en los suburbios: “Se ha escrito y dicho lo suficiente sobre los hijos de la pobreza y sus sufrimientos como para hacer muchos libros mayores que éste. Por algunos de ellos casi podríamos creer que la mitad de los niños trabajan como esclavos desde la primera infancia, mientras la otra mitad vagabundea por nuestras calles sin hogar ni amparo”³¹. El mensaje de algunos teóricos esclavistas, como John C. Calhoun, había sido precisamente que los esclavos del Sur vivían mejor que los proletarios del Norte. A esta condición atribuía Calhoun la ausencia de conflictos políticos en el Sur entre los trabajadores y el capital: “Existe y siempre ha existido en una etapa avanzada de riqueza y civilización, un conflicto entre los trabajadores y el capital. La condición de la sociedad en el Sur nos exime de los desórdenes y los peligros que resultan de este conflicto; y explica el motivo de que la condición política de los estados que tienen esclavos ha sido mucho más estable y tranquila que la del Norte”. Calhoun asociaba la falta de conflicto y el no cuestionamiento de las instituciones libres al modo en que funcionaban los estados del Sur, como un agregado de comunidades más que de individuos: “Cada plantación es una pequeña comunidad, con el

³⁰ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 169.

³¹ Véase Jacob A. Riis (1892). *The Children of the Poor*, op. cit., p. 7.

amo a su cabeza, que concentra en sí mismo los intereses unidos del capital y el trabajo, de los cuales es el representante común”³².

Recapitulemos. Según lo analizado hasta aquí, Riis construye su discurso apelando no solo a la retórica puritana, sino también a la de los Padres Fundadores, una de cuyas fuentes fue el derecho natural del pensamiento protestante. Dicho de otro modo, plantea una vuelta indirecta a las fuentes originales, al presentar el mal de las casas de vecindad (“la marca de Caín”) como una amenaza a los valores sobre los que se sustentaba América:

Si parece que los sufrimientos y los pecados de la otra mitad y el mal que engendran no son sino un justo castigo a la comunidad que no le dio otra opción, es porque ésa es la pura verdad. La línea divisoria está ahí porque, si, en general, las fuerzas del bien superan con creces a las del mal —no podría ser de otra manera— en las casas de vecindad todas las influencias contribuyen al mal; porque constituyen el caldo de cultivo de las epidemias que acarrear la muerte de ricos y pobres por igual; la cuna de la miseria y del delito que llena nuestras cárceles y comisarías; porque arrojan año tras año una escoria de cuarenta mil desechos humanos a los manicomios y centros de trabajo de la isla de Blackwell; porque en los últimos ocho años llevaron a medio millón de mendigos a depender de nuestra beneficencia; porque mantienen un ejército de diez mil vagabundos con todo lo que eso implica; porque, sobre todo, contagian la vida familiar de una mortífera enfermedad moral. Ése es su peor crimen, inseparable del sistema. El hecho de que debamos admitir que es hijo de nuestros propios errores no nos excusa, aunque exija y merezca nuestra máxima paciencia y nuestra más tierna caridad³³.

³² Para esta cita y la anterior véase John C. CALHOUN, cit. en Richard HOFSTADTER (1984). “Calhoun: el Marx de la clase dominante”. En *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron*, trad. de Mariluz Caso, p. 99. México: Fondo de Cultura Económica. El reproche que los sureños hacían a los norteamericanos que acudían al Sur a liberar esclavos era que en las ciudades del Norte los trabajadores vivían hacinados como bestias. Riis recordaría al respecto: “Hemos ganado la libertad política; pero, con la escoria que agrega el Viejo Mundo, el problema de la indigencia ha aumentado, y se mofa de nosotros, irresoluble”. Jacob A. RIIS (1902). “Introducción a *La batalla de los barrios bajos*”, op. cit., p. 521. Sobre la comparación de Riis entre los inmigrantes de los barrios bajos y los esclavos, véase supra, n. 2.

³³ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 17.

Así, habría que entender el puritanismo en Riis como la fuerza renovada que adquiere el cristianismo en su obra. En tanto que no es algo que está fijado en el tiempo, sino que admite transformaciones retóricas, el puritanismo no se enmascara, sino que adopta nuevas formas de expresión para llegar a la médula de los problemas, como apunta el tono de denuncia en *Cómo vive la otra mitad*, ya se trate de un sermón, una novela o un reportaje de periodismo *muckraker*. Aun cuando los autores de los textos no sean conscientes del trasfondo en el que se desarrollan sus ideas, hay un (a simple vista invisible, pero irrompible) hilo conductor, marcado por el desajuste entre la realidad y las aspiraciones, o los hechos y los ideales americanos. Desde el sermón de Winthrop en adelante, aun en un texto civil como la Declaración de Independencia, con significativas alusiones a Dios y la búsqueda de la felicidad, esta influencia puede rastrearse³⁴. El documento en que quizá la huella sea más evidente y que más haya influido en el imaginario literario americano y, por ende, en textos como los de Riis (“la verdad optimista de que todos los hombres somos creados iguales”³⁵), es la citada Declaración de Independencia, en cuyo subtexto se encuentran las ideas del pensador y jurista europeo Jean-Jacques Burlamaqui, ginebrino al que Thomas Jefferson había leído, que abordó la cuestión de los derechos humanos como deberes del hombre hacia Dios. Así, la Declaración de Independencia, a pesar de ser un texto político, estaría

³⁴ La influencia política, social, cultural y religiosa que el puritanismo ha ejercido en las letras americanas goza de amplia bibliografía. Pueden consultarse, entre otros, Michel McGIFFERT (ed.) (1969). *Puritanism and the American Experience*. Reading, MA: Addison-Wesley Publishing Company; Larzer ZIFF (1973). *Puritanism in America. New Culture in a New World*. Nueva York: A Viking Press; Sacvan BERCOVITHC (1975). *The Puritan Origins of the American Self*. New Haven y Londres: Yale University Press. Los dos últimos volúmenes son estudios teóricos sobre la influencia del puritanismo en el pensamiento americano; el primero es una antología de textos que ilustran la trayectoria histórica del legado puritano en el carácter americano.

³⁵ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 63-64. La referencia forma parte de una anécdota que Riis emplea con sarcasmo para ejemplificar el poco valor que los propietarios otorgan a la vida de los inquilinos de las casas de vecindad: “El caballo que tira del carro de tierra que uno de esos trabajadores carga y descarga tiene mucho más valor para su jefe que el propio trabajador y todas sus pertenencias. Pregúntenle al propietario; no intentará negarlo, si el caballo vale algo. El hombre lo sabe muy bien. Hay un pensamiento que de vez en cuando ensombrece el disfrute de la prosperidad del dueño del caballo, y es la verdad optimista de que todos los hombres somos creados iguales”.

inspirada en el derecho natural o *iusnaturalismo*, de raíz teológica, que solo concibe que el hombre tenga derechos como criatura de Dios. Se entiende entonces que las “verdades evidentes por sí mismas” de la Declaración sean los “derechos inalienables” de los que nos ha dotado el Creador. La mayoría de textos posteriores con los que se articula la vida política americana obedecen a ese preámbulo como principio rector. Ahora bien, lo que se lee como una declaración de derechos puede ser leído también como una serie de obligaciones, en la medida en que un derecho inalienable no es solo un derecho del que no se pueda privar al individuo, sino también un deber que no puede ser transferido: preservar la vida, la libertad y buscar la felicidad son responsabilidades de cada ser humano. Dicho de otro modo, en el mismo texto las garantías que tiene cada ser humano pueden ser leídas como deberes que contrae con el fin de preservarlos³⁶.

Esta idea forma parte del discurso de Riis: “Debemos seguir peleando, satisfechos si en nuestra época desviamos el peligro que espera caer sobre la tercera o la cuarta generación de aquellos que olvidaron la hermandad”, es decir, de aquellos que olvidaron los valores primigenios con los que se fundó América³⁷. Y añadiría, recurriendo de nuevo a la fraseología cristiana: “Como hombre que trata con su hermano, puesto que es la voluntad de Dios que sus hijos sieguen los campos, para que con trabajos y lágrimas obtengamos la lección que resume todos los mandamientos, y que por sí sola puede hacer que el mundo se prepare para el reino que está por venir”³⁸.

En resumen, Riis no descubrió el problema de los barrios bajos. Su mérito radicó, hasta cierto punto, en convertirse en un instrumento afín a la retórica de los textos fundacionales capaz de animar a toda una generación posterior a luchar por el progreso social y político. “Su contribución consistió —diría Richard C. Wade— en dar al problema una dimensión

³⁶ Esta interpretación tiene su fuente en Morton White. Véase Morton WHITE (1978). *The Philosophy of the American Revolution*, en especial el cap. 4, “The Laws of Nature and of Nature’s God” (pp. 142-184). Nueva York: Oxford University Press.

³⁷ De nuevo, “el peligro que hay que eliminar” es el de los disturbios, si se quiere evitar metafóricamente un nuevo Apocalipsis. La tarea ha de recaer en quienes cosecharon “la cepa que hizo crecer la cizaña”: “La propia codicia de capital que engendró el mal debe deshacerlo, en la medida en que esto sea posible”, diría. Véase supra, p. 148, nota 134 del cap. 2.

³⁸ Véase Jacob A. RIIS (1902). Introducción a *La batalla de los barrios bajos*, op. cit., p. 523.

humana”³⁹. James Russell Lowell escribiría a Riis tras su lectura de *Cómo vive la otra mitad*: “Apenas tenía yo una vaga idea de esos horrores antes de que usted me los hiciera sentir con tanto patetismo. No puedo concebir que un libro así pueda dejar de hacer un gran bien si conmueve a las demás personas como me ha conmovido a mí”⁴⁰. En *The Battle with the Slum* Riis admitiría no aceptar el enfoque “sociológico” porque “reduciría a hombres, mujeres y niños a meras cifras”:

Esto es a lo que se llega al final, sentido común y honestidad común. Sentido común para sortear el arrecife de la sociología que volvería ridícula nuestra causa en la Quinta Avenida y en East Broadway. No pelearía con el hombre que hiciera las cosas por sistema y en orden. Pero pelearía hasta la muerte con aquél que redujera a hombres y mujeres y niños a meras cifras en su infalible sistema y los clasificara y subclasificara hasta que quedaran tan secos como sus teorías. El latido de un corazón humano vale lo que todo un libro de esta materia. La honestidad común, para mantenernos a flote por completo⁴¹.

Esto no significa que no manejara una metodología científica o que no aplicara cifras a sus textos, sino que, una vez introducidas, las concretaba en casos reales de individuos para que no quedaran en meras abstracciones. Esta característica formaría parte del estilo de Riis y estaría presente desde su primer hasta su último libro. En el capítulo inaugural de *Cómo vive la otra mitad*, “Génesis de las casas de vecindad”, en el que lleva a cabo un recorrido histórico de la paulatina degeneración de las viviendas que originalmente habían sido alojamientos de los colonos holandeses (incluso del propio George Washington, que vivió en Cherry Hill cuando era presidente y Nueva York era la capital de la nación), tras citar los datos de densidad poblacional, tasas de epidemias y mortalidad, les pone nombre y apellidos, los *humaniza*:

³⁹ Véase Richard C. WADE (1997). “Comentario a la Introducción de *La batalla de los barrios bajos*”. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 519-520.

⁴⁰ La cita de Lowell proviene de una carta que el poeta envió a Riis y que éste reproduce en la p. 308 de la primera edición de su autobiografía [véase F.34].

⁴¹ Véase Jacob A. RIIS (1902). *The Battle with the Slum*, op. cit., p. 431.

ELMWOOD,
CAMBRIDGE, MASS.

21st Nov: 1890.

Dear Sir,

I have read your book with deep & painful interest. I felt as Dante must when he looked over the edge of the chryff at the bottom of which Gerion lay in ambush. I had but a vague idea of these horrors before you brought them so feelingly home to me. I cannot conceive how such a book should fail of doing great good, if it move other people as it has moved me. I found it hard to get asleep the night after I had been reading it.

Faithfully yours

J. G. Riis, Esq.

J. Lowell

Mr. Lowell's Letter.

F. 34. Carta de James Russell Lowell a Jacob Riis, reproducida en la p. 308 de *The Making of an American* (1902). El texto dice así: "He leído su libro con hondo y penoso interés. Me sentí como Dante ha de haberse sentido cuando miró por el borde del abismo en el fondo del cual Gerión se hallaba emboscado.

Apenas tenía yo una vaga idea de esos horrores antes de que usted me los hiciera sentir con tanto patetismo. No puedo concebir que un libro así pueda dejar de hacer un gran bien si conmueve a las demás personas como me ha conmovido a mí. Me resultó difícil conciliar el sueño la noche después de haberlo leído".

Para que nadie se consuele con la idea de que éstos eran males de otro tiempo que felizmente ya pasaron y podemos olvidar tranquilos, permítanme mencionar aquí tres ejemplos muy recientes de los que he tenido noticia de la vida en las casas de vecindad. Uno fue el incendio de una casa trasera en Mott Street [...]. El fuego dejó en la calle a diez familias, que habían pagado una media de cinco dólares al mes por sus humildes y diminutos cuchitriles. [...] El otro fue el caso de una familia en la que marido y mujer trabajaban incansablemente. Eran jóvenes, procedían de la vieja Europa y se envenenaron juntos en una casa de vecindad de Crosby Street porque estaban ‘cansados’. No había otra explicación, ni falta que me hizo cuando entré en la habitación en la que habían vivido. [...] Había cuatro habitaciones similares en aquella buhardilla, y juntas producían una renta comparable a la de muchas casitas bonitas de una agradable zona de Brooklyn. El tercer ejemplo fue el de una familia de color con padre, madre y un bebé, que vivían en una casucha de un edificio trasero en la Calle Tres Oeste. Pagaban un alquiler de ocho dólares y medio por una sola habitación en el último piso, tan pequeña que no logré hacer una foto ni siquiera poniendo la cámara fuera de la puerta abierta⁴².

Los ejemplos se refieren al problema del hacinamiento en las viviendas, la compartimentación de las mismas, la falta de luz y el negocio que, a pesar de su deterioro, suponía para los propietarios el sistema de casas de vecindad. De este modo, trataría de cambiar la opinión pública en relación con el margen de beneficio obtenido por medio de la especulación, así como combatir los prejuicios de los ricos sobre la mitad pobre de la ciudad, creando una narración en la cual el lector se siente implicado, máxime si tenemos en cuenta que lo que le está describiendo es un espacio concebido para la vida en común.

La gravedad del problema al que se refiere el autor hace que suenen “acentos proféticos” en su denuncia⁴³. De ahí que la crítica haya señalado

⁴² Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 27.

⁴³ Como la *profecía* apocalíptica al final del libro (véase supra, cita de la n. 19). Profeta es el “hombre que habla en nombre y por inspiración de Dios”, pero también quien “por señales o cálculos hechos previamente, conjetura y predice acontecimientos futuros”. En sentido figurado, podríamos decir, que el profeta ocupa la posición intermedia entre el político y el poeta, ya que no está concernido tanto por el futuro como por la justicia. La figura del profeta no se entiende al margen de la voluntad de Dios, que es una voluntad revelada, no oculta, al alcance de todos los que quieran oírla. El profeta habla

que Riis —apodado por la prensa de la época *the deacon-reporter*— escribía sermones. En efecto, según hemos visto, con independencia de las cuestiones políticas, sociales y económicas que trajese a colación, Riis empleaba un lenguaje de resonancia religiosa, de raíz protestante, como prueba de la influencia ejercida por el carácter literario del puritanismo americano.

3.2. La visión del intelectual americano sobre la ciudad

El sermón de Winthrop es importante también por otra idea que de él se desprende, a saber: que los Estados Unidos son “la ciudadela de la democracia, una ‘Ciudad sobre una Colina’ que, si fracasara en su visión, llevaría a la humanidad a la oscuridad del despotismo o a la destrucción”, según palabras de Towner⁴⁴. Para los pensadores americanos, regular la democracia consistiría en regular la vida en el municipio o la ciudad. De ahí que la naturaleza haya marcado una pauta en la conducta de la vida norteamericana, orientada siempre hacia la civilización. Así, la noción de “la conquista del Oeste” de Frederick Jackson Turner con la que cerrábamos el segundo capítulo, podría adoptar nuevas formas capaces de conservar su espíritu progresista: “Lo peculiar de las instituciones americanas es el hecho de que se han visto obligadas a adaptarse a los cambios de un pueblo en expansión, a los cambios necesarios para atravesar un continente, conquistar selvas y desarrollar en cada extensión de este progreso, a base de las condiciones económicas y políticas primitivas de la frontera, la complejidad de la vida urbana”⁴⁵. La intención de los colonos de no trasplantar los modelos europeos a América implicaba que América debía reinventar la ciudad. Esto es importante si tenemos en cuenta que la mayoría de intelectuales norteamericanos se ha mostrado reticente o ambivalente en su apoyo a la vida en la ciudad en contraposición a la que se desarrollaba en el campo. El

cuando se produce la ruptura del pacto con Dios, cuando se ha traicionado la fe. Con esta perspectiva, la escritura de Riis asumiría funciones proféticas.

⁴⁴ Véase el comentario de Lawrence W. TOWNER a “Un modelo de caridad cristiana” de John Winthrop. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit., p. 33.

⁴⁵ Véase Frederick Jackson TURNER (1893). “La importancia de la frontera en la historia estadounidense”, op. cit., p. 424.

sentimiento contrario a la ciudad que han manifestado no se plantea, sin embargo, en términos de una vuelta a la naturaleza; más bien se corresponde con la frustración de las expectativas en que han cifrado un modo de vida civilizado, es decir, con el hecho de que la ciudad ha dejado de estar al servicio de las necesidades humanas. Ésta es la tesis que sostienen Morton y Lucia White en su obra *El intelectual contra la ciudad* (*The Intellectual versus the City*). Los autores se han encargado de exponer las opiniones que la ciudad ha merecido a los pensadores más importantes de la tradición literaria norteamericana desde el siglo XVIII al XX⁴⁶. El primero de ellos —junto a Franklin— fue Thomas Jefferson, quien durante toda su vida exhortó a la nación a seguir en la granja: “Las grandes ciudades son pestilentes para la moral, la salud y las libertades del hombre”. Tal opinión se derivaba de sus visitas a capitales europeas como París o Londres. Admiraba su ambiente cultural y artístico, pero detestaba la manera en que la gente se apiñaba para habitarlas. Jefferson consideraba al agricultor como el americano genuino, el baluarte de la democracia: “Las dotes agrícolas de nuestro país constituyen su rasgo distintivo, y la adaptación de nuestra política y nuestras empresas a este rasgo hará de nosotros, probablemente, un pueblo numeroso y feliz, más que el recuerdo de un Ámsterdam, un Hamburgo o la ciudad de Londres”⁴⁷. En sus *Notas sobre Virginia* (*Notes on the State of Virginia*), Jefferson expresa sus reproches a la vida urbana. Aunque como ilustrado gustara de la arquitectura, la música o la pintura a la hora de pensar en modelos de civilización para América, se oponía al fomento de las ciudades y prefería conservar la libertad asociada a la

⁴⁶ Véase Morton y Lucia WHITE (1967). *El intelectual contra la ciudad*. Buenos Aires: Emecé. No debemos pasar por alto el hecho de que estos autores pongan en pie de igualdad la opinión de novelistas (Melville, Hawthorne, Poe, Norris, Dreiser), historiadores (Henry Adams), filósofos (Emerson, Dewey, Santayana), sociólogos (Robert Park) y reformadores (Jane Addams); a su modo, todos ellos fomentan los valores constitutivos de la ciudadanía americana: el desarrollo de la individualidad, la posibilidad de educación y la fluida comunicación entre los hombres. Así, parten con el análisis de Benjamin Franklin, “el máximo intelectual urbano de la época”, que en su *Autobiografía* presenta “un caso de devoción cívica, pero no constituye una celebración de la cultura urbana llevada a cabo esmeradamente o con afán polémico”, y terminan con la crítica del arquitecto “irascible y retumbante de la ciudad norteamericana” Frank Lloyd Wright, cuya “tendencia a demoler la ciudad era más fuerte que su deseo de reconstruirla”.

⁴⁷ Cit. en Edmund N. BACON (1989). “Ciudades de un mundo nuevo”, p. 321. En Daniel J. BOORSTIN (ed.), *Historia de las civilizaciones: Estados Unidos. Una civilización*, op. cit.

vida en el campo: “Las muchedumbres de las grandes ciudades contribuyen tanto al sostén del gobierno puro cuanto las úlceras a la fuerza del cuerpo humano. Lo que mantiene el vigor de una república son las costumbres y el espíritu de un pueblo”⁴⁸. Con todo, a raíz de la guerra contra Inglaterra de 1812, Jefferson cambió su parecer. Admitió la necesidad de ceder a la creación de núcleos urbanos en pos del progreso industrial de la nación. De lo contrario, América seguiría dependiendo materialmente de las importaciones europeas, en especial de los productos manufacturados de Inglaterra, y nunca tendría una economía emergente. El patriotismo de Jefferson fue más fuerte que su inclinación a la democracia agraria. Aceptó, pues, la ciudad, pero a regañadientes, preocupado por la supervivencia de la nación. En otras palabras, el que redactara la Declaración de Independencia se vio obligado, en vista de la situación internacional, a asumir que la ciudad era un elemento indispensable de la vida norteamericana. Fue entonces cuando propuso que se edificaran ciudades con un trazado de damero, combinando zonas construidas con espacios verdes. La idea era paliar la falta de contacto con los espacios abiertos, que la ciudad no generase claustrofobia. La ocurrencia de fundar parques públicos como parte integrante de las ciudades estadounidenses alcanzaría su vértice con la construcción en 1857 de Central Park, el pulmón de Nueva York. Si había que crear ciudades, éstas se erigirían, pero no a imitación de las europeas, sino, como ha apuntado la historiadora Aurora Bosch, con una fisonomía propia:

La urbanización estadounidense no solo se caracterizó por su rapidez, sino que la mayoría de las ciudades era de nueva planta, y fueron pensadas para utilizar los transportes de masas —ferrocarril, tranvía, metro, coches— e inventos fundamentales como el ascensor a partir de 1889. Su origen reciente y el hecho de que tuvieran un enorme poder hasta el New Deal —pues eran legalmente empresas públicas, que podían actuar sin otra limitación que la imaginación de sus políticos—, les confirió una fisonomía distinta de las ciudades europeas. Eran urbes con centros comerciales y de negocios dominadas por los grandes rascacielos, con suburbios residenciales donde se iba retirando la clase media, mientras que la creciente población obrera inmigrante se agrupaba en guetos étnicos en el

⁴⁸ Ibíd. Frank Lloyd Wright en *The Living City* recuperaría la visión organicista de la ciudad intoxicada de Jefferson: “Observar el corte transversal de cualquier plano de una gran ciudad equivale a observar algo así como el corte transversal de un tumor fibroso”. Cit. en Morton y Lucía WHITE (1967). *El intelectual contra la ciudad*, op. cit., p. 187.

centro urbano, que iba degradándose y se tornaba más peligroso cuanto más se alejaba la clase media⁴⁹.

Se entiende así que el urbanismo sea una faceta en la que los americanos se han mostrado más originales que casi cualquier otra cultura por la influencia determinante que ejerce sobre la vida de las personas. Bacon explica que la originalidad arquitectónica fue fruto —más allá del hecho de que los planteamientos partían de cero— del fuerte sentimiento de comunidad que conservaron los primeros colonos: “Debido a que el suelo en que se edificaron no sufría la traba de avenidas, calles, estructuras, monumentos o subdivisiones legales preexistentes, y como sea que las personas que las erigieron se habían liberado de las ataduras de heredadas instituciones europeas, se comprobó que las formas que aquellas ciudades adquirieron y las instituciones que engendraron, respondían de manera notable a las nuevas ideas sociales, espirituales y políticas del pueblo norteamericano”. Y añade más adelante: “Allí, en el *Arbella* y en los otros barcos que cruzaron el Atlántico —y, más tarde, en los convoyes de carromatos que cruzarían las praderas del Oeste—, fue donde se implantó en la mente y la sensibilidad de las gentes aquel especial concepto norteamericano de comunidad, inmediato, íntimo, espontáneo, cerrado y, sin embargo, fluido y cambiante, que ha constituido un contraste de la sociedad estadounidense desde el principio, y que ha tenido una expresión siempre cambiante en la forma de las *ciudades asentadas sobre una colina*”⁵⁰. La relación entre el sentido del lugar y de la comunidad ayudó, pues, a generar una arquitectura genuina que comenzó con las casas agrestes de los primeros asentamientos y culminó con la funcional y brillante arquitectura de Wright.

Pero el urbanismo en Estados Unidos también tiene su lado oscuro: los *tenements** o casas de vecindad a las que Riis dedicaría su obra. Ubicadas en los suburbios, estas construcciones estaban pensadas para aglutinar a tantas personas pobres —la mayoría de ellas inmigrantes— como fuera posible⁵¹:

⁴⁹ Véase Aurora BOSCH (2005). *Historia de los Estados Unidos. 1776-1945*, p. 246. Barcelona: Crítica.

⁵⁰ Véase Edmund N. BACON (1989). “Ciudades de un mundo nuevo”, op. cit., pp. 311 y 312, respectivamente.

⁵¹ No hay que perder de vista que, como ya se ha dicho, los *tenements* originalmente fueron —en palabras de Riis— “los decorosos hogares de los primeros *knickerbockers*,

La misma aglomeración industrial que originaba los grandes acopios de riqueza producía también el amontonamiento de los obreros, un método de trabajo que tendía a embotar la personalidad del individuo y una manera de vivir que cobraba un oneroso tributo a la vitalidad del obrero y a la integridad de la familia. Para satisfacer las necesidades de mano de obra de la maquinaria industrial, siempre en crecimiento, durante la segunda mitad del siglo XIX llegaron de Europa una oleada tras otra de inmigrantes, trayendo a las ciudades los problemas de la congestión y el exceso de apiñamiento, amén de los conflictos de las culturas, los idiomas y las maneras de hacer no asimilados. Las espectaculares condiciones de barrio bajo de las casas de vecinos de Nueva York, puestas ante las miradas del público por los artículos de Jacob Riis en el *New York Sun* en 1885, eran el exponente de los problemas de barrio bajo de todas las grandes ciudades de Estados Unidos⁵².

la orgullosa aristocracia de los primeros tiempos de Manhattan”. Con el tiempo, estas construcciones se convertirían en la unidad de medida del urbanismo neoyorquino. Sante lo explicaría con la siguiente analogía: “El *tenement* es para Manhattan lo que el árbol es para el bosque [...]. Entre la Guerra Civil y la Primera Guerra Mundial, las plantaciones de casas de vecindad se desplegaron por todo el East Side desde el norte de City Hall hasta el río Harlem y a través del sur y centro del West Side, exceptuando solo los remiendos de la industrialización aquí y allí y algunas calles viejas de Greenwich Village”. El hacinamiento que llegarían a alcanzar las casas de vecindad no se debió tanto a una política de economía del espacio como a la severidad de la economía financiera, es decir, a la especulación urbanística, lo que Riis llamaría “un buen negocio inmobiliario”. Véanse Luc SANTE (2003). *Low life*, op. cit., p. 25, y Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 21, respectivamente.

⁵² Véase Edmund N. BACON (1989). “Ciudades de un mundo nuevo”, op. cit., p. 344. Más allá de *Cómo vive la otra mitad*, existe una amplia bibliografía sobre la arquitectura y evolución de los *tenements* y el modo en que tales edificaciones afectaban a la vida de las familias que los habitaban. Véanse las siguientes obras de referencia escritas por conocidos reformadores sociales, historiadores urbanos y arquitectos: Robert W. DEFOREST y Lawrence VELLER (eds.) (1903). *The Tenement House Problem*. Nueva York: Macmillan; James FORD (1936). *Slums and Housing*. Cambridge, MA: Harvard University Press; Roy LUBOVE (1962). *The Progressives and the Slums: Tenement House Reform in New York City 1890-1917*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press; Anthony JACKSON (1976). *A Place Called Home: A History of Low-Cost Housing in Manhattan*. Cambridge, MA: MIT Press; Richard PLUNZ (1990). *A History of Housing in New York City: Dwelling Type and Social Change in the American Metropolis*. Nueva York: Columbia University Press; Andrew S. DOLKART (2007). *Biography of a Tenement House in New York City. An Architectural History of 97 Orchard Street*. Santa Fe y Staunton: The Center for American Places. El libro de Dolkart analiza el impacto específico que las leyes de reforma de las casas de vecindad han ejercido en el diseño y vida de los inmigrantes. En concreto, estudia la construc-

Desgraciadamente se había llegado a aquello que Jefferson había temido siempre: la pérdida de libertad del ciudadano que, en la ciudad, se ve aplastado por la “cloaca de todas las depravaciones de la naturaleza humana”. La soberanía de la libertad individual comenzaba a diluirse en la masa y, con ella, el sentimiento de comunidad democrática. Riis dejó constancia de esta circunstancia en sus escritos: “Desde el comienzo mismo de nuestra República, sus fundadores consideraron que las ciudades eran lugares de riesgo en sus planes. En ellas estaba el peligro del gobierno democrático. En aquel entonces, apenas uno de cada veinticinco habitantes del pueblo de los Estados Unidos vivía en ciudades. Ahora es uno de cada tres. Y al egoísmo del comerciante hemos de agregar la amenaza de la miseria. Preguntaos cuándo acabará con nosotros si se la deja a su merced”²⁵³.

ción, modificación y habitabilidad de la casa de vecindad ubicada en el 97 de Orchard Street, construida entre 1863 y 1864, y que actualmente forma parte del Lower East Side Tenement Museum. Dicha vivienda ha sobrevivido prácticamente intacta al paso del tiempo y supone un modelo digno de estudio del tipo de vivienda que denunció Riis, en la que no solo se alojaban varias familias, sino que también trabajaban en ellas, en lo que era un taller de costura de explotación laboral (*sweatsshop*). El itinerario guiado titulado “Piecing It Together” que hoy ofrece al visitante el Lower East Side Tenement Museum actualiza la situación de los *sweatsshops* al reconstruir la historia de dos de las familias lituanas que vivieron allí: la familia Levine, a finales del siglo XIX y principios del XX, y los Rogarshevshy, de 1910 a 1941. Las condiciones de vida de ambas familias judías, a pesar del tiempo transcurrido entre una y otra, no habrían diferido sustancialmente de las denunciadas por Riis en *Cómo vive la otra mitad*. La costura sigue siendo la industria manufacturera más importante en la ciudad de Nueva York (proporciona el 30% de los puestos de trabajo en el sector) y un amplio porcentaje de los trabajadores de los *sweatsshops* existentes del Lower East Side siguen siendo inmigrantes. Al respecto, véase supra, p.38, nota 7 de la Introducción.

⁵³ Véase Jacob A. Riis (1902). Introducción de *La batalla de los barrios bajos*, op. cit., p. 522. En la línea del determinismo social, Riis no fue el único ni el primero en encontrar en las casas de vecindad un factor de riesgo para el republicanismo. La arquitectura americana —de la casa de vecindad de los núcleos urbanos a la casa victoriana de las zonas residenciales— contribuiría a construir la identidad norteamericana y sería el reflejo de los valores democráticos que la sustentaban o la amenazaban. Así, para Linda E. Smeins, mientras “los lugares residenciales en la naturaleza representaban domesticidad familiar, soledad tranquila, estimulante para el hombre de negocios atribulado, un refugio frente a la enfermedad y el crimen, y no menos una oportunidad para participar plenamente en una ascendente movilidad moralmente apropiada”, donde además “los rasgos de carácter nacional podían ejercitarse, porque en las afueras más que en la ciudad, los americanos emprendedores tenían la oportunidad de convertirse en participantes distinguidos de la construcción de la comunidad”, en los barrios bajos de las

La recuperación de la libertad por el humanismo perdido que vaticinaba Jefferson sería uno de los objetivos éticos de Riis. Su confianza en el carácter experimental de la conducta americana coadyuvó al desarrollo de la idea de cambio social. Al haber crecido en Ribe, Riis disponía de una sensibilidad especialmente similar a la americana de los valores comunitarios de las zonas rurales, que trató de trasladar a la metrópolis. En palabras de Lewis Fried, “amistoso, cohesivo y ordenado, el pueblo le había dado [a Riis] su sentido de la dimensión religiosa de la experiencia ordinaria: de una naturaleza immanente con lo divino, de los valores de la fraternidad, la voluntad y la mejora humanas”, valores que, como hemos visto, hunden sus raíces en el protestantismo de los colonos americanos que fundaron “la ciudad sobre la colina”. En *Makers of the City*, Fried argumenta en qué medida la imaginación literaria de Riis definió la ciudad como una “fraternidad cristiana”. Dicho de otro modo, Riis halló en la ciudad el sustrato moral necesario para establecer un diálogo entre el pasado y el presente americanos, al mismo tiempo que integraba su pasado europeo y futuro americanos: “Su trabajo se dirigía a los desafíos que la ciudad moderna brindaba a una nación atraída por los valores y mitos de su pasado agrario. Invariablemente se preguntaba cuál era el carácter de la ciudad americana y cuál sería el futuro de la sociedad americana”⁵⁴.

Como Jefferson, Riis haría hincapié en la necesidad de que en la ciudad no se perdiese el contacto con la naturaleza. Su experiencia en el amplio horizonte del entorno natural de Ribe, por tanto, le enseñó que la natu-

ciudades el desorden, la masificación y la falta de intimidad de las familias contribuían a su aislamiento y no asimilación. Véase Linda E. SMEINS (1999). *Building an American Identity. Pattern Book Homes & Communities 1870-1900*, p. 62. Walnut Creek, Londres, Nueva Delhi: Altamira Press. El libro de Smeins analiza el modo en que la evolución del estilo arquitectónico de las casas victorianas o *modern suburban homes* ha contribuido a fraguar las nociones de hogar, comunidad e identidad americanas. La casa de vecindad, en cambio, las constreñiría. Sobre este último punto, véase el epígrafe “Social distinctions in American values”, pp. 136 y ss.

⁵⁴ Véase Lewis FRIED (1990). *Makers of the City*, p. 13. Amherst: The University of Massachusetts Press. El libro de Fried analiza la obra de cuatro pensadores americanos que en épocas distintas centraron su discurso en la ciudad: Jacob A. Riis, Lewis Mumford, James T. Farrell y Paul Goodman. Todos ellos trataron de domesticar la otredad de la metrópolis neoyorquina desarrollando una estrategia narrativa cuya retórica bebía del mito social, la fábula religiosa y los sueños nacionales. Véase en especial el cap. 1, “Jacob A. Riis: The City as Christian Fraternity” (pp. 10-63).

raleza debía estar presente en la ciudad para conservar la ética de la vida comunitaria; de ahí su insistencia en crear parques en los barrios bajos y patios de recreo en las escuelas de los niños pobres, unas ideas en línea con las desarrolladas por el pedagogo alemán Friedrich Froebel, ideólogo y fundador del *kindergarten**, que pretendía estimular las facultades cognitivas de los alumnos dentro de un entorno caracterizado por el juego y el afecto, en el que no debía faltar el contacto con los espacios verdes. De lo contrario, para Riis la metrópolis no expresaría lo que Fried ha llamado “la inmanencia de Dios”: “Mientras la ciudad ganaba terreno a los cultivos y al bosque adyacentes, destruía la posibilidad de sentir lo divino dentro de la naturaleza que era necesariamente sublime”. Dicho de otro modo, Riis pensaba que el hombre no percibiría su rol en el mundo si se le privaba de una educación estética basada en el sentido moral que albergaba la visión y disfrute de la naturaleza, valores que explican su insistencia en la defensa de la comunidad y del vecindario, en el modo en que la fraternidad entre los hombres podría hacer frente a la codicia capitalista: “Lo que es sorprendente, en principio, es lo próxima que resulta la descripción de Riis de la vida en el pueblo a la de *Gemeinschaft und Gesellschaft* de Ferdinand Tönnies, como si los enfáticos contrastes entre la comunidad íntima y la sociedad impersonal de Tönnies definieran la infancia de Riis”⁵⁵.

Esta visión del mundo conformada por el cristianismo y la huella que los vínculos tradicionales rurales de la niñez dejaron en Riis, lejos de entrar en contradicción, estarían en perfecta armonía con los valores hasta aquí analizados de la comunidad americana, lo que le habría permitido dar luz a un discurso en el que la fe humanista en el progreso ganaba terreno a la retórica del cristianismo. Riis participaba en la imaginación literaria americana al otorgar una nueva dimensión al sentimiento cristiano, el cual quedaba integrado en un trasfondo más amplio, como era el de las preocupaciones cívicas que la democracia debía hacer realidad.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 21.

3.3. La reforma humanitaria

Serían precisamente los reformadores sociales coetáneos a Riis los que tratarían de no “dejar a su merced” la amenaza de la miseria. La visión americana de la pobreza era distinta de la que prevalecía en Europa. Inmersa en un contexto histórico de cientos de años, allí la pobreza en general era vista como parte del orden (o desorden) social establecido, como fruto de la división de clases, agravada con la aparición de epidemias o hambrunas en períodos de fluctuación del mercado, guerras y otras disfunciones sociales. Que la pobreza se entendiese como una circunstancia en cierto modo inevitable, no suponía que no existiese interés por mitigarla. En Inglaterra, por ejemplo, la Elizabethan Poor Law de 1601 se creó con el convencimiento de que las clases altas tenían la responsabilidad de preocuparse por los menos afortunados. La ley establecía que las autoridades locales debían ayudar a los pobres de su zona, para que los jóvenes aprendiesen un oficio y los desempleados encontrasen pronto una ocupación. También se puso en circulación la llamada *poor rate*, un impuesto con que se gravaban las fortunas de las clases adineradas, cuya recaudación se destinaba a la ayuda de los más necesitados. Estas medidas en ciudades como Londres, en las que la pobreza se concentraba a gran escala, no surtieron el efecto esperado, pero sí en las colonias de Inglaterra, que apenas tuvieron índices de pobreza. Entre ellas figuraba América. Sin embargo, con la obtención de la ansiada independencia de los Estados Unidos, la Elizabethan Poor Law dejó de aplicarse. A partir de entonces, las colonias, gracias al sentimiento de comunidad y a la solidaridad vecinal, fueron prosperando por sí mismas, con la creencia generalizada de que si una familia no conseguía llevar una vida digna en el Norte, siempre le quedaba probar suerte en el Oeste. Así, en palabras de Tom Buk-Swienty, en los Estados Unidos “la pobreza llegó a ser vista como algo vergonzoso y una marca de pereza e incompetencia; si la gente no podía realizarse en la tierra de infinitas oportunidades, donde en teoría no había distinción de clases, solo podía culparse a sí misma”⁵⁶. El rápido crecimiento de las ciudades americanas y los problemas internos que fueron apareciendo, entre otros factores, propiciaron la aparición de los barrios bajos.

⁵⁶ Véase Tom BUK-SWIENY. *The Other Half*, op. cit., p. 185.

La diferencia entre la gestación y carácter de los barrios bajos en Inglaterra y los Estados Unidos viene marcada principalmente por el devenir de la historia americana de la segunda mitad del siglo XIX. Si recordamos, en un periodo inferior a cincuenta años, Estados Unidos libró una Guerra Civil que, además de poner fin a la esclavitud, impuso el capitalismo industrial que se tradujo en un importante éxodo del campo a la ciudad, que hubo de convivir con las masivas oleadas de inmigrantes procedentes de Europa y Asia que buscaban la posibilidad de llevar una vida digna. Allan Nevins destaca junto a estos motivos otro elemento que promovió la aparición de los barrios bajos en América: la corrupción municipal, surgida en parte como consecuencia del modo vertiginoso en que se erigieron las ciudades americanas: “Nos sentimos inclinados a decir que la pobreza en gran escala siempre ha sido característica de las ciudades norteamericanas, pero eso no es cierto. La pobreza, los suburbios y sus calamidades consiguientes, la criminalidad y el vicio, deben su existencia como males evidentes a tres elementos principales: la industrialización, la inmigración y la corrupción municipal”⁵⁷. Así, aunque los barrios bajos ya existían antes de la Guerra Civil, con la aparición de la figura del *robber baron** y la explotación de las masas obreras se acrecentaron las diferencias entre clases sociales. Las ciudades no dieron abasto para recibir a tal cantidad de personas en tan poco tiempo. Las consecuencias fueron las denunciadas por Riis y otros reformadores de la época: el crecimiento de los suburbios, la proliferación y compartimentación de los *tenements* y el apiñamiento de los desheredados de la sociedad que malvivían en condiciones de extrema miseria: “En Nueva York, las familias con escasos ingresos se amontonaban en casas de vecinos de seis pisos, mejilla contra carrillo en una calle tras otra, sin otro espacio abierto que el de la calle y un angosto pasaje trasero pavimentado. Otras ciudades no alcanzarían la densidad de Nueva York, que a finales del siglo XIX tenía la más alta del mundo, pero sí poseían la mayoría de las características del barrio bajo neoyorquino: hacinamiento, deterioro general, monotonía y miseria pura y simple”⁵⁸. En efecto, el hacinamiento en las ciudades estadounidenses, especialmente en Nueva York, en esa década, era mayor que en ninguna otra parte del mundo. Historiadores

⁵⁷ Véase Allan NEVINS (1985). “La ciudad norteamericana en la historia”, p. 388. En Arnold J. TOYNEBEE (ed.), *Ciudades de destino*, trad. de G. Castro. Madrid: SARPE.

⁵⁸ Véase Edmund N. BACON (1989). “Ciudades de un mundo nuevo”, op. cit., p. 346.

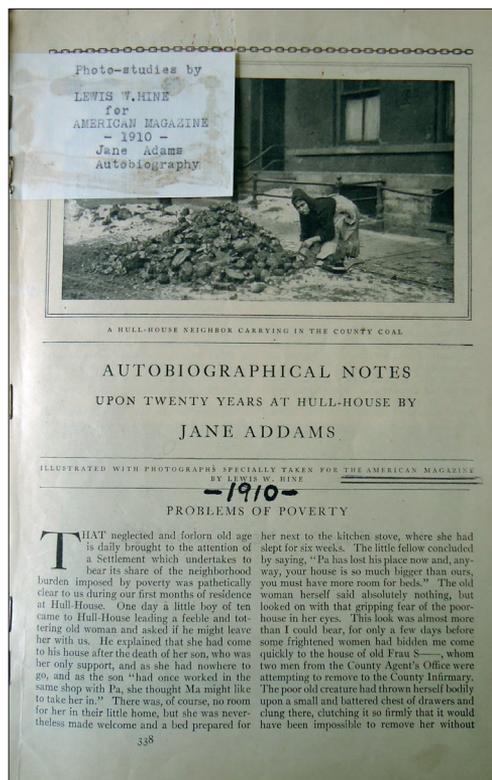
como Richard C. Wade afirman que “en el décimo distrito, la densidad de población alcanzaba 1.000 habitantes por acre y más de 300.000 por milla cuadrada. Ninguna otra ciudad igualaba estas cifras, pero todas las metrópolis del país enfrentaban dificultades de vivienda sin par. Los antiguos edificios comerciales se transformaban en espacios para habitar; las casas destinadas a una sola familia se convertían en tumultuosos apartamentos; se planeaban nuevas viviendas que albergaran a las oleadas de recién llegados. Con el hacinamiento llegaron la enfermedad, el crimen, la indigencia y la privación, así como la falta de oportunidades para los jóvenes y la falta de esperanza para los adultos”⁵⁹.

Esta visión de la pobreza era la que imperaba cuando Riis llegó en 1870 a Estados Unidos. Una década después existían cientos de organizaciones dedicadas a la caridad, cuyo trabajo resultaba cada vez más difícil en el contexto de las nuevas teorías darwinistas y del libre mercado. Tampoco las virtudes de la moral protestante, que formaban los pilares de la sociedad victoriana, en la que solían considerarse pecadores a las personas que no llevaban una vida respetable, limpia y honrada, ayudaron a la causa. Sin embargo, la tenacidad de ciertos reformadores sociales fue una de las escasas vías para tratar de crear medidas legales que pusieran freno al crecimiento y deterioro de los barrios bajos. Entre los autores más importantes con los que Riis mantuvo contacto figuran Felix Adler en Nueva York y Jane Addams en Chicago.

El caso de Jane Addams ha sido especialmente estudiado por la sociología moderna; su trabajo, de índole más práctico que académico o teórico, logró la integración en la sociedad americana de miles de personas. Riis conoció personalmente a Addams y la alabó y divulgó en sus obras. Confiada en poner fin a la separación entre clases sociales, Addams construyó una casa de acogida para los más desfavorecidos en la ciudad de Chicago conforme a la creencia de que la ciudad moderna implicaba la necesidad de impartir una nueva educación basada sobre todo en el fomento de un menoscado sentimiento de comunidad. La llamada Hull House —retratada por el fotógrafo coetáneo a Riis, Lewis W. Hine, de quien hablaremos en el vol. II, para ilustrar las notas autobiográficas de Addams [véase F.35]— llegó

⁵⁹ Véase Richard C. WADE (1997). Comentario a la Introducción de *La batalla de los barrios bajos*, op. cit., p. 519.

a convertirse en una institución mundial. En ella, los residentes aprendían a ganarse la vida ejerciendo diferentes oficios. La mayoría de programas que se llevaban a cabo fomentaban la participación y la comunicación entre diferentes grupos urbanos: creación de galerías de arte, agrupaciones de obreros para debatir problemas económicos y políticos, centros de recreo, guarderías infantiles, cursos educativos para adultos, talleres de lectura, etc. Addams luchó, como Riis, por el despertar de la conciencia social en las clases adineradas, que hasta el momento se habían desentendido por completo del conflicto de las barriadas pobres. Pensaba que la ignorancia de los problemas que afligían a las clases más desfavorecidas por parte de la burguesía generaba una contradicción entre la teoría y la práctica democráticas que en última instancia debilitaba el gobierno del pueblo. Las colaboradoras de Addams (como la Dra. Alice Hamilton), un grupo de mujeres que lucharon codo con codo, entre otras cosas por la igualdad de género, se convirtieron en la avanzadilla de las ideas de Riis por cuanto emprendieron una verdadera cruzada para acabar con las insalubres casas de vecindad. Al igual que Riis, prestaron especial atención a los niños, en concreto al problema de la explotación laboral de menores y a la delincuencia juvenil, con leyes que igualaban las responsabilidades delictivas de los niños de edad superior a catorce años a las de los adultos. Addams luchó para que se crearan tribu-



F.35. Portada de “Autobiographical Notes upon *Twenty Years at Hull-House*” de Jane Addams, publicado en *American Magazine* (1910). El artículo iba ilustrado con una serie fotográfica de Lewis W. Hine sobre la Hull-House, con quien mantuvo correspondencia. / *Lewis Hine Papers*. George Eastman House Library, Rochester.

nales de menores, cosa que consiguió gracias al apoyo del juez Ben Lindsey, y trabajó para que se reconociera la prisión como el lugar destinado a la reforma del delincuente. Muchos de sus esfuerzos se vieron recompensados por medio de la actuación de otras personas que continuaron su camino. Así, durante la época progresista, “se establecieron reformatorios para delincuentes juveniles, los que cometían un delito por primera vez fueron separados de los criminales empedernidos; se adoptó el sistema de sentencia indeterminada y de libertad bajo palabra. Se establecieron granjas-prisiones. El sistema de trabajos forzados y la ley de préstamos y arriendos fueron prohibidos, en algunos Estados al menos. Algunos de los rasgos más bárbaros de los códigos penales fueron rechazados, y varios Estados suprimieron la pena capital”.

La lucha por la emancipación femenina fue otro de los frentes en los que trabajó Addams. La mujer que conseguía librarse de la tiranía del hogar caía en la del taller de explotación. Los derechos laborales eran claramente desventajosos para el género femenino y la participación de la mujer en la política era nula. Sin embargo, “se logró la igualdad en las escuelas, una mejora de su categoría jurídica, reforma de las leyes de matrimonio y divorcio, regulación de las horas y condiciones del trabajo femenino, atención prenatal y ayuda a la maternidad y, en 1920, la XIX Enmienda otorgó el sufragio femenino”⁶⁰. En *The Battle with the Slum* Riis elogia todo este trabajo llevado a cabo por el grupo de mujeres: “Tienen buen sentido en Chicago. Jane Addams está allí”⁶¹.

⁶⁰ Para esta cita y la anterior, véase Samuel Eliot MORISON, Henry Steele COMMAGER, y William E. LEUCHTENBURG (1993). “La época progresista (1890-1916)”, pp. 622-623. En *Breve historia de los Estados Unidos*, trad. de Odón Durán, Faustino Ballvé y Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica. Un conocimiento más amplio de las ideas y tareas sociales llevadas a cabo por Jane Addams lo encontramos en el cap. IX, “Pragmatismo y Asistencia Social. William James y Jane Addams”, de Morton y Lucía WHITE, en *El intelectual contra la ciudad*, op. cit., pp. 139-152; en la autobiografía de Jane ADDAMS (1961). *Twenty Years At Hull-House* (Nueva York: Signet Classics); y en Jean Bethke ELSHTAIN (2002). *Jane Addams and the Dream of American Democracy* (Nueva York: Basic Books).

⁶¹ Véase Jacob A. RIIS (1902). *The Battle with the Slum*, op. cit., p. 395. En su libro Riis da cuenta de algunos de los méritos sociales de la Hull House, que conoció en persona (pp. 364 y ss.). En los JRP de la Library of Congress (Container 10, pp. 172 y ss.) se conservan crónicas fechadas en marzo de 1900, publicadas, entre otros medios, por el *Chicago Tribune* y el *Chicago Times Herald*, que dan cuenta de la visita que Riis llevó a cabo

Por su parte, Felix Adler es considerado igualmente un pionero del trabajo social en la ciudad de Nueva York, y fue una de las fuentes más evidentes de inspiración para Riis en cuanto al enfoque analítico, científico y moral con que llevó a cabo su obra reformista. Líder de la Society for Ethical Culture, Adler ensalzaría la posibilidad de lograr una comunidad equitativa como la esencia de su ideal ético:

Entre todos los cambios, el principio esencial de la ética solo es la invariabilidad. El intento de expresar sus significados en todas las relaciones de la vida, de admitir nuevas y siempre mayores clases sociales en el viejo vínculo del derecho y la camaradería inalienable, es lo que ha constituido la suprema lucha en la conquista moral de la humanidad. Hoy se manifiesta en los grandes problemas sociales que agitan nuestra época, que exigen una mayor justicia, si han de resolverse, que amenazan con la anarquía y la ruptura, si han de enfrentarse con un espíritu de codicia egoísta, y que prometen un futuro más hermoso que el que el mundo ha conocido, si se tratan con un espíritu de sabiduría y tolerancia⁶².

Graduado en filosofía por la Universidad de Columbia e hijo de un rabino reformista, Adler promovió la cristiandad social bajo el lema “Deed, Not Creed” (“Hechos, no Credos”), con la que pretendía elevar la moral del individuo por encima de su carácter religioso. En respuesta a las ideas desarrolladas en su serie de conferencias públicas sobre The Tenement House Question, a las que Riis asistió, la legislatura del Estado de Nueva York dio luz a la Tenement House Commission (THC), la primera investigación auspiciada por el Estado en casi treinta años, en la que Adler figuraba, junto a otros activistas, como Charles W. Wingate, en la reforma sanitaria de las casas de vecindad. Entre 1884 y 1885, Riis cubrió para el *Tribune* el trabajo de la Comisión, que tras la inspección de casi mil *tenements* reveló, entre otros aspectos, un importante aumento de la tasa de mortalidad de la gente sin recursos, debido a un progresivo empeoramiento de la salud y de las condiciones sanitarias de los inquilinos, cuyo número de viviendas se había

de los barrios bajos de Chicago, ciudad en la que impartió varias conferencias sobre cómo afrontar los problemas derivados de la miseria, según su experiencia en el ámbito neoyorquino.

⁶² Cit. en Horace L. FRIESS (1981). *Felix Adler and Ethical Culture. Memories and Studies*, p. 50. Nueva York: Columbia University Press.

duplicado respecto a las contabilizadas hacía veinte años. Riis fue testigo de los testimonios aportados por los propietarios, trabajadores de la caridad, arquitectos e inspectores sanitarios que se dieron cita en la Comisión y que animaron su futura investigación en materia de vivienda para la confección de *Cómo vive la otra mitad*. Adler ha sido comparado con Riis porque apeló a la filantropía tradicional como una posible vía para paliar el problema de las barriadas. Sin embargo, como vimos en el capítulo anterior, Riis era consciente de sus límites. Para el autor danés, entre la legalidad y la caridad, se hallaba la conciencia. Riis solo aprobaba las obras de filantropía encaminadas a que el pobre consiguiese un mayor respeto por sí mismo y fortaleciera su amor propio. La frase “juego limpio entre el casero y el inquilino” la repite varias veces en *Cómo vive la otra mitad*. Así, cuando Riis apelaba a la conciencia de sus lectores, no pretendía estimular tanto la filantropía como la ética ciudadana: “El remedio que aporte una respuesta eficaz al clamor de justicia debe proceder de la conciencia pública”⁶³.

Adler insistió también en una posible intervención del Estado en la mejora de las viviendas mediante el empleo de fondos públicos, lo que no se manifestaría hasta treinta años después con las políticas intervencionistas del New Deal; como otros reformadores, debió hacer frente a una fuerte oposición legal y a un sistema judicial conservador que puso trabas a importantes reformas⁶⁴. Riis agradecería públicamente la influencia que Adler ejerció en su pensamiento, a quien consideraba “una de las fuerzas morales más poderosas de Nueva York”, cuyo trabajo menciona en su autobiografía y en *The Battle with the Slum*⁶⁵. Otro miembro de la THC con el que Riis compartiría sus inquietudes fue el reverendo Charles H. Parkhurst de la Madison Square Presbyterian Church, quien, en sus sermones, diri-

⁶³ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 19, 252, 311; y supra, p. 148, nota 134 del cap. 2.

⁶⁴ Uno de los fracasos más sonados de la época, que desalentó a los reformadores, fue la decisión en 1885 del Tribunal de Apelación del Estado de Nueva York en el caso *In re Jacobs*, en el que se declaró inconstitucional la ley que prohibía la manufactura de cigarrillos en las casas de vecindad, a pesar de la explotación laboral de la que eran objeto sus trabajadores y de la falta de higiene de los *sweatshops*. La sentencia primaba el derecho a la propiedad y libertad de los ciudadanos por encima de la salud pública.

⁶⁵ Sobre la Tenement House Commission y la figura de Felix Adler véanse Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 179-180, y Jacob A. Riis (1902). *The Battle with the Slum*, op. cit., pp. 71-72, 571 y 402.

gidos a la clase media y alta neoyorquina, llevó a cabo una campaña contra la corrupción del New York Police Department y el gobierno de Tammany Hall, al que acusaba de traer la política al interior de las iglesias. A la iglesia, para Parkhurst, debía serle indiferente qué administración estuviese en el poder, pero no el mal que pudiese causar al pueblo: creía que su función era atacarlo dondequiera que surgiese. Ésta era la actitud que Riis buscaba en las figuras eclesiásticas, dada su tendencia a examinar los problemas bajo el prisma moral, y que pocas veces encontró.

Al igual que la iglesia, Riis era consciente de la influencia que la prensa de masas podía ejercer en sus lectores. Para el autor, la denuncia era el cauce más idóneo para obtener las reformas esperadas: “Lo que me he propuesto aquí no es tratar sobre la reforma y su mérito, sino solamente señalar que el modo de conseguirla, el mejor modo de promover su advenimiento —en verdad el único método que siempre funciona— es el hacer conocer los hechos. Habiendo dicho lo cual le doy al reportero el sitio que le corresponde y dejo contestada de paso la pregunta sobre por qué nunca he deseado un cargo de mando, ni nunca lo ambicionaré”⁶⁶. La contribución de Riis en el movimiento progresista sigue siendo un elemento discutido entre los estudiosos de su obra. Aunque la mayoría valora su figura en dicho contexto, en los últimos años se han alzado voces discordantes que creen que las ideas de Riis en el cambio de siglo resultaban ya pasadas de moda, en la medida en que los progresistas no compartían su espíritu moralizante ni su desconfianza en el gobierno, una desconfianza que, no obstante, debería ser matizada⁶⁷.

⁶⁶ Jacob A. Riis (1965). *La formación de un americano*, op. cit., p. 190.

⁶⁷ Riis no desconfiaba de la política local, sino de la estatal y nacional. Conocía bien los postulados no intervencionistas de la política americana y por eso apelaba a la moral de cada ciudadano. A nivel local, se opuso a la maquinaria de Tammany Hall, que controlaba las nominaciones del Partido Demócrata a través de redes clientelares; sabía que las reformas no se aplicarían hasta que volviese “a imperar en la municipalidad una intención moralizadora”, cosa que no ocurriría hasta 1895 y solo por un breve período de tiempo, durante la administración del alcalde Strong, en la que Riis se dedicó de pleno a la reforma. De ahí que el plano político a nivel local en *Cómo vive la otra mitad* quede retratado con cierto desdén: el autor no pierde de vista la corrupción, manifiesta en el vínculo existente entre la política y la taberna: a cambio de bebida Tammany cosechaba votos, y el matón pasaba a convertirse en líder político. Riis apelaba en su obra a la conciencia porque sabía que la legalidad actuaba con lentitud y que, al paso al que estaban creciendo los barrios bajos, la pobreza ganaría la batalla.

En este sentido, estudiosos como Czitrom piensan que Riis influiría más en los reformadores del New Deal, una vez su figura fuese rescatada en la década de 1940, que en los de principios de siglo⁶⁸.

3.4. El respeto por los hechos. Riis y la novela naturalista de Stephen Crane

Como hemos apuntado, en el siglo XIX los ideales americanos han de medirse con los nuevos problemas de la democracia urbana, lo que afecta también a la creación literaria de ese periodo. De entre las características que encontramos en la literatura finisecular, destaca el interés de los escritores por tratar de reflejar *fielmente* los aspectos de la vida y la sociedad norteamericana contemporánea. En las obras de ficción existe un insistente respeto por los hechos, aunque la fidelidad a los mismos varía según la visión de la realidad que tiene el artista. En cualquier caso, dos eran las principales corrientes literarias, como es sabido, que respondían a esa inquietud: el realismo y el naturalismo. Hamlin Garland, fundador de la teoría del “veritismo” (*veritism*) —que definía como “la verdadera expresión de una impresión individual, corregida en referencia a los hechos”—, exhortaba a los escritores a narrar bajo el prisma del realismo: “Escribe sobre lo que mejor conoces, y sobre lo que más te interesa [...] con la

⁶⁸ No queremos discutir aquí la influencia que Riis pudo o no ejercer sobre otros reformadores coetáneos, dado que ya hay estudios que dan buena cuenta de ello. Al respecto remitimos a la obra de Daniel Czitrom, la más completa y polémica hasta la fecha. En ella analiza la deuda de Riis con la obra periodística de Charles F. Wingate, director del *Sanitary Engineer*, muy volcada en las infraestructuras de las casas de vecindad. En la época en que formó parte de la THC, Wingate publicó una serie de nueve artículos en el *New York Tribune* sobre la vida en los *tenements* que “anticipó gran parte del acercamiento estilístico, el tono y el marco organizativo desarrollado por Riis [...]. La cuestión no es que Riis ‘robara’ la idea para su libro. Pero en este momento clave de la carrera de Riis —revitalizado por Adler y la THC, aunque terriblemente frustrado por la decisión de *Jacobs* y la lentitud de los reformadores—, Wingate apuntó hacia un nuevo tipo de periodismo activista que Riis desarrollaría *motu proprio* y que le haría convertirse en el publicista más conocido en materia de vivienda”. Véase Bonnie YOCHELSON y Daniel CZITROM (2007). *Rediscovering Jacob Riis*, op. cit., p. 70. Sobre el alcance ulterior de la obra (escrita y fotográfica) de Riis en la época del New Deal, véanse las últimas páginas de nuestra introducción (pp. 46 y ss.), donde sentamos las bases de dicha interpretación.

más alta sinceridad y con la mayor fidelidad [...]. La vida es el modelo; la verdad, el maestro; el corazón del hombre mismo, el motor”⁶⁹.

Algunos críticos literarios, como R. W. B. Lewis, atribuyen este interés por retratar la realidad tal cual es “al creciente dominio de las ciencias teóricas y aplicadas en la cultura americana” y a la “serie de investigaciones sociales que intentaban emplear los métodos rigurosos de las ciencias”, materializadas en el incipiente periodismo *muckraker* y en los trabajos sobre reformismo social. Sin embargo, en los Estados Unidos la tendencia a ofrecer estampas de lo real, con profusión de datos y descripciones que parecen sacadas de fotografías, obedece a que la mayoría de escritores y novelistas de la época habían trabajado como corresponsales para algún periódico y veían en el periodismo una profesión valiosa en sí misma. De ahí que muchas de las temáticas que dan origen a novelas sean adaptaciones autobiográficas de las vivencias de los propios autores en el mundo de la prensa, lo que confirma la tesis de que “el escritor norteamericano se ha distinguido siempre por su marcado individualismo”. Lewis lo explica así:

Más que participar en un movimiento colectivo o apoyar una determinada causa literaria, le ha interesado afirmar su propia e intransferible experiencia de la vida. Por comparación con los franceses, por ejemplo, los autores americanos rara vez se han asociado, han publicado manifiestos o se han consultado y alentado unos a otros. Hace ya varios años el hecho fue observado por W. H. Auden, quien puso como ejemplo a varios escritores —Emerson y Hawthorne, o Melville y Whitman— contraponiéndolos entre sí. Refiriéndonos a la actualidad, podríamos preguntar ahora quién puede ser más distinto que Dreiser y Fitzgerald, o que T. S. Eliot y Wallace Stevens, o que Faulkner y Hemingway⁷⁰.

¿Pero cuáles son las raíces del realismo en América? ¿Qué es lo que motiva el vuelco en las letras estadounidenses? Como es de suponer, la Guerra Civil marca un antes y un después en casi todas las facetas de la vida norteamericana.

⁶⁹ Cit. en Sergio PEROSA (1985). *American Theories of the Novel*, p. 183. Nueva York: New York University Press. Para Garland, el escritor realista (*realist*) o veritista (*veritist*) es un soñador, un optimista que ve la vida en términos de lo que debería ser, pero que escribe sobre lo que es.

⁷⁰ Véase R. W. B. LEWIS (1989). “Las letras. Formación de la literatura norteamericana”. En Daniel J. BOORSTIN (ed.), *Historia de las civilizaciones. Estados Unidos*, op. cit., p. 394.

La literatura no es una excepción. En el último tercio del siglo XIX, la creatividad literaria sufrió un profundo cambio, en parte motivado por la impronta que dejó la contienda y, en parte, porque la generación del llamado “Renacimiento americano” ya no estaba en el punto de mira de los círculos literarios, pues la mayoría de ellos había fallecido (Poe muere en 1849, Hawthorne en 1864, Emerson en 1882, Melville en 1891). Con todo, tal cambio en las letras norteamericanas se produce no solo por la desaparición de una generación de escritores, sino porque la literatura como institución cultural, desde el punto de vista social, sufre también una transformación. Los autores de la primera mitad del siglo XIX escribían sin respaldo alguno; no se ganaban la vida con sus ensayos y novelas, ni siquiera tenían lectores potenciales, porque sus obras carecían de distribución. Thoreau, por ejemplo, en su diario anotaría en 1853, a propósito de la publicación de su obra *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*: “Tengo ahora una biblioteca de casi novecientos volúmenes, de los que unos setecientos los he escrito yo”⁷¹. Como afirma Richard H. Broadhead, “para la siguiente generación literaria las cosas cambian”. Talentos como Henry James, William Dean Howells, Mark Twain o Stephen Crane se benefician del estatus prestigioso del oficio de escritor, que cuenta con un público concreto y además es una actividad remunerada. Las bibliotecas, escuelas y revistas fomentaron la lectura como hábito y la prosa de ficción se convirtió en el primer entretenimiento público. Aun así, a pesar de que los autores solo tenían que luchar por encontrar un editor que apostara por su obra y por conseguir un mundo de lectores interesado en leerla, muchos de ellos no lo tuvieron fácil y abortaron su carrera literaria⁷². Gozaron, en efecto, de un mundo de letras más consolidado, con unos cimientos más seguros que aquellos de los que dispusieron los autores anteriores, pero la nueva maquinaria cultural, tan diversa y consumista, también supuso una trampa para muchos de ellos. La dificultad estribaba, como afirma Broadhead, en que “lo que comienza a surgir a fin de siglo no es solo otro mundo organizado de escritores, sino varios mundos literarios paralelos, un nuevo abigarramiento de la escena literaria”⁷³

⁷¹ Cit. en la Introducción a Henry David THOREAU (2005). *Walden*, op. cit., p. 17.

⁷² Recordemos que Stephen Crane en 1893 hubo de sufragar la edición de *Maggie. A Girl of the Streets*, novela de la que hablaremos en breve.

⁷³ Para esta cita y la anterior, véase Richard H. BROADHEAD (1991). “Literatura y cultura”, p. 456. En Emory ELLIOT (ED.), *Historia de la literatura americana*, trad. de María Coy. Madrid: Cátedra.

en la que los medios de comunicación desempeñan un papel crucial, porque son la plataforma desde la que se lanzan las obras de los escritores, conformando así un nuevo mundo de trabajo para ellos.

Dos son los grupos de publicaciones periódicas que intentan conducir a los lectores y erigirse en garantes de la nueva literatura norteamericana. En el primer grupo se encuentran revistas como *Atlantic Monthly*, *Harper's* y *The Century*, en las que autores como Howells, James o Twain publican la mayoría de sus obras. Estas publicaciones apuestan por una cultura elevada, seria y distinguida, dirigida a la clase acomodada (de hecho, se mantienen mediante suscripción de sus lectores). Con tiradas de cien a doscientos mil ejemplares, no tuvieron una clara competencia hasta 1890, en que aparece una nueva clase de revistas, significativamente más baratas, que se financian por medio de la publicidad. Publicaciones como *Cosmopolitan*, *McClure's Magazine*, *Ladies' Home Journal*, *Munsey's*, *Success* o *Demorest's* abren sus puertas a otro tipo de colaboradores ajenos a los círculos literarios bostonianos, que viven más a pie de calle y se forman trabajando como periodistas de la prensa de masas⁷⁴. Es el caso de Theodore Dreiser, cuya literatura está marcada por su cultura de origen inmigrante y obrero: "La conexión de Dreiser con los nuevos medios de comunicación de masas de finales del siglo XIX es especialmente estrecha, pero en un sentido, él ejemplifica la nueva formación literaria que esos medios ofrecieron a los escritores de su época. Los otros escritores nuevos de su generación están realmente unidos menos por el hecho de que creyeran en el credo del naturalismo literario, que por el hecho de que escribieran partiendo de la misma situación literario-cultural. Escritores como Stephen Crane, Frank Norris y Upton Sinclair también tomaron la alternativa literaria en el mundo de los medios periodísticos comercializados, y su obra lleva la marca de este origen"⁷⁵. Ésta es quizá la principal diferencia que separa el realismo y naturalismo europeo del americano. Sus autores beben de diferentes fuentes: "Mientras en Europa el realismo basó su filosofía en el mecanicismo, su cosmogonía en la concepción newtoniana del universo y su autoridad en Comte, Darwin y Taine, en América creció a partir de la amargura de las clases rurales,

⁷⁴ No hay que perder de vista el hecho de que nos encontramos en la época de S. S. McClure, William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, los magnates de la prensa de masas.

⁷⁵ *Ibíd.*, pp. 454-455.

la lucha de clases de los 80 y los 90, la burla que suponían las riquezas insultantes de los nuevos ricos y el resentimiento de las grandes ciudades proletarias⁷⁶. A estos escritores les une, además, el hecho de que llegaron a desilusionarse con las grandes ciudades, especialmente con Nueva York, a pesar de que en un primer momento representaron el *romanticismo* literario de la vida en los tugurios del Lower East Side. Se trataba, como afirman Morton y Lucía White, del “vigoroso romántico que podía pintar los aspectos sombríos de la ciudad, las miserias de sus lupanares y garitos, los vencidos de la vida, para gritar luego: ¡Miren! ¡Escuchen! También esto es la vida. ¡También estos son mis hijos! ¡Mírenlos, conózcanlos y, una vez enterados, ayuden!”⁷⁷. De cualquier forma, todos ellos se asocian por el hecho de que eran periodistas que no cesaban en su empeño hasta averiguar cuál era la realidad de la vida en los barrios bajos de ciudades como Chicago o Nueva York: “Para ellos la ciudad no solo era un lugar de espectáculos animados, sino también un lugar de violentas luchas sociales donde nada más que unos pocos llegaban a posiciones de un enorme poder, en tanto que muchos otros se hundían en un nivel primitivo y perdían su identidad”⁷⁸.

De ahí que, a partir de su interés como periodistas por transmitir en sus crónicas los problemas asociados a la miseria de las grandes ciudades, sus experiencias como reporteros dieran lugar a la concepción de una literatura urbana de ficción, realista y honrada, que se preocupaba por retratar a los más desfavorecidos y que reaccionaba ante otro tipo de literatura, basada también en la vida en los suburbios —si acaso más fiel en lo que a credibilidad y abundancia de detalles se refiere—, pero cuyos finales estaban siempre pensados para satisfacer la moral cristiana, como ocurre en *A Daughter of the Tenements*, de Edward Townsend, novela coetánea a *Cómo vive la otra mitad*, donde el virtuosismo de la heroína impide que sucumba a las tentaciones, de tal manera que el escritor la rescata de la masa⁷⁹. No ocurre esto con la primera novela de Stephen Crane, *Maggie. A Girl of the*

⁷⁶ Véase Pilar MARÍN (1992). “Introducción”, p. 12. En Stephen CRANE, *Maggie*. Madrid: Cátedra.

⁷⁷ Véase Morton y Lucía WHITE (1969). *El intelectual contra la ciudad*, op. cit., p. 123.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 120.

⁷⁹ Véase Edward W. TOWNSEND (1895). *A Daughter of the Tenements*. Nueva York: Lovell, Coryell & Company.

Streets, publicada dos años antes que la de Townsend bajo el seudónimo de Johnson Smith, de especial interés por su comparación con *Cómo vive la otra mitad*, de Jacob Riis.

En la introducción a su edición de *Maggie*, Pilar Marín insiste en la idea de que la raíz de la novela de Crane no hay que buscarla en el naturalismo francés, sino en la literatura urbana sobre los barrios bajos de Nueva York, en concreto en Jacob Riis, aunque no existan indicios de que Crane hubiese leído su obra: “Las descripciones de Riis, y hay que aclarar que no hay constancia de que Crane las conociera, recuerdan incidentes en *Maggie* [...] lo que demuestra que el escritor americano no tenía necesidad de acercarse a Zola ni a los naturalistas franceses para recibir su inspiración. La existencia de esta literatura americana, inmensamente popular, y la propia experiencia de Crane entre los desheredados del sureste de Manhattan, podrían, ciertamente, haber sido inspiración suficiente”⁸⁰. Esta relación del nacimiento del naturalismo americano en la literatura sobre los barrios bajos con los escritos reformistas de Riis es destacada igualmente por Luc Sante, quien afirma la situación inversa: tampoco hay indicios de que Riis conociera la obra de Crane: “A principios de 1890, el realismo era una especie de pornografía continental; Zola fue traído, más o menos a escondidas, por escolares en busca de emociones (no como Crane, no obstante, a quien no le gustaba mucho Zola). Un realismo nativo, que empleara los suburbios americanos como su foco y tema, sencillamente no existía. Los suburbios solo comenzaban a ser discutidos de manera seria por los reformadores y cruzados — *Cómo vive la otra mitad*, de Jacob Riis, había aparecido precisamente en 1890. Todo lo demás era cosa del futuro. El popular novelista Edward Townsend (*Chimmie Faden* y *A Daughter of the Tenements*), amigo de Crane, virtualmente hizo carrera elaborando y sentimentalizando aspectos de *Maggie*. La ficción de Riis parece una banalización de sus cuentos de “bebés”, aunque no hay prueba de que hubiese leído a Crane”⁸¹. Las pruebas, si cabe, se encuentran

⁸⁰ Véase Pilar MARÍN (1992). “Introducción”, p. 19. En Stephen CRANE, *Maggie*, op. cit.

⁸¹ Véase LUC SANTE (2001). Introduction, pp. xii y xiii. En Stephen CRANE, *Maggie, a Girl of the Streets, and Other New York Writings*. Nueva York: The Modern Library. Por el contrario, Crane asistió a una conferencia impartida por Riis en Asbury Park (New Jersey) el verano de 1892, un año antes de la publicación de la primera edición de *Maggie*. La charla, dirigida a un público burgués, extractaba las cuestiones desarrolladas en *Cómo vive la otra mitad* y fue ilustrada con diapositivas de linterna mágica de las fotografías del autor, según la crónica que el propio Crane, en calidad de corresponsal del *New York*

en los respectivos textos y sus ediciones. Así, por ejemplo, en la edición crítica de Norton, entre las fuentes que el editor Thomas A. Gullason ha incluido de los “Backgrounds and Sources” de la novela de Crane, figuran dos fragmentos de Riis, uno extraído de *Cómo vive la otra mitad* y otro de *The Children of the Poor*⁸². Analicemos brevemente los puntos de encuentro que mantiene la obra de Crane con la de Riis.

El primero y más evidente entre ambos es el contexto: la novela de Crane transcurre en el Lower East Side de Manhattan, en concreto, varias escenas se desarrollan en el Bowery, uno de los barrios en que, según Riis, “las casas de vecindad se hacen más altas y los huecos entre una y otra se reducen rápidamente” a medida que se cruza⁸³. La historia de Crane comienza hablando de Jimmie, un golfillo de Rum Alley, aparentemente un callejón ficticio, de importancia simbólica, cuyo nombre, según Gullason, pudo estar inspirado en el capítulo XVIII de *Cómo vive la otra mitad*, titulado “The Reign of Rum”. Maggie,

Tribune (el mismo periódico para el que trabajaba Riis), publicó: “Los miles de visitantes veraniegos que han huido del calor, del sofocante aire de las ciudades, para disfrutar de las refrescantes brisas marinas, no se han olvidado del todo de los desafortunados que han de permanecer en sus masificadas casas de vecindad. Jacob Riis, el autor de *Cómo vive la otra mitad*, impartió una conferencia ilustrada sobre el mismo tema en el Beach Auditorium la tarde del miércoles. Los beneficios fueron donados al trabajo social llevado a cabo en las casas de vecindad por las King’s Daughters. Se recaudaron sobre 300\$, a 2\$ cada uno, dan 150 niños [de los barrios bajos] que serán enviados al campo durante dos semanas”. Véase Stephen CRANE (1892). “On the Jersey Coast. Summer Dwellers at Asbury Park and Their Doings”. En el *New York Daily Tribune*, domingo 24 de Julio de 1892, p. 19. Recuperado de <<http://chroniclingamerica.loc.gov/lccn/sn83030214/1892-07-21/ed-1/seq-22/>>. (Los ejemplares del *New York Tribune*, de 1866 a 1924, forman parte de la Library of Congress Chronicling America online Collection.) No sería extraño que los escritos y conferencias de Riis despertaran el interés del joven Crane por la complejidad de la vida en la ciudad, en especial de la vida en los suburbios y del lugar que ocupan en él los individuos como actores sociales (un interés que Riis avivó, por cierto, en otros jóvenes escritores, como Jack London, según veremos). Para Lewis Fried los novelistas que ejercían de periodistas, como Crane, trataron de dramatizar el principio del periodismo convincente. Las personas sobre las que escribía el novelista, como las del periodista, “representaban algo más que una miseria o fortuna particular; representaban el carácter de la ciudad”. Véase Lewis FRIED (1990). *Makers of the City*, op. cit., p. 14.

⁸² Véase Stephen CRANE (1979). *Maggie: A Girl of the Streets. (A Story of New York) (1893)*. Nueva York, Londres: W W Norton & Company.

⁸³ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 135.

la protagonista de la novela, vive en una casa de vecindad, descrita por Crane con el mismo pintoresquismo que impregna la obra de Riis:

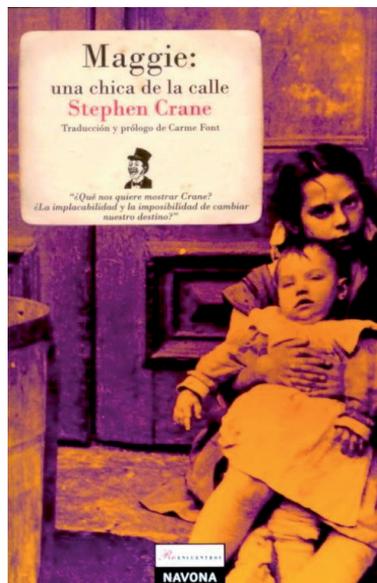
Por fin llegaron a una oscura región donde, desde un escorado edificio, una docena de horrendas entradas vomitaba cargamentos de bebés a la calle y al arroyo. Un viento de principios de otoño levantaba polvo amarillo de los adoquines y lo envolvía contra cien ventanas. Largos gallardetes de ropa se agitaban en las salidas de incendios. En todos los lugares inaccesibles había cubos, escobas, trapos y botellas. En la calle, bebés jugaban con otros bebés o permanecían sentados estúpidamente en la ruta de los vehículos. Mujeres formidables, con el cabello despeinado y la ropa desordenada, cotilleaban apoyadas en las barandillas o gritaban en frenéticas peleas. Personajes marchitos, en curiosas posturas de sumisión, fumaban sus pipas sentados en oscuros rincones. Mil olores de comida se vertían hacia la calle. El edificio temblaba y crujía bajo el peso de la humanidad que pateaba en sus entrañas⁸⁴.

Dado el realismo empleado por Crane en su ficción, las concomitancias que pueden hallarse son tanto visuales como escritas, en la medida en que cada oración del fragmento anterior podría funcionar perfectamente como pie de foto de cualquiera de las imágenes captadas o empleadas por Riis —como *Tenement House Yard* [F.38 de la p. 204] o *Rear Tenement in Roosevelt Street* [F.58; p. 261]—, o figurar en las descripciones de Riis del ambiente que caracteriza los distritos de los barrios bajos, como el que se reproduce a continuación:

En los numerosos callejones de dentro, caminos de cuadras y vericuetos ocultos, que solo el cobrador del alquiler puede conocer, estas multitudes comparten el dudoso refugio que pueden ofrecer las destartaladas estructuras, con todas las abominaciones rescatadas de los vertederos y pilas de basura de la ciudad. Aquí también, rehuyendo la luz, merodea la sucia bestia del ocio deshonesto [...]. Todo el distrito es un laberinto de estrechos y a menudo insospechados pasajes: necesariamente, pues

⁸⁴ Véase Stephen CRANE (1992). *Maggie*, op. cit., p. 84. Existe una edición española más reciente, traducida y prologada por Carme Font, cuya imagen de portada, *Girl and the baby, Scene in Gotham Court* [F.36], proviene precisamente de la Jacob A. Riis Collection del MCNY [cfr. con F.37]. Véase Stephen CRANE (2010). *Maggie. Una chica de la calle*. Madrid: Navona Editorial. Para las sucesivas citas de la novela, no obstante, empleamos la edición de Marín.

apenas hay una manzana que no tenga dos, tres o cuatro casas de vecindad, en las que bullen perniciosas multitudes. [...] Cuando brilla el sol, toda la población se lanza a la calle, llevándose consigo sus ocupaciones domésticas, sus regateos, sus cortejos en la calzada o en la acera, o gandleando si no encuentra nada mejor que hacer, siguiendo el impulso contrario al que encierra a los judíos polacos en sus cubiles cuando el termómetro arde. A lo largo del bordillo de la acera, las mujeres se sientan en fila, jóvenes y viejas con esos pañuelos o turbantes que les cubren la cabeza como insignia de su servidumbre, regateando sobre capazos de mustias hierbas, probablemente una especie de ensalada, tomates rancios y naranjas bastante dudosas. Los cubos de basura les sirven de mostrador [...]. Dos viejas brujas, acampadas en la acera, venden pan duro, no en hogazas, sino en forma de roscos gigantes, y lo guardan en bolsas hechas con jirones de ropa de cama sucia [...]. Aquí hay un musculoso carnicero, remangado por encima del codo y con la pipa de arcilla en los labios, desollando una cabra que cuelga de su gancho. En la comisaría de Elizabeth Street les contarán entre risas que hace escasos días les informaron de que había una cabra muerta en Pell Street, pero había desaparecido misteriosamente cuando llegó el carro de los despojos para llevársela...⁸⁵



F.36. Portada de la edición de Navona de 2010 de *Maggie. Una chica de la calle*, ilustrada con la imagen de la Jacob Riis Collection, cuyo encuadre original se muestra a la derecha.

⁸⁵ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 80, 81 y 82. Edward W. Townsend también participa de ese pintoresquismo de los barrios bajos —aunque menos sórdido que el de Crane o Riis— en la descripción del Bend que lleva a cabo en el capítulo VI —“Eleanor’s Glimpse of Tenement Hades”— de su novela. En él Carmineella acompaña a su profesora Eleanor a inspeccionar el interior de las casas de vecindad



F.37. *Girl and the Baby, Scene in Gotham Court*. Diapositiva para linterna mágica empleada por Riis en sus conferencias. / Jacob Riis Collection, MCNY.

El paralelismo entre Riis y Crane va más allá de la cuestión formal o estilística, es decir, del modo realista y descarnado de narrar que comparten los fragmentos entresacados; encontramos un interés común por retratar los mismos temas. Así, a propósito de la destrucción de la infancia, son muchas las impresiones que Crane parece haber tomado prestadas de las descripciones de *Cómo vive la otra mitad* para armar ciertas escenas de su novela.

en las que viven sus alumnos: “Eleanor y Carminella se movían despacio por el Bend porque los obstáculos eran demasiado numerosos y la multitud demasiado densa para permitir más que un lento avance. Era un día luminoso de comienzos de la primavera y le parecía a Eleanor como si todo hombre, mujer y niño hubiera abandonado los viejos tugurios a ambos lados de la calle para disfrutar del sol y la alegre compañía del mercado. Los chismes de las mujeres, los extraños gritos de los vendedores, los chillidos de los niños eran animados, alegres; el vestido, incluso los harapos de los más pobres, eran abigarrados y las cosas maravillosas que vendían prestaban su atractivo a la escena”. Véase Edward W. TOWNSEND (1895). *A Daughter of the Tenements*, op. cit., p. 59. Townsend continúa el pasaje describiendo el ambiente curioso del mercado que contrastará en las páginas siguientes con el lúgubre aspecto del interior de los *tenements* y *sweatshops*.



F.38. *Tenement House Yard*. Impresión de diapositiva. Fue publicada en *The Making of An American* (1902). Dado que el negativo original no se conserva, existen dudas sobre su autoría. / Jacob Riis Collection, MCNY.

Destacamos aquella en que una anciana vecina del mismo edificio donde vive Jimmie le permite al niño alojarse en su casa (para evitar de esta manera que tenga que enfrentarse a la ira de su madre), a cambio de que vaya al bar a buscarle una cerveza:

- Por Dios, niño, ¿qué pasa ahora? ¿Está tu padre dándole una paliza a tu madre o tu madre a tu padre? [...] Eh, Jimmie, es una vergüenza. Anda, sé bueno y cómprame un trago, y si tu madre organiza la bronca toda la noche, puedes dormir aquí⁸⁶.

La práctica habitual de mandar a los niños en busca de bebidas alcohólicas es un tema recurrente en Riis. Según él, “desde el momento en que, siendo casi un bebé, [el niño] lleva por primera vez la jarra para que se la llenen de cerveza, ésta ya nunca estará lejos de su alcance, y los dos formarán pronto una alianza que durará toda la vida”. Riis denuncia sin tapujos, con su habitual registro periodístico, las consecuencias de estos malos hábitos:

Los lectores de periódicos recordarán la historia, publicada hace poco más de un año, de un chico que, después de llevar y traer cerveza durante todo un día para un taller de hombres en el East Side, donde trabajaba su padre, bajó al sótano para dormir bajo los efectos de su propia participación en el festejo. Era sábado por la noche. El domingo, sus padres

⁸⁶ Véase Stephen CRANE (1992). *Maggie*, op. cit., p. 89.

le buscaron por todas partes; pero hasta el lunes por la mañana, cuando abrieron el taller, no le encontraron, muerto y medio devorado por las ratas que infestaban el lugar.

Pero aun tras las macabras consecuencias, en *Cómo vive la otra mitad* el autor recuerda a sus lectores lo difícil que resultaba combatir esta costumbre; ni la ley ni los carteles que indicaban la prohibición de vender bebidas alcohólicas a menores amedrentaban a los taberneros:

Una vez seguí a un niño, que temblaba descalzo en una fría noche de noviembre, de tal modo que la jarra casi se le caía en la helada acera, hasta una taberna de Mulberry Street donde había uno de esos carteles colgado de la pared, y le prohibí al camarero que sirviera al chico. El hombre se quedó tan atónito de mi intervención como si le hubiera dicho que cerrara el local y se fuera a casa, lo cual yo podría haber hecho con toda la razón, porque eran más de la una de la madrugada, la hora legal de cierre. Estaba profundamente indignado y me dijo de malos modos que me largara y no me metiera donde no me llamaban, mientras procedía a llenarle la jarra. La ley que prohíbe la venta de bebidas a menores es igual de respetada en los distritos de casas de vecindad como la ordenanza que prohíbe maldecir⁸⁷.

En la obra de Crane es precisamente la irrupción de Maggie en las tabernas la que indica el comienzo de la progresiva degradación de la joven:

En una esquina, la cristalera de un edificio derramaba reflejos amarillos sobre las aceras. La boca entreabierta de un bar llamaba seductoramente a los viandantes para que entraran a ahogar sus penas o a engendrar violencia. [...] Nubes de humo de tabaco rodaban y ondeaban en el aire alrededor del dorado mate de las arañas. La inmensa multitud tenía el aspecto de acabar de salir de su trabajo. Hombres de manos encallecidas, vestidos con ropa que mostraba el desgaste de una vida de interminable y afanoso quehacer, fumaban sus pipas con satisfacción y se gastaban cinco, diez o quizá quince centavos en cerveza [...] La mayor parte de la multitud estaba formada de personas que evidentemente se afanaban a diario con sus manos⁸⁸.

⁸⁷ Para esta cita y las anteriores, véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 267-269.

⁸⁸ Véase Stephen CRANE (1992). *Maggie*, op. cit., p. 121. Respecto al símil visual, compárese la descripción de la taberna que hace Crane con las fotografías de Riis *A Down-*

F.39. Jacob Riis: *A Down-town Morgue* (1889). En la página de la derecha, *An All-Night Two-Cent Restaurant, in The Bend* (1889). Diapositivas para linterna mágica. / MCNY.



A pesar del mal que el alcohol puede causar en los niños, Riis incurre con Crane en una aparente ambivalencia al hablar de la taberna como el lugar donde los pobres se esfuerzan “por ahogar sus penas”, porque “mal que nos pese, en muchas manzanas de casas de vecindad la taberna es el único lugar alegre y animado y humanamente decente que puede encontrarse”⁸⁹. Crane hace que el ambiente alegre de las tabernas a las que Pete lleva a Maggie (cada vez de menor categoría, más hacinadas, de público grotesco y espectáculos de mal gusto) sea lo que, en un principio, cautive a la muchacha, que nunca antes había salido de casa más que para ir a la fábrica de costura. Maggie descubre que existen lugares para el ocio y la diversión; no todo son gritos, malos tratos y explotación laboral. Sin embargo, cuando se dé cuenta de que también esos lugares son los del vicio y la perversión, será demasiado tarde. En *The Children of the Poor* (publicado un año antes que la novela de Crane), Riis asimismo plantearía la triangulación entre la casa de vecindad, la taberna y la calle como la causante de la perdición irreversible del niño: “La casa de vecindad y el salón, con la calle que no siempre los divide, forman el ambiente que ha de hacer o deshacer

town Morgue y *An All-Night Two-Cent Restaurant, in The Bend* [F.39], que parecen poner rostro a la multitud trabajadora que describe Crane.

⁸⁹ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 265.



al niño. La influencia de cada uno de estos tres es mala. Juntos tienen el poder de superar la resistencia más fuerte. Pero el niño nacido bajo su malvado hechizo, no puede ofrecer ninguna”⁹⁰.

Sin entrar en más detalles, el propio argumento de la obra de Crane, con sus personajes desorientados, que viven en entornos faltos de bondad y empatía, sigue los pasos que Riis atribuye a la destrucción del niño y de su infancia. Como es sabido, *Maggie* narra la vida de dos hermanos, Maggie y Jimmie, desde la niñez hasta la edad adulta, que crecen en una casa de vecindad del Lower East Side de Manhattan. El ambiente del hogar altamente deshumanizado (con el padre alcohólico, y la madre, también alcohólica y de brutal comportamiento, a la que los niños le tienen un miedo atroz por sus continuas palizas) está descrito con el mismo crudo realismo de las semblanzas que Riis traza en *Cómo vive la otra mitad* y confirma la teoría de Riis de que ningún *tenement*, con su atmósfera tétrica, insalubre, de hacinamiento y pobreza, puede ser un hogar estable y con futuro.

Esto es lo que admite el padre de los protagonistas de la historia, que, incapaz de soportar a su mujer, se baja a beber a la taberna. El personaje, sin embargo, no sin cierto cargo de conciencia, encuentra en el ambiente de

⁹⁰ Véase Jacob A. Riis (1892). *The Children of the Poor*, op. cit., pp. 5-6.

su hogar la respuesta a su dilema entre lo que debería y no debería hacer: “Mi casa es un infierno. ¡Maldito sitio! ¡Un infierno! ¿Por qué me vengo aquí a beber así? ¡Porque mi casa es un infierno!”⁹¹ El padre, junto a su hija Maggie, la última víctima del universo darwiniano que presenta Crane, está igualmente condenado por el lugar; el ambiente opresivo de los barrios bajos acaba por asfixiarlo: poco después de esta escena, muere⁹².

La influencia del entorno miserable se materializa en los distintos personajes de la novela, cuya degeneración se produce en paralelo a la de Maggie. Jimmie, el golfillo, “sin respeto por el mundo”, se convertirá en la misma clase de hombre que echa a perder a su hermana: un tipo pendenciero, bravucón, que se gana la vida en lo que puede y como puede, y que seduce y abandona a mujeres honradas. Maggie, responsable y virtuosa, consigue abrirse camino como trabajadora en una fábrica de cuellos y puños de camisa (probablemente un *sweatshop*). Sin embargo, a pesar de no poseer, para asombro de sus vecinos, “ni un ápice de la suciedad de Rum Alley”, se verá condenada a una vida deshonrosa tras haber sido engatusada por Pete, un chulo, amigo de su hermano. Repudiada por su madre, que hace gala de una falsa moral cristiana que nunca ha practicado, “la única flor entre el charco de cieno”, como la define Crane, elige suicidarse para evitar una mayor degradación⁹³.

⁹¹ Véase Stephen CRANE (1992). *Maggie*, op. cit., p. 90.

⁹² La primera víctima del ambiente es Tommie (un bebé de pocos meses al que cuida Maggie), perjudicado por la negligencia de sus padres y hermanos. Las escenas que describe Crane en que Maggie lleva a Tommie en su regazo recuerdan a fotografías de la Jacob Riis Collection del MCNY en las que aparecen niños cuidando de otros de edades inferiores, práctica extendida en las familias sin recursos. En especial, véase el citado retrato *Girl and the Baby* [F.37], pero también *Minding the Baby, Scene in Gotham Court* (1890) [F.40], y *Minding the Baby* (1892) [F.41], ambas de Jacob Riis. La consecuencia de la falta de cuidado es la imagen *Tenement Baby* [F.42], en la que un bebé yace aparentemente abandonado, y sobre la que Riis comentaría: “Subí las escaleras de una de esas casas de vecindad y allí tropecé con una criatura. Es la manera habitual de presentarse de un niño en las viejas casas oscuras, pero yo nunca me acostumbré a ella. Salí y coloqué mi cámara y fotografié a ese niño de pie con la espalda apoyada en un lavabo público en una piscina de mugre que inundaba el suelo. [...] Parece extraño que alguno sobreviva”. Véase Jacob A. RIIS (1903). *The Peril and Preservation of the Home*, p. 135. Filadelfia: George W. Jacobs & Co. Publishers.

⁹³ En *Cómo vive la otra mitad* Riis describe el modo en que la explotación laboral, fatigosa y opresiva, acaba con los sueños de juventud de muchachas como Maggie, tentadas



F40. Jacob Riis. *Minding the Baby, Scene in Gotham Court* (1890). / CAW Print, MCNY.



F41. Jacob Riis. *Minding the Baby* (1892). / CAW Print, MCNY.



F42. Jacob Riis. *Tenement Baby*. Fotografía publicada en 1903 en *The Peril and Preservation of the Home*. / CAW Print, MCNY.

Maggie se convierte así en la víctima de los suburbios, el único personaje que actúa siempre empujado por las acciones de otros y cuya pureza no basta para escapar del ambiente corrupto y ruinoso de los barrios bajos. La debilidad de carácter de la joven, su incapacidad de distinguir lo real y lo aparente, y el contexto salvaje y alienante de la ciudad, con su presencia de individuos hostiles, confluyen en la causa de su cruel destino. Crane da a entender que la corrupción y caída de la muchacha se debe a la influencia que en “la otra mitad” ejercen los valores de la moral burguesa, y a la hipócrita condena de los vecinos de la conducta de la joven, que el lector sabe irreprochable, aunque los personajes la censuren por pensar de ella que es lo que en realidad no es, y lo que, sin embargo, como consecuencia de su exclusión social, llegará a ser: una prostituta que, sin apenas articular palabras, acaba deambulando por calles cada vez más sórdidas en busca de clientes que la rechazan. La muerte de Maggie desencadenará el perdón y la locura de la madre, que pedirá al hermano que vaya en busca del cuerpo de la difunta para traerlo de vuelta a casa. En palabras de Marín, “el método irónico de Crane consiste en presentar lo que los personajes piensan que son, la visión que tienen de su mundo, la moral que ellos creen rige sus vidas, y contrastar todo ello con lo que realmente son sus vidas y es su mundo”⁹⁴. Éste es el verdadero patetismo que esconde el mosaico de ilusiones y autoengaños que esboza el autor de la vida de los habitantes de los barrios bajos. Crane, a diferencia de Riis, con su ficción señala la existencia de tipos humanos marginales que ponen en tela de juicio la forma de vida de la clase media americana y que supondrían un desafío a la moral tradicional. La vida del suburbio deviene así en una especie de contracultura, no exenta de cierto romanticismo o atractivo para los novelistas que la retratan.

por tipos que les ofrecían sacarlas del mundo de privaciones e insultos en el que vivían llevándolas a lugares de ocio y diversión: “Así es el mundo y no hay nada más para esos agotados trabajadores que vuelven noche tras noche a alimentar corazón y cerebro con el cuerpo extenuado en el banco de la fábrica o el taller. A ese mundo llegan los jóvenes con sus sueños impacientes, quizás cruzarán el umbral de alguna hija del pecado, a quien la policía llevó a casa después de hacer una redada en su guarida, sacándola envuelta en sedas y galas al final de su ociosa jornada. Y a ellas con sus ropas vulgares —chicas con el gusto juvenil por las cosas bonitas, con su dura vida por delante—, ¿quién podría salvarlas de aquel que las tienta? En la calle está la taberna, siempre brillante y alegre, acaparando toda la animación de la manzana, haciendo señas a los chicos”. Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, pp. 202-203.

⁹⁴ Véase Stephen CRANE (1992). *Maggie*, op. cit., p. 57.

Conforme a ello, Keith Gandal, en su libro *The Virtues of the Vicious*, analiza cómo los barrios bajos en la América del siglo XIX se convirtieron en una fuente de espectáculo sin precedentes. Tanto la prensa como los escritores de ficción o los trabajos documentales y fotográficos dedicaban atención a los problemas derivados de las condiciones sociales del *slum*, así como a la depravación de sus residentes. Sus páginas reflejaron el cambio etnográfico, psicológico y estético que estaba teniendo lugar en la percepción de la pobreza de la clase media americana. Para Gandal, estos cambios en los estilos de representación de la pobreza urbana supusieron una transformación de la ética de la clase media y una reconcepción de la subjetividad⁹⁵. El autor argumenta que la manera de retratar la vida en el Lower East Side como “extraña y peligrosa” formaba parte de una búsqueda de la masculinidad en respuesta a la opresiva respetabilidad sentimental (propriadamente femenina) de la moral victoriana o puritana. En este sentido, el innovador acercamiento *turístico* de los textos de Riis y el estilo bohemio de la novela de Crane habrían implicado la idealización de la vida en los barrios bajos.

Para Gandal tanto la obra de Riis como la de Crane entroncan con la tradición de la ética protestante, aunque ambos ofrecen una perspectiva nueva sobre las realidades que describen; apuntan una virtud que nace de

⁹⁵ En *The Virtues of the Vicious*, Gandal contempla los cambios que se han producido al respecto en la ética del discurso y explica las distintas concepciones de la pobreza que convivían en el siglo XIX, apoyándose en la serie de reportajes que entre 1820 y 1830 Joseph Tuckerman escribió sobre la ciudad de Boston. Tuckerman distinguía entre la “pobreza impotente”, que es “virtuosa y estimable”, y aquella que resulta “extremadamente degradante y viciosa” (Riis hablaría de “pobreza honrada” y “miseria” en *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 68). Los individuos que formaban parte de la primera clase eran considerados virtuosos y respetables, aunque poco eficientes y no tan previsores como debían haberlo sido en tiempos de debilidad, enfermedad o vejez. La segunda, formada por vagabundos y gente de baja moral que no mostraban voluntad de querer liberarse de su yugo, era fruto de la holgazanería y de la falta de moderación. Tuckerman pensaba que la experiencia tenía que ver con la corrupción moral y la degradación, con el hecho de que los habitantes de los barrios bajos se habían desentendido y alejado de la moral tradicional: un argumento rebatido por las obras de Riis y Crane. Por su parte, Riis es consciente de que hay todo un estudio tipológico de la pobreza que llevar adelante con el fin de diferenciar a los pobres obreros honrados de los viciosos, y de que el lugar en el que viven no resulte opresivo para aquellos que quieren progresar y salir del arroyo. Véanse *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 304, y Keith GANDAL (1997). *The Virtues of the Vicious*. Jacob Riis, Stephen Crane and the Spectacle of the Slum. Nueva York, Oxford: Oxford University Press.

la pobreza. Gandal atribuye la atención que presta Riis a los *shums* al interés que tiene por sí misma la visión estética que plantean, en la medida en que las comunidades foráneas de italianos, irlandeses, chinos o judíos brindaban al autor un panorama pintoresco (“lo único que sería inútil buscar... [es] una comunidad claramente americana”), un espectáculo para cualquier mirada ajena al lugar: “Algunos de los críticos de Riis subestiman la importancia de ‘sus estereotipos raciales y étnicos’ y su uso del ‘detalle pintoresco’ y caracterizan su carrera como una cruzada ilustrada moral y social; resulta bastante fácil decirlo, porque Riis es famoso por ayudar a realizar dramáticas reformas sociales, como el desalojo de los suburbios y la normativa de edificación. Pero Riis no solo humaniza la moralidad tradicional; también representa una serie de directos y escandalosos, aunque a menudo involuntarios, desafíos a ella; con sus desinhibidas fotografías y su búsqueda astuta de vistas exóticas a expensas de la limpieza y privacidad del suburbio, con su alabanza del orgullo y su chocante fe en el matón o miembro de la banda, con su rechazo de las instituciones disciplinarias, como los asilos juveniles, y con su defensa de una arquitectura estética de la casa de vecindad, sin saberlo afirma una ética alternativa”⁹⁶.

La condición espectacular aparecía en autores anteriores a Riis, pero ese pintoresquismo, según Gandal, siempre estaba subsumido en un discurso moralizante, mientras que en Riis se halla un interés por la singularidad misma. De ahí que Gandal califique a Riis como un autor turístico: su obra respondería a un tipo de literatura de travesía urbana —las guías *shine and shadows*—, donde lo pintoresco de los tipos y etnias no es un indicio de la falta de moralidad de lo vicioso, sino de los hábitos adquiridos por ese grupo social: “Esta contemplación estética de los hábitos del suburbio es algo nuevo. Su colorido se pone al lado de su probidad. Riis está afirmando un nuevo tipo de virtud”, que superaría la divulgada por la moral puritana. Por eso la palabra *hábito* deja de tener, según Gandal, la connotación de la ética protestante (el hábito de la abstinencia, de la sinceridad, del valor) y adquiere el nuevo sentido de formas de vida propias del contexto en el cual viven los individuos.

En otras palabras, para Gandal se pone más énfasis en lo social y menos en lo individual; se pasa del punto de vista teológico al sociológico. En efecto,

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 9.

hay pasajes de *Como vive la otra mitad* en que las referencias a la multitud no parecen estar directamente relacionadas con la denuncia de las malas condiciones de vida en los *tenements*, pero éstas no pueden ser interpretadas de manera independiente, puesto que Riis pretendía con ello divulgar el valor de los ciudadanos de los barrios bajos, sus vidas y desdichas, para poder luchar contra los prejuicios de clase y promover la reforma en materia de vivienda a fin de evitar la progresiva deshumanización de la ciudad. Esto no implica que Riis no fuera un moralista. Por lo que hemos visto hasta ahora —y a diferencia de Crane—, es innegable que estaba preocupado por la enfermedad moral y la violencia de clase, y, como afirma Gandal, “aunque *Cómo vive la otra mitad* habla el lenguaje de la escritura caritativa, Riis no se ve constreñido, forzado, por su vocabulario ni gramática”, lo que no quiere decir que prescindiera de su fuerza original⁹⁷. Según venimos planteando, es precisamente a la conciencia pública a la que apela el autor en sus escritos al demandar, como señala Stephanie Foote, un papel activo del lector/espectador: “En las narraciones urbanas de color local al mismo público normativo se le pide reformar —tomar un rol activo en la producción de etnicidad, comunidad y espacio”⁹⁸. Respecto al punto de vista

⁹⁷ *Ibid.*, pp. 33 y 31, respectivamente. Cf. con *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 341: “La condición de los inquilinos está muy por delante de la condición de las casas de vecindad”.

⁹⁸ Véase Stephanie FOOTE (2001). *Regional Fictions. Culture and Identity in Nineteenth-Century American Literature*, p. 125. Madison: The University of Wisconsin Press. El libro de Foote analiza el género de la ficción regional (conocido en el siglo XIX como “historias dialectales”, de “color local”) en la obra de diversos autores, entre los que se encuentra Riis. En particular, Foote argumenta que, aunque los textos regionales se centran exclusivamente en cuestiones rurales, su tono nostálgico muestra que han sido influidos por la conciencia de las tendencias globalizadoras y estandarizadas de la urbanización y la industrialización; desarrollaron estrategias para transformar (y no para resistir pasivamente) la vida en la ciudad a finales del siglo XIX. Las fieles descripciones de la cotidianidad rural suponían para el lector una manera de comprometerse con cierta fidelidad formal o técnica y el regionalismo se convertía en el asidero que le faltaba a la vida moderna, industrializada y urbanizada de la ciudad en la época de la llegada de oleadas de inmigrantes: “El regionalismo, por tanto, no solo trata de mediar en las preocupaciones nacionales sobre la relación entre extraños y nativos; también indicaba que en el corazón de cada representación del nativo había un extranjero” (*ibid.*, p. 13). Para Foote los tipos regionales son precisamente aquellos que se contraponen a la supuesta identidad estándar de la clase media. Tras examinar las novelas *The Californians*, de Gertrude Atherton, y *The Grandissimes*, de George Washington Cable, que regionalizan personajes extranjeros describiéndolos como si fueran personajes con color local y

sociológico que atribuye Gandal a la obra de Riis, ya vimos en el primer epígrafe la negativa opinión que a Riis le merecían tales aproximaciones⁹⁹. Cabe también señalar que sociólogos y economistas coetáneos —como Marcus T. Reynolds, Lawrence Veiller o Adna F. Weber— pensaban precisamente que la fascinación de Riis por el aspecto figurativo de la pobreza urbana no dejaba lugar a abstracción o generalización alguna. Las generalizaciones sobre los problemas de los barrios bajos solían ser apoyadas por estos autores con estudios estadísticos, de los que Riis no era partidario¹⁰⁰. En una carta a Lincoln Steffens Riis confesó: “El día del método científico ha llegado, y yo no soy capaz de captar sus caminos, y tampoco simpatizo con ellos. Dos o tres veces a la semana me veo persuadido a denunciar las nociones sociológicas del día y pedir a gritos sentido común”¹⁰¹. Para Riis (como para Crane) era el individuo el que concentraba el carácter de la ciudad; por eso prefería apoyar su investigación con los testimonios de los habitantes de los barrios bajos con los que estaba en contacto a diario. Al retratar la desesperación de cada persona o situación concreta con el talento que Riis poseía para transformar los hechos en historias con calado humano, daba cuenta de la negligencia social generalizada. En palabras de Lewis Fried: “Vale la pena recordar la atracción de su escritura para ver no solo lo lejos que la obra de Riis estaba de la emergente sociología estadística de la ciudad, sino también lo cerca que se encontraba de la sensibilidad del público. Riis tenía un don para el relato. Proyectaba estados morales y

representando las diferencias políticas potencialmente problemáticas como diferencias culturales (las novelas tratan de la conversión de una mujer española en californiana y de un francés creol en un hombre de Louisiana, respectivamente), Foote examina la obra de Riis, Crane y las novelas sobre Tammany Hall. La autora afirma que la práctica retórica del regionalismo de forjar una analogía entre personajes regionales y étnicos también estructura textos sobre las áreas urbanas a las que supuestamente la escritura regional se resistía. Al respecto véase el cap. 5, “Disorienting Regionalism: Jacob Riis, the City, and the Chinese Question” (pp.124-153).

⁹⁹ Al respecto, véase supra, p. 175, n. 41.

¹⁰⁰ Véanse Marcus T. REYNOLDS (1893/1969). *The Housing of the Poor in American Cities*. College Park, Md.: McGrath; Lawrence VEILLER (1910). *Housing Reform: A Hand-Book for Practical use in American Cities*. Nueva York: New York Charities Publication Committee; y Adna F. WEBER (1899/1967). *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*. Ithaca: Cornell University Press.

¹⁰¹ Carta de Riis a Lincoln Steffens, fechada el 8 de agosto de 1906. *Lincoln Steffens Papers*, Rare Book and Manuscript Library, Columbia University.

psicológicos sobre una ocasión o personaje, transmitiendo la inmediatez de la situación así como su preocupación”¹⁰².

La perspectiva determinista que Crane hace valer en su obra, con la imposible escapatoria de los personajes de su entorno inmediato, en especial de Maggie, de buen carácter, con ganas de vivir y mejorar socialmente, ha hecho que algunos autores, según hemos visto, cataloguen su obra de naturalista. Por otro lado, tanto Riis como Crane ponen a prueba el determinismo social en la medida en que, a pesar de que defiendan que el lugar condiciona al ser humano, son testigos de una conciencia cívica que confía en el progreso (cuya raíz, recordemos, la encontramos en la tradición protestante de la búsqueda de la salvación del individuo, es decir, en la fe en que la voluntad del individuo y su perseverancia le harán salir de la pobreza). En otras palabras, aunque sus obras pongan de manifiesto los males de la sociedad —en el caso de Riis, con la finalidad de conseguir reformas sociales que mejoren las condiciones de vida de los *slums*; en el de Crane, con la de denunciar la doble moral de la burguesía americana—, en el trasfondo de sus inquietudes se atisba una esperanza en la capacidad del ser humano para salir del arroyo (lo que Gandal llama autoestima). Esta característica para Riis sería lo que diferenciaría el viejo suburbio europeo del nuevo neoyorquino: nada en el ambiente del viejo suburbio permite al pobre librarse de su influencia, mientras que en América existe una posibilidad de redención:

En otras palabras, el niño es una criatura del ambiente, de la oportunidad, como lo son los niños en todo lugar. Y el ambiente aquí ha sido malo, como lo era y lo es en las tierras de ultramar que nos lo enviaron. Nuestros suburbios han rivalizado, y en ciertos aspectos superado, a aquellos viejos que le sirvieron de modelo. Sin embargo, hay una diferencia, la diferencia entre el viejo suburbio y el nuevo. El desamparo, la sombría sumisión de la vida en el East London, como la hemos visto retratada, no tiene aquí contrapartida; el niño no ha nacido en el arroyo, ni está predestinado por el orden social, ante el que no hay apelación, para morir allí. Tenemos a nuestro Décimo Perdido para llenar la zanja en Potter's Field. Otras tantas ruinas al final, tal vez, pero el comienzo parece más justo en la promesa.

¹⁰² Véase Lewis FRIED (1990). *Makers of the City*, op. cit., p. 15. Sobre el modo en que Riis convertía las noticias en relatos, véanse las declaraciones ya citadas de Steffens al respecto, en supra, n. 6 del cap. 1.

Incluso en los suburbios la doctrina de la libertad ha dejado su huella. A buen seguro, por falta de escolarización para descifrarla adecuadamente, allí la llaman licencia, y el desliz causa problemas. El bravucón y su propósito de recaudar tributo son el resultado. Pero la policía se entiende con él y cuando hay que elegir, se prefiere que el bravucón nazca indigente cualquier día. Uno tiene consigo la semilla de algo, por poco prometedor que parezca; visto a cierta luz puede incluso considerarse un síntoma esperanzador. El otro es un peso muerto. El bravucón no nace: se hace. El punto fundamental es aquel en que puede detenerse la manufactura¹⁰³.

Para Riis en el viejo suburbio nace el pobre; en el americano se fabrica, de ahí que pueda “detenerse la manufactura”. Los rufianes se ven empujados al mal, pero un cambio les permitiría redimirse (el bravucón, leemos, preferiría ser un santo a un pecador). Salta a la vista que tal estimación no está fundada en apreciaciones sociológicas (de ahí que resulte discutible el paso de un punto de vista teológico al sociológico propuesto por Gandal, sin subrayar la dimensión literaria), sino que proviene de las convicciones de Riis y de su experiencia en el trato con los habitantes de los barrios bajos y las personas que contribuyen a su mejora:

El testimonio de todos en quienes ha recaído la tarea de deshacer tanto mal como el que han sufrido [los niños], desde el sacerdote de la escuela parroquial hasta el capellán de la penitenciaría, coincide en este punto, que incluso el bravucón, con toda su desesperación, es débil antes que vicioso. Promete, incluso pretende el bien; es tan completamente sincero en su arrepentimiento como lo fue en su fechoría; pero esto no le impide cometer el mismo mal de nuevo en cuanto queda libre de restricción. Sería antes un santo que un pecador, pero en cierto modo no conserva el *rôle* del santo, mientras que la policía contribuye a perpetuar la memoria de su maldad. A la postre, no es tan diferente del resto de nosotros. Tal vez, con una revisión arrepentida de las oportunidades que ha tenido pudieran formar en nosotros un sentimiento de compañerismo hacia él.

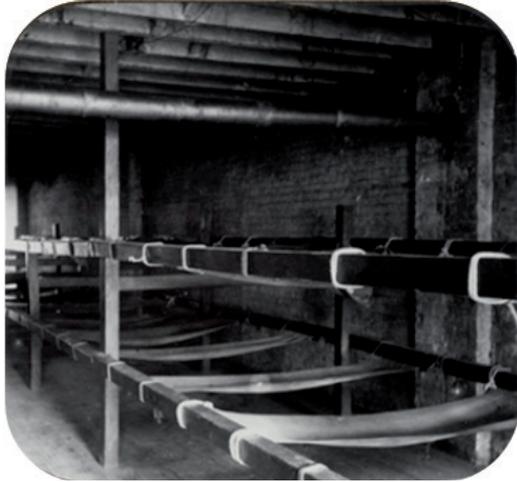
Este sentimiento de compañerismo o empatía, de ponerse en el lugar del otro, es lo que Crane propuso a sus lectores en su relato “An Experiment in Misery”, escrito poco después de la aparición de *Maggie*. En la primera versión, publicada en el *New York Press* en 1894, el cuento comenzaba y

¹⁰³ Véase Jacob A. RIIS (1892). *The Children of the Poor*, op. cit., p. 4.

concluía con la conversación de dos hombres, un joven y un viejo, que se preguntan mientras observan a un vagabundo cómo éste ha de sentirse sin hogar, ni amigos, ni un céntimo en el bolsillo. El viejo contesta: “No puedes decir nada a menos que te encuentres en esa condición tú mismo. Es ocioso especular al respecto desde esta distancia”. A lo que el joven reacciona yendo al estudio de un artista para que lo vista como un vulgar vagabundo y dirigirse así “a comer del modo que los vagabundos comen, y a dormir como los sin techo duermen”. Ambientado, de nuevo, en el Bowery, el joven pernocta en los alojamientos de masas más baratos con licencia legal —los de siete centavos— que Riis describe en su capítulo VIII, “Las casas de huéspedes baratas”, de *Cómo vive la otra mitad*: “Poco después de comenzar su trayecto, al joven se le encogió el corazón, pues de repente, de la oscuridad y de los recónditos lugares del edificio, llegaron a su nariz olores extraños e indescriptibles que lo asaltaron como malignas enfermedades aladas. Parecían provenir de cuerpos humanos hacinados en cuartuchos; exhalaciones de cientos de apestosos labios; vapores de mil antiguas perversiones; expresión de mil miserias presentes”¹⁰⁴. Crane

¹⁰⁴ Véase Stephen CRANE (2010). “Experimento sobre la miseria”, p. 39. En *Historias de Nueva York*, trad. de David Cruz. Córdoba: El Olivo Azul. En la citada edición española, el relato de Crane va encabezado de una fotografía de la Jacob A. Riis Collection del MCNY, *Pell Street. Happy Jack's Canvas Palace – 7 Cents Lodging House* [F.43], que muestra los alojamientos baratos de siete centavos a los que se refiere Crane, y que Riis introduce del siguiente modo: “Un jirón de tela, tensado entre duros tablones de madera, sin cobertor de ninguna clase, hace las veces de lecho para el huésped de siete centavos que prefiere el dudoso confort de una estufa candente cerca del codo al jolgorio de las tabernas clandestinas. No es el lugar más seguro del mundo. Los durmientes inquietos deambulan de vez en cuando, pero no pueden ir muy lejos sin tropezar antes con la siguiente hilera de literas; y la conmoción que sigue es rápidamente silenciada por el jefe y su porra. En las heladas noches de invierno, cuando cada litera tiene su inquilino, yo he estado en una habitación así más de una vez, y escuchando el ronquido de los que dormían como los ruidos regulares de un motor y el lento crujir de las vigas bajo su peso inquieto, me imaginé que estaba en un barco y experimenté las auténticas náuseas del mareo. Lo único que no favorecía aquella percepción ilusoria era el aire, con su carácter inconfundible”. Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 116. Puede consultarse el relato original de “An Experiment in Misery” en Stephen CRANE (2001). *Maggie, a Girl of the Streets and Other New York Writings*, op. cit., pp. 152-164. El fragmento entresacado con su correspondiente grabado basado en dicha fotografía fue publicado como “página de muestra” o *specimen page* [véase F.44] representativa de *Cómo vive la otra mitad* en la publicidad que la editorial introducía al final de *The Children of the Poor* (tanto en su edición original de 1892 como en las sucesivas

F. 43. Jacob Riis, Richard H. Lawrence y Henry G. Piffard (1887-1888). *Pell Street. Happy Jack's Canvas Palace – Seven Cent Lodging House*, diapositiva para linterna mágica (imagen empleada en la edición española para ilustrar el relato de Crane “Experimento sobre la miseria”), según vemos en la página de la derecha. Véase supra, nota 104.



asignaría al mísero ambiente de estos alojamientos en que los sin techo pernoctaban el significado de los sueños de los vagabundos, que el joven protagonista del relato atribuye al lamento de la clase baja:

El sonido, que comenzaba muy agudo y menguaba hasta convertirse en melancólicos gruñidos, expresaba la sórdida y cruenta tragedia de las insoldables posibilidades de los sueños de los hombres. Pero para el joven no eran los simples quejidos de un hombre atravesado por visiones, sino que expresaban el significado de la habitación y de sus ocupantes. Para él eran la protesta del desgraciado que siente el roce de las imperturbables ruedas de granito y que entonces grita con firme elocuencia, con una fuerza que no proviene de él, sino que da voz a la queja de todo un grupo, una clase, un pueblo¹⁰⁵.

reediciones de que fue objeto la obra en años posteriores). Véase Jacob A. RIIS (1892). *The Children of the Poor*, op. cit., p. 302.

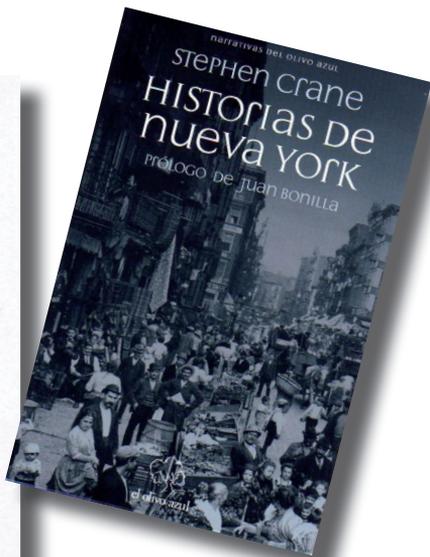
¹⁰⁵ Véase Stephen CRANE (2010). “Experimento sobre la miseria”, op. cit., p. 42. Compárese la cita con la descripción de Riis del ambiente de la habitación de los alojamientos a siete centavos en la nota anterior.

Experimento sobre la miseria



Era de madrugada, y caía una ligera lluvia que hacía que las aceras brillaran con tonos de acero, azules y amarillos bajo los rayos de las innumerables luces. Un joven avanzaba con dificultad, lentamente y sin entusiasmo, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, hacia lugares de la parte baja de la ciudad donde se puede alquilar una cama por unos cuantos peniques. Iba vestido con un traje andrajoso y viejo, y el bombín era una maravillosa corona llena de polvo con el ala destrozada. Se dirigía a comer del modo que los vagabundos comen, y a dormir como los sin techo duermen. Cuando llegó a City Hall Park estaba tan absolutamente cubierto de gritos de «pordiozero» y «vagabundo», junto con otros epítetos soeces que los niños le habían aplicado en ocasiones, que se encontraba en un estado de profundo desaliento. La cambiante lluvia le empapaba la vieja solapa de terciopelo verde del abrigo, y al pegársele el tejido en el cuello sintió que era imposible que hubiese placeres en la vida. Miró a su alrededor en busca de un paria de primer grado con el que compartir miserias. Pero las luces lanzaban un tembloroso resplandor sobre filas e hileras de bancos

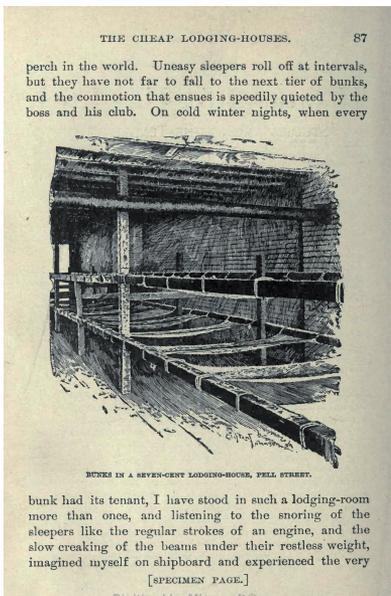
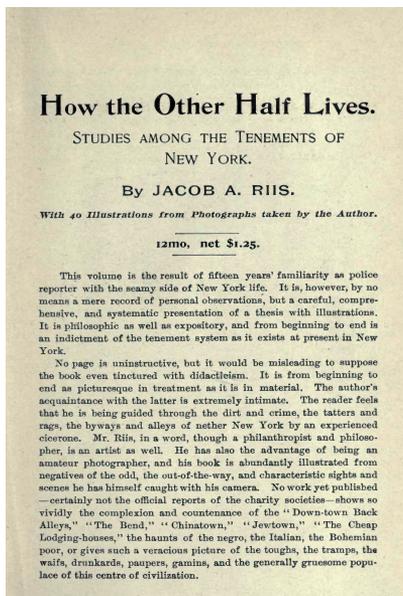
35



Arriba, edición española del relato de Crane “Experimento sobre la miseria”, ilustrado con la diapositiva que vemos en la página de la izquierda.

Abajo, *Seven Cent Lodging House*, fotografía de Riis, Lawrence y Piffard sobre el mismo tema.





F.44. Publicidad de *Cómo vive la otra mitad*, insertada al final de *The Children of the Poor*. La página seleccionada por los editores como muestra del ejemplar (*specimen page*) se corresponde con los alojamientos de siete centavos (imagen de la derecha), lo que aporta una idea del protagonismo que se le dio a este aspecto tratado por Riis.

Véase supra, nota 104.

Con esta idea de la culpa que “una mitad” tiene respecto a la otra acaba el cuento de Crane:

Y en el trasfondo, una multitud de edificios de tonos despiadados y severamente altos, eran para él emblemáticos de una nación que forzaba su real cabeza a través de las nubes, sin mirar jamás hacia abajo; una nación que en la sublimidad de sus aspiraciones ignora a los desgraciados que luchan por sobrevivir a sus pies. [...] Se confesó a sí mismo ser un paria, y sus ojos, bajo el ala caída del sombrero, comenzaron a mirar con culpabilidad, adoptando la expresión criminal que conlleva ciertas convicciones¹⁰⁶.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 47. De modo similar razona Crane en su relato opuesto, “Experimento sobre la riqueza”, en el que el mismo personaje, vestido adecuadamente para la nueva ocasión, visita la casa de un rico y contempla los derroches y la ociosidad de la clase alta:

En su primera versión publicada en prensa, sin embargo, Crane concluiría la historia con el siguiente diálogo:

“Bien”, dijo el amigo, “¿descubriste su punto de vista?”

“No sé si lo hice”, replicó el joven; “pero en cualquier caso creo que el mío ha sufrido una considerable alteración”.

En el tiempo que transcurrió entre la publicación del relato en prensa y su aparición en formato libro, Crane lo revisó y eliminó la conversación de apertura y cierre. Por aquel entonces comentó: “En una historia mía titulada ‘Experimento sobre la miseria’ traté de aclarar que la raíz de la vida en el Bowery es una suerte de cobardía. Quizá una falta de ambición o de disposición a quedar tendido y aceptar la paliza”¹⁰⁷. De la declaración de Crane se desprende que el hombre puede salir del entorno al que aparentemente está condenado si se lo propone; una opinión cercana a la de Riis¹⁰⁸.

“Comenzaba a asombrarse de que estuvieran allí tumbados, somnolientos, charlando sin más responsabilidad aparente que los conejos, cuando ciertamente había hombres, de igual valía quizá, que estaban siendo machacados y aplastados en la agitada vida de los barrios bajos. Y todo esto había ocurrido sin más; una gran mano secreta los había guiado hasta allí y había guiado a otros a un lugar distinto. El eterno misterio de la condición social lo exasperó en aquel instante. Se preguntó si la justicia incomprensible era la hermana de la maldad sin ambages”. El personaje de Crane, esta vez puesto en la piel del rico, no parece comprender su punto de vista, como sí hiciera aparentemente respecto al pobre. Véase Stephen CRANE (2010). “Experimento sobre la riqueza”. En *Historias de Nueva York*, op. cit., p. 53. El relato original puede verse en Stephen CRANE (2001). *Maggie, a Girl of the Streets and Other New York Writings*, op. cit., pp. 165-173.

¹⁰⁷ Véase Stephen CRANE (2001). *Maggie, a Girl of the Streets and Other New York Writings*, op. cit., p. 165.

¹⁰⁸ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 311. Una contundente denuncia de la obscuridad de la pobreza en los *Slum Novelists* (novelistas del suburbio) puede encontrarse en G. K. CHESTERTON (1905). *Heretics*, pp. 276-277. Nueva York: John Lane Company. “Un hombre pobre es un hombre que no tiene mucho dinero. Puede parecer una descripción simple e innecesaria, pero a la vista de la gran cantidad de hechos y ficción moderna, parece en verdad muy necesaria; la mayoría de nuestros realistas y sociólogos hablan del pobre como si fuera un pulpo o un caimán. No hay más necesidad de estudiar la psicología de la pobreza que de estudiar la psicología del mal humor o la psicología de la vanidad o la psicología de los espíritus animales. Un hombre debería saber algo de las emociones de un hombre insultado no por ser insultado sino solo por ser un hombre. Y debería saber algo de las emociones del pobre no por ser pobre, sino solo por ser un hombre.”

Sin embargo, existe una diferencia notable en el estilo de estos autores, más allá de la similitud de los pasajes citados. La obra de Crane no responde, como la de Riis, a la necesidad de orquestar una respuesta colectiva para solucionar el problema de los barrios bajos: es un producto del naturalismo salvaje de principio a fin, ligado en todo caso a la experiencia del autor en el mundo de la prensa, que convertía la ciudad con sus habitantes del suburbio en un tema adecuado para el estudio literario, cuando la novela de finales del siglo XIX todavía se consideraba un mero entretenimiento. En Riis, en cambio, este naturalismo se manifiesta de manera selectiva en algunos pasajes; no impregna toda su obra, la cual, aunque comparte técnicas narrativas propias de la escritura de ficción, responde, en primera instancia, a una voluntad de denuncia con pretensiones de reforma.

Con todo, podemos convenir en que existe cierta simbiosis entre los trabajos periodísticos de Jacob Riis y novelas naturalistas como *Maggie*, que denuncian problemas generados por el urbanismo en las grandes ciudades con argumentos basados en el respeto por los hechos¹⁰⁹. Ana María Fraile atribuye el interés actual en la obra de Riis precisamente a la coincidencia de la excelente documentación del contexto de los barrios bajos que lleva a cabo Riis con el *background* de la literatura de la época: “Aunque *Cómo vive la otra mitad* es producto, al igual que su autor, de un momento concreto en la historia de los Estados Unidos, la obra de Riis permanece siendo de interés para el lector actual. No solo porque constituye un documento esencial en el estudio de la situación social, política y económica de finales del siglo XIX y principios del XX, sino porque documenta excelentemente el trasfondo de muchas de las obras literarias del momento”, algunas de las cuales, como *Maggie*, “prepararon el camino para el movimiento *muckraker*”, según palabras de Gullason¹¹⁰. Por otra parte, tal y como hemos visto, ambos autores,

¹⁰⁹ Riis comentaría en *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 295: “No he querido sino enumerar secamente unos pocos hechos. No necesitan más comentarios”. Los hechos, por tanto, hablarían por sí solos, y lo que había que hacer era denunciarlos o, como harían los *muckrakers*, sacarlos a la luz con el rastrillo.

¹¹⁰ Véase Ana M^a FRAILE MARCOS (2001). “Introducción”, p. 39. En *Cómo vive la otra mitad*. León: Taller de Estudios Norteamericanos. La autora añade: “Así, el género de ficción sentimental y moralista situado en el Lower East Side que alcanza popularidad a mediados de la década de 1890 está influido en gran medida por *Cómo vive la otra mitad*”. Fraile cita *Maggie* de Crane y las novelas de Edward W. Townsend. Esta edición española de *Cómo vive la otra mitad* es un extracto de diferentes fragmentos presentados en versión

en el marco de las teorías de Darwin y Spencer, sin necesidad de comulgar con el dogma de la supervivencia social, comparten la convicción de que es el lugar el que determina el futuro de las personas, de lo que se desprende que, para salir de la pobreza, el individuo necesita un hogar para vivir.

3.5. El periodismo reformista *muckraker*

En principio, podemos convenir en que una denominación más atinada a la hora de referirnos tanto a la obra como a la figura de Jacob Riis sería la de *muckraker*, puesto que de sus trabajos se desprende “una experiencia personal, una preocupación moral sobre los factores sociales operantes, una actitud positiva hacia los trabajadores” y, en especial, el hecho de que todo ha de ser “puntillosamente observado e indubitablemente demostrado”¹¹¹. En otras palabras, más allá de la opinión, la denuncia ha de llevarse a cabo mediante un análisis inequívoco, bien sea a través de fotografías, estadísticas o cualquier otro documento que verifique el tema investigado. Todos estos complementos a la obra principal deben haber sido obtenidos por el propio periodista en su “trabajo de campo”. No basta con consultar fuentes bibliográficas; el periodista ha de ser testigo de los hechos, documentarse y publicar el alcance de la investigación. Este último aspecto sería compartido por la práctica narrativa de los suburbios con color urbano local que, en palabras de Stephanie Foote, confía “en la habilidad de un narrador para ocupar la posición gemela de participante y observador”¹¹². En este sentido, cabe preguntarse de dónde proviene el término *muckraker*.

Muckraker es una expresión que utilizó por primera vez el presidente Theodore Roosevelt en un discurso para hacer referencia a los periodistas que sacaban a la luz todo aquello que estaba oculto. Literalmente significa “rastrilladores de porquería” o “escarbadores de basura”, es decir, los que remueven la suciedad, aunque la historia los ha consagrado de una manera

bilingüe. Sobre las declaraciones de Thomas A. Gullason, véase el prefacio (p. xi) a Stephen CRANE (1979). *Maggie: A Girl of the Streets*, op. cit.

¹¹¹ Véase la Introducción de Alfonso Sabán Godoy a Lincoln STEFFENS (1993). *La vergüenza de las ciudades*, p. 22. León: Taller de Estudios Norteamericanos.

¹¹² Véase Stephanie FOOTE (2001). *Regional Fictions*, op. cit., p. 125.

más suave como “periodistas de denuncia”. Roosevelt tomó prestado el término de *El progreso del peregrino* (*The Pilgrim's Progress*), de John Bunyan¹¹³. En su discurso, titulado “The Man with the Muckrake”, publicado por vez primera el 15 de abril de 1906 en el *New York Tribune*, hizo referencia a un pasaje del libro:

En el *El progreso del peregrino* de Bunyan recordaréis la descripción del hombre con el rastrillo [*muck-rake*], que no sabe hacer otra cosa que mirar al suelo con el rastrillo en las manos; que le ofrecen la corona celestial por su rastrillo; pero no levanta la vista ni mira a la corona que le ofrecen, sino que sigue rascando la suciedad del suelo. En *El progreso del peregrino* se pone al hombre con el rastrillo como ejemplo de aquél cuya visión se fija en las cosas carnales en lugar de las espirituales. Sin embargo, también tipifica al hombre que en esta vida se niega insistentemente a ver nada que sea superior y fija su mirada con solemne insistencia solo en lo vil y corruptor. Ahora bien, es muy necesario que no nos resistamos a ver lo que es vil y corruptor. Hay suciedad en el suelo y debe ser rascada con el rastrillo; y hay tiempos y lugares en que este servicio es el más necesario de cuantos puedan realizarse. Pero el hombre que nunca hace nada más, que nunca piensa, habla o escribe, salvo de sus hazañas con el rastrillo, se convierte rápidamente no en una ayuda a la sociedad ni una incitación al bien, sino en una de las más potentes fuerzas del mal¹¹⁴.

En realidad, el propio Roosevelt admite en el discurso que modifica el significado de la expresión, ya que en la obra de Bunyan el rastrillador está connotado negativamente, tal como se desprende de la siguiente lectura del pasaje original:

El Intérprete los llevó aparte y los condujo, en primer lugar, a una habitación donde había un hombre que solo podía mirar hacia abajo, con un rastrillo en la mano. Otro llevaba en la cabeza una corona celestial y le proponía al primero cambiar la corona por el rastrillo, pero aquél no

¹¹³ *El progreso del peregrino* es uno de los libros canónicos del puritanismo inglés, el más leído después de la Biblia en el mundo protestante anglosajón. Originalmente escrito en 1678, narra en forma alegórica los sufrimientos de Cristiano en este mundo durante su viaje hacia la ciudad celestial. Véase John BUNYAN (2003). *El progreso del peregrino*, trad. y ed. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra. Madrid: Cátedra.

¹¹⁴ Véase Theodore ROOSEVELT (2001). “The Man with the Muckrake”, pp. 58-59. En Arthur y Lila WEINBERG (eds.), *The Muckrakers*. Chicago: University of Illinois Press.

alzaba la vista ni lo tenía en cuenta, sino que rastrillaba la paja, las astillas y el polvo del suelo.

Entonces dijo Cristiana: Estoy segura de que conozco el significado de esto, pues es una figuración del hombre en este mundo, ¿no es así, buen señor?

Intérprete. Has dicho la verdad, y su rastrillo muestra su índole carnal. Mientras lo veas prestar más atención a rastrillar pajas, astillas y el polvo del suelo que a lo que le dice quien llama desde lo alto con la corona celestial en la mano, piensa que el cielo es una fábula para algunos que solo consideran sustanciales las cosas mundanas. Con ello se te muestra también que el hombre no puede mirar sino hacia abajo, para que sepas que las cosas terrenales, cuando prevalecen en la conciencia de los hombres, apartan sus corazones de Dios¹¹⁵.

Tras el discurso de Roosevelt, el *muckraker* pasaría a ser el periodista benefactor de la sociedad, aquél que da a conocer al público las disfunciones del sistema con el objetivo de generar una respuesta que las enmiende. Desprovisto del fundamento teológico de las palabras de Bunyan, por tanto, el periodista y/o reformador social habría de apelar a los valores cristianos que hallaban refugio en la literatura (como ocurría, para Riis, con los versos de Lowell), prestar un servicio a la comunidad con tal de avivar el progreso, lo que indicaba que la secularización del puritanismo no era completa, o que la literatura americana, en la que, como hemos visto, se inscribe la obra de Riis, no se había desprendido o desentendido de su carácter original.

Con este trasfondo histórico-literario se entiende que el movimiento *muck* sea considerado la antesala del periodismo de investigación. El comienzo de esta tendencia viene asociado al auge de la prensa de masas, a la época del *new journalism** y a la irrupción del amarillismo. Al respecto, autores como Gloria García han apuntado que el movimiento no es sino la consecuencia del periodismo practicado por Pulitzer en el *New York World*, quien “había acometido desde el comienzo de su andadura en el *World* infinidad de denuncias contra la explotación en las fábricas, las vejaciones sufridas por las mujeres inmigrantes o la miseria de los suburbios, siempre bajo la forma del reportaje, haciendo de la denuncia una ‘buena historia’ cargada

¹¹⁵ Véase John BUNYAN (2003). *El progreso del peregrino*, op. cit., pp. 229-230.

de emoción”¹¹⁶. Si bien es cierto que ambas corrientes coinciden en el tiempo, hay que diferenciar una práctica periodística de otra, según advierte la autora norteamericana Ann Bausum: “Lo *muckraker* frecuentemente se confunde con el periodismo amarillo, un género que se desarrolló durante la segunda mitad de siglo XIX. Ambas formas de reporterismo reclamaban la atención pública con noticias de impacto. Pero los dos estilos difieren en una cuestión clave: lo *muckraker* depende de los hechos; el periodismo amarillo exagera. Sus historias [las del amarillismo] se centran en lo truculento, en noticias basadas en crímenes y otros titulares sensacionalistas que vendían periódicos”¹¹⁷.

El periodismo *muckraker*, por tanto, es una de las vertientes de la *penny press**, asequible al ciudadano de a pie, que se hacía eco de noticias de carácter “más humano”, comprometida con labores sociales en defensa de la mujer, el niño, el trabajador y el inmigrante. Respecto a los temas, se trataba de apostar por una serie de derechos, entre los que figuraban el acceso a una vivienda digna, los servicios médicos para los inmigrantes y la prohibición del trabajo infantil. La justicia social implicaba además dar un duro golpe a la corrupción política y mercantil y a la falta de reglamentación en diversas cuestiones de vital importancia¹¹⁸. Respecto a la primera opción, uno de los

¹¹⁶ Véase Gloria GARCÍA GONZÁLEZ (1999). “La conformación de la moderna prensa informativa (1848-1914)”, p. 94. En J. L. GÓMEZ MOMPART y E. MARTIN OTTO (eds.), *Historia del periodismo universal*. Madrid: Síntesis. Al respecto, véase también el libro de referencia M. EMERY y E. EMERY (1978). *The Press and America. An Interpretative History of the Mass Media*, p. 177 y ss. Englewoods Cliffs, NJ: Prentice Hall.

¹¹⁷ Véase Ann BAUSUM (2007). *Muckrakers: how Ida Tarbell, Upton Sinclair and Lincoln Steffens helped expose scandal, inspire reform, and invent investigative journalism*, p. 24. Washington, D. C.: National Geographic.

¹¹⁸ No hay que perder de vista cuál era la situación histórica del momento en los Estados Unidos. A finales del siglo XIX y principios del XX, la revolución industrial propició diferentes maneras de hacer dinero que desembocaron en un crecimiento abismal de la gran empresa. “Muchas fortunas carecieron del sentido de la responsabilidad”, lo que se tradujo en una distribución desigual de la riqueza. Según, Eliot, Steele y Leuchtenburg, se hizo necesaria una nueva ética social en la que el pueblo debía ser educado: “Los Estados Unidos [...] permitían la explotación de mujeres y niños, descuidaban a los viejos, a los inútiles y a los incapacitados; depresiones cíclicas sumían en la necesidad a millones de seres humanos. [...] En las grandes ciudades, los barrios bajos aumentaban. [...] La corrupción había envenenado el organismo político. Contra estos males acumulados brotó una protesta, a voz en cuello, que exigía la extensión del poder del

golpes lo propinó la serie de artículos del colega de Jacob Riis en la oficina de prensa de Mulberry Bend, Lincoln Steffens, titulada *La vergüenza de las ciudades* (*The Shame of the Cities*), en la que el periodista se dedicó a destapar, entre otros, la estructura caciquil de sobornos y corrupción municipal del Comité Ejecutivo del Partido Demócrata en Nueva York, conocido como Tammany Hall: “*La Vergüenza* sugiere que los *muckrakers* formaban parte de una especie de Gran Despertar laico, pues con imágenes tomadas del evangelio protestante, los periodistas trataban de hacer que el país despertara a una conciencia de culpa”¹¹⁹. Ésta es quizá la característica que fecha el origen de este movimiento en 1902 y que señala a Lincoln Steffens como su abanderado¹²⁰. En octubre de ese año Steffens publicó un artículo en el *McClure's*, “Días de Tweed en St. Louis”, que inauguraría la cadena de escritos sobre la corrupción de diferentes gobiernos municipales, entre ellos St. Louis, Pittsburg, Minneapolis y Nueva York¹²¹.

gobierno sobre la industria, las finanzas, los transportes, la agricultura, los sindicatos y aun la moral, protesta que dio a estos tiempos el nombre de *época progresista*”. Véase Samuel Eliot MORISON, et al. (1993). “La época progresista (1890-1916)”, p. 613. En *Breve historia de los Estados Unidos*, op. cit.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 618.

¹²⁰ Los historiadores suelen fechar la actividad del movimiento *muck* entre 1902 y 1913, aunque no existe consenso académico sobre si puede considerarse a Steffens el primer *muckraker*. Bausum afirma al respecto: “Ni Lincoln Steffens ni ninguno de sus colegas al comienzo del siglo XX puede reivindicar ser el primer *muckraker*. Periódicos y revistas han alertado a los lectores sobre la corrupción y las malas prácticas casi desde sus primeros años de publicación”. Véase Ann BAUSUM (2007). *Muckrakers*, op. cit., p. 23. A Steffens se le ha acusado de arrogarse tal condición. Sin embargo, en su autobiografía contesta a quienes lo etiquetan como tal: “Yo no fui el *muckraker* original. Los profetas del Antiguo Testamento habían ido por delante de mí y —saltando en el tiempo— también los escritores, editores y periodistas (incluido yo mismo) de la década de 1890 [como Jacob Riis] que descubrían faltas en ‘las cosas tal como son’ del período pre-*muckraker*. [...] Mi contribución a la historia no sería un escrito ni una disertación filosófica, sino un relato, una confesión de inocencia. No pretendía ser un *muckraker*; no sabía que lo fuera hasta que el presidente Roosevelt escogió el nombre de *El progreso del peregrino* de Bunyan y nos lo puso a todos; ni siquiera entonces dijo que se refiriera a mí. Eran días inocentes; éramos tipos inocentes, pero sin duda, todos los movimientos, para bien o para mal, tienen intenciones tan inocentes como el nuestro”. Véase Lincoln STEFFENS (2005). *The Autobiography of Lincoln Steffens*, op. cit., p. 357.

¹²¹ “Días de Tweed en St. Louis” fue el embrión de “La desvergüenza de St. Louis”, que junto con “Filadelfia: corrompida y contenta”, “Pittsburg, una ciudad de vergüenza”, entre otros muchos reportajes, compuso la serie *La vergüenza de las ciudades*. En la

Respecto a su denuncia de la política local neoyorquina, en sus textos el autor hablaría, como Riis, de la necesidad de un nuevo ayuntamiento para que la ciudad prosperara, cuyo alcalde no aceptara sobornos y manejara correctamente el dinero del contribuyente. Steffens, junto a otros *muckrakers*, apostó por el plan de Chicago, que otorgaba los poderes a un consejo de regidores que representaba directamente al pueblo y que se renovaba cada año, con el fin de evitar que el poder radicara en una única persona. Al igual que Riis, Steffens creía que, para que la ciudad saliera adelante, había que votar honestamente, y para que la gente ejerciera el voto sin intimidaciones, las malas prácticas de Tammany Hall debían ser desveladas:

Tammany es honestamente deshonesto. Una y otra vez, en privado y en público, los líderes, grandes y pequeños, han dicho que están allí para bien propio; no para el pueblo, sino para “mí y para mis amigos”; no para Nueva York, sino para Tammany. [...] Tammany es corrupción de mutuo acuerdo; se trata de un mal gobierno que se funda en el sufragio del pueblo. [...] La corrupción de Tammany es democrática. [...] Dividida en distritos, la organización se subdivide en barrios o vecindarios, y su poder soberano se compra, en forma de votos, con la amabilidad y la concesión de privilegios mezquinos. [...] Dicen palabras agradables, regalan sonrisas amables, saludan a los bebés, ofrecen días de campo río arriba o en el canal, o bien dan una palmada en la espalda; otorgan empleos, la mayoría de ellos a costa del ayuntamiento, pero también cuentan con puestos de periódicos, privilegios de poca monta, encarcelamientos bajo cargos falsos y demás negocios y favores para distribuir; permiten que se viole la ley y, si un hombre la quebranta sin permiso, lo llevan a los tribunales. [...] Los líderes de Tammany son, frecuentemente, los líderes naturales de estos distritos, y por lo general, son amables y de buen temperamento. [...] Pero pronto traicionan a su pueblo... A medida que se enriquecen y se vuelven poderosos, apartan su atención de la caridad y no solo recaudan en sus salones o en sus propiedades de alquiler —dinero en efectivo para su “bondad”—; no solo arruinan a padres e hijos y originan los problemas que

ciudad de Minneapolis, Steffens logró enaltecer la práctica del periodismo de investigación *muckraker* al conseguir acceder al libro mayor en el que figuraban importantes personalidades del mundo de la política y de otras disciplinas que formaban parte de una red de sobornos. En dicho libro se especificaban las sumas de dinero recibidas por cada persona y los privilegios obtenidos a cambio. Steffens fotografió las páginas del documento y publicó la lista de nombres. De nuevo, la cámara fue una herramienta indispensable para el desarrollo de su trabajo. Las fotografías que Steffens tomó resultaron ser la prueba irrefutable de que lo que destapaba era cierto.

habían ayudado a solucionar; también sacrifican a los niños en las escuelas; dejan que el Departamento de Salud descuide sus inmuebles, y lo que es aún peor, introducen vicios en el vecindario y en los hogares de los pobres¹²².

La teoría de Steffens era que, por norma general, el privilegio controlaba la política municipal de algunas de las ciudades más importantes de los Estados Unidos. *La vergüenza de las ciudades* cautivó a la opinión pública hasta cotas insospechadas. No era la primera vez que se publicaban escándalos en la prensa, pero sí la primera en la que los lectores se mostraron más ávidos de leerlos, quizá por el considerable abaratamiento de la que —gracias a las innovaciones tecnológicas en impresión e inserción de publicidad— fue objeto la prensa diaria (la cifra pasó de 30 a 15 centavos aproximadamente). El pueblo americano quería saber en manos de quién se encontraban sus ayuntamientos. Los electores comenzaron a cuestionarse ciertos valores que tenían asumidos a la hora de elegir a sus votantes: “Fundamentalmente había una creencia profundamente arraigada, heredada del periodo jacksoniano, de que cualquier hombre honrado podía desempeñar cualquier cargo, y el temor de una burocracia permanente, que mantenía al experto fuera de la política. Así, los incompetentes rebajaron tanto el prestigio del cargo que los caballeros no se metían en política” y los gobiernos municipales acabaron en manos de gente inexperta que pronto se corrompió por el poder¹²³. Steffens

¹²² Véase Lincoln STEFFENS (1993). *La vergüenza de las ciudades*, op. cit., pp. 49-55. Para Steffens y Riis la cuestión de fondo era la misma. Ambos coincidían en la necesidad de votar inteligentemente, en que los necesitados eran maltratados y se les vendía una fachada falsa en época de elecciones. La miseria, por tanto, ponía en peligro la libertad. La nación debía prestar atención a las súplicas de los más débiles; había de iniciarse una nueva lucha (la batalla de los barrios bajos). (Véase supra, nota 2 del presente capítulo.) ¿Cómo se podían combatir los intereses económicos del actual poder político y la apatía del pueblo? Riis, como Steffens, creía que solo había una manera de desbancar al gobierno corrupto: hacer efectiva la democracia enseñando a las generaciones futuras a votar. Por eso la educación del niño en las escuelas y un buen ambiente en el hogar eran la piedra de toque: “No podéis dejar que los hombres vivan como cerdos cuando vosotros necesitáis sus votos de hombres libres; no es digno. No podéis robar a un niño su infancia, su hogar, su juego, su libertad de trabajo y confiar en que podáis apelar a la humana condición del votante adulto. Los niños son nuestro porvenir, y como los formemos nos tratarán”. Véase Jacob A. RIIS. “Introducción a *La batalla de los barrios bajos*”, p. 521. En Daniel J. BOORSTIN (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, op. cit.

¹²³ Véase Samuel Eliot MORISON, et al. (1993). “La época progresista (1890-1916)”. En *Breve historia de los Estados Unidos*, op. cit., p. 613.

dio al traste con esa creencia inicial e hizo que aumentara la confianza del pueblo americano en sus gobernantes locales. Tomó partido por políticos cualificados, y ayudó a que personas como Joseph Folk, en Missouri, o Robert La Follete, en Wisconsin, ganaran las elecciones.

Pero Steffens no fue el único. Otra serie de artículos políticos importantes, “The Treason of the Senate”, de David Graham Phillips¹²⁴, tuvo consecuencias posteriores serias, como la elaboración de la enmienda XVII de la Constitución norteamericana a propósito del sistema de elección directa de los senadores, que además inspiró el discurso de 1906 de Roosevelt en el que consagró el término *muckraker*. Con independencia de dejar traslucir o no en sus escritos postura ideológica alguna, estos periodistas pusieron en práctica un método de análisis riguroso que afectó, más allá del movimiento, a todo el sistema social vinculado con los medios de comunicación por el modo en que la opinión pública se construye desde entonces en las sociedades democráticas.

En estas circunstancias, Jacob Riis no podía quedarse fuera, siendo uno de los precursores de la reforma humanitaria, otro de los campos que los *muckrakers* se encargaron de rastrillar a fondo y que estuvo íntimamente ligado al progresismo en política. Más allá de sus libros, al igual que los trabajos de Steffens y Phillips, Riis escribió series de artículos en prensa que forzaron la acción gubernamental. En especial, destacan tres problemas de salud pública de los que dio cuenta en sucesivos artículos publicados en años consecutivos (1891, 1892 y 1893), que contaron con un trabajo de campo previo exhaustivo y con la captación y publicación de fotografías (o de grabados basados en sus fotografías), las cuales corroboraban su investigación. En ellos, Riis comunicó el riesgo de propagación de epidemias que existía para la población¹²⁵.

¹²⁴ Phillips llevó a cabo un repaso de los senadores que no hacían justicia a sus electores y que tomaban partido por lo que podía engrosar sus bolsillos. Así, Depew fue destituido en Nueva York y, Aldrich en Rhode Island. Las mujeres también cultivaron este campo del periodismo: Ida M. Tarbell, redactora del *McClure's Magazine*, publicó una serie de artículos sobre la Standard Oil que destapaba el modo irregular en que la compañía petrolífera, con Rockefeller a la cabeza, había amasado sus riquezas; la serie promovió reformas *antitrust*.

¹²⁵ Según Carolina Moreno, “se acepta que la comunicación de riesgos es aquella que provee de información sobre los riesgos a los que los ciudadanos están expuestos” con el fin de minimizarlos o tomar medidas para evitarlos. Si bien autores como Bruna De-Mar-

El primero de ellos versó sobre la contaminación del Croton Reservoir, el embalse que suministraba agua a la ciudad de Nueva York. En “Some Things We Drink”, aparecido en el *New York Evening Sun* el 21 de agosto de 1891, Riis informó de cómo los mataderos de pollos, retretes de casas, establos, vertederos públicos y una fábrica que tiraba al río leche de vaca infectada con tuberculosis, contaminaban el agua con nitritos asociados a la propagación del cólera. En sus crónicas, el autor relataba sus incursiones con el Health Department en busca de pruebas científicas que corroboraran el riesgo y proponía soluciones al problema:

La inspección comenzó realmente cuatro millas más abajo, en Golden’s Bridge, pero no produjo nada de interés hasta que alcanzó la horquilla en el río, al llegar a un establo ilegal situado en la orilla, y a Purdy’s, donde un puente cruza el río, con dos enormes basureros en la orilla, y justo detrás, dos montones de estiércol (con de cinco a doce cargamentos de bosta). En Purdy’s está la fábrica de leche condensada, una filial del establecimiento mayor en Brewsters, que el presidente Wilson, del Health Department, amenazó con cerrar confiscando toda su producción la primavera pasada, cuando produjo leche de un rebaño enfermo de tuberculosis. [...] Estaban lavando cuando el *Evening Sun* llegó al arroyo. El agua que corría tenía el color de una suciedad muy densa a más de trescientos pies por debajo de la fábrica. Más allá, un perro y un hombre nadaban en el río. Salieron antes de que la cámara pudiera retratarlos. [...] No dejarán de tener interés los detalles para aquellos que quieren saber lo que bebe la gente en Nueva York, mientras nos jactamos de que nuestra agua es tan buena como nuestra policía. [...] ¿Y qué hay de todo ello? ¿Dónde está el remedio? Queda por ver lo que los inspectores sobre el terreno pueden sugerir. Claramente hay que recurrir a uno de estos dos remedios, a menos que las aguas del Addi-

chi fechan el origen de la “comunicación del riesgo” a finales de los años sesenta del siglo XX como iniciativa de expertos y políticos para favorecer entre el público la aceptación de los adelantos tecnológicos, hoy en día esta práctica abarca la difusión de fenómenos de diversa índole —desde las catástrofes naturales hasta las epidemias o la seguridad alimentaria— que pueden ser comunicados por un gran abanico de actores sociales (periodistas, asociaciones ciudadanas, etc.). Con esta perspectiva, podemos considerar que la práctica *muckraker* de Riis linda con este tipo de actividad comunicativa, en la medida en que, tras informar al Health Department de la ciudad de Nueva York y a los responsables políticos del problema, ejerció un periodismo de presión encaminado a poner en marcha medidas inmediatas que solucionarían las amenazas de tífus y cólera que, a su juicio, estaban poniendo en riesgo la salud pública. Véase Carolina MORENO CASTRO (ed.) (2009). *Comunicar los riesgos. Ciencia y tecnología en la sociedad de la información*, p. 16. Madrid: Biblioteca Nueva.

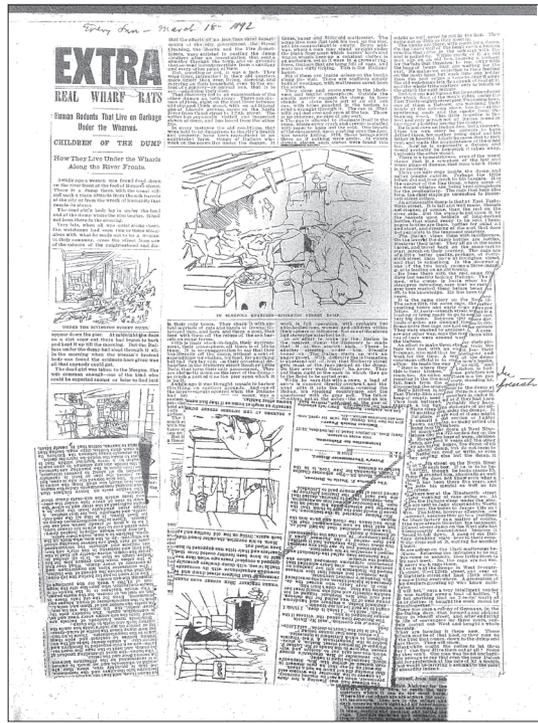


F. 45. Jacob Riis: *Chicken Killeries and Hotel Outhouses on Shore of Lake Mahopac* (1891) / JRP, Library of Congress, Container 12.

rondack entren en el sistema como se ha sugerido, aunque ello extendería indefinidamente el suministro no supervisado: [...] deben de proporcionarse medios adecuados para apartar las aguas residuales del distrito de las corrientes que forman su curso natural o la ciudad debe comprar una franja de unas 300 yardas a cada lado de las corrientes para ejercer un pleno control. [...] Mientras tanto, mucho puede hacerse supervisando la cuenca con un cuerpo completo de inspectores cuyo deber será examinar el agua de cada laguna y corriente todas las semanas, tal como los doctores Martín y Beebe han hecho esta semana. [...] Dos hechos resultan claros: las normas y esfuerzos de las autoridades del Estado y la ciudad para mantener la pureza del agua del Croton son, tal y como están las cosas, inadecuados, inútiles. Nadie lo observa y a nadie le importa. Los oficiales del Health Department, tras haber leído esta historia emitieron una declaración diciendo que el departamento adoptará acciones para eliminar las cuestiones objetables¹²⁶.

¹²⁶ Véase Jacob A. Riis (1891). "Some Things We Drink". En *New York Evening Sun*, 21 de agosto de 1891, JRP, Library of Congress, Container 12.

Los diversos artículos que escribió durante dos semanas sobre el tema, dando cuenta de sus inspecciones y de las del departamento de salud, con sus correspondientes imágenes¹²⁷, provocaron una protesta política que desencadenó el invierno siguiente la compra por parte de la ciudad de los terrenos adyacentes al río Croton para proteger el agua, una de las dos medidas que Riis recomendó adoptar.



F.46. Primera página del artículo de Riis “Real Wharf Rats” (1892), con grabados basados en sus fotografías. / JRP, Library of Congress.

El segundo de sus textos que podemos considerar *muckrakers*, “Real Wharf Rats”, publicado también en el *New York Evening Sun*, el 18 de marzo de 1892 [véase F.46], advertía de que, a pesar de las prohibiciones municipales, seguía habiendo ropavejeros que vivían en los vertederos de la ciudad, donde recogían huesos, latas de estaño, cristales y otros objetos, como ropa usada, que no lavaban antes de revenderla, lo que desató el miedo a otra posible epidemia de cólera que fue evitada gracias a las nuevas medidas que tomó el Health Department de Nueva York. Para denunciar este hecho, Riis inspeccionó los dieciséis basureros existente en la ciudad ubicados cerca de corrientes de agua y tomó fotografías de cinco de ellos en las que se evidenciaba que

¹²⁷ Riis pegó once fotografías impresas sobre el tema junto a la crónica de “Some Things We Drink” en su *Scrapbook*, entre ellas *Chicken Killeries and Hotel Outhouses on Shore of Lake Mahopac* (1891) [véase F.45]. Actualmente es el único registro visual que se conserva, dado que los negativos de estas fotografías se han perdido.



F. 47. Jacob Riis: *Among the Offal at West 47th Street* (1892). / CAW Print, MCNY.

se estaba poniendo en riesgo la salud pública, como muestra *Among the Offal at West 47th Street* (1892), que capta a un hombre escarbando entre montones de desechos [véase F.47].

El tercero, “A Municipal Lodging House”, verá la luz en 1893 en el *New York Tribune*, y supuso la culminación de una serie en la que denunciaba las malas condiciones en que se encontraban los refugios nocturnos para los sin techo ubicados en los sótanos de las comisarías (los ya citados asilos policiales), donde la gente dormitaba en el suelo; según Riis, eran el principal foco de propagación del tífus¹²⁸. Entre 1891 y 1892 Riis recorrió con su cámara nueve de estos lugares, a los que se refería como “una parodia de la caridad municipal”. Su trabajo dio lugar a la serie fotográfica más nume-

¹²⁸ Los tres artículos mencionados están disponibles en los JRP, Library of Congress, Container 12.

rosa de toda su carrera, y de la que forman parte algunas de sus imágenes más conocidas, como *A Scrub and Her Bed—The Plank, Eldridge Street Station* (1892), que retrata a una *scrub** —designación que recibían las vagabundas que trabajaban para los judíos ortodoxos durante el Sabbath—, junto al tablón que le sirve de cama [véase F.48]. Por su parte, *Waiting to Be Let in the Mulberry Street Station* (1892) [F.49], una de las instantáneas más impresionantes de Riis, mostraba a una multitud de hombres y mujeres entumecidos por el frío (la única con personas de ambos sexos), esperando en las escaleras del asilo de Mulberry a que los dejaran entrar. En el contexto de su denuncia del tifus, *The Single Typhus Lodger in Eldridge Street Station* (1892) [F.50] asumiría un valor central en la narración de Riis al ofrecer a los lectores la primera víctima de la enfermedad postrada en el suelo de Eldridge Street Station, lo que confirmaba el foco de la epidemia. En su autobiografía recuerda al respecto:

La fiebre tifoidea azotó a la ciudad en el invierno de 1891-92. Lo extraordinario fue que no se concentrara desde el primer momento en los alojamientos. Allí yacían todos ellos, jóvenes y viejos, vagabundos empedernidos y jóvenes abandonados, de mentes y almas blandas como la cera para que toda esa inmundicia se grabara en ellas, durmiendo sobre los pisos de piedra o sobre tablones. [...] El tifus es una de las enfermedades que proliferan en la mugre, y de todas ellas la más temible. Si lograrse hacer pie en uno de esos tugurios habría un buen motivo de temor. Redacté una protesta, conseguí que la firmaran los representantes de las sociedades unidas de beneficencia —algunos de los cuales lo hicieron después de encogerse de hombros— y la llevé a la Comisión de Salud Pública. Ellos conocían el peligro mejor que yo. Acaso pensaran, como mis colegas del periodismo, que a mí solo me interesaba el aspecto sensacionalista, porque yo exploté el hecho como primicia, lo que era natural. Nosotros estábamos empeñados en una lucha, y si yo podía estimular a los muchachos hasta el punto de conseguir que realizaran sus propias campañas a fin de hacer mejor las cosas, ya hubiera sido un pequeño triunfo. Pero no aceptaron la sugerencia. Se limitaron a denunciar la “traición”. Les advertí que habría dificultades con los alojamientos policiales, y en el plazo de once meses la profecía se cumplió. El tifus brotó justamente allí. La noche después de recibirse la noticia llevé mi máquina y el magnesio y anduve de recorrida por todos esos cuchitriles, fotografiándolos a todos ellos y a sus ocupantes. Con los negativos hice diapositivas para linterna mágica, y con ellas llamé a las puertas de la Academia de Medicina, exigiendo que se



F. 48. Jacob Riis: *A Scrub and Her Bed — The Plank, Eldridge Street Station* (1892).
/ CAW Print, MCNY.



F.49. Jacob Riis: *Waiting to Be Let in the Mulberry Street Station* (1892). /
CAW Print, MCNY.



F.50. Jacob Riis: *The Single Typhus Lodger in Eldridge Street Station* (1892). / CAW Print, MCNY.

me permitiese entrar. Ése era el lugar para tratar el tema, pensaba yo, pues los facultativos conocían el verdadero grado del peligro que estábamos enfrentando [...]. Me dejaron entrar, y los sucesos de esa noche dieron un gran impulso a la causa por la decencia¹²⁹.

El objetivo de esta serie de artículos, alcanzado en buena medida, fue el cierre de estos lugares y el cumplimiento de una ley que figuraba en los libros de ordenanzas desde hacía años, que permitía a las autoridades de la ciudad establecer alojamientos decentes, es decir, poner en práctica el Plan de Boston, que proveía a los vagabundos de una cama limpia, ducha y comida a cambio de una mañana de trabajo.

Éstos son algunos ejemplos de los muchos artículos que podríamos considerar manifestaciones del periodismo *muck*, sin olvidar que tanto *Cómo vive la otra mitad* como *The Children of the Poor*, antes de convertirse en libros, apare-

¹²⁹ Véase Jacob A. RIIS (1965). *La formación de un americano*, op. cit., pp. 185-186.

cieron publicados con el mismo título en el *Scribner's Magazine* en diciembre de 1889 y mayo de 1892, respectivamente, en forma de artículo, anunciando la estructura de las futuras obras [véase F.51].

Por otra parte, hay que recordar que *Cómo vive la otra mitad* también incluía planos intercalados de las plantas de las viviendas que denunciaba, así como de la evolución que habían padecido los *tenements* neoyorquinos, o de las plantas de las nuevas viviendas modelo (como las de los edificios Riverside diseñados por A.T. White de F.52), que Riis describe como “el *beau ideal* de las casa de vecindad” para los inquilinos con pocos recursos, las cuales suponían además una alternativa rentable al patrón de negocio estándar:

Su mérito principal es que reúne trescientos hogares auténticos, no simplemente trescientas familias, bajo un mismo techo. Tres inquilinos, como puede verse, utilizan el vestíbulo de la entrada. Con el resto de los trescientos apenas coinciden, rara vez se encuentran. Cada uno tiene su puerta de entrada principal. El vestíbulo común, con todo lo que significa, ha desaparecido. Las escaleras de incendios están fuera de la casa, una perfecta salida en caso de fuego. Cada inquilino tiene su propio fregadero y su vertedero de ceniza. No hay tiros de ventilación, no hacen falta. Cada habitación, con esa admirable distribución del plano, da a la calle o al patio, que es nada menos que un gran parque con un terreno de juegos aparte, donde los niños pueden disfrutar jugando con la arena. [...] El constructor White nunca ha tenido problemas con sus inquilinos, aunque son de los más pobres, y sus casas de vecindad no tienen nada del “carácter institucional” que a veces se asocia a esta clase de iniciativas, siempre en detrimento del resultado¹³⁰.

Asimismo, Riis finaliza *Cómo vive la otra mitad* con la publicación de un apéndice que corrobora su investigación en el que incluye una relación de estadísticas sobre cuestiones asociadas con las casas de vecindad: emigrantes llegados a Castle Garden, densidad de población por acre, número de casas de vecindad existentes, índice de mortalidad en los *tenements*, cárceles, hospitales, instituciones mentales e infantiles, y número y tipos de arrestos llevados a cabo por

¹³⁰ Véase Jacob A. Riis (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., pp. 352-353. Los planos a los que se refiere el texto aparecieron publicados en las pp. 292-293 de la versión original. Riis proyectaba también recursos de este tipo para apoyar sus explicaciones en sus conferencias con linterna mágica. En la Jacob Riis Collection del MCNY se conservan diapositivas, algunas de ellas coloreadas, de plantas, alzados y secciones de proyectos de viviendas o complejos residenciales para los pobres.

la policía, entre otros índices. Las estadísticas —todas ellas provenientes de fuentes oficiales— contienen varios años de referencia y establecen comparativas con ciudades de distintos países para analizar con amplia perspectiva la situación neoyorquina.

Además de estos procedimientos, otro punto que comparte la obra de Riis con el género *muckraker* es el alcance reformista de sus escritos. Más allá del cierre de las comisarías policiales y de la aplicación del plan de Boston y otros hitos sociales, Riis defendió con distintos reportajes en prensa —en calidad de agente del Good Government Club— otras reformas que se materializaron, como el establecimiento de un colegio para alumnos que hacían novillos, la demolición de viejas casas de vecindad y la asignación de fondos para nuevos colegios en barrios de inmigrantes. Por otra parte, como secretario del Citizen's Committee for Small Parks, escogió los lugares del East Side que consideraba más apropiados para que fueran convertidos en parques con patios de recreo para niños, dado que las escuelas carecían de ellos. Uno de estos parques, el Mulberry Bend Park [véase F.53], se construyó en el lugar que ocupaban las casas de vecindad más deterioradas del Bend, tras su demolición. En *The Battle with the Slum* y *The Making of an American* da cuenta de estos logros que ilustra con fotografías.

Con todo, no podemos decir que la acepción *muck* solo haya de referirse a periodistas, aunque partiera de sus trabajos. Las novelas de 1906, *La jungla* (*The Jungle*), de Upton Sinclair y *American Fraud*, de Samuel Hopkins, causaron una gran impresión al denunciar cómo los grandes monopolios de alimentos no cumplían las leyes sobre su elaboración¹³¹. De hecho, esa simbiosis entre periodistas y escritores realistas o naturalistas se asienta en gran medida con la llegada del periodismo *muckraker*, pues “por cada volumen de un periodista *muckraker* había un volumen de ficción. *El finan-*

¹³¹ Tras la obra de Crane, dentro del naturalismo, la de Sinclair mantiene igualmente puntos en común con la de Riis: en *La jungla* el inmigrante es también el centro de atención de lo que se presenta a los ojos del lector como una selva o *jungla* urbana. Aunque ambientada en Chicago, desde el punto de vista del inmigrante lituano Jurgis Rudkus y su familia, asistimos al callejón sin salida al que se enfrentan los trabajadores honrados que quieren abrirse paso en la ciudad americana, mostrada como la cuna de la avaricia y de la competitividad capitalista, que acaba por destruir la honestidad y fuerza del protagonista. Los personajes encaran una serie de dificultades, como la explotación laboral infantil, las condiciones climatológicas adversas, la enfermedad, el alcoholismo, la extorsión, el crimen, la prisión, la corrupción política, la vagancia y la prostitución.



F.53. *Mulberry Bend Park* (circa 1897). Diapositiva coloreada para linterna mágica, empleada por Riis en sus conferencias. La misma imagen fue publicada en blanco y negro en *The Battle with the Slum* (p. 289). / Jacob Riis Collection, MCNY.

ciero [*The Financier*] y *El titán* [*The Titan*], de Theodore Dreiser, facilitaron la lectura de *Finanzas de frenesí* [*Frenzied Finance*, de Thomas William Lawson]. *The Octopus*, de Frank Norris, complementó los ataques de Bryan a los territorios ferroviarios. Y el cuadro expuesto por Norris acerca de la especulación de granos en *The Pit* explicaba gran parte de la protesta agraria. La exposición de los *trusts* de la carne, hecha por Russell, no fue ni con mucho tan efectiva como el relato de Upton Sinclair acerca de la vida de los mataderos en *La jungla*, libro que contribuyó directamente a la aprobación de una ley sobre la inspección de la carne. La mejor novela de Graham Phillips, *Susan Lenox: su ascenso y caída* [*Susan Lenox: Her Raise and Fall*], dio

a muchos lectores una revelación de la trata de blancas. Y la historia de la corrupción en la política nunca fue mejor contada que por el Winston Churchill norteamericano en *Coniston* y en *Mr. Crewe's Career*¹³².

En efecto, hay novelas naturalistas que, por el alcance de su investigación y las repercusiones de su denuncia, están consideradas dentro de la corriente *muckraker*. Esto ocurre, como vemos, con *La jungla*, inicialmente un encargo del semanario socialista *Appeal to Reason*, que en 1904 solicitó a Sinclair la escritura de una novela sobre los jornaleros de Packingtown, nombre por el que eran conocidos los mataderos de Chicago. Para documentarse, Sinclair vivió casi dos meses entre los trabajadores de uno de ellos: “Salí hacia allí y viví entre esas personas durante siete semanas [...]. Me sentaba por la noche en sus hogares y hablaba con ellos y durante el día iba a su trabajo, me llevaban consigo y me mostraban lo que quería ver. Estudié todos los detalles de sus vidas. Hablé no solamente con los trabajadores y sus familias, sino también con los jefes y superintendentes, con los vigilantes, los taberneros y los policías, con los doctores y los abogados y los comerciantes, con los políticos, los clérigos y los caseros. *La jungla* es un texto tan autorizado como si fuera una compilación estadística”¹³³. La intención

¹³² Véase Samuel Eliot MORISON, et al. (1993). “La época progresista (1890-1916)”. En *Breve historia de los Estados Unidos*, op. cit., pp. 619-20.

¹³³ Véase Upton SINCLAIR. “What Life Means to Me”, publicado en el número de octubre de 1906 de *Collier's*. Cit. en Arthur y Lila WEINBERG (eds.), *The Muckrakers*, op. cit., p. 206. El volumen de los Weinberg es una extensa antología de textos *muckrakers*, organizada temáticamente según los campos que los periodistas rastillaron (el Senado y la Cámara de Representantes de Estados Unidos, el estado, la ciudad, el estrado, la burocracia, las patentes de medicinas, la comida, la servidumbre, las finanzas, la iglesia, las prisiones, la explotación laboral infantil, etc.). Entre ellos figura un extracto de la novela de Sinclair, “aunque Mark Sullivan, años después de la publicación de *La jungla*, insistió en que el libro no debía considerarse *muckraker* porque era ‘una novela, ficción; y porque estas acusaciones sobre las condiciones en los mataderos no se proponían más que una vaga aproximación a las demandas de color y trasfondo local en la ficción’, Sinclair, en fecha tan tardía como en 1958, la consideró *muckraker*”. *Ibíd.*, p. 205. Además de la obra de Weinberg, en la citada de Ann Bausum figura *La jungla* de Sinclair, flanqueada por los textos de Steffens y Tarbell. Por último, en una antología sobre textos claves del periodismo de investigación, como *Shaking the Foundations*, que incluye documentos desde 1798 hasta el 2000, entre los textos que se reproducen en la segunda parte, titulada “Muckraker and the era of reform”, figuran como únicos representantes del movimiento igualmente los de Steffens, Tarbell y Sinclair. Este mismo libro, incluye en la primera parte, “The invention of exposure: 1798-1900”, el capítulo XXI de *Cómo*

inicial del autor era la denuncia de la explotación laboral y de las condiciones de trabajo de los mataderos. Sin embargo, la novela —que fue publicada por vez primera por entregas en el *Appeal to Reason* a comienzos de 1905— causó un gran impacto en la opinión pública por las descripciones sobre la falta de higiene y control en la manufactura y empaquetado de la carne: “Deseé luchar contra el país con un retrato de lo que sus cabezas de industria estaban haciendo a sus víctimas, pero por casualidad tropecé con otro descubrimiento: lo que ellos estaban haciendo con el suministro de carne del mundo civilizado”¹³⁴. Sinclair divulgó que en Packingtown “no había carne, por mal estado en que estuviese, que no pudiese emplearse, ya para enlatarla, ya para picarla y convertirla en salchichas”:

Jonas les había contado también que, a veces, al sacarla de los tanques donde se adobaba, la carne estaba en estado de descomposición y les explicaba de qué manera, entonces, la frotaban con sosa para quitarle el mal olor y la vendían a esas mismas tabernas donde se da un plato gratis con solo pagar la bebida. También les refirió todos los milagros que allí se realizaban merced a la química, dando a toda clase de carne, fresca o salada, en grandes trozos o picada, el color, sabor y aroma deseados [...]. Las salchichas que se importaban de Europa y que habían sido rechazadas allí, ya mohosas y blancas, se las trataba con bórax y glicerina, se volcaban en las tolvas y se procesaban de nuevo para consumo alimenticio. También se aprovechaba la carne que andaba tirada por el suelo, en la suciedad

vive la otra mitad, de Jacob Riis: “La indigencia en las casas de vecindad”. Véase Bruce SHAPIRO (ed.) (2003). *Shaking the Foundations. 200 Years of Investigative Journalism in America*. Nueva York: Thunder’s Mouth Press y Nation Books. Por último, el libro de referencia de Carl Jensen, *Stories That Changed America*, contiene, entre las más de veinte obras de escritores-periodistas *muckrakers* del siglo XX, la de Sinclair; la lista se amplía con los escritos de John Steinbeck, entre otros. Véase Carl JENSEN (ed.) (2000). *Stories That Changed America: Muckrakers of the 20th Century*. Nueva York: Seven Stories Press. Steinbeck y *Las uvas de la ira* figuran igualmente en el “Time Line of Muckraking” elaborado por Ann Bausum en *Muckrakers*, op. cit., pp. 94-103.

¹³⁴ Véase Upton SINCLAIR, cit. en Arthur y Lila WEINBERG (eds.), *The Muckrakers*, op. cit., p. 205. Sinclair fue un autor muy prolífico. Además de escritor de ficción, ejerció de periodista, entre otros oficios de su polifacética carrera. En sus artículos sobre los mataderos de Chicago aprovechó para desvelar los nombres reales a los que respondían los empaquetadores cárnicos Durham, Brown y Jone en *La jungla* (Anderson, Smith y Morton, respectivamente). Su compromiso social le llevó en 1930 a presentarse como candidato a gobernador de California, apoyado por una plataforma antipobreza, alcanzando el 44 % de los votos. Algunos críticos han calificado *La jungla* de novela socialista.

y el serrín, donde los obreros pisaban y escupían millones de gérmenes. Había, también, carne apilada en montones, sobre la que goteaba el agua que rezumaba de los techos y corrían las ratas por millares. La oscuridad que reinaba en aquellos antros impedía ver a dos pasos de distancia, pero un obrero que pasase la mano por estos montones de carne encontraba siempre la masa cubierta de excrementos secos de los roedores. Las ratas, en efecto, constituían una verdadera plaga que los patronos intentaban exterminar dejando pan envenenado en los almacenes. Así, las ratas morían a centenares y, después, éstas, el pan, el veneno y la carne iba todo junto a las tolvas de trituración. Y esto no es broma. La carne se cargaba en vagonetas por paletadas y los obreros no se tomaban la molestia de apartar una rata cuando veían el cadáver del animal revuelto con la carne. Después de todo, comparada con muchas de las cosas que entraban en los embutidos, una rata envenenada era un lujo [...]. Pues bien; con todo esto se cargaban carretillas y más carretillas que se vaciaban en las tolvas, donde, mezclada con carne fresca, se convertía en embutidos que luego servirían de desayuno al público de la ciudad. [...] En rigor, todos los embutidos procedían de la misma pasta; pero, al hacer el empaquetado, algunos de ellos recibían una etiqueta con la mención ‘especial’, y se vendían con un recargo de dos centavos por libra¹³⁵.

Además de la falta de higiene alimenticia, Sinclair mostró, a través de los numerosos engaños de los que es víctima la familia de lituanos protagonista de su novela, los abusos que se cometían en materia de vivienda, trabajo, alimentación y venta de textiles con los inmigrantes, y la multitud de fármacos patentados que circulaban por el mercado, cuyos compuestos eran peligrosos para la salud o sencillamente ineficaces, según se aprecia en el siguiente fragmento:

Por todas partes se veían expuestos a multitud de peligros y siempre con todas las desventajas de su lado. Los niños, por ejemplo, no se criaban tan sanos como en su país natal; pero ¿cómo podían sospechar Jurgis y los suyos que la casa que habitaban no tenía alcantarilla, y que las aguas fecales de quince años habían infestado completamente el subsuelo? ¿Cómo habían de figurarse que la leche azulada que compraban en la esquina de su calle estaba aguada y adulterada con formol? Cuando, en su país, los niños se sentían enfermos, Teta Elzbieta cocía hierbas medicinales y

¹³⁵ Véase Upton SINCLAIR (2012). *La jungla*, trad. de Antonio Samons, pp. 205-207. Madrid: Capitán Swing Libros S.L.

los curaba. Ahora se veía obligada a comprar en la droguería extractos, y ¿cómo iba a saber que aquellos extractos estaban adulterados, que un pobre no puede comprar un fármaco natural en los Estados Unidos de América? ¿Cómo iban a imaginar que el té, el café, el azúcar y la harina estaban tratados químicamente, que los guisantes en conserva se hallaban coloreados con sales de cobre y las confituras con anilina? Es más; aun de haberlo sabido, ¿de qué les hubiera servido, si en muchas millas a la redonda era imposible encontrar nada diferente a estos productos?¹³⁶

La jungla, convertida en un éxito de ventas, fue traducida en un año a diecisiete idiomas y animó un intenso debate político. El presidente Theodore Roosevelt, en respuesta al clamor popular en busca de reformas, creó una comisión de investigación dedicada al estudio del tratamiento higiénico y alimenticio de las carnes. Dos trabajadores sociales de Nueva York, Charles P. Neil y James B. Reynolds, tras un viaje a Chicago, corroboraron que las informaciones denunciadas por Sinclair en los mataderos que visitaron eran correctas. Otras publicaciones coetáneas *muckrakers*, como *Collier's* y *Success*, así como diversos reformadores sociales, sacaron a la luz nuevos escándalos sobre el tema, y en 1906, el año en que *La jungla* apareció publicada en forma de libro por Doubleday, el Congreso de Estados Unidos aprobó dos leyes: la Pure Food and Drug Act, que entró en vigor el 1 de enero de 1907 (que prohibía la fabricación, venta y transporte de fármacos patentados con compuestos tóxicos); y la Federal Meat Inspection Act (que exigía la inspección federal de los productos cárnicos antes de su empaquetado)¹³⁷.

¹³⁶ Véase Upton SINCLAIR (2012). *La jungla*, op. cit., pp. 115-116.

¹³⁷ La Pure Food and Drug Act requería que ciertas drogas entonces empleadas como compuestos o principios activos para la elaboración de medicamentos especiales — como el alcohol, la cocaína, la heroína, la morfina y el cannabis— se etiquetaran especificando el contenido y la dosificación. Antes de su aprobación, los fármacos patentados se vendían con compuestos secretos o etiquetas engañosas. La ley no prohibió el consumo de estos opiáceos, pero tras el etiquetado de los fármacos que los contenían, su consumo disminuyó más de un 30%. Por su parte, la Federal Meat Inspection Act trató de impedir que la carne en mal estado se emplease en la industria alimenticia y que la adulterada o mal etiquetada se comercializase en modo alguno; todos los productos cárnicos empleados y los animales aptos para el consumo humano serían previamente analizados, sacrificados y procesados en debidas condiciones higiénicas en los mataderos.

Por esta amalgama entre escritores que emplearon la ficción como medio de denuncia y los que lo hicieron recurriendo al género del reportaje en prensa, hay autores que, al hablar del origen del periodismo *muckraker* se remontan a escritos muy anteriores a la fecha de publicación de los primeros artículos de Steffens. Alfonso Sabán Godoy, por ejemplo, habla de lo *muck* como aquello a lo que la historia ha otorgado tal condición, puesto que está más relacionado con la personalidad de los autores y sus trabajos que con el momento en que surgieron: “No puede excluirse del grupo *muck* a los autores que ya desde el comienzo dejaron ver una textura ideológica a la que de alguna forma condicionaban sus denuncias y, en la que en mayor o menor medida, sin duda, también influidos por el devenir de la historia en el primer tercio del siglo, acabaron convergiendo la mayoría”¹³⁸.

Con esta perspectiva, las *Notas de América* (*American Notes*) (1842), de Charles Dickens, y *El pueblo del abismo* (*The People of the Abyss*) (1902), de Jack London, podrían considerarse la antesala del periodismo *muckraker* en cuanto al estudio reivindicativo y realista de la injusticia social y la propia condición de sus autores como “agitadores políticos”. Ambos escritores dieron cuenta de sus experiencias en los barrios bajos del Five Points neoyorquino y el East End londinense en épocas distintas que anteceden y suceden a la obra de Riis. Por otra parte, no hay que olvidar que Dickens y London trasladaron este interés por retratar la miseria humana igualmente a los argumentos de sus novelas.

¹³⁸ Véase la Introducción de Alfonso Sabán Godoy a Lincoln STEFFENS (1993). *La vergüenza de las ciudades*, op. cit., p. 23.

3.6. Riis, Dickens, London y el mosaico de la pobreza

En la Inglaterra de finales del siglo XIX y principios del XX encontramos el barrio inglés correspondiente a Five Points de Nueva York: el East End londinense¹³⁹. De hecho, resulta sintomático que se produjera un interés compartido y cruzado entre escritores ingleses y norteamericanos por los problemas sociales que afectaban a ambos países. El norteamericano Jack London, por ejemplo, se interesó por los desheredados del East End durante un viaje a Inglaterra como enviado especial para cubrir la Guerra de los Bóers, mientras que el británico Charles Dickens lo había hecho por Five Points, durante un viaje que llevó a cabo a Estados Unidos azuzado por la curiosidad de descubrir la nueva civilización que ya había cautivado a otros ingleses. De ello resultan dos obras maestras del periodismo de investigación: *Notas de América*, de Charles Dickens (1842) y *El pueblo del abismo*, de Jack London (1902)¹⁴⁰. Sus sensibilidades ante el hambre, la explotación

¹³⁹ Five Points es el cruce de las actuales calles Baxter (antes Orange), Park (antes Cross) y Worth (antes Anthony), y una parte de Mulberry (antes Ryndert) y Little Water, que desembocaba en una zona triangular de un acre de extensión (aproximadamente 4.000 m²). Actualmente Five Points forma parte de Chinatown, aunque en la época de Riis el distrito estuvo habitado también por irlandeses, italianos, alemanes y judíos de Europa del Este. Por su criminalidad y pobreza, la zona se convirtió en una atracción internacional ineludible para los viajeros. La obra de Jacob Riis es referencia obligada para los historiadores. Véase Tyler ANBINDER (2002). *Five Points. The 19th-Century New York City Neighborhood That Invented Tap Dance, Stole Elections, and Became the World's Most Notorious Slum*. Nueva York: A Plume Book; y Luc SANTE (1991). *Low Life. Lures and Snares of Old New York*. op. cit. El clásico libro de Herbert ASBURY, *Gangs of New York*, explica con detalle la historia de este suburbio y sus bandas de matones (Dead Rabbits, Bowery Boys, Eastmans, Gophers y Five Pointers), aunque muchas de las anécdotas relatadas no son ciertas. Véase Herbert ASBURY (1927/2003). *Gangs of New York: Bandas y bandidos en la Gran Manzana (1800-1925)*, trad. de Carme Font. Barcelona: Edhasa.

¹⁴⁰ Me permito la triangulación de Dickens, London y Riis, a pesar de las distancias espaciales y temporales que los separan, atendiendo al criterio de R.W.B. Lewis respecto al “respeto compartido” por los hechos y su interés por los socialmente oprimidos. Véase supra, nota 15 de la Introducción. Respecto a Dickens, algunos autores han destacado su influencia en las técnicas narrativas empleadas en *Cómo vive la otra mitad*; recordemos que Riis había vendido sus novelas puerta por puerta en 1877: “Como Dickens y Andersen, podía ser sentimental y conmovir a sus lectores hasta las lágrimas. Y como sus predecesores literarios, tenía la tendencia de retratar el mundo de los pobres en blanco y negro, con el bien y el mal agudamente contrastados, [...] aunque Riis fue un paso más allá al involucrarse él mismo y llegar a estar envuelto en el mundo que describía”. Véase Tom BUK-SWIENY (2008). *The Other Half*, op. cit., pp. 170-171. Como apunta

infantil, las enfermedades derivadas de condiciones de vida insalubres y la falta de regulación laboral se corresponden con las de Riis.

En *El pueblo del abismo*, London, caracterizado para la ocasión, se introduce en los barrios más pobres de Londres para descubrir cómo malvive la gente y, al igual que Riis, lleva consigo una cámara¹⁴¹. Para London el East End es la *Ciudad de la Degradación*. La “otra mitad” londinense se caracterizaba por la misma clase de problemas que azotaban a Five Points: el hambre, la explotación infantil, las enfermedades causadas por la falta de higiene, la especulación con la vivienda de los pobres y, en especial, el hacinamiento tan denunciado por Riis:

Viven en Londres 300.000 personas, divididas en familias, que no tienen donde hallar reposo en otro sitio que no sea una habitación miserable. Muchos, muchos más, viven en casas de dos y como mucho tres habitaciones. Y lo hacen hacinados, de mala manera, sin atender a cuál sea su sexo. Según la ley, son exigibles 400 pies cúbicos por persona. En los barracones militares cada soldado tiene 600 pies cúbicos para moverse. El doctor Huxley, que fue médico en el East End, escribió que cada persona debería disponer al menos de 800 pies cúbicos para que el espacio pueda ventilarse convenientemente. Hay en Londres 900.000 personas que viven en menos de 400 pies cúbicos¹⁴².

Buk-Swienty, Riis admiraba igualmente la literatura de Andersen, a quien conoció en persona en Copenhague, antes de emigrar a Estados Unidos. Los niños protagonistas de sus historias, como los de Dickens, suelen ser víctimas de una sociedad injusta y cruel que los desatiende, según ocurre en el relato “La niña de los fósforos”. Véase Hans Christian ANDERSEN (1999). *Cuentos maravillosos*, trad. de Elisabet Nonell. Barcelona: Bibliotex S. L.

¹⁴¹ Con el fin de poder “tratar con el resto de los hombres en un plano de completa igualdad”, London decide vestir con harapos que adquiere en la tienda de un ropavejero del East End. En el primer capítulo de *El pueblo del abismo*, explica el proceso de su transformación y “el descenso” al submundo, el modo en que “el valor de mi vida había disminuido de manera directamente proporcional al valor de mi ropa”. Véase Jack LONDON (2003). *El pueblo del abismo*, trad. de José Luis Moreno-Ruiz, pp. 28 y ss. Madrid: Valdemar.

¹⁴² *Ibíd.*, p. 244. En este fragmento, London se refiere a las viviendas del gueto. El hacinamiento, no obstante, se daba más allá del barrio judío y lo denuncia en sucesivas ocasiones: “Aquella abominación a la que llamaban casa tenía siete habitaciones. En seis de ellas, un total de veinte personas, hombres y mujeres de todas las edades, cocinaban, comían, dormían y trabajaban” (*ibíd.*, p. 78). Como en las casas de vecindad de Nueva York, en el East End la falta de espacio facilita la especulación con las viviendas de los pobres, que se com-

El libro de London fue originalmente publicado en Estados Unidos por The MacMillan Company, la misma editorial que sacó a la luz varias obras de Riis (entre ellas, *Children of the Tenements*, *The Battle with the Slum* y *The Making of an American*). En *The American Monthly Reviews*, la editorial publicaba *El pueblo del abismo* destacando que “emociona” con la “franqueza solo posible de un hombre que conoce Londres como Jacob Riis Nueva York”¹⁴³. Incluso Macmillan se aseguró de que London conociese la obra de Riis antes de acometer la suya. En una carta fechada en 1902, escrita por London a su editor George P. Brett, el editor en Londres de Macmillan, el autor reconocía haber leído la entonces recién publicada *The Battle with the Slum* y destacaba las diferencias que establece Riis entre los barrios bajos neoyorquinos y londinenses: “He terminado de leer la *Cecilia* que me enviaste. También *The Battle with the Slum*. En este último me sentí especialmente satisfecho cuando Riis señalaba la falta de vida y la desesperanza que caracterizan los barrios bajos del este de Londres, y añadía que había vida y promesa en nuestros barrios bajos americanos, *levadura* en nuestros barrios, como él la llama”¹⁴⁴. Dos años después, tras la publicación de su libro, London comparaba su trabajo con el de Riis: “*El pueblo del abismo*, como *Cómo vive la otra mitad*, etc., es más que un libro popular”, y continuaba abogando por una edición económica de su obra que pudiese llegar a un público más amplio¹⁴⁵.

En efecto, no solo el tema y el enfoque de ambos libros era compartido, sino también el hecho de que *El pueblo del abismo* apareció “ilustrado con 79 fotografías tomadas por el autor”, impresas, al igual que en *Cómo vive*

partimentan en exceso y “generan mayores beneficios que las de los ricos” (ibíd., p. 248). El crecimiento de la capital provoca que los pobres emigren hacia el extrarradio, “degradando un barrio trabajador tras otro, empujando a los obreros hasta los límites de la ciudad, arrastrándolos al abismo...” (ibíd., p. 46).

¹⁴³ Véase *The American Monthly Reviews* (1903), vol. XXVIII, p. 771.

¹⁴⁴ Correspondencia de Jack London a George P. Brett, 30 de diciembre de 1902. En Jack LONDON (1988). *The Letters of Jack London*, p. 331. Earle LABOR, Robert C. LEITZ y Milo SHEPARD (eds.). Stanford, CA.: Stanford University Press. Sobre la comparación de Riis entre el viejo y el nuevo suburbio, véase supra, pp. 215-216.

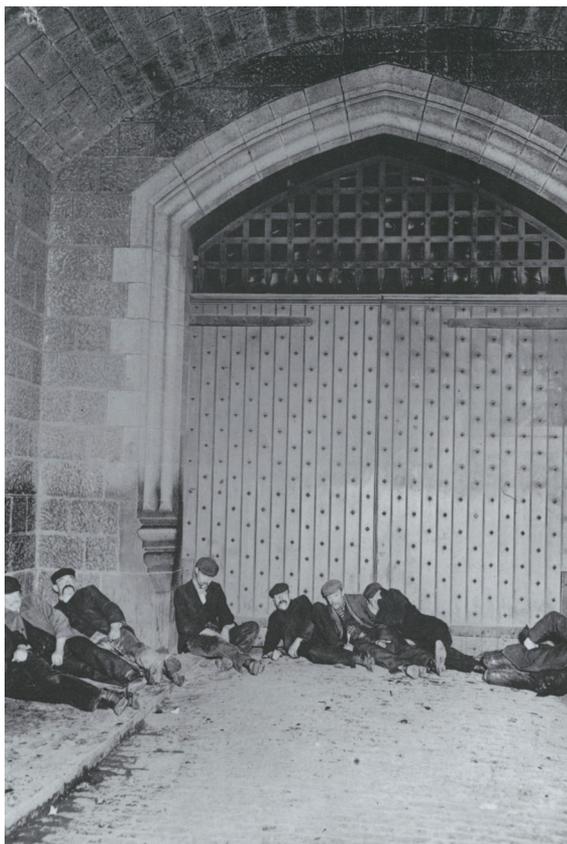
¹⁴⁵ Correspondencia de Jack London a George P. Brett, 8 de diciembre de 1904, op. cit., p. 456.

la otra mitad, mediante el procedimiento de los semitonos¹⁴⁶. Si bien los editores intercalaron también imágenes de otros fotógrafos en la obra, actualmente se han podido identificar las tomadas por London, correspondientes a dos terceras partes del total, gracias al álbum que su hermana, Eliza London Shepard, compuso con ellas, una vez fueron devueltas a su autor por MacMillan. Merece la pena destacar el hecho de que *El pueblo del abismo* fuese la primera incursión fotográfica de importancia en la carrera de Jack London. En adelante cultivaría esta práctica de por vida. Con una cámara de mano plegable¹⁴⁷, London captó “la otra mitad” del East End,

¹⁴⁶ Véase Jack LONDON (1903). *The People of the Abyss*. Nueva York: The MacMillan Company. Lamentablemente, las ediciones modernas de la obra de London han maltratado el aspecto visual de *El pueblo del abismo*. Sin ir más lejos, la citada edición española no publica ninguna de las imágenes (a excepción del retrato de Jack London disfrazado de marinero en paro que ilustra la cubierta), ni tampoco el prólogo advierte de esta supresión. En las ediciones en lengua inglesa también es frecuente la omisión. Para una interpretación de la obra de London ajustada a la realidad de su publicación original, ha de verse la edición facsímil publicada en 1995 en Nueva York por Lawrence Hill Books, que incluye las fotografías con la misma calidad, aspecto y distribución originales. La eliminación de las fotografías en las distintas ediciones actuales ha generado una interpretación de la obra de London que vuelca el análisis únicamente en el aspecto literario, obviando la faceta fotográfica del autor. Así, por citar algunos ejemplos, las biografías de Jack London que a fecha de hoy están disponibles en lengua castellana no dan a conocer su faceta gráfica, a pesar de la estrecha relación que las imágenes guardaban con sus escritos. Véanse Alex KERSHAW (2000). *Jack London. Un soñador americano*, trad. de Jordi Serra (pp. 145-159). Barcelona: La liebre de marzo; y Michail KRAUSNICK (1993). *¡Hambriento! La vida de Jack London*, trad. de L. Rodríguez López (pp. 107-121). Salamanca: Lóguez Ediciones. Recientemente se ha publicado la primera aproximación monográfica a la obra fotográfica de London, que referencia no solo las imágenes que tomó del East End para *El pueblo del abismo*, sino también su cobertura de otros acontecimientos de la actualidad. Véase Jeanne Campbell REESMAN, Sara S. HODSON y Philip ADAM (eds.) (2010). *Jack London, Photographer* (pp. 25-55). Atenas y Londres: The University of Georgia Press. London comenzó a tomar fotografías en 1900, a los veinticuatro años, y cultivó el oficio hasta su muerte en 1916. Durante este periodo realizó más de 12.000 fotografías, que incluían tanto encargos profesionales para la prensa como instantáneas de sus numerosos viajes y aventuras personales. Prueba de ello son los conmovedores retratos de los nativos de las islas de los mares del Sur.

¹⁴⁷ Según Philip Adam, el fotógrafo que ha producido las primeras impresiones artísticas de los negativos originales de London “fue un aprendiz despierto”, y el éxito de su obra literaria económicamente le facilitó la adquisición de varias cámaras de diversos formatos, acompañadas de las mejores lentes disponibles en el mercado. Para las imágenes que captó en el East End (bastante selectivas y relativamente escasas en comparación con las centenares que tomó en Korea y los mares del Sur), empleó una

haciéndose eco de situaciones similares a las mostradas por Riis, exentas de sentimentalismo: escenas diurnas del ambiente general de las calles de los barrios bajos, niños callejeros hambrientos, vagabundos pernoctando a la intemperie y hombres y mujeres degradados por el exceso de trabajo o su afición a la bebida. Si bien la técnica fotográfica de London estaba más depurada y sus composiciones en líneas generales son más medidas y equilibradas que las de Riis, algunas de ellas, como *Under the arches of the bridges that span the Thames* (1902)



F. 54. Jack London: *Under the arches of the bridges that span the Thames* (1902). / En *The People of the Abyss*, p. 116.

[F.54], de hombres durmiendo amontonados en el suelo resguardados de la lluvia bajo los puentes del Támesis, responden a esa estética de encuadres de cortes abruptos, alejados del primer término de la cámara con el fin

Kodak 3A, compacta y plegable, de formato postal, que podía trasladar y ocultar con relativa facilidad. Adam ha conseguido unos positivos con un rango de luces y sombras en detalles que ni el propio London hubiese percibido. La obra fotográfica de Jack London se conserva en la Jack London Historic Negative Collection, de la California State Parks, y en la Jack London Collection y los Jack London Papers de la Huntington Library, en San Marino, California. La California Historical Society y el Main Maritime Museum también albergan colecciones con imágenes del autor.

de mostrar la relación del sujeto con su entorno, que caracterizan la serie de Riis sobre el hacinamiento en las casas de vecindad, las pensiones para vagabundos y los asilos de las comisarías policiales.

Las imágenes de London, además, incluyen pies de foto cuya manera de titular recuerda a Riis en dos aspectos: 1) en el modo en que primero identifica el lugar donde fue tomada, con el fin de fomentar el valor testimonial de la imagen; y 2) en el carácter déictico del subtítulo, que suele señalar la pobreza o el aspecto sórdido o denunciante de la escena, es decir, el motivo intencional por el que se ha tomado la fotografía: *Dorset Street, Spitalfields. The Worst Street in London*. Por último, si cabe, la asociación más importante entre ambos autores es el modo de imbricar el texto con la imagen o viceversa. Así, la fotografía mostrada en F.54, cobra una fuerza inusitada con la narración adjunta, al saber las penurias que han de pasar cada noche los sin techo, tratando de no morir de frío, cambiando continuamente de lugar, para no ser avistados por la policía:

Pasar una noche de lluvia, con los harapos empapados, sin haber comido lo necesario, acaso sin haberse llevado a la boca un minúsculo trozo de carne en toda una semana, y hasta en todo un mes, es una de las pruebas más terribles, por duras, que pueda soportar un hombre. Bien alimentado y vestido convenientemente, he viajado sin mayores problemas mientras el termómetro marcaba sesenta y cuatro grados bajo cero. Creía, así y todo, que pasaba por un sufrimiento insoportable; un sufrimiento, sin embargo, que era nada comparado con *pasar la bandera* toda una noche, desnutrido, apenas con unos trapajos encima, con el agua metiéndose inmisericordemente hasta los huesos. [...] Dando tumbos fui de un lugar a otro, sin rumbo, cada vez con menos fuerzas en las piernas, ya que en cuanto comenzaba a quedarme dormido en algún sitio, aparecía invariablemente un policía que me conminaba a largarme de donde estuviera. [...] Hay portales y arbustos en los parques, sí... y hay pobres muchachos. Pero ya no se da esa feliz conjunción literaria del vagabundeo romántico. Los portales están vacíos, los guarda la policía. Los muchachos pobres se ven obligados a ejercer de *abanderados* toda la noche. —Yo me había metido bajo los arcos —dijo otro muchacho, aludiendo a los que sostienen los puentes sobre el Támesis. Cuando más llovía, apareció un *bobby* y me echó de allí... Volví poco después pero él también... “¡Tú, hijo de puta! ¿Qué haces ahí?”, me dijo. Me largué, pero le dije que sí se creía que iba a robar el jodido puente.



F. 55. Jack London: *View in Green Park, men sleeping* (1902). /
The People of the Abyss, p. 119.

El pasaje sigue con la argumentación ilustrada por otra fotografía, *View in Green Park, men sleeping* (1902) [F.55]. Lo penoso de la imagen, que recuerda la escena de un campo de batalla, con los cuerpos de los vagabundos desperdigados, abatidos sobre la hierba (a semejanza de las tomadas por Timothy O’Sullivan y sus colaboradores de la batalla de Gettysburg treinta y nueve años antes), se intensifica al conocer el lector los pormenores de la situación:

Para los que *llevan la bandera* [pasan la noche vagando por las calles], Green Park es un buen sitio porque abre antes que los demás parques de Londres. Por eso, a las cuatro y cuarto en punto de la madrugada pude entrar allí, con otros muchos, como es fácil suponer. Llovía de nuevo, pero aquella pobre gente estaba tan cansada después de haber caminado la noche entera, que todos sin excepción se dejaban caer pesadamente en los bancos y hasta en la hierba mojada, y se dormían al instante, bajo una llovizna persistente que no les alteraba el sueño.

London clausura la argumentación, a la manera de Riis, con la crítica a “los poderosos”:

Ellos, los poderosos, obligan a los sin techo a pasarse las noches andando. Los echan de los portales, de los callejones, de los pasadizos, les impiden entrar en los parques... parece claro que la única intención que les mueve es la de evitar que puedan dormir. Dicho con otras palabras, los poderosos abusan de su poder para impedir que los pobres duerman; en realidad, tratan de impedirles lo que sea. Así, ¿a qué demonios se debe que abran las verjas de los parques a las cinco de la mañana y dejen entonces que los miserables se echen a dormir en ellos? [...] De manera que, mis queridas gentes de vida muelle, si algún día visitáis Londres y os topáis en vuestro paseo con estas personas miserables que duermen en los bancos y sobre la hierba de los parques, no creáis que son vagos que se tumban ahí para no trabajar. Sabed que, por el contrario, los poderosos, los que mandan, les han obligado a caminar de un lado a otro durante toda la noche. Y que de día no tienen otro sitio donde echarse a dormir¹⁴⁸.

Si bien el estilo literario desarrollado por London, como vemos, difiere del de Riis, el autor ficcionaliza su experiencia en el East End utilizando recursos propios tanto de la escritura novelística como de la periodística, igualmente aplicados por Riis. Entre ellos destaca la transcripción que lleva a cabo de los diálogos, transformando a las personas en personajes —según apreciamos en el vagabundo del Támesis—, así como la narración en primera persona que emplea en su descenso al submundo, lo que subraya el valor testimonial, y el modo que tiene, con su papel de guía o voz autorizada, de apelar directamente al lector atacando sus prejuicios. Por su carácter transgenérico, como ocurre con *Cómo vive la otra mitad*, resulta compleja la catalogación de *El pueblo del abismo*, pues, a pesar de adoptar el aspecto de un relato novelado, recurre —a la manera de Riis— a informes, noticias de prensa y otros documentos que corroboran el alcance de su investigación sobre los barrios bajos, sin renunciar por ello al pintoresquismo ni a la fe en la idea de que la supervivencia de cada individuo está determinada por factores que siempre lo superan, como afirmaran los escritores naturalistas y los *muckrakers*, con quienes compartía la visión determinista y una creencia en la necesidad de reforma social. *El pueblo del*

¹⁴⁸ Para esta cita y las anteriores véase Jack LONDON (2003). *El pueblo del abismo*, op. cit., pp. 138, 140-41 y 142-43, respectivamente.

abismo cosechó un gran éxito en Estados Unidos y posteriormente en la URSS por su proyección socialista, aunque fue muy criticado en Inglaterra.

Por último, más allá del aspecto visual y literario, podemos entender que London evoca a Riis al abrir *El pueblo del abismo* con el mismo poema de James Rusell Lowell empleado en *Cómo vive la otra mitad*¹⁴⁹. El interés de London por los barrios bajos seguiría vivo en adelante, aunque no llegó a cuajar en *The American Abyss*, un estudio de los suburbios de Nueva York y Boston que en 1906 el autor manifestó querer llevar a cabo, no solo por la repercusión que estaba generando su obra, sino por el creciente interés americano en la temática que animara a Riis¹⁵⁰.

El contrapunto de Jack London sería *Notas de América* de Charles Dickens. Pasamos de la perspectiva de un norteamericano en Londres a la de un británico en Nueva York. Al leer *Notas de América* descubrimos que la Inglaterra de 1902 retratada por London se enfrentaba a problemas similares a los de la América de 1842 o, lo que es más grave, a los de la América de 1890 descrita por Riis. Es decir, en ese intervalo de años ni Inglaterra ni América habían subsanado sus respectivas disfunciones; por el contrario, en lo que a Nueva York se refiere, según hemos ido viendo, se habían agravado.

En efecto, las descripciones de Dickens de los *tenements* de Five Points de 1842 (en especial la citada en la página siguiente) nos recuerdan a otras similares de Riis, a pesar de estar escritas casi cincuenta años antes de la publicación de *Cómo vive la otra mitad*. Esta misma impresión se repite al observar las fotografías de Riis que ilustraban sus descripciones, como las series *Women's Lodging Room in West 47th Street Station* (1892) y *Men's Lodging Room in West 47th Street Station* (1892) [F.56], en las que apreciamos los

¹⁴⁹ Véase James Rusell LOWELL. "A Parable", op. cit. London no solamente elige el mismo poema para abrir su obra, sino que cita el mismo fragmento (tres de cuatro estrofas son idénticas a las empleadas por Riis). Véase supra, p. 162, nota 16.

¹⁵⁰ Según Reesman, Hodson y Adam, estas declaraciones las hizo London tras haber leído *The Bitter Cry of the Children* (1906), de John Spargo, y *American Pauperism and the Abolition of Poverty* (1904), de Isador Ladoff, si bien los autores dan a entender que el vínculo más evidente que puede trazarse entre el panorama literario de la época y el interés de London por retratar (literaria y fotográficamente) el coste humano de la pobreza en las ciudades americanas, hay que buscarlo en su conocimiento de la obra de Riis. Véase Jeanne Campbell REESMAN, Sara S. HODSON y Philip ADAM (eds.) (2010). *Jack London, Photographer*, op. cit., p. 28.

anónimos cuerpos entremezclados en un mismo espacio durmiendo en torno a una estufa, a los que se refería Dickens en sus *Notas de América* a propósito de su visita a una de las casas de vecindad de Five Points¹⁵¹:

¿Qué sitio es éste, al que nos conduce la sórdida calle? Una especie de plaza rodeada de casas leprosas, a algunas de las cuales solo se accede a través de unas peligrosas escaleras de madera situadas en el exterior. ¿Qué hay tras este inseguro tramo de peldaños que cruje bajo nuestros pies? Una habitación deprimente, iluminada solo por la tenue luz de una vela, y que carece de toda comodidad, a no ser la que se pueda esconder en una miserable cama. Junto a ella hay un hombre sentado con los codos apoyados en las rodillas y la frente hundida entre las manos. [...] La cerilla parpadea por un momento, y revela grandes montones de harapos grisáceos en el suelo; luego la luz se extingue y deja una oscuridad más profunda que antes, si es que existen grados en tales extremos. [...] Entonces vemos cómo los montones de harapos rebullen y se van levantando, y que los bultos que cubren el suelo son mujeres negras, que se despiertan de su sueño; los blancos dientes les castañetean, y los ojos brillantes refulgen y miran guiñando a todas partes con sorpresa y temor, como la incontable repetición de un asombrado rostro africano en algún extraño espejo. Subimos por esa otra escalera con no menos preocupación [...]. Abrimos la puerta de uno de estos cuchitriles atestados de negros que duermen. ¡Puf! Dentro tienen una estufa de carbón; huele a ropa chamuscada, o a carne, por lo cerca que se agrupan en torno al brasero, del que emana un humo que ciega y sofoca. Cuando uno mira en derredor en estos oscuros refugios, de todas las esquinas salen figuras que se arrastran medio dormidas, como si se acercara la hora del juicio final, y cada tumba hedionda entregara a sus muertos. Donde los perros aulla-

¹⁵¹ Algunas de las fotografías citadas aparecieron en forma de grabado en el artículo de Riis publicado el 31 de enero de 1892 en el *New York Tribune* ilustrando la siguiente descripción: “La policía de las casas de refugio suministró un total de 147.637 alojamientos y casi el doble durante los meses de invierno, cuando no había la opción de ventilarlos como en verano. [...] Cierta noche fría de la semana pasada, 577 hombres y mujeres sin techo dormían en ellas. Esa noche había 12 hombres y 11 mujeres en la Calle 47 Oeste [...], allí había urnas de votaciones y otros adornos del día de las elecciones que abarrotaban la habitación de los hombres. Una docena de hombres andrajosos roncaba entre un montón de maderas allí donde podían encontrar espacio, sobre tablas, con los pies hacia la estufa. Varias mujeres yacían sentadas o tumbadas a lo largo de la habitación”. Véase Jacob A. Riis (1892). “Vice Which is Unchecked in Police Station Lodging-Houses”, op. cit., y supra, pp. 90-91 del capítulo anterior.



F. 56. Jacob Riis: Arriba, *Women's Lodging Room in West 47th Street Station* (1892);
abajo, *Men's Lodging Room in West 47th Street Station* (1892). /
CAW Prints, MCNY.

rían negándose a tumbarse, mujeres, hombres y niños se van a dormir en silencio, obligando a las ratas desplazadas a salir en busca de mejor guarida¹⁵².

El interés por la visita a los barrios bajos americanos en Dickens se deriva de una vocación social por dar a conocer “la otra mitad” que desarrollaría durante toda su carrera. Es de sobra conocido que la mayoría de sus novelas están inspiradas en hechos y lugares verídicos¹⁵³. Dickens, como hiciera London, visitó los suburbios ingleses en tanto que observador silencioso. Vagaba durante horas por los barrios con el fin de aprehender detalles reales para documentar sus novelas. Uno de los peores en Londres era Jacob’s Island, también conocido como Folly Ditch. En *Oliver Twist* el autor empleó dicha localización como escenario para la muerte de Sikes. La descripción del lugar en la novela se ajustaba tanto a la realidad que Sir Peter Laurie, antiguo alcalde, hubo de aplacar las críticas asegurando públicamente su carácter ficticio. Dickens respondió a Laurie en el prólogo de la edición económica del libro que vio la luz en 1850 en los mismos términos que emplearía Riis treinta años después:

Once o doce años han pasado desde que esta descripción fue publicada. Estaba convencido entonces, como ahora, de que no será posible mejorar las condiciones de vida de los pobres en Inglaterra mientras sus viviendas no sean dignas y salubres. Estoy convencido, por ello, de que esta reforma tiene que ser previa a cualquier otra reforma social, de que tiene que llevarse a cabo tanto para la educación como para la religión, y de que

¹⁵² Véase Charles DICKENS (2005). *Notas de América*, trad. de Beatriz Iglesias, pp. 137-38. Barcelona: Ediciones B. El fragmento nos muestra una nueva diferencia entre el Five Points de 1842 y el de 1890. En el de Dickens, los que ocupaban las casas de vecindad eran hombres y mujeres negros. En la época de Riis, habían sido desplazados por blancos inmigrantes de diversas nacionalidades. Hemos visto que Jack London en su obra vituperaba a “los poderosos” porque permitían la injusticia social. Esto conecta, una vez más, con la creencia de Riis en que la civilización americana no podía incurrir en los mismos fallos de la vieja Europa. Si la ciudad marchaba mal, era un síntoma de que también la nación estaba enferma, es decir, de que los ideales históricos de la república se estaban convirtiendo en papel mojado. Por eso la lucha (“la batalla contra los barrios bajos”) o la peculiar “revisión de la mitología” de Riis debía comenzar en el terreno de la política municipal.

¹⁵³ Muchos de los temas tratados por Dickens en sus novelas proceden de su propia experiencia durante la infancia.

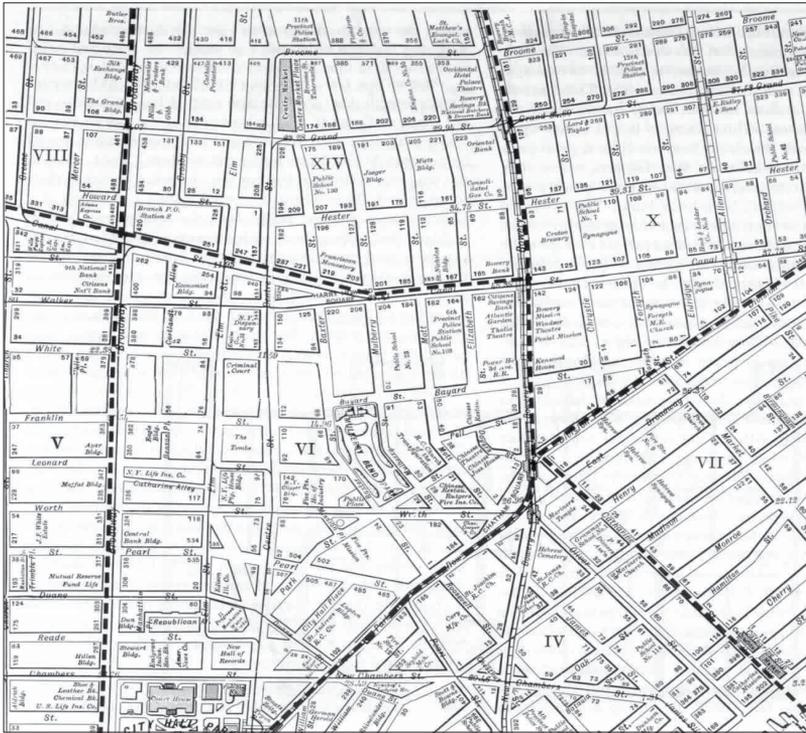
sin ella las capas de población cuya rabia va aumentando cada vez más se desesperarán y empobrecerán tan profundamente, que serán la causa de la ruina que toda la sociedad tiene dentro de sí¹⁵⁴.

Más allá de la coincidencia temática y el afán de denuncia, la influencia dickensiana se haría evidente en la obra de Riis en la imitación del tono de guía turística que el autor británico, como vemos en el fragmento de las páginas anteriores, imprime a sus *Notas de América* (London también presentaría su incursión en el East End a modo de recorrido, “con una actitud mental propia de un explorador”¹⁵⁵). La influencia se hace evidente especialmente en el capítulo IV de *Cómo vive la otra mitad*, “Los callejones del centro” (“The Down Town Back-Alleys”), con cambio de registro respecto a los anteriores, de tono más periodístico, no tan pintoresco. El capítulo en cuestión emplea técnicas asociadas al terreno de la ficción por las descripciones y exhortaciones directas al lector del itinerario que traza en calidad de narrador-guía de la expedición, y por la dramatización de diálogos entre personas reales tratadas como personajes. En momentos concretos, al igual que hacen Dickens y London, apela directamente a la figura del lector, como si, en efecto, éste se encontrara con él en calidad de visitante de los barrios bajos. Así, respecto a las casas de vecindad, señala Riis: “Hay demasiadas en todas partes. ¿Y si nos asomamos a alguna? No. Cherry Street. ¡Tenga cuidado, por favor! El vestíbulo es oscuro y podrían tropezar con los niños que juegan a tirar monedas al fondo...”¹⁵⁶. Riis comienza en el citado capítulo su itinerario por Cherry Street [véase el mapa adjunto de

¹⁵⁴ Véase Charles DICKENS (1850). “Preface to the cheap edition to *Oliver Twist* (1850)”, p. 124. En Juliet JOHN (ed.) (2006). *Charles Dickens’s Oliver Twist. A Sourcebook*. Londres y Nueva York: Routledge. Dickens llevaría más allá la respuesta en su representación satírica de Laurie, que encarna el personaje de Alderman Cute en su historia “The Chimes” (1844).

¹⁵⁵ Véase Jack London (2003). *El pueblo del abismo*, op. cit., p. 15.

¹⁵⁶ Véase Jacob A. RIIS (2004). *Cómo vive la otra mitad*, op. cit., p. 66. Si bien es cierto que el tono de guía se emplea sobre todo en el capítulo V, se hacía suficientemente manifiesto a lo largo del libro como para ser destacado en la publicidad que Scribner’s llevaba a cabo de *Cómo vive la otra mitad*: “El lector siente que está siendo guiado por un cicerón experimentado a través de la suciedad y el crimen, de los harapos y jirones, de los caminos y callejones de los infiernos de Nueva York”. Fragmento extraído del anuncio de *Cómo vive la otra mitad*, publicado en *The Children of the Poor*, op. cit., p. 301 [reproducido supra, F.44; p. 220].



F. 57. Zona sur de Manhattan en 1899 con el epicentro de la geografía de los *tenements*. Pueden verse el Lower East Side, Chinatown, Little Italy, Five Points, los barrios judíos de Bayard y Baxter Street, y los distritos adyacentes de los que habla Riis. Recuperado de <<http://geographer-at-large.blogspot.com.es/2011/01/how-other-half-lives-tenement-life-in.html>>.

F.57] y se detiene en Blind Man’s Alley, donde explica al lector la degradada y triste vida que llevan los ciegos que viven en las casas de vecindad del callejón. Prosigue con Gotham Court y las cloacas, Oak y Roosevelt Street, donde describe un viejo bloque de casas de vecindad ilustrado por la fotografía *Rear Tenement in Roosevelt Street* [F.58]. Compárese el fragmento del autor danés con el ya visto de Dickens:

Hay una de siete pisos detrás de otra que solo tiene tres. Echen una ojeada a este callejón de Roosevelt Street; solo tiene un paso de ancho, con una casa de cinco plantas a un lado que obtiene la luz y el aire —¡Dios nos perdone por esta broma lamentable!— de esa hendidura entre las paredes



F.58. Jacob Riis, Richard H. Lawrence y Henry G. Piffard:
Rear Tenement in Roosevelt Street (1888). / Diapositiva para
linterna mágica, MCNY.

de ladrillo. No hay ventanas en la pared del otro lado; es completamente lisa. La escalera de incendios de esa alargada casa de vecindad apenas la roza; pero los rayos del sol naciente, poniente o de mediodía, no la alcanzan nunca. Nunca brilló el sol en el callejón desde el día en que el diablo lo planeó y el hombre lo construyó. Una vez hubo un médico inglés que experimentaba con la luz del sol en los barracones de soldados, y descubrió que, en el lado que quedaba totalmente cerrado al sol, la mortalidad era un uno por ciento superior a la mortalidad en el lado soleado, donde los rayos entraban libremente. Pero los soldados son de cierta utilidad, tienen un valor fijo, más bien elevado. La gente que vive aquí no lo tiene¹⁵⁷.

¹⁵⁷ *Ibíd.*, p. 62.

Riis continúa el recorrido que ofrece al lector-visitante por Madison Street hasta detenerse para narrar un fatídico incendio en uno de los *tenements*; sigue por Cherry Street para hablar de las casas regentadas por los judíos y se detiene momentáneamente en Hamilton y Walter Street. Invita al lector a entrar en una de las viviendas donde un niño ha muerto de sarampión. Las crudas descripciones del ambiente recuerdan esta vez al estilo literario de la novela naturalista:

El olor picante del jabón caliente se añade a un ambiente ya cargado de olor a repollo hirviendo, a harapos y suciedad general. Es una combinación insoportable. Es jueves, pero las sábanas remendadas cuelgan de la cuerda de la ventana. No hay limpieza los lunes en las casas de vecindad. Se lava cualquier día de la semana porque cambiar de ropa es difícil para los pobres. Esas perennes cuerdas de harapos colgados a secar son la insignia de la pobreza honrada, aunque no sean el modelo de la lavandera profesional. La verdadera línea que separa la pobreza honrada de la miseria es la cuerda de tender. Con ella empieza el esfuerzo por limpiar, que es la primera y la mejor prueba del deseo de ser honrado¹⁵⁸.

El tono de guía está reforzado por la autorreferencialidad al trabajo de campo del periodista, es decir, al hecho de que es el autor el que comparte con nosotros su experiencia. La condición de testigo le convierte en la voz más autorizada para hablar del tema. Su testimonio, además, cuenta con un valor añadido: la inmediatez en que el texto ha sido escrito. Como si se tratara de una conexión en directo, Riis señala el estado actual de las cosas que describe: “Seis manzanas más arriba de Mulberry Street hay una casa de traperos, una especie de prolongación del Bend, que existe hoy en toda su nítida repugnancia. Unas cuarenta familias malviven abarrotadas en cinco casas viejas de dos plantas y buhardilla que se construyeron para albergar a cinco, y fuera, en los patios, hay, o había hasta hace muy poco, otro montón de gente, instalada en cobertizos hechos con todo tipo de tablones y utilizados como estantes para secar el material de los inquilinos italianos. Los encontré vacíos al visitar el lugar *mientras escribía esto*. Los dos últimos inquilinos acababan de marcharse”¹⁵⁹.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 68.

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p. 92. Las cursivas son mías.

Este estilo exploratorio de *Cómo vive la otra mitad* sería una traslación directa del proceder que Riis empleaba en sus conferencias a la hora de trazar el itinerario de los barrios bajos, proyectando instantáneas a las que sobreponía sus comentarios:

Comenzaremos por el principio. Decía que hace cien años, sí, menos aún, setenta y cinco, no existía nada como una casa de vecindad en la ciudad de Nueva York. Es una invención moderna del diablo. Aquí tenemos la cuna de las casas de vecindad (muestra una fotografía de ‘Ghotam Court’). En la planta baja de esta casa vivió George Washington. Se trasladó al centro de Broadway, porque sus amigos le persuadieron de que estaba demasiado lejos en las afueras. Este es el Fourth Ward, que desde hace mucho ha cedido a las peores abominaciones en el camino de las viviendas. [...] Hay una casa de vecindad en la próxima puerta que me parece típica de la ira que está por venir —debería decir más bien de la ira que fue. Verán en esta imagen (muestra la fotografía de otra cancha o callejón llamado ‘Mullin’s Alley’) el muro de este lado con cinco historias en la parte derecha frente a las ventanas. [...] Pasemos hacia un callejón dos o tres puertas más allá, y si hay un lugar en la tierra que pueda llamarse abandonado de Dios, creo que debería decir que es este. [...] Tomemos ahora una de las casas de vecindad —no una de las peores en manera alguna, ni de las mejores— y veamos qué aspecto tiene (muestra una fotografía de la parte trasera de un viejo edificio en Roosevelt Street con ropa tendida en cuerdas). [...] Entremos ahora en uno de los callejones y bajemos al interior de las habitaciones del sótano y veamos qué ocurre a las tres de la madrugada¹⁶⁰.

Podríamos concluir que la intención general de la obra de Riis era trazar una cartografía visual y textual de la pobreza en los barrios bajos de Nueva York o, en otras palabras, presentar al lector las peculiaridades de las distintas nacionalidades que convivían en el Lower East Side a modo de mapa de la

¹⁶⁰ Véase Jacob A. Riis (1891). *The Other Half and How They Live; Story in Pictures*, pp. 406-407, 408, 410, 411, respectivamente. En *The Temple-Builders. Christian Work and Methods In all World*, vol 2, n. 5, enero de 1895. En JRP, Library of Congress, Container 10. Las citas están extraídas de la única transcripción literal que se conserva de una de las muchas conferencias ilustradas con linterna mágica que impartió Riis a partir de 1888 sobre el tema, de las que hablaremos en el próximo capítulo. El texto consta de 23 páginas; los ejemplos están entresacados de las cinco primeras, si bien el tono de guía se mantiene durante todo el relato.

otredad exótica que suponía para el público gentil “la otra mitad”, creando al mismo tiempo tipologías que ayudaran a mitigar el miedo a lo diferente por medio del pensamiento científico, el cual apelaba a la teoría de la evolución con el fin de comprender la coexistencia de diversas razas. Con este propósito en mente, la eficacia de la denuncia consistiría, sin embargo, en no incurrir en generalidad alguna que le apartara de las realidades y personas que iba a retratar. El aspecto de la obra es, en efecto, el de un mosaico y, sin embargo, no es un texto impresionista, sino que en cada una de sus partes hay una articulación narrativa, con el calado humano exigido por su tono de denuncia, con independencia de que el estilo tienda más a la protesta de tipo reformista o *muckraker* o a la literatura de ficción, de inspiración o valor documental (propio del naturalismo). El modo en que esta guía de los barrios bajos cobraría vida a los ojos del lector, como veremos en el siguiente capítulo que abre el segundo volumen del libro, está vinculado esencialmente a la fotografía¹⁶¹.

¹⁶¹ Para algunos estudiosos (como Gandal), el tono de guía de Riis bebe del pastiche de las guías populares *sunshine and shadow* ya mencionadas, escritas por periodistas y/o ministros de la iglesia y puestas en circulación durante la posguerra civil, en que se combinaba la descripción sensacionalista de partes de la metrópolis consideradas extravagantes con el carácter evangélico y mojigato de las descripciones sobre la degradación moral asociada a los habitantes de los barrios bajos. *Lights and Shadows of New York Life* (1872), de James D. McCabe Jr. (también conocida como *The Sights and Sensations of a Great City*), disponible en <<http://www.gutenberg.org/files/19642/19642/19642-h/19642-h.htm>>, o *The Nether Side of New York* (1872), de Edward Crapsey (<http://archive.org/details/nethersidewy00crapgoog>), son algunos ejemplos concebidos para el consumo de los forasteros. Sin embargo, el aspecto pintoresco de estos escritos no provenía de observaciones empíricas (como en Riis), sino de fuentes secundarias (un escritor reciclaba la obra de otro hasta el punto de publicar un nuevo volumen sin que el primero hubiese recorrido nunca la zona descrita).